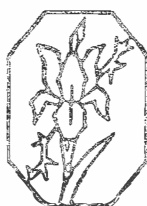


ESPICANDO

VICENTE GARRIDO PASTOR

ESPIGANDO

2.ª Edición, aumentada



VALENCIA

1996

Primera edición: Valencia, 1978
Segunda edición, aumentada: Valencia, 1996

Nihil obstat.

+ Jordán, arz. de Valencia



31 de julio de 1996

© Instituto Secular Obreras de la Cruz

I.S.B.N. 84-920343-6-X
Depósito legal: V. 2.368 - 1996

Artes Gráficas Soler, S. A.
La Olivereta, 28 - 46018 Valencia

PRESENTACIÓN

EN el año 1978 se editó el libro *Espigando*, conteniendo retazos de las pláticas, meditaciones y pensamientos, etc., del Padre, que fueron apareciendo en el *Boletín de Información de las Obreras de la Cruz*, desde el año 1975.

Lo mismo se ha seguido haciendo hasta el momento actual. Y con el deseo de que la doctrina en ellos contenida pueda continuar sirviendo para nuestro perfeccionamiento espiritual, editamos este nuevo libro, incluyendo el anterior *Espigando*.

Los textos se han agrupado teniendo en cuenta la idea dominante en cada tema, y se han sistematizado según un orden lógico y práctico.

Esperamos que sea un recuerdo y estímulo para todos los miembros del Instituto, en nuestro diario caminar hacia Dios, y en la misión apostólica en el mundo, para la que hemos sido llamados.

INTRODUCCIÓN

LA vida del Padre discurrió en una siembra continua de doctrina y consejos, avalado todo ello con su ejemplo, en todos los ámbitos y circunstancias de su larga y fecunda existencia.

Desde que marchó a la casa del Padre, aunque experimentamos la presencia moral de su recuerdo y de su espíritu, que nos anima a proseguir sin descanso en el camino emprendido de nuestra perfección individual y colectiva, como miembros del Cuerpo de Cristo y de la Obra, necesitamos escucharle a él a través de sus escritos.

Con este fin, se han impreso recientemente una serie considerable de artículos suyos, ya conocidos a través de nuestro Boletín de Información.

Animados con la buena acogida que se les ha dispensado, nos decidimos a proseguir la divulgación de su ideario, esta vez a base de varios centenares de sugerencias que hemos espigado entre las muchas que esmaltan sus pláticas, meditaciones, pensamientos, etc., que también aparecieron en dicho Boletín hasta el año 1978.

Las hemos distribuido ateniéndonos en líneas generales a un esquema similar: Dios, Jesucristo, María, Vida sobrenatural, Virtudes teologales, Virtudes morales, Valores humanos, Obra - Obreras de la Cruz.

Bien entendido, como allí decíamos, que el Padre divulgó de palabra y por escrito cuanto aquí vas a leer, pensando en las Obreras de la Cruz.

Con ello, ofrecemos esta nueva iniciativa a su santa memoria, a quienes le conocieron y trataron, a las jóvenes y futuras generaciones de Obreras, que han de perpetuar sus anhelos apostólicos y de la propia santificación, y a todos los Cooperadores que, como nosotras, anhelan amar cada día más a Dios y servir a su Iglesia.

D I O S

Existencia de Dios

1. Dios existe. No debemos ni queremos probarlo; como sería locura el negarlo. Dios existe, porque nosotros existimos.

Dios vive en nuestra conciencia, en la conciencia de la humanidad y en el universo que nos rodea. La humanidad ha podido transformar y menospreciar el santo nombre, pero nunca suprimirlo.

Reino de Dios

2. El Reino de Dios es espiritual, no es algo sociológico, no es algo económico, científico. Es sobrenatural, vida de Dios en nosotros. El Reino de Dios es la idea central de toda la enseñanza de Jesucristo, de toda su predicación. Esta idea es lo que constituye su magna empresa, toda su obra: establecer el Reino de Dios en las almas, en el mundo.

3. Os ha escogido el Señor para formaros, enseñaros, adiestraros bien, como diciéndoos: ahí va mi empresa, ahí tenéis mi obra, continuadla, trabajad, predicad el Reino de Dios. El Reino de Dios. Yo no me

cansaré nunca, mientras mi garganta responda y conserve la voz, de predicar el Reino de Dios, la cosa espiritual, el destino del hombre.

4. El camino de la Iglesia no se puede torcer. Lo ha establecido el Fundador, Jesucristo. Y lo ha dicho con toda claridad, y lo ha hecho así. No quiso triunfar, teniendo toda la fuerza en sus manos. Ni quiso triunfar usando de su ciencia infinita y su ciencia adquirida... Quiso que la Iglesia, el Reino suyo, fuese desarrollándose poco a poco, paulatinamente, como el grano de mostaza, hasta que llegase su hora. Es un lapso de tiempo, de miles de años. ¿Cuándo terminará? Sólo el Padre lo sabe. Entonces, definitivamente establecerá su Reino, que no tendrá fin.

5. El Reino de Dios está establecido por Jesucristo espiritualmente; ni por medios sociales, ni por medios nacionales, ni por medios bélicos. Espiritualmente: por su doctrina, por su enseñanza, por su vida, por su Redención, por su sacrificio... Todo nos habla de un Reino celestial. Todo nos está marcando un porvenir de eternidad.

Y cualquiera que sea nuestra situación, buena o mala económicamente, buena o mala en cuanto a la salud, buena o mala en cuanto al prestigio, en el aspecto que queramos considerar, no importa; hay un punto de referencia hacia el cual debemos dirigir nuestra mirada, tenerla fija, y encaminar todas nuestras energías: establecer el Reino de Cristo en la tierra.

6. Si la Obrera no está interesada en los intereses de Jesucristo, con el cual su vida está desposada, y a quien ha entregado todo lo que ella vale, con toda su juventud o todos sus años, con toda su habilidad, con

toda su capacidad..., si la Obrera no siente esos intereses, entonces, ¿quién moverá su vida?

Fácilmente nos hacemos egoístas, y en vez de buscar al Señor nos buscamos a nosotros; en vez de buscar los bienes espirituales que glorifican a Dios, buscamos los bienes nuestros... que nos satisfagan. Descentramos la vida.

Sobre nosotros gravita esa obligación de extender el Reino de Cristo, de prolongarlo. Lástima, pues, que haya descensos espirituales porque falte esa constancia, ese obrar de cada día, de cada hora, de cada momento, ese obrar sobrenaturalizado, en nosotros.

¿Para qué vino Jesús al mundo? No para juzgar al mundo, sino para salvarlo; la salvación es la salvación del mal, del mal que es el pecado... Para que sus ovejas tengan vida, y la tengan con abundancia... Para recapitularlo todo en sí mismo, ya que solamente en él y por él podemos recibir la adopción de hijos de Dios... Para establecer en el mundo el Reino de Dios, reino espiritual, que es el imperio de Jesús sobre las almas, uniéndolas a sí por la gracia. Ésta es toda su obra, rematada superabundantemente en la cruz...

Él plantó el árbol de la Redención, mas a nosotros toca cultivarlo, extender sus ramas. Pesa sobre nosotros la gran responsabilidad del éxito de la Redención.

8. Toda la obra de Jesucristo no es más que transformar las almas en Dios, hacerlas vivir con la vida de la gracia... No es hacer sabios, no; no es hacer hombres que valgan ante el mundo, tampoco. Esto serán medios. La finalidad de toda la obra del Señor es hacer santos, llenarlos de su gracia, darles su vida, transformarlos en él. A esto se dirige toda la obra de la Redención.

Voluntad de Dios

9. La pronta y ciega obediencia a la voluntad de Dios, tranquiliza el espíritu y nos lleva a cumplir los planes de la divina providencia sobre nosotros.

10. El amor de Dios perfecto es una anulación de la voluntad nuestra en la voluntad suya... Si Dios me pide algo y yo rehúyo, no tengo el amor perfecto. Quien más ama, más da; quien menos ama, menos da.

Quien quiere seguir a Jesucristo, ha de dar, si le sigue por amor. La disposición del alma en estado de amor perfecto, es no querer ni desear nada que no esté conforme con la voluntad de Dios...

11. Qué encantadora es la vida de un alma que se entregó al Señor ya, y que cerrando sus ojos y abriendo sus labios no sabe más que decir: hágase tu voluntad; en los medios, en el tiempo, en la forma; hágase tu voluntad, en los mandamientos, en los consejos, en lo que dispongas.

Y cuando la voluntad de mi Señor me pida algo para lo que necesite saltar obstáculos, y si al saltarlos tengo que dejar pedazos de mí, los dejaré, como los soldados... Él es el Dueño y el Rey a quien hemos de seguir.

Para que, pues, nosotros, yo sacerdote, y vosotras Obreras, podamos llegar a la meta, o acercarnos, es decir, llevar nuestra cruz hacia arriba, cara siempre a nuestra finalidad, hemos de tener por norma el cumplir la voluntad de Dios.

12. Cuántas veces ante las contrariedades, ante las dificultades de esta vida, ante los pinchazos de las tri-

bulaciones de este mundo, bien nos vengan de las cosas insensibles, bien nos vengan de las personas que nos rodean, bien nos vengan de las circunstancias en las cuales tenemos que estar viviendo, cuántas veces de nosotros salta una especie de protesta: ¿y por qué esto así? ¿Por qué no miras más alto, y entonces comprenderás el por qué esto es así? Dios, ¿no puede disponer las cosas en su sabiduría infinita para tu salvación, para tu santificación, para tu mayor perfeccionamiento espiritual? ¿Es que nos hemos de salvar como nosotros queramos, nos hemos de santificar a nuestro placer, nos hemos de perfeccionar a nuestro gusto? ¿O nos hemos de santificar, salvar y perfeccionar según la voluntad de Dios...? A cada uno Dios lo santifica por un camino, de una manera: a uno con enfermedades, a otro con humillaciones, a otros con penalidades de la vida, a otros con sufrimientos, diríamos, de sus propios defectos... Dejad obrar a Dios.

13. Aquel trabajo humilde, oculto, pesado, difícil, que sólo Dios sabe, que la naturaleza rehúye y que la voluntad acepta porque la razón le dice que aquello le santifica, ese trabajo revela que allí está la voluntad de Dios. No hemos sido creados por el Señor para oficios grandes ni pequeños, ni tal o cual criatura, sino para usar de todo rectamente y, mediante ello, salvar y santificar el alma, para eso.

14. Los apóstoles no comprendían al Señor. Le acompañaban, sí, iban con él, estaban con él, subían con él, pero realmente, ni estaban con él, ni pensaban con él, ni vivían con él, ni subían con él. Porque mientras el pensamiento del Señor subía hacia arriba, hacia las cosas apostólicas, hacia la conquista del mundo, hacia la voluntad de su Padre, mientras el corazón

del Señor llevaba aquellos deseos de santidad, de abnegación, de cruz, los apóstoles pensaban otra cosa... Yo pienso: el Señor está solo, y va solo, aunque seamos muchos los que le acompañamos. Porque no está nuestro seguimiento de Jesús en seguirle materialmente, no. Está en seguirle espiritualmente, en hacer nuestros sus pensamientos, pensar como él; en hacer nuestros sus deseos, desear lo que él desea; en unir nuestra voluntad a la suya, de manera que no queramos más que lo que él quiera.

15. Sin darnos cuenta, muchas veces, nos queremos desentender de la voluntad de Dios, lo cual es imposible, porque Dios, con su poder inmenso creador, con su poder inmenso conservador, nos influye, empapa toda nuestra vida, nos llena por completo en cualquier paso que demos, de tal suerte que san Pablo lo expresa maravillosamente con estas palabras: “En Dios somos, nos movemos, y vivimos...” Es decir, que ni podemos existir, ni pensar, ni vivir, ni amar, ni desarrollar una acción cualquiera, si prescindimos de Dios. Dios es para nosotros tan esencial como esencial es el aire de nuestros pulmones para respirar. Somos cosa suya y seguimos siéndolo, queramos o no.

16. ¿Vives independiente? Es decir, ¿eres tú ya para Dios? ¿Es Dios para ti? ¿Superas todo, o las cosas todavía te superan? Independencia, pero con subordinación a la voluntad divina; si no, sería una independencia de hacer lo que nos diese la gana. ¡No...! Independencia para perfeccionar, para que las criaturas y las cosas y los sucesos de la vida no nos pongan nudos, no obstaculicen nuestra subida hacia el Señor, o nuestro trabajo, lo que debemos hacer.

Que no os dominen las situaciones, ni modos, sino que vosotras las dominéis y las superéis. Llegar a esto, ¿es difícil? Tampoco diremos que es fácil. Pero, ¿cuesta mucho? Yo creo que es todo cuestión de hacerse el ánimo... Y ¿quién se hace el ánimo? El que es valiente. Y ¿quién es el valiente? El que tiene dentro valentía, el que tiene la fuerza de Dios.

17. Cuántas veces en la vida espiritual no nos agradan las cosas. Por eso una vocación es una renuncia, es una violencia... Hay medicinas que no nos agradan y las tomamos porque son necesarias. Sólo con hacer la voluntad de Dios, basta. La mayor parte de las veces nos pone por delante la cruz. No nos agrada, pero debemos tomarla. Hay que ser santos como él quiere que seamos santos, no como a nosotros nos guste. Y si quiere que nos santifiquemos teniendo a nuestro lado una persona que sea un mosquito que pica..., pues, ¡bendito sea Dios!

18. Espíritu de entrega... No pedir explicaciones... La Virgen: Fiat voluntas tua... El mandato no es más que una vertiente del deseo de Dios que llega a nosotros.

19. El descuido en llenar nuestras obligaciones, el actuar contra la voluntad de Dios, es rebelión. Y la rebelión es hija de la soberbia... El Señor nos ha colocado en lo alto de un monte, que es la vocación... De donde se sigue que nuestra obligación para con Dios es la de emplear todos sus dones y gracias... Es una gran responsabilidad.

20. Dios nos engrandece cuando vamos con la intención recta y la mirada elevada a trabajar por él. En lo

espiritual, en lo íntimo de nuestra vida, de nuestra acción apostólica, tengamos siempre una mirada amplia, sobrenatural, encentrada en Dios. Las situaciones no nos acobarden, ni las pruebas, ni las dificultades por las cuales podáis atravesar. Superaos siempre. El alma que está sujeta a la voluntad de Dios, nunca se siente cobarde, nunca. Tiene un vigor, una voluntad y una fuerza de arranque en todos sus actos, que nada le puede detener. En medio de tanta sombra y de tanta mentira que tenemos en este mundo, aspiremos a la verdad; nuestros pensamientos se levanten hacia Dios.

21. La voluntad de Dios en nosotros se manifiesta por medio de su ley. No es el hombre el que hace la ley, sino el que ha de estar sujeto a ella. No es el hombre el legislador, sino que es Dios, del cual dependemos, el que legisla. Y como dueño absoluto nuestro, pudo dar leyes, puede dar leyes a ese ser que depende de él. La ley, por tanto, es una expresión de la voluntad divina. Y todo lo que es contrario a la ley de Dios, es contra la voluntad de Dios.

En estos tiempos que estamos atravesando, el hombre puja por crearse él legislador, por hacer su ley, independizándose de Dios. La ley objetiva, es decir, que existe fuera de nosotros, y que regula todos nuestros actos, no la admiten. Y quieren forjar su propia ley, mediante su conciencia, particular, privada, concreta. Para quienes siguen esta corriente, no hay otras formas, otra norma de conducta, de moralidad, que la que inspire su propia conciencia. Por tanto, ellos se hacen su propia ley. Esto es un error que está condenado por la Iglesia. Si bien, desgraciadamente, hoy, se hace caso omiso del dictamen de la Iglesia.

22. Yo estoy viendo llegar el día en que los mismos seglares, es decir, las almas consagradas a Dios y los no consagrados, fuertemente formados en la fe, tendrán que levantar su voz para sostener los ideales de Cristo, limpios y puros; tendrán que ser la luz en el mundo por su conducta, ya no digo una conducta extraordinaria, sino, simplemente, que sea ejecutora de los mandamientos de Dios.

Amor a Dios

23. En pudiendo amar a Dios, todo lo demás es indiferente.

24. En este mundo, todo es igual, menos la glorificación y el amor de Dios.

25. Vivamos como los pájaros, volando siempre hacia Dios, por encima de cuanto nos pueda dañar en el mundo.

26. Dios es amor. Dios es fuego que consume. Dios nos templea en todos los climas, si vivimos en él.

Ardamos en su hoguera, para incendiar la gran mole congelada de nuestro mundo de hoy.

27. Amor a Dios, amor al prójimo y amor a la Obra, de la cual formáis parte, por voluntad del Señor y por querer de la Virgen.

28. Yo quisiera que en vuestro trabajo apostólico nunca perdiérais el espíritu auténtico, el que movió a Jesucristo: el amor a las almas y el amor a su Padre. No buscó su gloria; buscó cumplir la voluntad de su

Padre. La gloria de Dios es la que nosotros hemos de buscar; por eso, en el Padrenuestro decimos “que sea santificado tu nombre”. Deseamos la glorificación externa de Dios, porque la interna la tiene, no se puede aumentar, la tiene infinita. Yo quisiera que nunca perdieis ese espíritu auténtico, que debe animar en todo momento a aquel que trabaja apostólicamente: el amor de Dios, y por ese amor a Dios, amor al prójimo.

29. Obremos por amor divino, trabajemos impulsados por este amor, ofrezcamos nuestros sacrificios y gustos de nuestra vida, sólo por su amor, lleno de gratitud a quien tanto debemos. Porque aunque nuestra vida se consumiese toda en una llamarada de amor, nunca podremos pagar al Señor tanto bien como hemos recibido. El Señor quiere almas que estén muertas, y él las resucita; espíritus flojos, que hace fuertes. Nos seleccionó para ser almas suyas, y nos dio como regalo y don de su misericordia, una llamada de elección de vocación. Esto hay que pagarlo con amor.

30. Las almas que son fieles al Señor, y de esta manera van disponiendo su vida, las almas que son finas y vuelan hacia arriba, éstas tienen siempre la ayuda sobrenatural, la luz del Señor, el fuego del Espíritu Santo. Y la que siente ese fuego del Espíritu Santo, forzosamente arderá en caridad, arderá en amor. Y la que arde en amor, ¿cómo no tendrá fuerza y brío en su voluntad para hacer frente a todo, para salvar incluso las montañas o dificultades mayores que pueden encontrar en su propia vida espiritual, o en la ejecución de su propia vocación?

31. Nadie dará caridad si no la vive. Nadie sacrificará su vida por el prójimo, si primero no ha hecho su

oblación a Dios. De otra forma no se levantará el mundo a un estado mejor; no vendrá la conversión, la felicidad, el bienestar..., no. Estemos bien convencidos de que no es otro el camino. Sólo por Dios podemos nosotros llegar a esas generosidades en bien de los demás; como Jesucristo lo hizo, por amor a su Padre, con la donación completa de su ser, por nosotros y para nosotros.

32. Todos somos hijos de Dios, por la gracia; todos estamos hermanados; todos somos parte de Dios, estamos divinizados por la gracia. Y no puede amarse a Dios sin amar a los demás. Esto es imposible, esto es amar mal. Amar bien es llevar el amor de Dios dentro de nosotros, y difundirlo a los demás; pero por amor de él, con la pureza, con la santidad, de ese amor de Dios. Por tanto, con sacrificio, con abnegación, con generosidad, incluso con la donación de nosotros mismos. En la medida en que nosotros nos damos, en esa medida amamos.

El amor a nuestros hermanos, ese amor a aquellos que conviven con nosotros, de un modo especial hermanados, ha de ser norma de nuestro obrar, de nuestro vivir. Tened en cuenta y recordad esta frase: hay que perderse para encontrarse en nuestra donación a los demás. ¿Cuál es la aspiración de Dios, cuál es su deseo? Unirnos a todos en él. Todo tiende hacia la unidad. Y sólo el amor puede producir esta unidad.

33. Si no fuera por la fuerza del amor a Dios, por la bondad infinita de Dios..., nadie se aventuraría a lanzarse a una vida misional... El misionero vive la vida perfecta de caridad, porque no va a buscar algo que sea para sí; puede hacerlo porque así se salva, porque Dios le dará la gracia de la salvación, pero no sería el

amor perfecto. Buscará las almas para Dios, las buscará por el amor de Dios... Por la fuerza de un amor interior que siente en sí, se lanzará a la conquista de las almas.

Ésa es la misionera que tiene fuerza, que tiene consistencia, que no se cansa, que no vuelve para atrás, porque dentro de ella lleva ese nervio de amor a Dios, esa fuerza interior que la moverá a dar el paso adelante, aunque sea preciso, como un san Javier, morir en la soledad y en el abandono.

34. Sólo el amor obligó a Dios a bajar a la tierra; le hizo descender a la criatura. El amor tiende a la igualdad, a unir. Por eso Dios se hace hombre. El camino de descenso a la criatura es el amor, y el camino de ascensión a Dios no es más que amor. Por eso, la vida cristiana es amar, y no seremos nada si no amamos. Nuestra vida apostólica, sin amor, un fracaso. Los deberes, sin amor, una carga mal cumplida. El que ama todo lo tiene hecho.

35. Llenémonos de Dios. No seamos braseros apagados, ni calefacción sin calor, ni palabras sin hechos, ni ejércitos sin espíritu, ni cristianos sin Cristo, ni conquistadores de almas, sin antes habernos conquistado. ¿Cómo calentar sin fuego? ¿Cómo dar a Dios e infiltrar su amor en los demás, sin tenerlo en nuestros corazones, sentir y vivir su vida? Aprestémonos, sin pérdida de tiempo, a ser útiles a la gloria de Dios.

36. Cada una de vosotras ha de tener su parecer, haciéndolos converger todos en un punto de unión, el punto de arranque, que es el amor de Dios. Éste ha de nacer en nosotros no de una personilla que se quiere imponer, no de un modo suyo que quiera imponerlo a

los demás, no de una envidia..., no de esas tonterías de la vida. No de una represalia, no de que el otro a mí me supere poniendo una luz mayor que la que yo pueda aportar. Bendito sea el que aporte una luz mayor... Lo demás sería un orgullo.

37. Todo el Cristo es amor. El amor únicamente nos explica su vida. Fuera del amor no hallaremos explicación a su venida, a sus actos, a sus sacrificios, a su predicación, a su palabra. Sólo el amor nos puede hacer comprender lo que es Jesucristo.

Si, pues, la vida de Cristo, su imagen, sus hechos todos están envueltos en este amor, ¿por qué la nuestra no ha de ser así, como una imitación suya? ¿Por qué no amaremos más? Y quien diga que no puede, no es cierto, porque siempre hay un crecimiento dentro de nosotros para poder querer con más firmeza, y poder vivir desarrollando la vida de amor a Dios.

38. Llenaos mucho de Dios. Sed, en un mundo de frialdad cuajado de nieve, de indiferencia, hogueras encendidas, que den fuego de Dios y luz de verdad... Ésa es vuestra misión. Y que nunca os parezca dura la vida que habéis de llevar, el control de vosotras mismas. Al contrario, el vencimiento cotidiano que hacemos de nosotros mismos, lo necesitamos hacer todos, para contrarrestar el empuje del mal.

39. Sea nuestra persona, nuestra vida, nuestro pensamiento, nuestro amor, un culto. Pero un culto noble, sublime, fino, hacia Dios, que todo lo merece.

40. Cada una de vosotras ha de tener su parecer, haciéndolos converger todos en un punto de unión, el punto de arranque, que es el amor de Dios. Éste ha de

nacer en nosotros no de una personilla que se quiere imponer, no de un modo suyo que quiera imponerlo a los demás, no de una envidia..., no de esas tonterías de la vida. No de una represalia, no de que el otro a mí me supere poniendo una luz mayor que la que yo pueda aportar. ¡Bendito sea el que aporte una luz mayor...! Lo demás, sería un orgullo.

Confianza en Dios

41. No te retraigan de Jesús tus muchas flaquezas, pues cuando te acercas a él, Jesús entorna los ojos para no verlas.

42. No temamos, si somos fieles a Dios, aunque seamos débiles; pues él es fuerte y hace de lo frío, fervoroso, de lo cómodo, abnegado, de lo manchado, limpio.

43. ¿Cómo os pagaremos, Señor, tanto bien? Qué grande injuria os haríamos si hubiese en nosotros la más tenue sombra de una pequeña desconfianza.

44. Si nos hemos dado a Dios nuestro Señor, ¿por qué temor a perdernos? Dios guardará lo que es de él, si somos fieles a sus gracias.

45. Si Judas se hubiese puesto a los pies de Jesús, implorando perdón, hubiera obtenido misericordia.
¿Todavía podrás desconfiar?

46. ¿Cómo podrá fracasar bajo el peso de la cruz, de las pruebas, de las abnegaciones, el corazón que no pierde el contacto con Jesucristo? Es imposible.

47. Mira cuál ha sido en ti la misericordia de Jesús. No olvidéis las predilecciones de paternal ternura que Jesús ha tenido con vosotras. Esto os ayude a correr, hasta alcanzar los horizontes de virtud, para llevarlos a las almas.

Nada de temores, no temor a la cruz, no temor a Cristo, aunque le veamos con espinas. En él está el secreto de nuestros triunfos.

Y fuera toda soberbia, todo engreimiento..., que todo lo que eres, lo eres por este golpe de misericordia de Dios.

48. No temáis, aunque de momento no comprendáis el porqué del obrar de Dios.

49. La mano del Señor, que ayuda, se acerca cuando nosotros nos acercamos a él.

50. Nuestra confianza ha de estar puesta en aquel que vive en nosotros, en aquel que nos guía, que es el Cristo que debemos llevar en lo íntimo del corazón. La Obrera nunca debe ser desconfiada en su labor, en su trabajo, tanto propio de santificación de su persona, como de santificación de los demás.

Dejad que el Señor obre... Nuestras condiciones personales sirven como un hacha para podar, para hacer crecer, para ayudar... Pero dar la vida no la podemos dar; la tiene que dar lo que fluye de nosotros, lo que damos a Dios.

51. Debemos decir con confianza al Señor: Señor, no nos olvides, que nos has encargado mucho, mucho que cavar y que segar, y que plantar y que hacer; y nuestros brazos no llegan; y, como somos tan débiles,

si no fuera porque nos ayudas con tu gracia, desfalleceríamos. Envíanos, pues, refuerzos.

Y veréis cómo el Señor nos los va enviando sin parar.

52. El Señor que es tan agradecido y premia con gran merced los pequeños sacrificios que nosotros hacemos, no dejará de llevarnos de la mano en nuestro quehacer, en nuestra lucha. Tengamos esta fe de confianza, que si de momento los cielos se presentan nublados, como plomizos, que parece que la luz nunca la vamos a ver más, algún resquicio se abrirá por donde esa luz penetre, nos alumbre, nos dé calor y nos anime para proseguir nuestro camino de fidelidad y de seguimiento de Dios nuestro Señor.

53. Vivid con confianza. Trabajad con humildad. Actuad olvidadas de vosotras, pero siempre de cara a Dios.

54. Cuántas veces nosotros, aun con buena voluntad, queremos imponer la nuestra a la voluntad divina. Ni nos hemos de sentir más fuertes que los otros, ni tampoco hemos de desafiar los peligros, que no nos han de faltar en la lucha, tanto en lo que afecta a nuestra santificación personal, como a nuestra vida apostólica.

Presunción, nunca; confianza en el Señor, siempre; reconocimiento de nuestra debilidad, en todo momento; firmeza interior con la fortaleza divina, en cada instante. Y si él nos anuncia persecuciones, adversidades, pruebas y, a veces, muy duras, no cerremos los ojos para ver en ello el plan de Dios, que tiende a purificarnos, a hacernos más fuertes y buscar más su apoyo y firmeza.

55. Os espera a vosotras, Obreras, muchas tempestades de tribulaciones. ¿Cómo no, si el camino de vues-

tra vida está santificado con la cruz y ha de ser camino de calvario? No temáis, tened confianza; Jesús lo sabe todo, y sabe lo que necesitaréis en cada momento. No os faltará su divina protección, cuando él, que todo lo puede y que con tanta locura de amor nos amó, nos dice: “No temáis, tened confianza, que yo he vencido y con mi gracia también venceréis”.

56. Confiar y actuar. Quien actúa, quien vive según la voluntad de Dios, ése confía, y si de momento viese las cosas un tanto difíciles, siga confiando, que la mano de Dios nos puede presentar la solución en el modo y momento que nosotros no podemos imaginar; pero supone que pongamos de nuestra parte todo lo que dependa de nosotros. La Virgen lleva, sobre su regazo y en sus brazos, la Obra; pero vosotras, trabajad.

Servicio de Dios

57. Estamos para servir a Dios, mis Obreras...

Cuando pienses en ti, cuando pienses en tu vocación, cuando pienses en los trabajos que realices, cuando mires tus sacrificios, tus oblaciones, tus contrariedades, tus penalidades, tus desgarramientos, quizá, de corazón, piensa que es para servir a Dios.

Como el soldado sangra su corazón en el campo de batalla, como el criado suda abundantemente prestando los servicios a su señor, así nosotros servimos a Dios, no por alcanzar una merced, sino por amor, por generosidad, por devolver lo que hemos recibido.

58. La Obrera estará contenta con sólo sembrar a Cristo en las almas. Este trabajar indica que la Obrera no se debe buscar a sí misma.

59. Al decir: la Obrera está dedicada “al servicio de Dios nuestro Señor”, se excluye todo otro servicio como fin, no como medio.

Actuar, es prestar algún servicio, pero prestarlo como si se prestara al mismo Jesús. Por miras humanas, si se hiciese por complacer a una persona, no se habría comportado como Obrera. Ésa es la sobrenaturalización de toda una vida.

60. La Obrera está al servicio de Dios nuestro Señor, y cuando está al servicio de alguna criatura, lo es sólo para la gloria de Dios. Por consiguiente, para cumplir este fin, es necesario que viva en una disposición de continua sujeción y generosa prontitud para ejecutar los deseos del Señor.

Así debe ser la Obrera. Que os llene de santo orgullo el servir a Cristo.

61. El mundo pasa, las personas, las situaciones; lo único que queda es el servicio de Dios.

62. Si el destino de nuestra vida es el Reino de los cielos, como merced a nuestro servicio al Señor, hay que alcanzarlo a viva fuerza, a puño, a trabajo, a rendimiento, a vencimiento, a dominio de la fiera que llevamos encima, a la superación de nuestras propias pasiones; y no para matarlas, sino para dirigirlas todas, como una fuerza, hacia Dios. A viva fuerza, no con contemplaciones, no con programaciones..., no, ¡a viva fuerza!

63. No nos podemos quejar cuando el Señor nos exija... Si estoy para servir a Dios, en todo momento, como Dios quiera, en lo que Dios disponga, allí veré su voluntad. Allí me rendiré. No importa que aquello im-

plique cansancio, humillación, que no hay humillación cuando se sirve a Dios. La humillación está en el orgullo, en no hacer cuanto se debe hacer, en buscar la prestancia, cuando no es digna la persona de buscarla –ni aun siendo digna, la debe buscar–; en querer que los demás le presten ese vasallaje, cuando aquí no hay nadie más que Dios, cuyo vasallaje hemos de prestar, y cuya gloria hemos de buscar. Estamos para servir a Dios.

64. ¿Dónde está el Señor? En todas partes. Está en esta situación, en aquel enfermo, en esta pobreza, en esta prueba, en esta negativa. Está... en tantas partes, y allí tú también habrás de estar con él. Está en todo aquello que diga virtud. Está en la caridad. Está en la sencillez. Ahí está el Señor; ahí has de estar tú también, si le quieres servir. Y le he de servir no como a mí me plazca únicamente, sino como plazca al Señor... A lo humano, no, a lo divino, sí.

65. Nuestra vida de servicio al Señor, bien podemos pensar que es una cuaresma continuada. Cuaresma continuada, porque no hay vida nuestra de santificación que no esté golpeada por pruebas, por tribulaciones, por sacrificios. Hasta nuestros propios trabajos..., sacrificios son que hacemos por Dios... Hay otros más íntimos: los de nuestra voluntad. Rendir la voluntad... ¡Cuánto cuesta! Pero poco cuesta para el que está desprendido de ella, para el que no tiene más voluntad que la voluntad del Señor.

66. A veces se oyen palabras, frases: “Estoy despedido...” ¿Por qué? “Porque yo esperaba...” ¿Esperabas...? ¿Pero es que tú lo hacías por la criatura...? Poco conoces la criatura. Si fuera así, mis amadas

Obreras, yo os digo de verdad: qué poco hubiera hecho yo en el mundo. Y qué poco haríais vosotras también. Buscad, pues, la gratitud de Dios, el contento del Señor. Mirad el rostro de la Virgen, para que esa Madre esté satisfecha y pagada de que tiene una hija que cuando habla, cuando trabaja, cuando hace algo en bien de una criatura, lo hace mirando a ella y por ella.

Nunca aprendemos bastante en la vida, nunca... Sólo la experiencia nos hace aprender las cosas. Los que fueron, mirad, como si no hubieran sido nada; los que pasaron, como si no hubiesen sido; los que son, pasarán, y ya nada serán. Pero seremos ante Dios.

67. En el mundo, lo único que no nos debe dar igual es el servir a Dios. Para él, vivir. Tener preparada la malesta... Cuando no se puede hacer más, orar... Por un lado u otro, aparece la luz. Todas las almas son un campo donde se puede sembrar.

68. La Virgen nos ha enseñado a servir a Dios. De ella se valió la Santísima Trinidad para que viniese la salvación al mundo. De vosotras, Obreras, se quiere valer Jesús para que muchas almas alcancen su salvación y su santificación... Estamos para el servicio de Dios. Ésta es la ilusión de nuestra vida.

69. En el servicio de Dios no hay oficios bajos; todo es noble, todo es grande, todo lo llena de honor, porque, ¿qué cosa más noble que servir al mismo Jesucristo, aunque sea el oficio más oculto...? ¿Qué valemos nosotros frente a él? No hay señorío, mis Obreras; todos somos obreros, todos somos trabajadores, todos somos siervos, con paga del gran Señor, que por amor a nosotros ha querido hacerse trabajador, servidor, obrero.

JESUCRISTO

Dios y Hombre

70. Todo aquel que no afirme, o ponga en tela de juicio –dude– la divinidad de Jesucristo, deja de pertenecer a la Iglesia de Dios, que es la Católica.

71. Cristo es el hombre por antonomasia. Está por encima de todos los pueblos, naciones y razas, épocas y siglos... Es el Hombre universal, de todos los tiempos, y el que todo lo llena.

72. Se habla mucho de Dios, pero de Jesucristo poco. Hablemos a las almas de ese Jesucristo, de ese Dios hecho hombre, de ese Dios que es un trabajador, que es un predicador, que padece, que convive, y que iguala su vida a la nuestra. Porque aún a Dios le podrán negar, pero a Cristo, como no neguemos la historia... De ese Cristo que nos habla de lo eterno, de lo sublime, de lo inmortal, que toda la ciencia humana palidece ante su doctrina... De ese Cristo hay que hablar; a ese Cristo hay que amar y hacerle amar; hay que vivirlo y hacerlo vivir con todas sus consecuencias.

73. Dice Jesús: aquel que por temor dejare de confesarme a mí en la presencia de los hombres, yo no le

confesaré tampoco; le negaré en la presencia de mi Padre. Nos obliga de esta suerte a aceptar, primero; a aceptar y, además, confesar y declarar en toda su integridad, en toda su totalidad, lo que es Jesucristo.

He aquí una obligación de confesión de fe. Esta obligación no la podemos sacudir de nosotros. Hemos de confesar a Jesucristo como Dios y como hombre. Y si sentimos vergüenza de estas verdades, también el Señor tendrá vergüenza de confesarnos como cosa suya delante de su Padre, cuando llegue el momento del juicio. Hoy por él, y mañana él por nosotros... Hay que confesar la doctrina de Jesucristo en toda su integridad.

74. Jesucristo redime al hombre. Une a la persona divina la humana naturaleza. Lo deifica... Ni más se puede humillar, ni más puede enaltecer al hombre.

75. 13 de septiembre. Fiesta del Santísimo Cristo de la Misericordia. Le acompañan dos velas ardientes, mientras el resplandor de la divinidad nimba su rostro humano. Es el Mesías, nacido de la Virgen María. Ostenta el señorío universal, como Dios y Redentor.

A él lo debemos todo en el plano de nuestra existencia y de nuestra salvación; todo en la órbita de nuestro ser, vida y posibilidad de ejecución, lo que fuimos, somos y podremos ser. Amplitud ilimitada de señorío.

Grande es su misericordia, al llamarnos a una vida profundamente cristiana, a una vida de seguimiento y perfección. ¿Cómo? Cerca de él, junto a él, junto a su cruz, para recibir la abundancia de bienes, entre espinas, que derrama sobre nosotros.

¿Qué finalidad movió a Cristo al llamarnos? Ésta aparece clara: constituírnos instrumentos valiosos suyos que lleven adelante la obra de su Iglesia que él implantó en el mundo. Tener en alto la cruz, símbolo de

victoria física y espiritual, esparcir el Evangelio con siembra constante en las conciencias, pregonando a la faz de las gentes la santa locura de la cruz, enseñándoles que la felicidad no se cifra en el gozo, sino en saber sufrir por amor a Cristo que nos redimió.

76. No os podréis sentir elevadas sobre las cosas terrenas, sobre ese conglomerado de cosas que destrozan el interior, si no lleváis el espíritu de crucifixión de Cristo. En nuestra cruz nos hemos de levantar sobre el plano meramente sentimental y humano. Cristo nos ha enseñado el camino de nuestra victoria.

Y quien es clavado en la cruz por amor de Dios, adquiere mayor influencia, mucha más vitalidad.

Cuando solamente os guíe la mirada de Dios, seréis instrumentos de eficiente apostolado. Todo sufrir os unirá más a Cristo.

Encarnación-Navidad

77. Encarnación..., misterio de amor. Dios se hace hombre para salvar al hombre.

¿Qué da? ¿Qué recibe? ¿Qué intenta...? ¿Por qué se comunica a los hombres? Por el amor, por su bondad infinita.

78. Todos hemos de formar, forzosamente, en un frente o en otro. Si contra Cristo, derrota segura; si con él, victoria segura. Es él el más fuerte, el que tiene en sus manos los destinos del mundo. Es él, el Dios encarnado para salvar al hombre, a su Iglesia, al mundo.

79. Señor, has vivido entre nosotros, has dejado tu doctrina, nos has dado tu luz, nos has abierto las puer-

tas del cielo. Vienes aquí a levantar nuestro espíritu, nuestra condición de hombres, para endiosarnos.

Has vivido entre nosotros, has padecido, nos has enseñado, has sufrido, y no te queremos recibir.

Y cerramos nuestra vida, para abrirla solamente a un mundo lleno de apetencias que a veces denigran y rebajan. La ingratitud del hombre puede llegar a estos extremos.

80. Que nunca jamás de ninguna Obrera pueda decirse: "Vino a los suyos y los suyos no le recibieron".

Arcas debéis ser, abiertas, para que entre el Señor. Y en esta entrada, éste es mi deseo: que se produzca un crecimiento de amor, de amor al Divino Salvador, que viene a nosotros para darnos el gran don de la santidad.

Y en esta venida, os habéis de sentir, una vez más, elegidas por él, para que su mensaje de paz y amor, llegue a todo el mundo.

81. "De tal manera amó Dios al mundo que determinó, para ganarlo, dar a su Hijo Unigénito" –san Juan–. ¿Cuándo llegará un padre a amar a un extraño, a un enemigo, tanto como para dar a su hijo único en remisión de ese otro hombre? Así nos amó Dios.

Y ¡qué obediencia del Verbo! Sabe lo que va a sufrir y no retrocede. No hay otra explicación más que el amor. Jesús, purísimo, santísimo, se cubre de la capa de nuestros pecados.

Si Dios así me ha amado, ¿cómo le he de amar? Si así se humilló, ¿cómo me he de humillar? Si así buscó a las almas, ¿cómo las he de buscar yo?

82. El Señor vino a buscarme a mí para darme su gracia, para que me pueda salvar. Y también para algo

más. Con la gracia, me ha dado el desarrollo de la misma, el medio más perfecto de subir al cielo con más rapidez, de vivir con más plenitud de Dios.

83. Qué misterio tan grande de amor en esta venida de Jesús. Ella ha de ser la idea predominante de nuestra preparación navideña: Dios, la grandeza inmensa, por un acto de amor incomprensible a una criatura, de la cual nada o muy poco puede esperar, da ese paso del cielo a la tierra.

¡Señor, que vea y entienda tu finalidad, y me prepare para hacer efectiva en mí tu voluntad divina!

84. No le bastó al Amor Divino ni descender del cielo, ni hacerse humilde trabajador, ni dar sus gracias a los pecadores; quiso más: se complació en dárnoslo... ¡todo!

85. ¿Quién es el que viene en busca del hombre pecador? El mismo Dios hecho hombre: Jesús. Pronto diremos: "Christus natus est nobis".

Viene a darnos la auténtica libertad, la del espíritu, llena de paz y consolación.

86. Un nuevo año, una nueva noche feliz. ¿Será la última? No lo sabemos. Pero sí nos ha de servir para una fuerte reacción, para darnos más al Señor. Nuestra donación sea entera.

Dad, dad, pero de verdad... El que da de verdad, ya no reclama lo que una vez dio, sino que halla satisfacción pensando que lo dio por amor y al Amor.

87. En la noche del Nacimiento, en el retiro de tu casa, junto al sagrario, allí donde estés..., siente la venida de Jesús y experimenta la libertad que Dios viene a darte.

Y esta disposición de las Obreras, forme también el espíritu de la Obra: espíritu de caridad, afabilidad, penitencia, predicación de lo que es Cristo. Y la Obra seguirá dándose a Dios y cantando el gloria a Dios en las alturas y la paz en el corazón.

88. Preparaos para la primera venida del Señor, con un corazón limpio, como la Virgen se dejó preparar. Allí lo hizo todo Dios; aquí lo hemos de hacer también nosotros. Dejaos..., que el Señor os pida. Dad. Es la elección decisiva, dad; dad la conformidad, aunque os pida lo que os pida... Navidad..., momento de alegría, de gozo, pero de elección; de elección profunda, para todos, y de modo particularísimo para nosotros, los que hemos sido llamados con tanta predilección...

La venida del Señor nos avisa, yo diría que nos pincha, a movernos más, a trabajar más, a sentirnos más de Dios, a unirmos más a la Virgen.

89. Jesús viene al mundo para combatir el desorden, el orgullo, la soberbia, la avaricia, los pecados... Viene a unir a todos, paganos, judíos, gentiles, pobres, ricos; viene a hacer de todos ellos unidos, una Iglesia grande y santa... Aquí estaba todo su programa, en su venida.

90. Vísperas de Navidad, de recuerdos tan gratos para todos, y también de nostalgia, de recuerdos de seres queridos, que están en la patria del cielo, ya. Día de Navidad, de la gran familia que somos, prolongación de la familia de Belén, prolongación de la Virgen, prolongación de Jesús. Prolongación, porque llevamos su misma vida dentro de nosotros y, a la vez, para darla a aquellos que a nosotros se acercan.

Día de gozo, noche de paz, pero de paz íntima del alma; y ésta no la hay sino en el que se eleva en amor

sencillo hacia Dios, y sabe repetir como la Virgen: he aquí la esclava. En tus pruebas, en tus cansancios, en tus adversidades, en tus humillaciones, en tus pobreza, en cualquier ocasión de tu vida, que sepas decir: he aquí la esclava... Y nacerán las almas, nacerán para ese Cristo, para ese Dios. Serán el mejor ramo que podemos presentar ante la cuna. Mis Obreras, qué grande es la misión que tenéis confiada. Reconocedla, examinadla, y llevadla a cabo con firmeza. Será vuestra mejor donación ante la cuna del Niño Dios.

91. Así como aquel que está atado con cadenas y sentenciado a morir, siente gran gozo y alegría cuando a él se acerca la mano libertadora, que le va a romper aquellas cadenas que le atan, le va a abrir las puertas de la cárcel, le va a dar la libertad y la vida, así hemos de sentir gozo y alegría, viendo al Señor que viene a librar-nos...; porque estábamos desterrados del cielo, y viene a traernos la libertad. Nos sentimos hijos de Dios, con un porvenir que nadie nos puede quitar ni arrebatar.

92. ¿Cómo hemos de allanar los caminos para la venida del Señor? ¿Cómo nos hemos de preparar? Con una pureza de conciencia, con un alma limpia, con un corazón lleno de Dios, con una vida que tenga ese perfume y ese incienso del sacrificio..., una vida sacrificada, una vida ofrecida a Dios, en holocausto por su gloria divina.

93. Ven, Jesús. Decídselo muchas veces; cuando trabajéis, cuando oréis, cuando sufráis, cuando estéis metidas y hundidas en vuestras grandes labores, cuando os halléis solas, en esos ratos de soledad tan hermosos que necesitamos todos... El mundo ¿qué nos puede dar? Nosotros sí, tenemos que dar, como Jesucristo lo dio. Lo dio todo, lo dio plenamente, lo dio por amor. Y

lo dio por amor, con obediencia. Obedeció encarnándose, y obedeció subiendo a la cruz. Con amor... El amor será, pues, la pauta que guíe toda vuestra vida. Y en la medida que améis, seréis generosas para con vosotras, para con el Señor y para con el mundo.

94. Que el Señor nos encuentre con una gran disposición... Esto es lo que marca nuestra capacidad.

95. Preparaos para la venida de Jesús: Pureza de corazón, humildad de alma, sinceridad.

96. Una luz en el cielo brilla sin igual; la luz es el Niño, el Dios hecho hombre, que ha nacido ya.	Cantemos nosotros en la noche feliz, en que vino al mundo por vía de amor, el Dios de los cielos, el Dios redentor.
—	—
Benditas pajas, cuna de Dios; sois corazones que, con amor, albergáis al Niño, al Niño Dios.	A Belén vayamos, como los pastores, con jarros de mieles, con cantos de gozo, llorando los ojos de fiel gratitud.
—	—
En la santa noche, llena de paz, cantan los cielos la bienvenida al Dios hecho hombre, y a su santa Madre, la Virgen María.	Besemos su cuna, sus pies y sus manos, y a él ofrezcamos nuestro corazón.
—	—
Navidad esperada en que todos cantan.	A Belén corren els bons pastorets; Deu baixa del cel, y ells puchen a Deu.

97. ¿Qué nos trae el Señor en su venida? Nos trae humildad, pobreza, cruces, sacrificios, lágrimas, dolores... Pero nos trae Redención llena de amor, unos brazos para estrecharnos, un corazón para amar, una vida para sacrificarla, un cielo. Esto es lo que nos trae el Señor: un camino de salvación, grande, claro, terminante.

Se nos da en toda su plenitud. Una Eucaristía y una cruz. Es todo un Dios-Hombre que se nos entrega, y se nos entrega no por lo que pueda recibir de nosotras, sino sólo por amor.

98. Misterio de la Encarnación, cómo me enseñas a abrazarme a mi sacrificio para que las almas puedan subir a Dios... Cómo me enseñas virtud y santidad... Misterio de la Encarnación, cómo me enseñas la virtud de la caridad. Dios baja y se iguala con nosotros; por eso se hermana y se une con nosotros; cosas desiguales no se pueden unir; corazones que no aman igual, no se pueden unir. Se ha de hacer la igualdad para que se haga la unión.

99. Todos los misterios descansan en el de la Encarnación: Dios, hecho hombre. Esto es la Encarnación. Ese Dios que aparece en el mundo; una vez hecho hombre, ya puede sufrir, trabajar, enseñar, ya puede darse como hombre.

Por la Encarnación, Dios nos hace suyos. Por el amor, yo haré a Dios, mío. Por la Encarnación, Dios me eleva. Por el amor, yo, desde mi bajeza, subiré hacia Dios. Por la Encarnación, Dios se me da del todo. Amando yo a Dios, me daré del todo a él. No le cerremos las puertas, ni le pongamos valla alguna. Que Jesús obre como quiera.

100. Y Jesús habitó entre nosotros como hombre, y resplandeció su gloria, gloria cual del Unigénito, recibida del Padre, llena de gracia y de verdad. Que la gloria de Dios resplandezca en nosotros por la virtud.

No podemos ofrecer otra cosa que la vida natural sobrenaturalizada, expansión del amor hacia él; la vida humana como escalón para la santidad; nuestra vida humana perfumada de virtudes, como ejemplo para las almas.

101. La santísima Virgen tiene también su intervención en el misterio de la Encarnación, dando su conformidad. Es el instrumento libre del que Dios se vale para hacerse hombre. Ella lo fue, porque lo quiso...

Aprendamos de María a ser fieles a los planes que Dios haya trazado sobre nosotros. Pensad que sois elegidas para que Jesús pueda penetrar en muchas almas. Sois instrumentos, por voluntad de Dios y por consentimiento vuestro. Pero os habéis de preparar y llenar de gracia, como la Virgen, para que el fruto que deis sea santo.

102. El Dios-Hombre va a ser hermano de todos los hombres; va a ser redentor de todos los hombres; va a ser protector y amparador de todos los hombres.

Jesucristo, por la caridad, ha descendido...; como Verbo Divino ha descendido del cielo, y ese amor pide amor.

103. El Hijo de Dios se hace hombre y redime al hombre caído por el pecado. Miramos a Jesucristo y le vemos como una dádiva torrencial de gracias, como explosión de la bondad divina, como la corazonada de Dios. Y Dios se hace hombre. Es fácil decirlo; hacedlo objeto de vuestras meditaciones alguna vez; os des-

lumbraréis... No lo comprenderéis, sólo sacaréis la enorme grandeza de ese amor. Hacerse hombre es bajar, es el camino de la humildad, es el camino de la generosidad: es el abrazo que da a aquello que es tan humillante, que está manchado con la lepra del pecado; lo ha unido a sí. Por tanto, todo el hombre queda santificado; quedamos unidos a él, a su obra de redención.

104. El Verbo se hizo carne... ¿Hasta dónde llegó Jesús? ¿Hasta dónde llegaré yo con Cristo? Dios se empequeñece tanto, se hace tan humilde... Yo, ¿podré rehusar alguna cosa que Cristo me pida? Tengo que hacer lo que el Señor quiere, aunque sea lo más bajo. La que conozca más a Cristo, más pronto se lanzará a lo humillante, porque ahí está Cristo, su victoria, su grandeza, su santidad. Ahí...

105. El Verbo se hace hombre, se abraza con la pobreza. ¡Dios hecho pobre, sumamente pobre! La virtud de la pobreza nace en la cuna de Belén. ¡Cómo se desposa el Señor con ella! Con ella vive y con ella muere. Sed siempre pobres, muy pobres.

106. Ya tenemos muy cerca la fecha en que vamos a conmemorar la venida de Jesucristo. Cuántas veces hemos meditado sobre este misterio inmenso del amor de Dios. Ahora, lo que hemos de hacer es preparar nuestro corazón y nuestra voluntad para recibir esa cantidad enorme, esa abundancia de gracias que Dios nuestro Señor nos quiere conceder con su venida; lo cual exige de nosotros:

1.º) Una fidelidad cerrada en el aprovechamiento de estas gracias. Son tantas que, sabiéndolas aprovechar, nos santificaríamos, con un crecimiento de san-

tividad interior muy elevado. La fidelidad consiste en un modo particular de correspondencia de nuestra vida a estas gracias que Dios nos concede. Es gracia de vocación, es gracia de llamamiento continuo, constante; es gracia de abrir ante nuestros ojos los caminos de la perfección espiritual; es gracia por la que nosotros podemos gananciar aquí en la tierra el tesoro de ese amor de Dios, y en el futuro, el cielo.

Que en su venida Jesús os encuentre muy fieles, muy dispuestas a aprovechar los beneficios que con ese amor divino nos quiere comunicar. No desperdiciéis tanto bien; y en esa noche que ya se acerca, noche de recuerdos íntimos, noche de vibración de espíritu, noche de reconcentración, llena de alegría y de gozo, noche de espíritu angelical que debemos vivir, acordaos en ese momento en que os acerquéis a Jesús en la cuna, de mostrarle vuestra entera y completa fidelidad.

2.º) Preparad el interior con una limpieza de alma, de conciencia. Qué mejor que un alma limpia de pecado. Qué mejor que una conciencia recta, transparente, que no quiere, ni busca, ni intenta otra cosa que la glorificación de Dios y la defensa de los intereses suyos. Qué mejor cuna podemos ofrecer que un espíritu desprendido de las cosas del mundo, generoso, que es la verdadera pobreza, por la que, no atados a las cosas del mundo, nos atamos a las de Dios.

3.º) Espíritu de alegría. Hemos de vivir ese espíritu de alegría, siempre, y más en esos días, en esa noche. Alegría que se manifieste en los cantos. Cantad como los ángeles, la gloria a Dios, y la paz. Ambiente de paz de conciencia, ambiente de paz entre vosotras, ambiente de alegría y de gozo, porque nos sentimos redimidos con los padecimientos y el amor del mismo Dios. ¡Cristo hacia nosotros y nosotros hacia él!

Pero quiero que os prepararéis, además, con el espíritu de unión, del amor. ¡Unión! La unión que debe haber entre los cristianos y, señaladamente, entre vosotras... Una misma alma, es decir, un mismo vivir, interiormente, influenciado por Dios, y exteriormente, en un cauce de apostolado, que vaya produciendo esos frutos admirables de la conquista de las almas.

Que el Divino Infante os conceda en esa noche, el espíritu de unión y de amor entre vosotras, de caridad, de ayuda. Ayuda el pie al brazo, en el cuerpo; ayuda el brazo al pie. Cada miembro de nosotros, aunque sea ínfimo, ayuda al todo. ¿Qué haría la cabeza sin los pies? ¿Qué haría la cabeza sin los brazos? ¿Qué haría el corazón sin los otros miembros? Unos que son más nobles, otros menos, pero todos, en el conjunto, se precisan. Como hay esa unión tan íntima que nace de la necesidad imperiosa que Dios ha puesto en nuestra propia naturaleza humana, así nuestro cuerpo místico, nuestro cuerpo espiritual y nuestro cuerpo vocacional, exige precisamente esta misma unión. La Obrera más ínfima es necesaria a la más alta, y la alta es necesaria a la ínfima. ¿Cómo lo conseguiremos? Con una perfecta unión y amor entre vosotras.

Ésta es la gracia que habéis de pedir en la noche de Navidad. Ya sé que lo vivís. Yo quiero que lo viváis más. Quiero que las Obreras llevéis este distintivo. Jesús viene precisamente a dar al mundo esta lección: unir a todos los hombres en una misma vida, darles en su misma cuna, torrentes sobrenaturales de gracia, la gracia de la salvación, la gracia de la santidad. Y ojalá esto sea como un paso de renovación de vosotras mismas, de renovación de los miembros, y renovación total. Las circunstancias actuales nos impelen a esta renovación. Debemos pensar en ello, porque sin darnos cuenta, vamos aflojando, nos ponemos en camino de

la pendiente hacia abajo y, cuando nos damos cuenta, hemos perdido mucha vitalidad sobrenatural, y hemos mermado en gran manera la energía de la vocación que Dios nos ha dado.

Amor de unión, amor de caridad, amor de compenetración, para que, siendo muchas, vengáis a ser una. Una cabeza, que es Jesús, Cristo, y unos miembros, que somos nosotros, vivificados por esa savia divina, y con un mismo encargo, una misma finalidad: traer muchas almas a los pies de la cuna de Dios, para que le adoren, y para que, al retirarse, se retiren cantando, alabando y agradeciendo a Dios esos bienes espirituales que él comunica, y por los cuales se transforma profundamente la vida del hombre. El Señor nos quiere así. Generosidad, fidelidad para recibir lo que te trae; amor; conciencia limpia, el mejor pañal, la mejor cuna; y un corazón tan enamorado de tu Dios, que puedas decir que allí has encentrado todo el fuego de tu cariño y de tu amor.

107. San Juan es el ángel más que profeta, es decir, el Profeta mayor. Lo extraordinario es, que sin hacer ningún milagro en su vida, tiene un milagro continuado en toda ella, porque milagrosamente nace, milagrosamente habla al nacer, milagrosamente vive penitente en el desierto. Todo él es un milagro continuo. Ha venido a preparar los caminos del Señor.

Y nuestra misión ¿cuál es? Si somos ángeles por nuestra vida espiritual, esta nuestra vida ha de ser como un continuo milagro, por nuestra virtud practicada, por nuestras luchas vencidas, por superar el ambiente del mundo. Éste es un milagro continuado de la gracia en nosotros.

Si somos verdaderamente ángeles por nuestra fidelidad, iremos preparando los caminos del Señor... La

Obrera tiene por misión especial ser ángel, por su vida interior, su vida santa y llena de amor de Dios, por su vida de trabajo, que no es siempre de refinamiento, sino que la mayor parte de las veces es un trabajo de desbrozar, de roturar, de arrancar pedruscos enormes... En todos vuestros actos, pues, mis Obreras, no olvidéis que ángeles del Señor sois para preparar sus caminos de triunfo, mediante la ganancia y conquista de las almas... No vivamos engañados con ciertas ilusiones puramente imaginarias, pero sin que a ellas se ajuste nuestra verdadera actuación.

Acción, y acción por Jesucristo; ésta es la que la Iglesia busca, la que la Iglesia desea... Y los frutos que produzcaís, ofrecédselos al Señor. Que no queden pegados a vosotras. Hacia Dios. A ése, habéis de adorar, a ése debéis amar, a ése debéis defender, a ése debéis glorificar. Yo no soy más que un instrumento...

Hemos de ser anunciadores de Cristo por nuestra vida santa. Hermosísima misión. La tenéis por vocación. Por tanto, sed Obreras. No os digo más, sed Obreras de verdad. Que ese nombre pide santidad y acción.

108. *El mundo no le ha conocido... (Del último Retiro dado por el Padre, el 22 de diciembre de 1974).* Estamos ante un hecho que se recuerda todos los años. El apóstol san Juan, en su evangelio, en el cap. I, nos dice estas palabras: "El mundo no le ha conocido", "Vino a los suyos y los suyos no le recibieron". Es Jesucristo. El mundo no le ha conocido. Cuando uno medita en el sentido, en lo que entrañan estas frases, siente tristeza. Porque el mundo todavía no ha conocido a Jesucristo. Hay tantos que no le conocen, de fuera de la Iglesia y de dentro de la Iglesia... Dentro de la Iglesia, en el cristianismo, muchos, practicando, no han penetrado

en lo que es el Señor. Y no pocos de los que viven consagrados a él, tampoco han logrado esa reflexión profunda, íntima, de lo que es Jesucristo, el Dios hecho hombre...

Es un hecho que contemplamos gozosos: la venida de Jesús. Dios quiere y ordena a su Hijo que venga al mundo, Dios Padre. El Hijo obedece, toma nuestra naturaleza humana. Está en el seno de la Virgen, nace de ella... Y ahí está el Dios hecho hombre, esto que nunca podremos explicar, porque es un misterio tan grande, que le podemos comparar a un mar de amor donde se sumerge la criatura, pensando... Esto basta de por sí para lanzarnos con toda nuestra fuerza e ímpetu de nuestra voluntad hacia él. Hay mandato y voluntad del Padre, hay obediencia por parte del Hijo, y una obediencia que le lleva a la más grande humillación, que es, hacerse de Creador a criatura, de Dios a hombre. Ya Jesucristo no es sólo el Dios, es el Dios-Hombre.

Este misterio es para nosotros la base de todo nuestro presente y de nuestro porvenir. Es el hecho que cambia nuestra vida terrena en vida eterna.

El mundo no le conoció, no le ha conocido. Hablad al mundo, a la gente, de lo que es el Señor, de su entrega, de su donación, de su amor, de la grandeza de esa vida que se nos presenta, de alcanzar la vida eterna, de cambiar esta vida terrena, llena de peligros y de miseria, en una vida de eternidad...; hablad al mundo de esto, ¡no, no comprende!, porque no quiere comprender a Jesucristo, sencillamente. Habladle de cosas de tierra, de lo que queráis, y sí que os comprenderá. Pero no habléis de santidad, no habléis de virtud, del valor de la persona, de la paz, de ese sosiego del corazón, ¡no, no lo comprenderá! No quiere comprender eso, porque necesita despojarse de su voluntad. Necesita aceptar el sacrificio.

¿Y el fin que persigue el Padre al mandar al Hijo a este mundo? ¿El fin que persigue el Señor, al nacer, al venir a estar con nosotros? Ha venido a salvar... He aquí la finalidad que resplandece en la cuna de Belén. Cristo viene a salvar. Salvarnos equivale a decir: viene a darnos su gracia santificante. La gracia santificante es la que da la santidad. A eso ha venido. Y para ello no regatea sacrificios.

Viene a salvarnos a cada uno de nosotros. Y como resultante de esa salvación, de esa santificación, de esa reforma de cada individuo, de este dar la vestimenta de las virtudes que viene a enseñarnos, de ahí resultará la sociedad; resultará una Iglesia santificante y santificada, en sus miembros... Viene a mí. Y lo que yo sea, en parte, influirá en la sociedad, y en parte, influirá en una comunidad, en una convivencia, en un apostolado. No olvidemos que viene a reformarnos a cada uno de nosotros...

Cuando meditéis estas cosas, pensad: sí, para mí grandeza espiritual, para elevarme, para transformarme, para hacerme algo que valga, Señor, has venido. He sido el motivo de tu venida. Tú has nacido para mí. Y naciendo para mí, nacerás para la sociedad, porque yo influiré en la sociedad en cuanto pueda, y daré lo que tú me des. Si me das mucho, yo almaceno mucho, y eso daré... Quien no almacena de Dios, no puede dar a Dios. A esta finalidad todos hemos de cooperar. ¿Cuál será la dimensión de nuestra cooperación a esta doble finalidad, que es mi bien y el bien de los demás...? Hay que tomarla del amor que yo tenga a Dios..., del amor que cale dentro de mí, al mirar esa cuna...

La Iglesia es como una segunda cuna, donde nace el Señor. El Belén se traslada a la Iglesia. Amamos a la Iglesia... El amor a la Iglesia no se mide por el amor a

los miembros. Por tanto, si éstos van mal, nosotros, hemos de continuar queriendo y amando a la Iglesia, como obra de Jesucristo... Es la cuna que Cristo ha dejado, para que allí vayan naciendo las almas, junto al Cristo que nació para nuestra salvación...

El Instituto es otra cuna, como una participación pequeñita de aquella cuna de Belén. También nació aquí el Señor para vosotras. O nacisteis para el Señor. Como una cuna hay que mirarlo, hay que quererlo, hay que amarlo, como un nacimiento a una vida nueva. Esa es la estima que uno debe tener. El Instituto es el Instituto, no es la vida de una Obrera, no... Ésta podrá contribuir más o menos a exaltarlo..., pero le precede el Instituto... La Obrera ha nacido como una rama de ese grande árbol...

Vamos a conmemorar ya muy pronto la venida de Jesús. La cuna pronto estará ante nuestros ojos. Con tristeza tendremos que repetir: "Señor, el mundo no te ha conocido. Pero te querrá conocer. Los tuyos no te han recibido..." ¡Qué triste es esto! Los tuyos..., los que tú has venido a buscar, por los que tú te has sacrificado, en los que has volcado el torrente de amor... No te han recibido. Y es verdad.

Como palabras de mitigación, ¿qué podemos ofrecerle? Renovar el ofrecimiento, siquiera rápidamente, en el profundo del corazón, con una mirada: "Señor, que te conozca cada vez más, que las almas comprendan más lo que tú eres, lo que tú quieres, lo que tú significas... Señor, si los tuyos no te han recibido, míranos a nosotros, siquiera uno, dos, cuatro..., tuyos..., por esa total entrega, que bien mereces que se haga por ti. Sí, te hemos recibido, te recibiremos cada vez más hondamente, en nuestro corazón, como la única esperanza que llevamos en la vida y que no perdemos nunca hasta la hora de nuestra muerte. ¡La espe-

ranza! El nacimiento... a una vida de eternidad. Que los tuyos, tus Obreras, sí que te han recibido”.

Que no pueda decir de ninguna de vosotras que le habéis cerrado el corazón, que le habéis cerrado el alma, que habéis dado el no. Nunca. Pedidle con fe la fortaleza que necesitáis para permanecer en vuestro puesto de fidelidad.

A renacer, pues, en esa noche bendita, con gozo en el alma, y con cánticos en vuestros labios, que sean una exaltación de esa paz, de ese bienestar y de esa felicidad que Dios da a los que son y quieren ser suyos.

109. Las Obreras de un modo particular se han de mostrar fieles a los dones de Dios. No desperdiciéis ningún bien. Y en la noche de Navidad, noche de recuerdos íntimos, de vibración de espíritu, noche de reconcentración, llena de alegría y de gozo, acordaos en el momento en que os acerquéis a Jesús en la cuna, de mostrarle vuestra entera y completa fidelidad.

110.	Feliz noche ésta en que Dios nació. La cuna es palacio del Redentor.	Mientras él sonríe los ángeles cantan. El gozo me inunda, es gozo de paz.
-------------	---	--

Los ángeles cantan
la gloria de Dios.

Eucaristía

111. “Al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno” (*Flp 2,10*).

¿Y no ante la presencia real, verdadera, sustancial, de Jesús en la Sagrada Eucaristía?

Se le adora como a Dios Creador y como a Dios-Hombre Redentor, en el interno de nuestro corazón, pero se exterioriza la adoración, doblada la rodilla.

Mas..., corremos tiempos en que proliferan los palos enhiestos, que se limitan a mirar, sonreír e inclinar ligeramente la cabeza... ¡Y hasta el infierno dobla su rodilla!

Amor a Cristo

112. El amor de Cristo es el que hace que lo demos todo. Ser todo para todas.

113. Al Señor hay que recibirle del todo, con su gracia, con su modo de santificación, con sus pruebas, con sus alegrías, con su cruz, con su victoria. Hay que recibirle como se nos presente, pobre o rico. El Señor es como él es y no como nosotros queremos que sea.

114. No dejes que tus potencias se adormezcan. Aguijón del espíritu, es el amor de Cristo.

115. Hacia Jesucristo hay que encauzar el pensamiento, el deseo, el corazón, la vida, el trabajo, el apostolado, todo.

La vivencia de la gracia nos exige una tendencia, un esfuerzo, un encaminar toda nuestra vida hacia aquel que por nosotros murió y ha resucitado.

No podemos trabajar ni vivir buscándonos a nosotros mismos, para engrandecernos en la alabanza, en los cargos, en lo económico, en lo que sea, ni para otra persona, ni para el qué dirán... Vivir para la gloria de Dios, solamente, para engrandecer la obra de Jesucristo, que es la atracción de las almas hacia él.

116. El amor de Cristo nos urge, nos impele, nos obliga, nos acucia. "Charitas Christi urget nos". Recordadlo muchas veces, cuando os acerquéis al sagrario, cuando habléis entre vosotras. El amor del Señor nos urge, nos está dando aldabonazos, nos impulsa a correr, a trabajar, a santificarnos, a dar, a rendir... Es como el despertador espiritual.

Bendita voz de san Pablo, que como un eco del amor de Jesucristo, constantemente oímos. El amor de Cristo nos exige. Y ante esa exigencia no hay más que bajar la cabeza, y caminar cada vez más aprisa, con más urgencia, para que podamos cumplir plenamente nuestra misión.

117. Mi deseo es que llevéis en vuestra vida, como parte de vuestro programa, o si queréis, totalidad de vuestro programa, estas palabras de Jesús: "He venido a incendiar el mundo con un fuego de amor, de caridad..." No pudo enseñar más que amor a todos, unión a todos, caridad a todos.

Enseñad a las almas a amar a Jesús; enseñadles esa ciencia sencilla. Que se forjen cerca del sagrario, a los pies del Crucifijo... Y que esa caridad se desborde en el trato con todos.

Esto es apostolado, esto es contribución a la obra de Jesucristo, esto es vivir puramente el espíritu de Cristo.

118. Vuestro corazón que sea el frasco que rompáis cada día a los pies del Señor, y más en estos tiempos de pecado. En los momentos de persecución de Cristo, entonces, es cuando este amor de Dios ha de subir más alto.

119. La Obrera, esencialmente, es una continuación de aquellas bocas que hablaron de Cristo, de aquellos

corazones inflamados, que se lanzaron a quemar el mundo en el fuego divino.

No perdáis nunca en vosotras el fuego; fuego de ideal, fuego de interés, fuego de esperanza, fuego de saber superaros a vosotras mismas. El alma que lleva ese fuego, nunca abate sus alas.

Si es preciso luchar contra las pasiones, lucha; si es preciso arrancar de sí y de raíz, de cuajo, algo que le impida volar en su misión de apostolado, lo arranca; cualquier impedimento que se le ponga por delante, lo allana. Este fuego de amor debéis llevar dentro de vosotras.

120. Cristo crucificado será siempre para nosotros el símbolo de la inmolación de nuestra vida. Ni un momento nos hemos de separar de él. Nuestra mirada, nuestras acciones, nuestros planes, nuestras actuaciones, nuestras alegrías como nuestras tristezas, nuestros triunfos como nuestras derrotas, nuestras victorias como nuestros fracasos, las alabanzas como los desprecios, todo ha de constituir una ofrenda, que sepamos ofrecer con alegría, a aquel que pasó por estas derrotas, por estos goces, por estas persecuciones; a aquel que nos ha enseñado el único camino de vencer al mundo.

121. Eres solamente una portadora de la voluntad del Señor, de su doctrina santa... Nunca os constituáis en vosotras como la misma verdad. Andad con mucho cuidado en ello. Que siempre podáis decir: no soy yo, es Cristo quien habla en mí. No soy yo quien piensa, es el Señor quien piensa en mí. No es mi corazón el que dispensa su amor, es el amor de Cristo dentro de mi corazón, que se escapa hacia fuera.

122. Jesucristo es la única luz verdadera, constante, inmutable, de toda verdad. Y alrededor de ese foco hemos de conformar toda nuestra vida, la interior y la exterior. No puede discurrir nuestra vida, tanto social como interna, civil como religiosa, no puede discurrir más que por el cauce establecido por Jesucristo. La Obrera, como el santo, no puede nunca cerrar los ojos ante ese faro. Cuando no estamos iluminados por esa luz, vamos al precipicio. Guiarnos con nuestras propias fuerzas es una equivocación. Nuestra razón es muy limitada. Necesitamos que, por encima de las tinieblas de la vida, tinieblas engendradas por el error, el vicio, la malicia del hombre, el apego a las criaturas..., una luz potente alumbré nuestros caminos, para que podamos llegar rectamente a conseguir nuestra finalidad suprema, que es el cielo, que es Dios.

123. Se conmovió la tierra cuando Cristo en la cruz alcanzó su máximo triunfo. Se conmovió al sentir el gran peso de su poder que por medio de la cruz se asentaba sobre el Calvario.

Se conmovió el corazón de Cristo al ver a la humanidad... Se conmovió de amor Cristo, al ver al hombre, y lo dio todo... Pero también se conmovió de amor a la Virgen... Dos miradas que se cruzan: Cristo y su Madre...

Y si la tierra se ha conmovido, ¿cómo el corazón humano no se ha de conmover ante la visión de Cristo crucificado...? Estremeceos de gratitud, de amor a ese Cristo que os ha salvado y os ha engendrado a una vida nueva...

En ese día de la Exaltación de la Cruz, caed de rodillas ante él, para ofrecerle el corazón... ¡Qué día más hermoso! Día destinado al Señor. Es el día del Cristo, el día de vuestro amor a Cristo.

MARÍA

Excelencia-Misión

124. Gloria a la Virgen María, llena de gracia. Gloria..., Madre de Cristo. Gloria..., Esposa del Espíritu Santo. Gloria..., siempre virgen. Siempre Virgen y Madre de Dios.

125. Llena de gracia, de santidad... Inmaculada. Es la más grande... La más bella... No se puede concebir otra criatura, después de Jesús, más grande que María.

126. Si en nosotros, dice san Bernardo, hay algo de esperanza, de caridad, de salvación, lo hemos recibido de la Virgen. Ella es el sol y la estrella de nuestra existencia... Es la vía real por la que Cristo viene a nosotros, y por la que nosotros debemos ir a él.

Bien se le pueden aplicar estas palabras del Eclesiastés: "En mí están todas las gracias de vida y de verdad". De vida, porque a ella toca procurar que la gracia de la salvación llegue a todos los hombres; de verdad, porque a ella toca cuidar de la Iglesia, de la que es reina; vigilar y guiar la nave de la Iglesia que navega en el mar de la sociedad humana, y que es depositaria de nuestra religión, para que difunda por el mundo sus rayos de luz salvadora, y lo penetre todo.

Donde penetra el espíritu religioso, hay vida..., vida en la verdad, vida en la justicia, vida en la caridad.

127. A ella le ha reservado la fecundidad espiritual.

128. El cielo es nuestra patria... Éste será nuestro premio, si imitamos a la santísima Virgen.

Ella, por su virginal pureza, llena de gracia, incorrupta en cuerpo y alma, y sin padecer las negruras del sepulcro, asunta a los cielos. Nosotros, hemos de ascender con las alas de la castidad; unos, con las alas de la virginidad, y todos, con las alas de la castidad, cuya observancia obliga a los solteros como a los casados, según su respectivo estado...

Ella asciende revestida de los resplandores del sol. Nosotros ascendemos revestidos de los resplandores de la gracia divina en el alma.

Ella asciende con la aureola de una maternidad cumplida hasta el mayor holocausto de su corazón, dejando tras sí la huella imborrable de una vida ejemplarísima. Nosotros, subamos cada día hacia nuestro destino eterno con la aureola de nuestras obligaciones fielmente cumplidas: obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos.

Y en este cotidiano vivir y ascender, acojámonos a su manto, cultivemos su devoción, grabemos su recuerdo en lo íntimo del alma; supliquémosle, pidámosle, roguémosle como a Madre y Señora, como Mediadora y Reina gloriosa, que tiene en sus manos el destino de las almas y de los pueblos, que nos ayude en las muchas pruebas y azares de nuestra vida; que nos asista en la hora de la muerte, y nuestro momento último sea un tránsito de la tierra al cielo.

Pero lo hemos de merecer con nuestra virtud probada, con nuestra fe viva y práctica, con nuestra fide-

dad a Dios, con nuestro amor a Jesucristo y a la Virgen, arraigados profundamente en el corazón... No hay victoria sin lucha; ni tendremos cielo sin sentir antes los pinchazos de las espinas de la tierra... Sí, vamos camino del cielo donde nos espera la Virgen, y allí se consumará nuestra esperanza, y nuestro gozo será pleno...

Desde el cielo donde moras en cuerpo y alma, junto a tu Hijo Divino, oh Madre amada, protégenos; desde el cielo, donde estás glorificada, oh Reina única y universal, gobiérnanos y ruega por nosotros; desde ese cielo, donde brillas más que el sol, oh Virgen fecundísima, bendícenos...

Como Reina de los cielos y de la tierra, tan cerca de Dios, en trono tan sublime, no nos olvidéis.

129. Constituís un ejército aguerrido, una voluntad unida, un algo irrompible, pero todo se lo debéis a la Virgen, porque humanamente no lo podemos explicar. Mi esfuerzo, con ser mucho, poco puede producir. Miradlo siempre como fruto de Dios, como algo que viene de arriba. Es la Virgen.

130. Jesucristo preparó a la Virgen para hacerla receptáculo suyo. Inmaculada, sin pecado. Una mujer... Sí, una mujer, como otra, humilde, sencilla, pobre; pero eso no quita dignidad, no quita realeza, no quita hermosura, no quita belleza del alma, no quita grandeza del corazón... ¿Es que para ser grandes en el mundo, hay que tener títulos, millones, hay que tener cosas? No... La grandeza está dentro del corazón. Es la nobleza, la generosidad, la correspondencia a Dios, la fidelidad, el amor a Dios.

131. La Virgen María en razón de sus privilegios, de sus dones, de sus gracias, de su santidad, de su

misión..., no es una mujer cualquiera. Es la Mujer por antonomasia. Como Jesucristo es el Hombre, que ni es judío, ni griego, ni de aquí, ni de allá, sino que es del mundo, del universo, es el Hombre. La Virgen es la Mujer, la Madre, la Virgen. La Mujer, con razón de universalidad espiritual. La Madre, que nos engendró al pie de la cruz... Somos hijos suyos. Esto no le cabe a ninguna mujer. Podemos decir que es la Virgen. Es supervirgen, supermadre, supermujer; es el ejemplar universal de la mujer; el ejemplar universal de la madre; el ejemplar universal de las vírgenes... La grandeza de la Virgen nunca la podremos comprender.

132. La bienaventuranza de la Virgen es toda por ser Madre de Jesús. De modo que si estamos unidos con Jesucristo y éste es inseparable de la Virgen, ¿cómo podremos trabajar sin estar influenciados por ella? Si, pues, hemos de formar un todo con Jesús, trabajar y cosechar con él, a la fuerza lo hemos de hacer unidos a la santísima Virgen.

En vuestro apostolado, en vuestra vida de caridad, en vuestro trato íntimo, en la acción exterior que realicéis, no olvidéis nunca, mis Obreras, el cantar la gloria a la santísima Virgen. ¿Acaso no sabéis por experiencia que la Virgen es, en vuestro apostolado, en vuestra vida particular, la fuerza oculta, misteriosa, que os mantiene y hace producir vuestra acción?

133. Vuestra vida ha de estar marcada por la acción de la Virgen sobre vosotras, de tal manera, que forméis con ella como un solo corazón. Que toda vuestra acción sea la acción de ella. Que todo vuestro vivir esté impregnado de ella. Ni se va a Jesús sino por la Vir-

gen, ni se llega a la Virgen sino por el Señor. Son dos amores que se complementan, son dos vidas unidas, son dos vidas sacrificadas en la cruz, en el Calvario.

134. La santísima Virgen está en el cielo junto con su Hijo, como Emperatriz del universo, como Reina y Señora de toda la creación. Desde allí, Madre mía, ruega y pide por tu Iglesia, tú que eres su Madre. Pide y ruega por nosotros, que somos tus hijos.

135. Jesucristo ha venido para formar de todos una Iglesia grande y santa. Y la Madre de la Iglesia es la Virgen, santísima, purísima, vencedora. Y como vencedora..., no pudo nunca jamás estar manchada por pecado alguno; de lo contrario, hubiera sido vencida por el poder satánico. Ella es la vencedora, nace venciendo, sigue venciendo, y acabará venciendo.

Que esto os lleve a sentir una presencia de la Virgen en vuestra vida, unidas siempre en vuestro trabajo, en vuestro cariño, en vuestro afecto, en vuestra donación a Jesucristo, su Hijo.

136. La Obrera que conciba una vida espiritual llena de amor, pero tan pacífica que la viva únicamente para ella, habrá concebido una vida de santidad en un plan egoísta. Como si Jesucristo hubiese vivido su vida aquí para él. La vivió para nosotros. La Virgen también la vivió para nosotros. Por eso la llamamos la primera Obrera. Vivía para la conquista del mundo. Y ella, a la cabeza de los apóstoles, empezaba su trabajo apostólico animándoles, siendo su brazo derecho, su luz, su palabra de estímulo y de aliento. Con ella delante, se empieza a establecer ese gran reino de las almas en el mundo.

Virgen de los Dolores

137. Madre del Divino Mártir, que tus acerbísimos dolores, hagan brotar en los zarzales de este mundo de pecado, flores bellas de virtudes cristianas, de conversiones de almas, de enamoramientos divinos, de heroísmos santos, de generosidades cuyo remate sean vidas de juventud inmoladas por Cristo.

138. De dolores la corona
orla tus hermosas sienes;
son las almas tu tesoro,
son ellas todos tus bienes.
Hoy la gloria te corona,
y te proclama Patrona
de los cielos, la más bella,
el relicario sagrado,
donde está nuestro tesoro,
que, con devoción, yo adoro.
Suenen la palabra aquella
que tú escuchas con agrado,
siempre muy dulce al corazón:
¡Madre! ¡Madre!
pues nada veta a la razón
con nuestro querer, amarte,
y, gozándonos,
llamarte ¡Madre!

139. La Virgen ha escogido en sus dolores, en su fecundidad del sacrificio, a sus Obreras, como ángeles.

Dios os ha enviado a la tierra para cantar en cada momento, en todas partes, vuestra salutación llena de cariño filial... En cada corazón de Obrera ha de haber un altar donde la Virgen reciba este culto.

140. Y cuando una Obrera da un paso más adelante, y va derramando sus gotas de sudor y consumiendo sus años oculta y públicamente, y se inmola en el altar como otro Cristo, para la gloria de Dios y glorificación de la Virgen, esa Obrera, justa, santificada, se parece a la Virgen.

Vuestra juventud, vuestro talento, vuestro cuerpo, vuestra alma, vuestro presente, vuestro porvenir, todo está ofrendado como una flor rodeada de espinas en el regazo de la santísima Virgen de los Dolores.

Como ella, ante Cristo supisteis un día hacer la oblación; y el Señor no olvidará vuestro sacrificio. Pensad que ha sido aceptado.

141. Fija, como una roca al pie de la cruz, como estatua del dolor, su amor la tiene clavada en la cruz, mientras sus labios van repitiendo aquel sublime fiat... ¡Cúmplase tu voluntad! Martirio éste indecible, soportado con tal entereza que sólo la grandiosidad del amor a su Hijo la puede explicar.

Su vida se desliza toda, en este destierro, en un camino ascendente de oblación y sacrificio. Ni le faltó pobreza, ni le faltaron preocupaciones; ni ahorró trabajos, ni dejaron de llorar sus ojos, ni hubo penas del cuerpo, del corazón y del espíritu, que no fuesen yunque en el que esta Virgen maternal, no fuese probada. Es una vida inmolada, junto a su Hijo, por el bien nuestro.

No puso obstáculos al cumplimiento de la misión redentora de su Hijo... Sacrificó el vivir en su compañía; sacrificó su corazón, que, en un momento, pareció que nos amó a nosotros más que a Jesús, puesto que de él se desprendió para nuestro rescate y salvación. ¡Grande y sublime corazón de Madre, a la que ninguna otra pudo igualar en generosidad y en grandeza de desprendimiento y donación!

Si hay generosidad en el mundo de las almas, fuera de la de Jesucristo, ninguna se puede parangonar con la de la santísima Virgen... Lo dio todo para salvarnos a todos...

Honrad a la Virgen con pompa y solemnidad, como expresión de vuestra gratitud y amor, como reconocimiento de la grandeza de esta Madre divina, tesorera de todas las gracias.

142. ¡La Virgen! Es vuestra Madre. Es mi Madre... La que puede, la que me quiere, la que me guía, la que habla por mí, la que me sostiene, la que me salva, la barquilla que me llevará hacia Dios. ¡Mi Madre!

Esta palabra suene allá muy hondo en vosotras, y quede tan grabada que, con frecuencia, vuestros ojos, vuestra mirada, vuestro porte, vuestra palabra, vuestra acción, repita como un eco esa dulcísima palabra: Madre mía, al pie de la cruz, llorosa, entregándote a mí, eres mi Madre. Y como Madre te venero, te quiero y te amo.

143. Mujer, éste es tu hijo. El hombre ha recibido a la Virgen como Madre suya. Nosotros la hemos recibido como Madre espiritual. Como Madre, nos ha introducido en un camino vocacional de grandeza. Como Madre nuestra, ocupa lo mejor de nuestro corazón, llenando las ambiciones de nuestra vida, ilusiones, trabajos... Es la que impulsa nuestros labios, sembradores del evangelio de Dios.

Es todopoderosa, todo lo puede. Da confianza, una confianza de hijo a Madre, una confianza que brota de la intimidad del corazón, una confianza que asegura... Nos ha trazado las huellas de nuestra vida. No la dejemos, no la dejemos nunca. Nuestra devoción sea firme, cada vez más honda, más grande; sin María no va-

mos a ningún sitio... Con su mirada dulcísima, cuántas penas quita, cuántas veces conforta nuestra debilidad.

En su día, todos unidos, formemos un solo corazón, del que brote una única oración, potente, generosa, a los pies de nuestra Madre, la Virgen... Que nos cubra en cada momento, que nos haga una cosa suya; sólo ella lo puede hacer, porque tiene todo el poder de Cristo en sus manos, es la Madre de Cristo-Jesús. Entreguémonos a ella, en esas horas de gracia, para ofrecerle, juntos, un amor que nace de corazones que le aman, de corazones que quieren de verdad, no pompas de mundo, no cosas externas, sino más que nunca, un acercamiento íntimo de hijos a Madre. Bendícenos.

144. ¿Quién ha empezado nuestra Obra? El Señor, como todas las cosas. Pero, ¿quién ha sido la promotora que ha impulsado el corazón de Dios...? La Virgen. Bajo su mediación, su inspiración, su guía, un día se empezó esta Obra...

La Virgen es Madre nuestra de modo especial, porque la Obra ha nacido a su calor; y ha ido creciendo en su regazo...

Nunca apartéis la vista de la Virgen... Todas las Obreras la lleváis grabada en el alma... Los hijos buenos han de ser la corona de sus padres. Y ésta ha de ser vuestra corona de gloria: amar a la Virgen, ser hijos de verdad de ella, honrarla, vivir junto a ella, buscando la vida de santidad... Eso es lo que nos pide... Habéis nacido por ella, y os ha de querer. Sed hijas fieles, que nunca empañéis su gloria... Todos, y yo el primero, bajo el manto de la Virgen: ¡Madre mía!

145. Mirad a la Madre de la esperanza, mirad a la Madre, la Virgen de los Dolores; y por grande que sea

la tormenta que tengáis que pasar, interior o exterior, mirad siempre esos ojos que os contemplan tan maternalmente.

Ruega por nosotros, Virgen Dolorosa, para que seamos muy fieles a tu Hijo Jesús, para que respondamos a la gracia divina...

Sé siempre la Señora que manda a sus Obreras, la Madre que protege, que cuida, que ampara a sus hijas las Obreras.

146. La Virgen al pie de la cruz, y con ella, san Juan. Allí estaba la Virgen, no para disuadir al Señor de que bajase de la cruz, no, sino para animarle, para estimularle, para aceptar y cooperar, asumiendo aquel sacrificio de su Hijo, y ser Corredentora con él, para la salvación de las almas.

Jesús le dice a Juan: "Ahí tienes a tu Madre". A vosotras os dice: Obreras, ahí está vuestra Madre, os la doy. ¿Cómo la habéis de tratar? Como Juan. La habéis de hacer objeto de vuestros pensamientos íntimos, la habéis de llevar bien hondo en el corazón; os habéis de preocupar de su gloria, de que la amen, de que le recen, de que la quieran.

Amor a la Virgen

147. No sé qué tienes, Madre mía, que quien te mira, no deja jamás de mirarte, y quien te quiere, nunca deja de quererte, y aunque se aleje, siempre lleva dentro de sí, un recuerdo hondo, que nunca más puede olvidar.

148. La Virgen es nuestra promotora, la que nos impulsa y nos guía... El secreto de nuestro triunfo es,

aparte de la gracia de Dios –llevar a Cristo en el interior–, precisamente esa fe, esa confianza, ese querer que la Obrera siente hacia la santísima Virgen.

Y cuando sentimos ese amor a la Virgen, entonces, ya podemos andar seguros, porque sabemos que el triunfo es nuestro, definitivamente.

149. La Virgen es la esperanza de la Obrera... Cuando vas a trabajar, cuando estás haciendo tu labor, cuando vas a tu apostolado, cuando sientes tu pena, cuando sientes la fatiga del cansancio, cuando parece que nadie nos ayuda, una mirada a la Virgen, infundirá la esperanza en el corazón.

150. La Obrera nunca puede vivir separada de la Virgen. En el momento que de ella se separase, que de ella se alejara, habría perdido ya el punto de apoyo, la sombra de auxilio, la muleta que la sostiene... Todo florece cuando la luz de la Virgen aparece... Todo florece cuando su mirada se vierte sobre nosotros. Todo florece cuando nosotros nos acercamos a ella.

151. Tengo la seguridad de que la Virgen va con vosotras; de que ella es la que abre el camino, la que mueve los pueblos, la que suscita ese deseo de Dios en las almas. Y cuando vamos con ella, ¡quién nos podrá vencer! ¿Quién podrá contra nosotros? Ella es la manifestación del poder de Dios... Bendecimos al Señor porque en la Virgen ha manifestado toda su potencia, y por ella ha vencido a todos los enemigos... Ella va con vosotras de aquí para allá. Yo siento gozo y alegría, cuando sé que en vuestro apostolado y en vuestra acción os acogéis a ella fuertemente.

152. En el apostolado, fiad en la Virgen, confiadlo a ella... Abrirá vuestros labios, iluminará vuestra mente,

caldeará vuestras palabras. La propagaréis... Ella pide, ella ruega... Llevémosla con nosotros, que si naufraga el mundo, con ella no podemos naufragar. Si el mundo no nos escucha, es que tampoco escucha a la Madre de Dios. Y si el mundo no nos quiere, es que tampoco quiere lo que anima todo nuestro vivir: la Virgen.

153. ¡La Virgen!, donación excelsa de Dios, para que por nosotros interceda y nos alcance la gracia, eleve las penas de nuestro corazón; para que endulce nuestra vida, para que nos anime... ¿Quién no se podrá, no salvar, sino santificar, empleando bien el amor a la Virgen, imitándola, acogiendo a ella...? Todo lo conseguimos por medio de ella. No hay nada en la vida del alma, que no nos venga por manos de la Virgen. Es el medio que nos conduce a Jesucristo. ¡La Virgen! Don preciosísimo que tenemos, que está a nuestro servicio, como una madre buena está al servicio de sus hijos.

154. Lo que más agrada a la Virgen no serán las cosas externas que nosotros podemos ofrecerle, si éstas están vacías del cariño, si están vacías de un amor interior. Mas cuando estas cosas externas con las que la honramos están impregnadas de amor, entonces sí que llegan al corazón de la Virgen y nos unen a ella. Amémosla, y por amor conseguiremos tantísimas gracias, como los hijos, por el amor, arrebatan el corazón y hacen que las madres abran sus manos, para que derramen sus dones y les concedan sus peticiones.

155. ¡Cómo amó Jesús a la Virgen! Ardientemente la quiso el Señor, por ser su Madre, por ser instrumento de cooperación en la Redención, y por su virtud... ¿Cómo hemos de amar nosotros a la Virgen? Por ella

nos ha llegado la Redención, y la vida espiritual que vivimos. La amaremos siguiendo el ejemplo de Jesús. Amar la virtud en ella, su pureza, su grandiosidad.

156. El amor a la Virgen que sea algo que se os meta muy adentro, que sea algo tan vuestro que cree una necesidad en vuestra vida, que sin él no podáis vivir. Sin ostentaciones; que sea algo más que tener una medalla. Ella es la que os ha de tirar siempre hacia el Señor, y os ha de sostener en los momentos de fragilidad.

157. Unión con la Obra. Para conservar este cariño a la Obra, este querer lo vuestro..., porque el que no quiere lo suyo no quiere nada, os ayudará en gran manera el trato con la santísima Virgen. Querer a la Virgen, tratarla, y no querer a la Obra, es difícilísimo, imposible; porque es algo nacido de ella. La Obrera que disminuye en el amor a la Virgen, disminuye en el amor a la Obra. La Obrera que va perdiendo el amor a la Virgen, va perdiendo el amor a su vocación. La Obrera deja de ser Obrera cuando en su corazón ha fallado o ha fenecido el amor a la santísima Virgen, el trato con ella; ese trato de presencia, de intimidad, que hemos de tener, como de hijo a Madre. La Obrera ha de poner toda su confianza, toda su consistencia, en la Virgen, puesto que por sus manos pasan todas las gracias que Jesús comunica. Íntimamente unidos al Señor, pero íntimamente unidas también a la Virgen, en cuyo seno habéis de procurar vivir. Que no os falte, pues, vuestra oración a la Virgen.

158. La vida profunda de fe y confianza en Dios, ha de ser como un distintivo de vuestra vida de Obreras. Y traslademos esta fe y confianza a la santísima Vir-

gen. En todos vuestros apuros, recurrid a ella y saldréis brillantemente. Confiad en la Virgen, la Madre, a la cual lo debéis todo.

159. No echemos en olvido nuestros deberes para con la santísima Virgen. ¡Su título de Madre! De ahí surge para con ella nuestro amor y confianza... Contacto con la Virgen, lleno de la mejor compenetración filial.

160. Vuestras dos alas para volar muy alto, son el amor íntimo, profundo, sentido, en vuestro corazón, hacia el Señor, y el amor respetuoso y agradecido, de hijas, a la santísima Virgen. Demos gracias a la Virgen, nuestra Madre, porque nos abrió el camino, no sólo de salvación, sino de toda nuestra grandeza espiritual.

VIDA SOBRENATURAL

21

Santidad

161. Qué hermosa es tu vida desde que tomaste como programa de toda ella alcanzar una alta santificación.

162. En nuestra elección de las cosas, personas, actos, oficios, etc., acertaremos siempre, si nos inclinamos por lo que juzgamos ser más del agrado de Dios y bien de nuestra alma y de las almas.

163. Sí, tú vales más; tienes un valor que está por encima de todos los mejores placeres que el mundo te puede dar. Tienes un alma, y con tu vida inmolada, puedes alcanzar la santidad.

164. La única tristeza verdadera es la de no ser santos.

165. Para que nuestros actos de piedad sean referidos a Dios, se necesita, primero, que sean conformes a la voluntad de Dios; segundo, que con ellos glorifiquemos a Dios, y tercero, que con ellos nos santifiquemos, y de rechazo, glorifiquemos a Dios. En concreto, como norma general, en todos nuestros actos, hemos de te-

ner una mirada hacia Dios, aunque sea una mirada vaga, para que tenga esa referencia hacia él.

Si no, la santidad sería egoísmo. Hemos de mirar a Dios, como guía que dirige nuestros actos, viviendo siempre con ese encentramiento de él en todo, aunque no lo advirtamos de momento. Nada hagamos que no se refiera a Dios. Con esto se quita la vanagloria, la tonta satisfacción.

166. La imitación del Señor es obligatoria para todo cristiano, y para nosotros, más. Todos los días de nuestra vida debemos copiarle con el pincel de la voluntad, como copia un pintor un paisaje con el pincel de su inteligencia... Estudiar, tratar al Señor en la oración, leyendo las Escrituras, mirando sus hechos, estimando el sentido de sus palabras.

167. Sed muy fieles a Dios. Santidad, pero a secas, fuerte y viril, basada en el amor a Cristo y el cumplimiento del deber.

168. Las criaturas con su mudo silencio y con su habla callada, nos empujan hacia la santidad. Esa florecilla con los colores tan bellos que tiene, y que pisamos con el pie, nos está empujando a alcanzar la santidad de Dios.

Jesucristo, la Virgen, mi vocación de Obrera..., son voces que me dicen sin cesar: cumple tu fin. Glorifica a Dios. Salva las almas. Haz fecunda tu vocación. Debes ser santa.

169. La santidad es un proceso lento y callado, en que no se puede prescindir ni un solo día de la cruz de Jesucristo, llevada con amor y con fe.

Exige mucha abnegación personal, mucho sacrificio, mucha caridad para con Dios y con los hombres.

170. Nuestra entrega total a la glorificación de Dios importa una entrega total al cumplimiento, no sólo de los deberes, sino de todo aquello que puede contribuir a nuestra santificación.

171. Nuestras energías bien encauzadas nos llevarían, en raudo vuelo, a una creciente vida de santidad.

172. Voluntad de Dios..., ¿cuál es para nosotros? Nuestra santificación.

En cualquier circunstancia en que nos hallemos, cualquiera que sea nuestra situación, podemos y debemos santificarnos.

Y ¿qué es santificarnos? Acercarnos a Dios, acrecentar su vida en nosotros. Nos hallamos en la tierra para esa misión de santidad, misión propia, personal, concreta, individual... Si esto no logramos, nula es nuestra carrera.

173. A nosotros nos pide Dios más santidad; nos ha elevado sobre la criatura racional, por don de una vocación. A más elevación, hay más voluntad expresa de Dios, de santidad.

Hay una obligación perenne, que no podemos violar, de ninguna manera, sin gravar nuestra conciencia: vivir la santidad que corresponde a la vocación o estado de vida al cual Dios se sirvió llamarnos, y al cual libremente correspondimos. Si los demás han de ser santos, nosotros hemos de ser más santos.

174. El amor nunca es más amor que cuando ocultamente sabe sufrir y callar. Y empleará los medios que necesite para eso.

Porque no basta hablar, repetir las cosas elevadas, sino la aplicación de los medios. Las palabras valen,

mas poco es su valor si no las acompañan las obras. Éstas son las que demuestran si una persona vive una vida de santidad.

175. Una Obrera que no pensara en crecer en la santidad, va desencajada de su centro, va retardada. Una Obrera que pensara en ser como una más, muy piadosita y buena, y con ello se contentara, tiene sus deseos mermados. Con este proceder, fracasaría la voluntad de Dios sobre ella. Cada cual tiene que dar en la medida que le toca. Para la Obrera no hay otro camino que la santidad; en ella está el secreto de toda la victoria.

Que tengamos ciencia, que tengamos cosas, es principal, pero accidental. Lo principal es que la Obrera sea santa; y la Obrera santa, abre brecha en todas partes; es flecha que se clava en todos sitios.

176. Convinceos de vuestra necesidad y obligación de ser Obreras completas. Elegidas no para ser sabias, poderosas, ni representar destacado papel en la escena teatral de este mundo, sino para ser santas e inmaculadas en la presencia de Dios, por medio de la caridad y del amor.

Si esto no conseguimos, seremos miembros fracasados.

177. Santas, muy santas habéis de ser, para que vuestra acción no produzca más que santidad.

178. Si Dios me quiere santificar a batacazos, debo dejarle libre las manos. Si Dios me quiere santificar en pobreza, debo bendecir la pobreza. Si Dios me quiere santificar en medio de desprecios, aceptaré como rosas y flores esos desprecios. Esta disposición es necesaria para todos. Cuánto más para aquellos que tienen

apetencia de dar un paso más adelante en la vida cristiana. Cuánto más para aquellos que sienten un ideal de conquista por Dios. Cuánto más para aquellos que han sentido dentro de sí ese flechazo de la llamada de Dios..., que han entregado su vida al servicio de Dios.

179. El que ama, todo lo convierte en bien. Hasta las mismas cosas adversas que nos vienen. Los santos, santos se hicieron así; no siendo llevados en palmas, sino pisando espinas..., sangrando, afrontando dificultades, pasando por persecuciones, llegando hasta la misma muerte. Venciendo la vida. Ése es el valor de la virtud en un alma; ésa es la fuerza de un amor, cuando se vive dentro de nosotros; ése es el Cristo, cuando le llevamos profundamente en nuestro corazón.

180. Yo he de repetiros... este mandato de Jesús; os envío al mundo a cumplir vuestra sagrada obligación, a trabajar por Cristo, a hacer crecer en la tierra la flor desconocida de la santidad. Yo os envío al mundo como Jesús envió a los apóstoles; entended bien la palabra ésta: al estilo de Cristo a sus apóstoles. Para que deis los destellos de vuestra ejemplaridad, para que vuestros labios hablen de Cristo, y den a conocer sus misericordias divinas. Y al mundo marcharéis gozosas y animadas..., para reñir las batallas, sin cansancio, sin desaliento, con la seguridad de que Dios os asiste.

181. Máximo y primer interés: cultivar la vida espiritual, cultivar la vida de Dios en nosotros. Pues que en la medida –yo estoy tan convencido de ello que no sé cómo decirlo ni repetirlo en todas partes–, en la medida que nosotros poseamos a Dios de verdad, y Dios nos posea, seamos del Señor y nos sintamos de él, en

esa medida, nosotros nos daremos a los demás. Porque entonces, no hay egoísmo, no hay apego, no hay más que una donación que nace de ese amor que se vive, incluso el desprendimiento de la propia vida.

182. Lo principal en nuestra vida es el cultivo del “yo” para Dios. Mas este cultivo del yo para Dios, esta impregnación de Dios en nosotros, tiene su salida: su salida es apostólica, su salida es en bien del prójimo, su salida es el hacer el bien por todas partes. Porque esto fluye como una consecuencia necesaria de lo que llevamos dentro de nosotros.

183. Una persona es más santa, o empieza a tener santidad, en cuanto vive el orden dentro de ella; viviendo el orden, vive la perfección, y viviendo la perfección, vive el Ser de Dios, como una participación. Así como en Dios todo se dirige hacia un orden que nace de él, así en nosotros, toda nuestra vida ha de tender hacia un orden, hacia una finalidad. La ordenación de nuestra parte moral, es, diría, como un avión que va en línea recta hacia Dios, con una intención suprema, la glorificación divina.

184. Ojalá pudiésemos poblar el mundo de Obreras santas. Habríamos puesto entonces la santidad en las calles, en las oficinas, en la casa, en el hogar, en los trabajos tan diversos y distintos, en los centros de educación y enseñanza... Habríamos puesto la santidad en todas partes... Precisa empujar, estimular, acuciar la voluntad, en esta grande empresa de la propia perfección y mejoramiento espiritual... Ocuparnos de todos los negocios menos del nuestro, es camino equivocado. Querer solventar todas las cosas, menos nuestro asunto principal, es un error.

185. En el plano puramente humano, como sabéis, las cosas pasan, el tiempo se las come, todo se devora, no queda nada, sólo Dios es el que permanece. El triunfo no es del rico, no es del fuerte, no es del que en el mundo goza, no es de aquel que brilla en la tierra. Es de aquel que lleva la santidad en su alma. Único oro que pesará y valdrá en el momento de la cuenta.

186. Sobre vosotras aparezca el espíritu de virtud, de perfección, que hable de Dios, de lo sobrenatural... Estáis en el mundo para dar a Dios, para vivir de Dios, para defender a Dios.

187. La santidad no se casa ni con ciencias, ni con artes, ni con distinciones humanas... Flota sobre estas cosas. Y así podemos ver cómo almas muy santas, hoy en los altares, y otras sin altares, han pasado por el mundo como águilas, volando hacia Dios, pisando las cosas, sin huir de humillaciones, sin temer a respetos humanos, sin egoísmos... Y por eso pudieron volar tan alto.

Hay almas muy humildes, algunas ignorantes del todo, pero tienen la ciencia suprema, la ciencia íntima que Dios da, de un modo especial, a aquellos a los cuales tiene predestinados, por su fidelidad, a esas alturas... Si esto pudiéramos ver, cómo sentiríamos vergüenza de nosotros mismos, cuando alardeamos de tantas cosas que el mundo aprecia... Y mientras el sabio fracasará, y el rico quedará sin nada, y el más potente del mundo quedará aniquilado, esas personas humildísimas, que no significaban nada, triunfarán.

188. No quede vuestra vida espiritual en una vulgaridad... Os he machacado mucho en la obligación que tenéis de haceros muy santas. Porque estoy convenci-

do de que la santidad es la única fuerza que puede sostener el edificio de nuestra vocación, de nuestra vida consagrada a Dios. Y, consiguientemente, de la utilidad en relación a las almas, de nuestro sacrificio apostólico.

189. Sentid sobre vosotras la finalidad hermosísima que cumplís... Las Obreras os sostendréis bien si cimentáis vuestra vida sobre la práctica de las virtudes, si lleváis a cabo el espíritu evangélico... Mi consejo: cuando la tiniebla se acerque a vosotros en plan de luz, de error, de turbación, de arrancaros vuestra claridad mental..., tened vigor dentro de vosotras, si no queréis perecer... No miréis a nadie... Mirad al Señor. Y sabed cumplir con fidelidad vuestros sagrados deberes.

190. Superarlo todo... por Dios, para Dios. Ponernos encima de las cosas, con una fuerza de aleteo interior, hacia Jesucristo... Estar entre leprosos, para curarlos, y no coger la lepra; estar entre viciosos, para infiltrar algo de Dios, y no coger el vicio; estar en el siglo para santificarlo con la santificación que nosotros llevemos en el interior, pero no para hacernos puramente del siglo, como otro cualquiera...; esto sería rebajar nuestra vida.

191. Yo no entiendo una vocación de Obrera que no sienta en sí anhelos de ser cada vez más de Dios. Quien descuide su santificación, su perfeccionamiento, quien se contente solamente con vivir con una capa externa de virtud, de apariencia, él mismo se engaña. Ni es ése el camino, ni es ése el plan. La vocación de la Obrera primeramente debe hacer en el mundo almas santas, es decir, Obreras santas, Obreras almas de virtud. Ésta es su primera intención: almas que desta-

quen sin buscar destacar... Almas que den luz de ejemplaridad, en medio de las sombras de tantos errores, de tantas imperfecciones, de tantos defectos, de tantas infidelidades, de tantos pecados.

192. Muchos se empeñan en transformar el mundo... Yo les diría: ¿pero tú te has transformado ya? Quieres hacer sabios, ¿pero tú sabes? Quieres amar al prójimo, ¿te amas a ti mismo como Dios quiere que te ames...? ¿Y cómo quiere Dios que yo me ame? Dándole todo lo que soy, porque el amor es dar.

Queremos llevar a veces las almas a Dios, ¿y tú te reservas? Es que es más cómodo dar consejos que primero cumplirlos. “Tenga Vd. buen genio”, diremos; pero tú no lo tienes. “Aguante con paciencia”; y tú careces de ella. “Huye de tal cosa”; y tú te metes de cabeza. “Yo le aconsejaría que Vd. fuese más generosa...”; pero tú, ¿cuándo empiezas?

193. La comedia de esta vida, qué triste es. Y es así, mis Obreras... La vida es una grande comedia, y ¡ay de aquellos que no saben representar cumplidamente y fielmente el papel que Dios les ha encomendado! ¿Qué papel nos toca a nosotros representar en esta gran comedia humana? El papel de Obreras de la Cruz. ¿Qué significa esto? ¿Qué obligaciones impone? La primera, es una vida llena de santidad. Y la vida de verdadera santidad es una vida llena de verdad, de claridad, de esperanza, de sinceridad, de generosidad, de fidelidad, de sacrificio, de abnegación, de inmolación, de donación a Dios, y de una donación total, no con cuentagotas, no poco a poco, sino por entero. Es una vida de santidad íntima, y una vida de trabajo apostólico por Dios. Si representamos bien este papel, vamos camino de nuestra salvación.

194. Si apostólicamente reñimos la batalla para quitar a las almas del pecado, no olvidemos que, primero, la hemos de ganar sobre nosotros mismos. El que vaya a conquistar, que esté antes “conquistado”. El que vaya a enseñar castidad, pureza, antes, haya practicado la castidad y la pureza, íntimamente, en su alma. El que vaya a enseñar el amor de Dios, antes, lleve un corazón quemado en el amor de Dios. El que vaya a enseñar la humildad, antes, sea humilde profundamente. El que vaya a enseñar el respeto y la obediencia, sepa, antes, obedecer y respetar. Y el que enseñe la prudencia, antes, aprenda la lección de la prudencia.

195. El que tiene el espíritu de Cristo, tiene rectitud en su obrar: Busca sólo agradar a Dios, no a las personas; no busca el dañar al prójimo; busca en todas las cosas lo que debe ser; respeta los derechos de los demás; los trata con caridad, no los desprecia; tiene severidad consigo mismo y transige con los otros; obra con discreción, no es indiscreto en su obrar, evitando así producir muchos males; no obra por vanagloria, sólo la voluntad de Dios le guía; mortifícase en sus pasiones, cuando son obstáculo para su santificación; el contacto de las criaturas no le aparta del Señor; es recto, justo, tiene elevación de miras; su obrar es una ejecutoria del modo de vivir de Jesucristo.

196. En todas vuestras cosas, flote vuestra mirada puesta en Dios. Ante todo y sobre todo, cumplid vuestra condición de ser almas muy de Dios. Sed moneda nueva, acuñada en Cristo, para circular, con valor real, por el mundo. Nunca os confundáis, por vuestra conducta, con los que sean moneda falsa o dudosa. Brille Cristo en vosotras. Y al brillar así, os dará valor verdadero y prestigio.

197. No otro fin ha podido el Señor intentar sobre vosotras, que el tener en el mundo instrumentos de defensa de su doctrina, de su verdad, de su gloria. Ha creado en vosotras una especie de milicia espiritual, en la que soldados sois de lucha. Vuestra finalidad es de batallar, de reñir grandes luchas con el enemigo, de cuyas manos tantas almas habéis de arrebatarse. ¿Para qué Dios me ha creado Obrera? Fíjate bien: para que destagues por tu santidad. Sois luces encendidas; no podéis estar ocultas bajo el celmín, sino que habéis de alumbrar al mundo con vuestra vida ejemplar y digna. Sois almas llamadas por Dios para que, en vosotras, todo le glorifique.

198. ¿Para qué quieres la vida sino para Dios? ¿Para qué se nos ha dado la vida sino para quemarla en holocausto a la gloria de Dios? Y ¿cómo debemos quemar nuestra vida? Como Dios quiera, en donde Dios quiera, el tiempo que Dios quiera. Hay bombillas que se funden muy pronto; otras duran muchos años. Hay candiles encendidos, que se apagan por la fuerza de un ligero soplo, y otros resisten. Nuestra vida es así. Dios va aguantándola hasta que él quiera. A nosotros toca administrarla bien, gastándola únicamente en la glorificación divina... Vida que no vivamos así, es perdida, mis Obreras..., está descentrada de Dios. Somos de Dios, dependemos de Dios y vamos hacia Dios. No podemos desentendernos de él... Nuestra vida está trabada íntimamente con él, como la casa está trabada con las manos que la fabricaron. Nuestra vida, en el corazón, en el pensamiento, en las pasiones, en las manifestaciones interiores y exteriores, no ha de tener otra expresión que la de una actividad encaminada hacia Dios.

199. El santo no es sólo aquel que hace actos de vida espiritual: la oración, la presencia de Dios, el apostolado, la mortificación, vencimiento de sus pasiones; el santo, además de los actos puramente espirituales, pone su empeño en perfeccionar su propio natural, su propia persona... Debemos dar una parte principalísima en nuestra formación a la corrección de nuestros defectos. ¿Nos merecería buen concepto una persona a quien viéramos que pasa sus buenos ratos de oración, pero después pasa sus no cortos ratos de murmuración? Creo que nos pondríamos un poco en guardia.

200. Trabajad vuestra personalidad espiritual. Cada una de vosotras sois responsables de vuestro grado de santidad y virtud delante de Dios. Cada una habéis recibido vuestros talentos, vuestras aptitudes..., vuestras dotes, condiciones. Son distintos, porque cada una tiene los suyos, pero cada una piense que ha de dar cuenta a Dios de lo que ella tiene, no de lo que tiene la otra: de mis humillaciones, de mis penalidades, de mi enfermedad, de mi sacrificio, de mi trabajo, de todo. De eso tengo que dar cuenta a Dios. Si lo he empleado bien o no; si lo he administrado bien o no... Somos simples administradores.

201. Es preciso que Cristo crezca y yo disminuya... Crecer Dios en nosotros, es crecer en santidad... A menos personilla, más Cristo en mí; a menos amor propio, más amor de Cristo en mí; a menos servirme a mí, más servir a Dios; a menos buscarme a mí, más encontrar a Cristo... Es menester que disminuyáis... No os busquéis a vosotras, mis Obreras, nunca... Buscad a Dios. Jamás os desvíe ese prurito de la gloria propia; buscad sólo la de Dios. Que se ame a Dios, aunque no

se os ame a vosotras... Que se hable de Dios, aunque no se hable de vosotras... Qué más quisiéramos que nuestra vida fuera como el estiércol que da fecundidad a las almas, y que éstas se abran, como las flores, para el Señor.

202. Las criaturas son un medio admirable de santificación. Dios nos las ha dado para eso, y nosotros, al usarlas, no vamos a buscar aquello que nos agrade sensiblemente, sino aquello que más bien nos proporcione al espíritu, que es muy distinto... Criatura es un oficio alto y un oficio bajo; un empleo alto y un empleo humilde; es una acción más laboriosa y otra menos laboriosa; es una palabra de alabanza, como una palabra de desprecio; es una palabra de exaltación, como lo es de humillación; todo son criaturas. Mal haremos si las rechazamos... Nos forjan, como la verja artística se hace golpeando el hierro en la fragua.

203. Aunque fueras sola en el mundo, habrías de empujar en santidad. Los santos tienen en sus manos la salvación del mundo.

204. La santidad es la imitación real de Dios, plasmando en nuestra vida y, según nuestra limitación, las perfecciones divinas. ¿Por qué hay tan pocas almas santas...? Es que la mayor parte van dando vueltas, sin acertar a dar el paso decisivo que les haga vivir enteramente la vida de Dios. Y así, viven engañadas, siendo de sí mismas, en lugar de ser de Dios. Muchas van anhelando la santidad, pocas la alcanzan. Es que las almas no aciertan a reproducir la santidad de Dios en su propio vivir.

205. Necesitamos el espíritu de pobreza, necesitamos la humildad, la caridad, necesitamos la afabili-

dad, el desprendimiento del corazón de las cosas de la tierra, necesitamos aceptar los desprecios que nos vengan de las personas, de abajo o de arriba... Nos habremos de enfrentar con el mundo, y quizá nos desprecien por eso. No importa. Habremos de decir la verdad; habremos de recibir los golpes de humillación, y habremos de convertir esa humillación en instrumento de nuestra propia santificación... A cada Obrera le ha de pasar esto, si quiere ser, efectivamente, una Obrera de virtud auténtica y leal. Cuando hay virtud, hay victoria; si hay virtud, hay éxito. Cuando no hay virtud, todo es hueco.

No os canséis jamás de este modo de vivir, que ha de ser propio de la Obrera, como imitación auténtica y real de la vida de Jesucristo. Que no os parezca nunca pesado pasar por estas cosas; al contrario, que las estiméis para vuestra victoria personal, en el aspecto espiritual, y que las necesitéis para vuestro triunfo en vuestra actuación de Obreras... La Obrera no llegará a su santidad si no es así; y la Obra no crecerá si no tiene Obreras santas.

206. Sed almas de Dios, sed Obreras dignas, según la voluntad de Jesús; sed muy santas. Crecza en vosotras la vitalidad divina, y crecerá también la manifestación externa de la Obra.

207. Nuestra vida ha de ser una vida que busca la glorificación de Dios. Una vida de santidad que predica en medio del desierto de este mundo, lo que es Dios. Porque estamos en el desierto de este mundo, que es el destierro.

208. Hay una personalidad que se llama humana, y otra, sobre esta humana, que se llama sobrenatural.

Ésta es la santidad, que tiene como base, como descanso, la negación de la personalidad humana, sin destruirla, como no se destruye una piedra cuando sirve de sillar para levantar un edificio. Este sillar oculto, está cumpliendo su misión. Yo no puedo lograr en mí una personalidad sobrenatural, un grado de santidad, si no es con la negación del natural torcido, de ese natural que tiende a pujar en busca de sí mismo, de su nombre, de su capricho, de algo... que no es de Dios.

209. Las obras humanas, aunque son de Dios, necesitan el puntal de la santidad de sus miembros, y tanto más se extienden, cuanto más empuja esa fuerza vital de la perfección de aquellos que la forman. No es pequeña, pues, la responsabilidad de aquella Obrera que, por deficiencia en adquirir la virtud que le corresponde, puede hacer daño a la Obra, en sus miembros. Cuanto más santas sean las Obreras, más empujará la Obra. Cuanta más virtud haya en vosotras, más crecerá. Pero la santidad no es estar con las manos levantadas hacia arriba; no consiste en el aspecto de la cara; sino que tiene un modo de manifestarse: son las obras, son los hechos, es la vida.

210. El árbol no puede estar constituido fructuosamente por ramas secas, que no viven. ¿Para qué se quiere un árbol con las ramas secas? Se las poda, para que luego broten con mayor brío. Las Obreras han de ser ramas vivas. La Obrera que con su conducta, su vida interior y exterior, su ejemplaridad en todos sus aspectos, sea una rama seca, ¿a dónde va? ¿No comprendéis que más afea, que es ornato del árbol? El ser ramas vivas o secas depende de vosotras.

Con vuestro honor, sentid también vuestra responsabilidad. Es preciso levantar el nombre de la Obrera,

pero por su vida de ejemplaridad, por su santidad. Y si al mundo se le deslumbra con muchas cosas, la luz más esplendente, la luz irresistible que deslumbra por completo, es ésta de la santidad y la ejemplaridad.

211. Vosotras os habéis de conservar como una moneda de oro. Tenéis que formar un ejército compacto. No hay más remedio que elegir, no entre ser malos y buenos, no, ni elegir entre ser buenos o mejores, sino entre mejores y mejores. Que no os engañe el señuelo de “basta ser buenos”. Para otros, sí; basta comer para no morir de hambre; pero para las fuerzas que tú necesitas, para el trabajo que has de dirigir, para lo que tú puedes rendir, no basta. Para lo que has sido llamada, no basta.

212. Dejad que Dios vaya tallando en vosotras el vivir de santidad. Aunque cueste... Dejadle, no le atéis las manos nunca.

213. Habéis de empujar mucho en vuestra vida de santificación. No perdáis nunca de vista vuestra dignidad. Estamos en un campo de lucha. O luchamos, o plegamos los brazos. Si plegáis los brazos, ¿para qué queréis la vocación de Obrera? Y si los brazos están desplegados, habéis de seguir vuestra vocación, pues todos, en cada momento, nos debemos hallar dispuestos a ejecutar la obra de Dios. Cada uno en su sitio..., ¡cuánto puede hacer! Que con nuestro trabajo, vida santa y ornato de virtudes, hagamos crecer el grano este de nuestra Obra, que un día fue plantado en el mundo, para gloria de Dios.

214. Los miedos son el instrumento de que el mundo se vale, que paralizan la voluntad. Miedo a singula-

rizarse una Obrera cumpliendo sus obligaciones, con su caridad, con su sacrificio, con su abnegación. ¿Qué dirán? Y a veces nos influye. Nunca os dejéis dominar por el respeto humano, cuando éste sea contrario a la glorificación de Dios, o al cumplimiento grave de vuestras obligaciones. El mundo siga diciendo, tú sigue tu camino. Hago las cosas porque debo hacerlas; ese espíritu viril es el que habéis de vivir, mis Obreras. Si no, nos avasallan a todos. Mucha santidad por dentro, y mucha ejemplaridad por fuera. Y para que esto tengáis, vivid de Dios, vivid a Dios y vivid para Dios.

215. Unos siembran y otros siegan, pero todo es para Dios. Vosotras estáis cosechando de lo que otros elaboraron, forjaron y labraron. Lo que tenéis, fue nacido de muchos desvelos; ahora vosotras, con vuestro desvelo, habéis de hacer que la cosa se conserve, para vosotras y para las almas. Renovaos para que se renueve la Obra. Santas, muy santas, para que vuestra acción no produzca más que santidad.

216. Yo estoy convencido de que si un alma se propone alcanzar un grado de santidad, lo alcanza. En otras cosas fracasaremos, en esto no. Da lástima ver cómo las almas se estancan sin ese crecimiento, ese empuje. Nos da lástima contemplar a muchísimas almas como paradas, siempre igual. Van perdiendo calor en su corazón, se van apagando sus vidas, se van recubriendo de una capa de ceniza, de indiferencia; el celo ya no es el mismo que sentían, y los impulsos de entrega a Dios ni son tantos ni tan fuertes... Nuestras donaciones no pueden ser condicionadas. El empleo de los medios ha de ser hasta el sumum, sin poner obstáculos de ninguna clase. Fijad vuestra mirada en Jesús, tan firme, tan decidido, cómo avanza, hasta po-

der decir a su Padre: la obra que me encomendaste está rematada. Que todos lo podamos decir así.

217. En la luz habéis nacido; en la luz andáis. No os metáis en tinieblas, que es oscuridad, que son dudas, que es ir a tientas, que es ir dando batacazos, ir buscando siempre... No tengo que buscar nada, sino imitar al Modelo. Y que esta imitación trascienda al mundo, para que en nosotros el mundo vea un Cristo viviente.

Amando la luz, amaremos al Señor. Estimad vuestras enseñanzas, queredlas, apreciadlas. Ellas os conducirán a un conocimiento cada vez mayor del Señor, a quien estamos unidos tan estrechamente, no por creación, sino ya por la vinculación voluntaria que hemos hecho. Nuestra vida no nos pertenece; es toda y totalmente de él... Firmeza de nuestra mentalidad cristiana, que hay que sostener a través de circunstancias difíciles y de los tiempos en los cuales vivimos.

218. Nuestro corazón ha de estar como suspendido de Dios. Y queriendo, con todo el amor y con toda la eficacia y con toda la abnegación, a nuestro prójimo, a todos los seres que Dios ha creado, y a aquellos que comparten con nosotros la vida de gracia, y más, la vida apostólica..., no perdamos nunca esa vinculación profunda con Dios. Vinculación que ha de ser de amor, de reconocimiento, de afecto, en el que volquemos todo nuestro querer, porque todo se lo debemos a él.

Y aunque parezca que estamos en equilibrio, necesitamos profundizar un poco en nosotros. Pues no será difícil que nos demos cuenta de que alguna vez, como en pequeñas cosas, no es Dios, no es Jesucristo, el Señor a quien servimos... Para esto se necesita un

sentido de dominio de Jesucristo sobre nosotros. Un estar como colgados, pendientes de él, atados a él. Y sentirnos así en todo momento, no en un instante de fervor. Aun en los momentos de más lucha, de más austeridad, de más contrariedad, de más enemistades, de más desencantos de la vida... Un encanto hay en nuestra vida, creedme, sólo uno: el saber que amamos a Jesucristo y que él nos ha de ser siempre fiel, aunque las criaturas sean infieles.

219. Santo se hace aquel que quiere. No sabio el que quiere, ni rico tampoco, sino santo, sí. Porque esto depende de Dios, de su gracia divina y de nuestra cooperación. Que el Señor lo quiere, es evidente. Nos llama para eso. Que nosotros lo queramos, lo demostraremos con una demostración eficaz, si realmente trabajamos en conseguir la purificación y santificación de nuestra vida.

220. Que nuestra vida suba hacia arriba en todas las situaciones, y nunca nos creamos incapaces de poder alcanzar lo que el Señor tiene dispuesto para nosotros. No hay dificultad ninguna que no podamos vencer; está la gracia de Dios, y con ella somos capaces de todo. El que no lo hace, es porque no quiere. Si uno se hizo santo, el otro puede hacerse santo. Si uno ha saltado de su mediatez de vida espiritual, ¿por qué el otro no ha de saltar? Si uno cumple con los preceptos del Señor, ¿por qué el otro no los cumple? Si uno puede desflorar su corazón en amor de Dios, ¿por qué tú te lo reservas de esa forma? Si uno se despegaba del mundo y de las cosas, aunque las tenga con plenitud en sus manos, pero está despegado completamente, ¿por qué tú no te puedes despegar de todo esto? Y al no despegarte, te formas una cantidad de dificultades, de proble-

mas..., que no son problemas ni son nada. Falta humildad, falta prudencia, falta abnegación, falta sacrificio, falta conocer a Jesucristo.

221. Todo aquello que impide mi santificación, todo aquello que me aleja de Dios, sea criatura, sea cosa, sea contrariedad, lo que fuere, como un enemigo lo he de ver. Buscad la santidad, que es sujeción santa a la voluntad de Dios, que es reconocer la dependencia del Señor. Qué alegría debemos tener nosotros sólo con pensar que dependo de Dios, que soy como una pelota colgada de su voluntad, que soy algo que estoy pendiente de esa mano divina, y que me quiere y que cuida de mí, y que su providencia no me falta. Las cosas y contratiempos que en la vida pueden venir, son para santificarme más, para purificarme más, para adelgazar más mi espíritu.

222. El mundo pasa con todas sus cosas. Cristo permanece eternamente. Y esto que permanece, esto, es nuestra vida. No busquéis sentimientos, buscad querer; que mientras vuestro querer y vuestra voluntad estén fijos, permanentes, cambiará todo, pero vosotras no cambiaréis. Cambiaréis, sí, aumentando en perfección, en más amistad de Dios, en más efectividad de vuestra vida, donde estéis. Será lo que fluirá de vosotras.

223. Deberás tener presente que en todo tiempo no has de negar sacrificio de sangre, ni ha de haber lazo de corazón que te pueda detener en cumplir tu sagrada misión. Que ni te ate ni te acobarde la influencia de lo puramente humano. No tendrás otra complacencia que el querer del obrar al que Jesús te llamó. Así debe obrar la verdadera Obrera en el cumplimiento de su

vocación. Piensa: Dios me ha llamado. El Señor puso los ojos en mí, es cosa suya. Camino adelante. Es la gloria de Dios, es la grandeza de mi santidad. Cobarde sería si no sé vencer, hasta conseguir mi santidad y mi cielo.

224. La Obrera debe ser un matar en nosotros todo lo imperfecto, y un perfeccionar todo nuestro ser. En una palabra: perfilarnos. Debéis estudiaros a fondo, con el propósito de mejorar a los ojos de Dios y, como reflejo, a los de los hombres.

Tenéis que tener el cultivo de las virtudes, con solitud; no pararos, aunque os creáis ya buenas. La Obrera no debe estacionarse nunca. La que se estacionara se haría indigna de Dios. Cada una tiene un plano de santidad, al que ha de llegar, de tal manera que, si no llega, corre el peligro hasta de su salvación.

225. Corazón de Obrera que no se eleva hacia Dios, corazón de Obrera que no esté lleno del amor de Dios..., mal; su vida espiritual languidecerá. Estará en muchísimos casos puesta en grandes peligros de quiebra total o, por lo menos, de disminución enorme. Cada vez necesitamos más Obreras, pero más santas. No os excluyáis ninguna de vosotras de este número. El Señor nos lo pide, adelante.

226. No hay oro, ni plata, ni bienes, ni riquezas, ni papeles, ni sabiduría, ni nada, que pueda compararse con un momento de vida de gracia de Dios en nosotros. Somos pequeños dioses que andamos por el mundo, porque llevamos a Dios, llevamos su gracia, y por la gracia nos constituimos hijos de Dios, herederos de su gloria.

Por eso, hay que empujar, con toda esa fuerza y violencia santa que nos hemos de hacer, para que esta

como obligación y voluntad de Dios de que nos llenemos de él, de que vivamos de él, de que vivamos para él, de que vivamos con él, se realice en cada momento de nuestra vida. Empujad hacia el camino de la santidad. No una santidad esplendorosa, que se cante por ahí; no. Es la santidad escondida, humilde, profunda, oculta en el seno de nuestro corazón, que hace vibrar lo más íntimo del alma; es ese contacto con Dios. Por ahí se va. Por ahí se adquiere la fuerza que nos hace inexpugnables y nos constituye como un frente de resistencia ante tanto empuje del mal.

227. Toda nuestra actividad sobrenatural ha de tener una luz que la ilumine, para que no se salga de su cauce; unos brazos que la dirijan, para que no fracase; un impulso que la sostenga; un fin que la complete y remate. La luz es Cristo; los brazos, los maderos de la cruz; su impulso, el amor; su fin, la gloria divina.

228. No tengáis miedo a trabar vuestra vida con el Señor. Claro que esto es un acto libre, un acto personal. Incluso la Virgen lo hizo así. Pero no tengáis miedo. Dad, dad. Que lo que al Señor deis, con creces lo recibiréis.

229. No nos asustemos si vemos el hacha de la poda del Señor, que nos hace resucitar y adelantar más en la virtud. No hay que asustarse ante los enemigos. Si alguna vez eres combatida, despreciada, humillada, calumniada..., si no es por culpa tuya, alégrate. Si el mundo nos olvida, Dios no nos olvida. Si el mundo nos desprecia, Dios nos alaba. Agradeced a Dios nuestro Señor lo que tenéis.

230. De nada nos sirven las cosas del mundo, de cualquier orden que sean, fuera de las obras que noso-

tros realizamos, buenas o malas. El Señor nos conocerá por ellas. No por nuestros cargos, ni oficios, o alabanzas de las criaturas, o desprecios que hayamos recibido..., no. Aquí nada vale la persona. Valen sus obras.

Hay una igualdad general que abarca a todos los hombres. Iguales en nacer, iguales en morir, iguales en la rendición de cuentas... Todo hombre ha de pasar por esta medida de igualdad... No tenemos razón para enorgullecernos de aquello que, cuando llegue la hora, de nada nos ha de servir. Creo que esto nos ayuda a vivir la vida con toda su cruel realidad, a profundizar dentro de nosotros lo que somos y lo que hemos de ser.

231. Nos hemos de sentir ciudadanos de la tierra, pero viajeros para el cielo. Nos hemos de sentir instrumentos activos de Dios, con nuestras aptitudes, etc., como soldados que están luchando por el triunfo de Jesucristo, dentro de nuestra pequeña esfera.

Cualquier trabajo que hagamos, desligado de Dios, sin la alta mira puesta en él, sin hacerlo por él y juntamente con él, y participando de la virtud suya, será un trabajo que tendrá una excelsitud, si queremos, pero carecerá de la buscada conquista de las almas, y del progreso espiritual. Cuando un alma tiene la preocupación íntima, sobrenatural, de Dios, en todas las cosas pone ese sello: en las palabras, en el quehacer, en el silencio, en el descanso, en todo... No desanda su camino, no se sale de él, sino que lo santifica.

232. Se lee en el Libro de los Proverbios que vale más la sabiduría que todas las joyas preciosísimas, y que nada de cuanto puede apetecerse es comparable con ella. Esta sabiduría es el conocimiento de Dios,

pero llevado a la práctica, plasmado en la virtud; es la sabiduría hecha... santidad. A esta sabiduría nos conduce el conocimiento de Dios teórico y práctico, que se alcanza en la oración. ¿Por qué? Porque en la oración se estudia la doctrina y la persona de Jesucristo; se estudia y se reflexiona sobre las enseñanzas divinas, y se conocen y admiran las perfecciones de Dios.

233. Hay almas a quienes les basta mirar sólo una vez a Cristo, y tienen bastante en su vida. No seamos de los que oyen y no hacen, de los que vuelven a oír y vuelven a reincidir. Esto es el endurecimiento del corazón.

234. Cristo no cambia. Y cuando en un momento de desorientación, el mundo os pudiera hacer como dudar, yo os aconsejo: mirad el crucifijo. Mirad ese foco de luz. Lo que fue, es y será siempre, porque es inmutable.

¿Podemos querer, esforzarnos, para que evolucione ese Cristo...? No puede ser. Estará siempre clavado en la cruz. Nos hablará de mortificación, de penitencia. Nos hablará de un camino de ascensión hacia Dios, hacia el cielo; pero un camino de espinas, de abnegación, de virtud, porque la virtud hay que reconocer que cuesta. Cuesta la virtud de la paciencia, la virtud de la castidad, cuestan todas las virtudes, porque hay que luchar contra ese enemigo del mundo, o contra el enemigo que llevamos dentro.

235. Jesucristo es el único centro hacia el cual ha de converger toda nuestra vida, tanto intelectual como volitiva; es decir, nuestro pensar y nuestro querer. Es el punto centro en el cual hemos de colocar toda nuestra actividad, interna y externa... Tendremos distintas

inspiraciones, distintos oficios, distintas ocupaciones, distintas situaciones; nuestra vida está llena de variantes. Incluso en nosotros mismos, descubriremos esta variedad. Pero toda ella ha de ir encentrada en un Cristo. En él hemos de buscar y encontrar nuestra unidad.

236. Sólo mirando a Cristo resplandece la luz en el profundo de nuestra alma, y nos damos cuenta de nuestras imperfecciones, de nuestros defectos, de nuestros vacíos, de nuestros baches. Guiados por el espíritu del mundo, vamos entre tinieblas. Sólo Cristo es la luz que ha de alumbrar nuestros pensamientos, dar calor a nuestros deseos, dar fuego a nuestro corazón, inflamar nuestra vida, y transformarla... Solamente con la luz de Cristo podemos flotar, y sabemos adónde vamos. Sí, mis Obreras, que sepáis por dónde vais...; no caminéis en tinieblas.

237. San Pablo, en su carta a los Corintios, dice que Cristo ha muerto por todos, para que los que viven, los que han respondido a la gracia y tienen la vitalidad sobrenatural y divina, piensen que ya no han de vivir para sí, sino que han de vivir para aquel que murió y resucitó por ellos.

Nuestra resurrección, a la de Jesús la debemos. De muerte espiritual a vida eterna, de la nada a todo, de ningún derecho a todo derecho, de tierra a cielo... He aquí nuestra vida, con una finalidad, una meta: Jesucristo. Todo nuestro ser, todo lo que fuimos, lo que somos y lo que podemos ser, ha de ir dirigido hacia aquel al cual debemos la vida, la resurrección, la eternidad futura.

238. En Cristo, todo lo material, lo espiritual, lo grande, lo pequeño, lo enfermo, lo sano, lo ruin, lo

hermoso, todo, se vivifica con Cristo. ¿Qué vale la vida del hombre, por muy significada que sea, sin Dios? Nada.

El vivir de Cristo en el alma es la virtud y la santidad. Y esto es lo que perfecciona las cosas materiales. La santidad es la única grandeza real que existe. La santidad es el secreto de nuestra grandeza, lo que vivifica nuestra persona.

239. El seguimiento del Señor se hace efectivo, eficiente, práctico, cuando nosotros imitamos su vida, su acción, mirándole como un modelo, ante el cual trabajamos como buenos artistas, para reproducirlo en nosotros y llegar a ser, como se dice, los pequeños cristos vivientes en el mundo. Esto debe ser el cristiano, cuánto más nosotros. En él vemos cómo se armoniza la energía, la dulzura, la obediencia, la defensa de la voluntad de su Padre, que debe cumplir a todo trance. No rechaza tampoco al pecador, le abre sus brazos, cuando va a él con el corazón contrito. Es todo para todos, para ganarlos a todos. Y así se hizo, a imitación de Jesús, el mismo san Pablo.

240. Tenéis la Virgen, la Virgen con su mirada amorosa... Nada toméis que desuna, nada hagáis que os aleje del Señor. La Obrera que viva su espíritu, lo vivirá fraternalmente, amistosamente... Labrad siempre bien. Acudid a la Virgen, vivid bajo su manto; y en las dudas, tened siempre una firmeza tan fuerte, tan íntima, que no haya lugar para tambaleos de ninguna parte.

Hay que ser santos, mis Obreras. Hay que ser santos en el espíritu, en el alma, en el corazón, en la vida, en todo. Si la vida vale algo... es porque tiene santidad.

241. ¡Qué pocas almas finas hay en el mundo! Por eso los santos se cuentan tan escasamente... Exigimos finura en la vida, pero no exigimos finuras en el alma. Y un alma fina, cómo se comprende, cómo comprende a los demás, cómo se da, cómo busca a los demás y no a sí misma. Supera las cosas. Sabe ofrecer su sacrificio. Hace bien a todos. Tiene dominio en todo su obrar, equilibrio..., fineza de amor a Dios. No busca que le alaben, no busca más que a Dios.

242. Estamos predestinados por medio de Jesucristo para ser hijos de Dios. Predestinados desde toda la eternidad... Nuestra vida queda elevada, queda de tal manera ennoblecida, que queda divinizada con Cristo. Ésta es nuestra predestinación. Ya no hay otra nobleza igual, nada que se pueda comparar con esto... Si todos están predestinados a ser hijos de Dios por adopción, cuánto más nosotros nos hemos de sentir con el peso de esa predestinación para vivir una vida auténtica de hijos de Dios, sintiéndonos hermanados con Jesucristo, nuestro hermano mayor, el primer Obrero, que está levantando todo el mundo hacia Dios.

De aquí que nuestra vida ha de estar unida con el Señor, una unión perfecta, completa. Unión con la gracia, unión con la imitación de su vida, unión con la victimación de la nuestra, unión con nuestra colaboración en el trabajo apostólico con él; unión, porque no debemos tener otra finalidad que la suya, la salvación de las almas; unión, porque no debemos buscar otra cosa que su voluntad, la glorificación de su Padre.

243. Yo quisiera que tuvierais sobre vosotras un gobierno tal, un dominio tal, un señorío tal, que nada se os escape del control de vuestras manos. Hay personas que no miran más que el momento, y no más allá. Hay

personas que tropiezan con cualquier cosa, porque no están prevenidas. No miden el alcance de aquella palabra, de aquella conducta, de aquella frase o aquel comentario, o aquella crítica, o aquella, diríamos, murmuración... El verdadero control, no solamente es el señorío sobre el acto que se realiza, sino además, sobre el fruto o el efecto que aquello puede producir.

Este dominio, este señorío sobre nosotros, nos da independencia, seguridad. Al mismo tiempo, nos hace obrar con recta intención, con elevación de miras. Y esto todo es muy sencillo, porque en la persona hay un bajo fondo del que no se hace caso, y una elevación hacia Dios, que es como el vuelo. Hay una tierra sobre la cual se posa el águila, y hay unas alas que sacuden y remontan el vuelo hacia arriba. El dominio y el señorío sobre nosotros, es el vuelo que hacemos hacia Dios. El águila es la recta intención, es la buena voluntad. El peso que se lleva encima no se puede quitar, pero el avión vuela.

244. Nos vamos tocando todos un poco de un excesivo naturalismo, y negando la virtualidad de lo sobrenatural en nuestro actuar. Si vieran las almas en nosotros un espíritu de sacrificio, una estampa de eso que se llama santidad de Cristo, si vieran en nosotros una vida en la cual se plasma el espíritu del Señor, caso de que esas almas tuvieran recta voluntad, ¿no irían más rápidamente a él? Por el camino natural, vamos a producir efectos puramente naturales; por el camino sobrenatural, vamos andando para producir efectos sobrenaturales.

245. Pensad que nuestra santificación no depende de la cantidad de tiempo, sino de la intensidad con que se vive el tiempo. Quién, con un minuto, se ha

hecho santo, y quién, con muchos años, no ha pasado de la vulgaridad en la vida cristiana. Quién, de rondón, ha llegado al vencimiento de sí, y quién, después de muchos años, no ha alcanzado ni siquiera el vencimiento de algunos pequeños defectos. Quién, en un momento, ha hecho la entrega total a Dios con absoluta generosidad, y quién, después de muchos años, raquíticamente, como el avaricioso, ha ido soltando poco a poco esos pedacitos de sacrificio de su vida.

246. El tiempo no es un pasar, un tirar, es un merecer, un ganar. Es un manantial vivo que, si no se cierra, no para de lanzar su corriente de agua. Sentid codicia de los minutos. No desperdiciéis nada. Vuestro nombre significa trabajo de santidad. Habéis de ser máquinas de actividad continua, de méritos y santidad. Nada de espíritu de mundo, sino de Dios, nada de pasatiempo, sino de trabajo.

247. Hoy más que nunca hay que ser buenos, sintiendo más hondamente la entrega hecha a Dios.

En un naufragio así, hay que saber guardar la barquilla, y bajo la sombra protectora de la Virgen, navegar cara a Cristo.

248. El acervo de males sobre la humanidad... es porque la doctrina de Cristo ya no es la regla de la vida privada, familiar, pública.

Si se ha perdido el recto camino, por haberse alejado de Cristo, es menester volver a él; si el error..., buscar la verdad cristiana divina; si el odio..., encender de nuevo el amor cristiano, único que puede curar tantas heridas..., hermanar.

249. Ahora se habla mucho de “compromisos”. El compromiso que hay en nosotros nace ya desde el bautismo, pero afianzado, ampliado, perfeccionado, purificado, de un modo especial, por nuestra eficiente y total entrega a la obra redentora. Hasta el extremo que podemos decir: soy del Señor, de Cristo, y Cristo es mío.

Por ello tenemos la obligación de aceptar íntegramente su doctrina, y encauzar nuestra vida con arreglo a ella. Así cumpliremos como fieles soldados de su grey, evitando deficiencias en nuestro seguimiento al divino Maestro.

250. Sed luz del mundo, jóvenes de santidad, almas de Dios. Sed portadoras de Cristo.

251. La conciencia moral formada rectamente, nos hace capaces para nuestra vida de santificación, llevándola de una manera sencilla, confiada, simple. Y al mismo tiempo, nos hace capaces para poder comprender a las almas; comprender su temperamento, comprender su situación, y comprender la nuestra también. Porque hay casos en los cuales, debido a deformación, queremos que los demás sean como nosotros, que hagan lo que nosotros hacemos, que actúen como nosotros. Y eso no puede ser; cada uno ha de actuar según como es. Nosotros no somos el modelo. El modelo es Dios, nada más.

252. Mis Obreras, de muchas cosas podemos hablar, pero el alimento principal vuestro sea siempre a base de la doctrina de Dios. Si queréis mantener bien vuestro espíritu, ambientadlo con ese sobrenaturalismo. Hablad, comentad, tratad de vuestras cosas de Dios. ¡Si el que ama de veras a Dios, no goza sino hablando

de lo que ama, que es Dios! Yo quisiera que en vosotras, en vuestro trato íntimo, apareciera esa doctrina, esa conversación, esa materia espiritual. Algo que habla de los intereses de Jesucristo, que revele vuestra preocupación, y cuando no, que venga como a manifestar lo que lleváis dentro. Las personas del mundo, ¿no hablan de cosas del mundo? Si nosotros hablamos de esas cosas exactamente igual, y esto como única materia de conversación, revelaremos que lo único que nos preocupa es el mundo. El que tiene hambre de santidad, habla de santidad.

253. Los valores espirituales han de sostener los valores que tengamos recibidos de Dios. ¿Qué vale una persona que sepa mucho, mucho, y sea orgullosa? ¿Qué vale una persona que sea muy trabajadora, pero que no aguanta ni la más mínima? ¿Qué vale una persona que tenga un corazón de oro, pero también tiene una lengua... que corta más que una espada? ¿Qué vale una belleza, si esa belleza no la tiene en el espíritu...? Los valores espirituales son los que hacen fuerza, informan nuestro modo de ser; si no, somos caballos desbocados.

254. Servíos unas a otras. Sirviendo es como se manda. Siempre os mueva una finalidad divina. No busquéis más que a Dios. No busquéis engreimiento propio. Buscad a Dios. No busquéis la tontería de la vida. No os cubráis, nunca, en vuestra acción, con la capa de fariseísmo. Vivid a Dios y dad a Dios. Lo que sois, lo que valéis, es lo que tenéis de Dios dentro de vosotras. Lo que tenemos de Dios, eso somos, eso valemos. Y lo que tenemos de Dios, eso producimos. Lo demás, es un engaño.

255. Si una Obrera pierde el sabor de las cosas de Dios, si no da ese sabor de las cosas que ella trata, a las personas a las que se dirige, para conquistarlas, o bien para acrecentar en ellas el amor de Dios, si una Obrera en su trato, en su porte, en su actividad en general, ni halla, ni sabe dar, por tanto, ese algo de Dios, entonces, ¿para qué sirve esta Obrera? Será como la sal que se ha hecho insípida.

Jesucristo no quiere operarios a medias; tampoco vidas cristianas de seguimiento a medias, o con tapujos. El cristianismo es o todo, o nada, como la verdad; no se puede partir.

256. Si el Señor no edifica la casa, si no lo llevamos con nosotros, si él no es el sostén de nuestra razón de vida, si no nos apoyamos en él para fundamentar bien nuestra entrega, si no convivimos con él, de suerte que su vivir sea nuestro y el nuestro se comparta con el suyo, si él no actúa con nosotros, en vano queramos edificar... Somos simples cooperadores. Él es el principal agente, y en vano hay vigilancia y custodia de las cosas, si no llevamos nuestra razón moral que nos obligue a obrar rectamente, si no tenemos la virtud de proceder con toda limpieza de corazón... Si esta vida de un nivel sobrenatural no influye sobre vosotras, mis Obreras, somos una casa que se sostiene y se sostendrá, pero con amenaza de ruina y de destrucción, porque en vano trabajamos. Como san Pedro, cuando echó las redes y no cogió nada. Pero, cuando en su nombre las echó, la red salió llena de peces. Entonces, trabajó Jesús con Pedro, y la red se llenó.

257. Ahora se estila mucho decir “la vida humana”, “vivir nuestra personalidad humana”, humanizarlo todo. Bien que Jesucristo Dios se hizo hombre, huma-

no, pero Dios. Humanizar nuestra vida, pero humanizarla, vivirla para Dios, encaminarla hacia nuestro destino, no desviarla del camino que Jesucristo, Dios-Hombre, nos ha trazado. Muy humanos, pero muy sobrenaturalizados.

258. La ciencia vale mucho, es precisa; los medios, en nuestras manos, son precisos, porque no vamos a pedirlo todo a Dios: medios económicos, medios científicos, todos. Pero la santidad será el sello de esa ciencia, del sacrificio que nosotros hemos de hacer en cada momento, con sumo gusto, por la gloria del Señor.

259. Dejad pasar las cosas..., que no hagan huella dentro de vosotras, sino solamente aquellas que os lleven más al Señor. Tomad de las criaturas lo bueno y no lo malo. Aprended de ellas aquello que os edifique, que todas tienen algo de bueno, todas. Dejad aquello que os pueda desedificar, no lo miréis, dejadlo pasar... Que seáis superiores, que las cosas no os venzan, sino que las venzáis. Que las criaturas no puedan, sino solamente Dios pueda en vosotras. Así crearéis la independencia santa, con la santa libertad. Y llevaréis con gusto vuestra cruz, vuestra vocación, vuestros trabajos, vuestras penalidades, que no son pocas, pero es condición de nuestra vida.

260. El lema del Instituto: *La caridad de Cristo nos urge*, nos impele, nos obliga, nos está pidiendo, según el apóstol san Pablo, una vida de santificación, cada vez más crecida, más aumentada en nosotros. Por la gloria que podemos dar a Dios, siendo mejores, pues los santos dan muchísima gloria al Señor, y por el bien que podemos producir en el prójimo. Puesto que, a

más santidad en nosotros, más ejemplaridad de vida, y a más ejemplaridad de vida, más apostolado real, aunque sea un apostolado callado.

261. Muchísimas cosas indiferentes se atraviesan en nuestra vida. ¿Cómo no santificarme con eso? He de sublimar el más pequeño detalle. Para vosotras, Obreras, no hay nada indiferente.

262. Nadie es eterno en este mundo. Vosotras una vez u otra desapareceréis o cambiaréis de lugar. Yo, también. El desenlace se ha de producir. Cuando pensamos en ese momento, el interior parece que se sienta invadido de tristeza. Hay que mirar más arriba, mis Obreras, hay que mirar más alto, hay que mirar a Dios, hay que mirar los planes de Dios. Que mientras nosotros al servicio de su santa voluntad, pongamos nuestros medios y nuestra cooperación, estos planes siempre se cumplirán. Nadie es necesario en este mundo.

263. Percataos de que vuestra vida de santificación es el fin que persigue el Instituto. Es acrecentar la vida espiritual, sin cesar, hasta conseguir, aunque cueste esfuerzo, el grado de perfección según los planes de Dios.

264. Sería muy doloroso para mí, que siempre estoy pensando en mi interior cómo transformaros mejor, cómo preveniros de los peligros, que tengo preocupaciones por vosotras, porque ésta es mi obligación, ver que las Obreras discuten sobre quién será la primera.

Servid al Señor y superad la vida. Matad todo brote de envidias, de celos, que en la vida apostólica esto hace mucho mal. Es grande pena ver cómo se destruyen unos a otros. No respetamos el bien que han he-

cho los demás, el bien que están haciendo. No tenemos que ser parciales. La santidad es rectitud de juicio.

265. Se os ha de pedir más cada día. El árbol, cuanto más extiende sus ramas, necesita de más savia. Sois granos de trigo de futuras espigas. Mi deseo es que de los días de retiro salgáis: muy santificadas, muy llenas de Cristo, muy despegadas de lo que no conduce a Dios. Que salgáis dispuestas a vivir en un plano sobrenatural, con espíritu varonil, recio, bien templado, fuerte, pues así necesita ser la Obrera para resistir los muchos golpes que ha de recibir. Esta fortaleza, en Cristo la habéis de encontrar. Pedidle que derrame sobre vosotras sus luces y sus gracias; y a la Virgen, que os haga muy parecidas a ella.

Que salgáis muy fogueadas, para lanzaros en medio del mundo como una flecha encendida en el amor de Cristo.

266. Dios exige a todos salvar el alma, “de nada te aprovecha ganar el mundo, si tu alma se pierde”. Vayamos forjando santidad en nosotros, virtud. Y forjando santidad y virtud o salvación de los demás. Somos todos hierro sobre el mismo yunque; no vamos a dar palos a los otros y golpear para que se espabilen, sino también sobre nosotros. Y así, san Pablo, tan eficaz y conciso en sus frases, dice: “¿De qué me sirve ganar todo el mundo, si yo me condeno? Por eso castigo mi cuerpo, mi persona, y lo reduzco a servidumbre, no sea cosa que, salvando a los demás, yo no me salve...”.

267. Nosotros tenemos un fin que es el general: resolver los problemas planteados en este mundo, cumplir las obligaciones consiguientes. Pero si sólo nos

conformamos con esto, nos quedamos a ras de tierra. Y tenemos un destino de eternidad. ¿Vamos a llenar únicamente estas aspiraciones de espíritu sólo humano? Al cabo y al fin, ¿qué conseguiremos al final de la carrera de esta vida? Los bienes se quedan, las amistades también, no queda nada... Hay otro fin que vale más. Y todo lo que vale menos ha de sacrificarse por lo que vale más. Nos hemos de servir de lo natural para alcanzar el destino sobrenatural. Nos ha llamado Dios para otra clase de amor, de riqueza, de vida..., que es él.

268. En medio de la visión real de la vida terrena, cómo nos consuelan y alegran estas palabras de la Sagrada Escritura: “El espíritu es quien da la vida” (*Jn 6, 63*) y “en Cristo todos serán vivificados” (*I Co 15,22*). Todos pueden ser vivificados, y con ellos, si quieren... también todas sus cosas: lo espiritual y lo material; lo grande y lo pequeño; lo enfermizo y lo robusto; la enfermedad, el dolor, la tribulación, lo hermoso, todo lo podemos vivificar en Cristo. ¿Qué vale la vida del hombre, por muy encumbrada que sea, sin Dios? Nada. Y el vivir de Cristo en el alma es la vida de la virtud y de la santidad en ella, la cual eleva y perfecciona las cosas materiales, para convertirlas en instrumentos de la divina glorificación. La santidad es la única grandeza real que existe, duradera e inmarcesible. La santidad, que vivifica nuestra persona, es el secreto de nuestra perenne grandeza.

269. Como él, sabed padecer y conseguir la victoria. Y junto al Maestro, con vuestra cruz, dad vuestra vida a cada minuto, y en la medida que él lo pide, y en la forma de trabajo, de apostolado, de sufrimiento callado, de horas de oración.

270. Es un defecto, que noto en las almas, y que me da mucha pena, ver cómo admiran, pero no se atreven. Contemplan lo mejor, ¿qué las detiene? Estoy cansado de repetir: faltan almas santas, pero santas de verdad, de esas completas, no con nudos...

Es lo que pide el Señor de vosotras. Os ha puesto para tener un consuelo, un cuerpo y un alma que se inmolen, unos brazos que trabajen, unos labios que hablen... Para vosotras, no hay más que un Dios.

Señor, si todo es vuestro, ¿por qué retardamos el llegar al final? Empecemos de nuevo a buscar a Cristo en nosotros y en las almas.

Vida espiritual

271. La vida espiritual hay que mantenerla a todo trance; es lo primero que una Obrera ha de vivir. El cuerpo no tendrá fuerza si no toma el alimento. Del mismo modo, nuestra alma no tendrá la fuerza que necesita, ni nuestra voluntad el brío para cumplir su misión. Dejar en segundo lugar la vida espiritual, la práctica de aquellos actos que constituyen nuestra vida de piedad, de relación con Dios, de intimidad con Dios, es una grande equivocación. Quien dijera que con ello se pierde el tiempo, merecería la respuesta de que él ya lo perdió.

272. Nunca intentéis cimentar vuestra vida espiritual en nada fuera de Jesús. Haced que todo vuestro ser descansa verticalmente en Cristo, con aplomo eterno, sin desviación.

La Obrera necesita mucho esta conexión con Dios.

273. La vida espiritual, para el alma que está en gracia de Dios, es una producción continua de méritos

para el cielo y de santificación para la persona. No nos santifica solamente la oración, una mortificación, una obra puramente espiritual; nos santifica también una obra material, hecha con la gracia de Dios en el alma. Y desde el momento en que despertamos, hasta el momento en que descansamos, nuestra vida es una santificación continua, continua..., mientras tengamos la intención de santificarla, y nuestra voluntad y nuestro corazón estén unidos a Dios.

274. El descenso espiritual, el sentirse alejado de Dios, embargado en muchísimas cosas del mundo, se produce cuando se descuida lo que más nos debe interesar: el trato, el estudio de Dios dentro de nosotros, porque ésta es nuestra carrera, al cabo y al fin.

275. Afloja en el servicio del Señor quien decrece en la práctica de la vida interior.

276. En la vida espiritual no cabe descanso. Así como el cuerpo se fatiga, el espíritu no admite fatigas; al contrario, necesita un abono continuo para su crecimiento.

Este crecimiento lo hemos de conseguir permaneciendo al pie del cañón, en la práctica de un contacto de intimidad con Jesucristo.

277. Vuestro punto de enlace con el Señor, directo, directo, no se rompa nunca. Sostened vuestra oración. Mantened vuestro espíritu aleteando hacia Dios. Buscad la paz del alma, que sólo él la puede dar. Buscad en lo terreno lo espiritual, no en lo espiritual lo terreno. No busquéis tierra, sino el oro que en ella está escondido.

278. La unión divina sobrenaturaliza la mucha actividad.

279. Vida de Dios hacia dentro, vida de Dios hacia fuera, con la característica de la intensidad.

280. La vida interior es la comunicación vital entre Cristo y nosotros. Aparte de los sacramentos, la vida interior se actúa viviendo con la mirada puesta en Cristo. ¡Es tan sencillo! La mirada eleva, y con la mirada, se eleva el pensamiento y el corazón. La mirada en Cristo, y Cristo que mira; es la comunicación vital; son dos miradas que se cruzan. Cristo piensa en nosotros; nos sentimos en él.

Vivir viendo y sintiendo a Cristo en nosotros, como que le llevamos en el corazón. Éste es el vivir interior. Aumenta la gracia y la capacidad sobrenatural.

Viviendo bajo la mirada de Cristo, en cualquier sitio se siente caer sobre sí su influjo, como se sienten los rayos del sol.

281. Guardad vuestra vida espiritual. Habrá en una más intensidad que en otra, pero que no lo sea en la voluntad. Cada una ponga el esfuerzo de su voluntad para cumplir con ese vivir sobrenatural, que es el sostén secreto y único que la Obrera puede tener, para no ser quebrantada o tronchada por el vendaval de las pasiones, o por los golpes que las criaturas le pueden asestar.

La Obrera que tenga ese espíritu, es invencible; la que no tenga esa fuerza de Dios, no solamente es vencible, sino que, probablemente, será vencida.

282. No disminuyáis nunca ni aflojéis la vida interior. Podemos llamarla nervio que sostiene toda la pieza.

La Obrera, en el sagrario, como fuera de él, en su trabajo cotidiano, como cuando sale de casa, en la calle, como en el retiro, ha de ser siempre la misma: luz que arde, corazón que ama, ojos que miran a Cristo. Es como un termo, que lo que se le pone dentro conserva su calor.

283. La actividad nuestra ha de ser una explosión y una manifestación de lo que llevamos dentro. “Sin mí, nada podéis hacer.” Si lo que hemos de producir son efectos sobrenaturales, ha de haber una proporción entre el efecto y la causa; si la causa es puramente natural, no puede producir un efecto sobrenatural. Luego hemos de estar sobrenaturalizados, llenos de esa vida interior, de esa vida de gracia, llenos de ese amor de Dios. Y si nuestro apostolado no responde como debe, es porque el interior no está como debe estar.

284. No olvidéis, y tampoco yo olvido, que vivimos en un mundo, y ese mundo tiene parte de bueno y de malo. Nos precisa forjar otro mundo fuera de éste en el cual vivimos, un mundo nuestro, personal, particular: El mundo interior, en el cual nos encontramos a nosotros mismos; sorprendemos lo que llevamos dentro del corazón, nuestras ansias, nuestras necesidades, nuestras aspiraciones..., ese algo que en la tierra jamás podremos encontrar, porque solamente lo podemos tener en el cielo. Este mundo es el mundo de la virtud, el mundo de la santidad.

285. Necesitamos sostener, aumentar nuestro contacto o relación con Dios. Se hace esto tan necesario como el aire que respiramos. Cuando se tiene, el ambiente espiritual se conserva, y sube el termómetro de nuestra vida interior... Tened seguro que nadie, abso-

lutamente nadie, podrá vencer al enemigo cuando le ataca en lo esencial de su vida espiritual, si no tiene la fuerza interior.

Cuando el pueblo judío tenía contacto con Dios, le era fiel, vencía; sus enemigos eran derrotados; cuando perdía aquel contacto y se hacía infiel, sufría las más tremendas derrotas... Cuando las primeras comunidades cristianas, con fervor, vivían la doctrina de Jesucristo, conservaban su fidelidad, crecían en número. Cuántos santos, cómo se multiplicaba aquella comunidad, cómo crecía la Iglesia. Pero cuando aquellas comunidades comenzaron a ser infieles a Jesucristo, a su doctrina, empezaron a decaer.

Hace siglos aparecía la Compañía de Jesús, san Ignacio; san Francisco de Asís; santo Domingo..., ¡tantos santos! Aquellos núcleos, aquellas comunidades primeras, primitivas, de estos Institutos, ¿en qué se convirtieron? En masas enormes de atletas espirituales, de apóstoles, de sabios, de santos. Era el contacto que tenían con Jesucristo. Recordaban las palabras del Señor: "Sin mí nada podéis hacer, conmigo todo lo podréis".

Hoy nos falta esta relación directa con Dios, falta el trato espiritual, falta la vida de fe. Y faltando ésta, falta la vida de amor, la vida de sacrificio, la vida de donación, que es la única que nos puede sostener y salvar en este campo de lucha, pues lucha es la vida del cristiano que camina hacia Dios.

286. Es una equivocación dejar que la vida exterior disminuya la interior. Habrá horas o días en que el trabajo será mayor e impedirá la práctica de algunos ejercicios espirituales; pero si esto se hace de continuo, hay que esperar el fracaso. Si las excepciones de afluencia de trabajo y su acumulación se repiten con frecuencia, decaerá la fuerza motora espiritual.

La vida espiritual la tenéis trazada. Si una Obrera cumple bien el plan que tiene marcado, no le faltará alimento: la oración, la presencia de Dios, la mortificación interior, etc... Todo esto sostiene a la Obrera, para superarse a sí misma, y reanimar su espíritu para la lucha.

Os mando que cumpláis todo lo que atañe a la vida espiritual... Para cumplirlo, hace falta interés espiritual. Nuestra primera avaricia ha de ser tener a Dios. Y no pretendáis engañaros creyendo que la actividad o trabajo podrá suplir la vida espiritual... Como el espíritu afloje, todo afloja. La Obrera ha de ser alma de oración... Yo os estimulo para que aun cuando andéis solas por el mundo, y con muchas ocupaciones, dejéis a la oración el tiempo necesario... No la descuidéis, pues es la vida de vuestro espíritu.

287. Cuando una Obrera quiere de veras, no tiene barreras, no tiene obstáculos. Habéis de mantener un espíritu vivo, no un espíritu mediatizado un espíritu fuerte, no un espíritu de contagio, un espíritu propio, el que da Jesucristo cuando vive en un alma. Y como sabéis que vuestra actuación es esencialmente apostólica, para no fracasar, ni en cansancio, ni en agotamiento de voluntad, ni en otras formas que puedan darse, hay que tener la reserva dentro. Es el Cristo que anima, el Cristo que empuja. Y las almas serán vuestras, para Dios, si sois así.

288. Haced las cosas de manera que no lo sepa nadie. Ordenad las cosas con una sola mirada. El alma perfecta es muy sencilla, abrevia todo lo que puede, simplifica su vivir. Por eso, llegan a ese grado de pureza las almas de vida interior... En realidad, por eso hay tan pocas.

289. La vida apostólica será más amplia cuanto más amplio sea su campo, sin que esto sea disminución de la vida interior. El secreto está en vivir la profundidad de amor a Cristo, siempre.

Lo importante es el amor, la fe, el sacrificio, la oración. Son las raíces que han de sostener, alentar, dar savia al árbol que vosotras formáis, siendo miembros de él.

290. Toda vuestra vida espiritual íntimamente vivida, pujante, redundará en beneficio de la Obra; porque si es verdad que apostólicamente hemos de ser muy útiles, también es verdad que no lo podemos ser si no tenemos dentro la eficacia de Dios; y la eficacia de Dios no la tendremos sin la exuberancia de la vida sobrenatural.

291. El que en las cosas pequeñas no pone interés en evitarlas, poco a poco se va aficionando a cosas mayores, y poco a poco se va dejando llevar por ciertas faltas veniales, algunos descuidos en el cumplimiento de su vida espiritual. Se va permitiendo algo que nosotros podemos decir como relajación, aunque el mundo diga que es una cosa natural, pero hablamos en el plan de vida espiritual. Como sería una Obrera que no se dejase toda la oración, pero se dejase parte de ella; una que no cometiese pecado mortal, pero sí muchos veniales. Se va relajando. Una que no se modifique en su trato, sabiendo que le perjudica, y cada vez va peor. Es una relajación. Una que no da interés al aprovechamiento del tiempo, y lo tira, cuando sabe que el tiempo lo debe aprovechar para su alma, para su formación, para el mejor fruto, para perfeccionarse. Y va produciéndose la relajación.

Ni vosotras ni yo, mis Obreras, podemos descender en la vida de Dios, a la cual estamos obligados por ne-

cesidad de salvación, por necesidad de hacer fructífera la vocación, y por necesidad de dar buen ejemplo a los del mundo y a vosotras mismas. El mundo, con todos sus avances, no puede en modo alguno excusarnos de nuestras obligaciones espirituales. Y esta obligación no te la puedes quitar de ti, so pena de que quieras pecar.

292. San Pablo nos dice: todo pasa, como la sombra de este mundo, como la escena de una comedia que todos representamos; las cosas de la tierra aunque tengan grandeza, son nada; sobre ellas caerá el olvido, llevan en sí el microbio de la propia destrucción. Hoy te alaban, mañana te desprecian; hoy vives, para mañana morir.

En la sepultura se halla la más grande victoria también, no sólo la derrota del cuerpo. Y esta victoria se consigue si sabemos eternizar las cosas de la tierra, remontándonos, llevando el espíritu de vitalidad de Cristo, dándole directriz sobrenatural a todo nuestro vivir, para que estas cosas, aun las más materiales, adquieran vivificación de Dios.

293. La Obra necesita y quiere Obreras santas. Necesita y quiere Obreras capaces. Necesita y quiere Obreras que, con sus corazones, lleven a cabo las empresas espirituales que la Obra propone.

294. Las almas de vida espiritual tienen vencido lo principal. Han vencido el pecado grave, pero quedan los baches. No hay peligro de vuelco, pero no se anda bien. Quedan baches de pasiones mal dominadas; falta el grado de virtud necesario para que la vida espiritual tenga un tono más elevado. ¿Por qué vemos en no pocas personas de oración, de apostolado, de vida de pie-

dad, tantos defectos, que realmente nos hacen comprender que esa vida espiritual anda todavía floja? Porque les falta luchar... Les es más cómodo estar un rato en la oración, que vencer el amor propio; les es más fácil el practicar una penitencia, que el saludar a aquella persona hacia la cual sienten repugnancia. Falta espíritu de lucha consigo mismo. Y aquí está el secreto de nuestra victoria.

295. ¿Creéis que no habéis de luchar para que la vida espiritual en vosotras no pare de crecer? ¡No! Es preciso luchar contra el temperamento, contra la pasividad de la persona... ¿Creemos que los santos no necesitaron luchar? ¡No poco! Y cuando todo nuestro yo está quieto y está pacífico, es el mundo en el cual vivimos... Y... ¡cómo tira el mundo, mis Obreras! Cómo tira. Qué poco de Dios quedaría en nosotros, si le creyéramos. Qué poco esfuerzo pondríamos por corresponder a las muchas y preciosas gracias que el Señor nos concede. Por eso necesitamos muchas veces remar contra corriente.

296. Formación de vida espiritual. La base: los ejercicios espirituales, los retiros, que no deben faltar en ningún Cenáculo... Necesitamos un empujón, que nos animen...

297. Si la Obrera vive su vida de Dios, profunda, lo refleja hacia afuera. Virtud vivida, interiormente y exteriormente. Ejemplaridad atrayente. Toda vida espiritual tiende a buscar la expansión de lo que lleva dentro: la propagación del Evangelio.

298. Que ninguna Obrera se quede sin ejercicios... Es ocasión para reafirmar el interior de la persona, y más en estos tiempos de locura.

299. La vida espiritual es la misma siempre: es el contacto con Dios, es el Dios en nosotros y nosotros en él.

Puedo llevar mi vida espiritual debajo de un algarrobo, estando trabajando en un taller; la puedo vivir estando escribiendo; la puedo vivir estando en la calle, en todas partes.

300. ¿Por qué mucho apostolado actual no es eficaz? Porque no nace de una vida interior. ¿Por qué nos cansamos muchas veces de cumplir nuestras obligaciones? ¿Por qué nos resultan pesadas? Porque no tenemos vida interior... La vida interior es una inmolación, es un ofrecimiento, es un vivir completamente compenetrados con Jesucristo. Como es amor y es sacrificio, el que tiene vida interior, vive levantando su corazón sobre estas dos alas: el amor y el sacrificio... Una Obrera sin vida interior, poco puede hacer. Se moverá mucho, trabajará mucho, pero... producirá poco.

301. A la Obrera se le exige, para que pueda realizar la finalidad de su lema, que tenga intensa vida interior. Esta vida interior no es más que la vida de amor, la vida profunda de fe, la vida de confianza, la vida de intimidad con Jesucristo. Esto es la vida interior, vida de dentro, que se vive en el corazón, en la inteligencia, en la voluntad... Una Obrera sin vida interior es un palo seco, le falta eficacia. Le faltará energía. No tendrá brío para la lucha, tanto para sostenerse ella, como para llevar adelante su acción de apostolado.

302. Yo no quiero ver ninguna Obrera caída en tibieza. Dicen que sois fervorosas. Hay que desear más, pues que del fervor nace ese ímpetu de vuestra volun-

tad en daros, en trabajar y en ser útiles a la Iglesia para gloria de Dios. Y ese fervor, ¿dónde habéis de conseguirlo? Donde está el fuego: cerca de un Cristo y cerca del sagrario.

303. Puesto que el conocimiento que tenemos, por la formación, es de Dios, de su vida divina, de nuestra intimidad con el Señor, hablemos, conversemos, tratemos de ello, hagamos ambiente de ello. Entre vosotras, de modo especial, convertidlo en materia que os pueda animar a proseguir la vida espiritual, a tenerle un cariño especial, a apreciar lo que vale la santidad, de suerte que podáis decir, como el apóstol san Pedro: “Nuestra conversación está en el cielo”.

Quisiera ver en vosotras esa nota de sobrenaturalismo. La tenéis, no la descuidéis. Cuánto os puede ayudar esto a todas y cómo será medio de la renovación de vuestra vida espiritual. Qué beneficio más grande podrá recibir vuestra propia vocación. ¿Por qué no hacer esto, cuando tan fácilmente se puede hacer?

304. No os hagáis vuestro programita, del cual nadie os pueda sacar. Me refiero a ese “modus vivendi”, que uno se forma y que, llueva o no llueva, caiga o no caiga, tiene que seguir. El programa sí, de vida espiritual y de vida apostólica, para ejecutarlo, para llevarlo a cabo. Pero ya me entendéis lo que quiero decir. Sed del todo y todas para todos y para todo. Como dice san Pablo: “In omnibus”, y en todas las cosas, Cristo.

Perfección

305. ¿Qué es la perfección nuestra? Ascender hacia Dios en línea recta. ¿Qué es la santidad? El equilibrio,

la donación, la vivencia de Dios en nosotros, que se manifiesta en un orden completo en nuestra vida. Ordenado en pensar, ordenado en querer, ordenado en trabajar, ordenado en sufrir, ordenado en superar la vida para llevarla toda hacia Dios.

Se habla mucho de santidad, pero a flor de labios. Si escudriñamos el interior de las personas, cuánta deficiencia, cuánto desorden; por apegos, por injusticias, por simpatías inmerecidas, por simpatías aun merecidas pero que inclinan injustamente a la voluntad hacia aquello que no debe ser, con olvido de lo que vale más, y con olvido de aquello a lo cual debemos prestar también nuestro afecto y nuestro querer. Cuánto desorden en la antipatía, cuando se rechaza aquello sin causa justificante, sin razón alguna, solamente por un instinto o por una voluntad desordenada que no sabe vencerse, en que la pasión puede más.

306. El Cuerpo Místico de Cristo se va perfeccionando a medida que los miembros crecen y son más perfectos. Cuantas más almas haya en el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, y ésta sea más santa, la Iglesia habrá crecido, como un cuerpo crece en perfección cuando sus miembros son más perfectos... Y esta perfección, dice san Pablo, hay que llevarla en nosotros y en los demás, hasta que lleguemos al logro de la edad del varón perfecto, la edad madura, en que la persona está completamente hecha. Esta edad perfecta, en las almas, ¿cuándo está? Cuando han llegado a formar en ellas místicamente a Cristo. Y ¿qué es formar a Cristo místicamente en nosotros? Pues es vivir a Jesucristo dentro de nosotros, unir nuestra vida a la suya, hacer su vivir nuestro; es vivir totalmente para Dios. Poder decir: Cristo vive en mí, está en mí.

307. La disposición de nuestra voluntad no es lo fina y delicada que debe ser para Dios; no siempre es lo desprendida y generosa que la gracia de Dios exige. De lo contrario, no se explica cómo un alma puede pasar tiempo y tiempo repitiendo las mismas caídas sin ninguna corrección; que siempre se encuentre espiritualmente en el mismo nivel, cargada con sus mismas imperfecciones, que, aunque nazcan del natural, no es excusa para que no puedan, por lo menos, pulirse de alguna manera. En esto está nuestro perfeccionamiento.

308. Allanemos el camino del Señor, enderecemos nuestra vida. Siempre hay torcimientos, pequeños, pero ¡tantos! Que el Señor nos encuentre con una gran disposición... Esto es lo que marca nuestra capacidad.

309. Sin la reforma por dentro, no haremos nada. Y lo que es necesario para todos, no puede menos que serlo para nosotros. Las Obreras os habéis de reformar por dentro: vuestro perfeccionamiento espiritual. Pensad que sois como un instrumento, que tiene varias cuerdas. Si cada una de ellas no se temple, ¿se podrá tocar el instrumento? Hay que templar las cuerdas, una por una. Y entonces sí, todas en conjunto darán esa armonía, esa pieza que nosotros queremos oír, tan armónicamente tocada. Y el afinador ha de ser la misma persona. Que se afine ella, porque sabe cómo se debe afinar, cómo se debe vencer en tal cosa, cómo debe corregirse tal defectillo, qué cosa debe evitar.

310. Aparecen en el mundo dos clases de personas que cumplen los preceptos de Dios: unas, con exactitud y fidelidad, otras, a su manera, como les place, quitando lo que les estorba y poniendo lo que les agrada, sin ajustarse a la realidad del mandamiento. No

nos dejemos influenciar por esta gente entregada a los placeres y vanidades del mundo.

Cumplamos con fidelidad no sólo los mandatos de Cristo, sino sus consejos, aunque nos cueste, aunque nos sea difícil, aunque tengamos que vencer y arrollar nuestro yo, puesto que la vida cristiana es el sacrificio perenne y continuo que estamos haciendo de nosotros mismos. Que nuestra vida ha de ser mortificada, es evidente; ha de destacar de esa vulgaridad, ha de tener un tono más elevado; y para ello, ni tendamos nuestra mirada hacia ese mundo sin esencia vital cristiana, ni lo lleguemos a ambicionar, pues quien le sigue no puede levantar su vuelo hacia Dios, en el camino de la perfección.

311. No os estanguéis..., que el estancamiento es, o por nulidad de la persona, la cual yo no admito, porque no es tan inútil una persona que no admita crecimiento, o por falta de esfuerzo, lo que no podemos admitir, o por falta de apetencia y de estímulo, lo que tampoco se puede admitir, porque hay un estímulo y una apetencia, que es la que Dios nos pone: el ser más eficaces para su divina glorificación.

Hay que crecer cada día, hay que perfeccionarnos cada día, hay que capacitarnos cada día más. Lo exige vuestra condición de Obreras, vuestra vocación.

312. Una consigna os doy: que procuréis cumplir fielmente vuestros oficios, vuestros deberes. En esto conocerá el mundo que somos de Dios: en que llevamos el signo de la perfección en todas nuestras obras. En esto se conocerá vuestra piedad sólida: en que sabéis, como la primera, y siempre delante, cumplir vuestras sagradas obligaciones, cualesquiera que éstas sean. Dad ejemplo en ello. Que nunca el mundo pueda

tildaros de descuidadas en el cumplimiento de vuestros deberes... Que vea en vosotras ese espíritu de Dios que no rehúsa nunca el sacrificio por su amor, por ese amor que lleváis íntimamente grabado en vuestras almas.

Y procurad hacer vuestras obras con perfección. Yo quisiera que fuerais en esto muy delicadas, muy finas. Hacemos las cosas para Dios, con la mirada puesta en él. Hasta el acto más humilde que realicemos, es para el Señor, porque estamos compenetrados con él; su vida es nuestra, y la nuestra es suya; y, por tanto, todos nuestros actos van elevados hacia él.

313. El que todo lo pasa por el tamiz de la perfección, fácilmente advierte lo imperfecto.

314. Los que repiten siempre las mismas imperfecciones, no harán nunca nada.

315. No es uno más perfecto cuando más perfección hay en sus palabras, sino cuando mayor perfección hay en sus obras.

316. Cuando no acabamos de querer quitar lo que no constituye ya materia grave, o sea, desde el pecado venial a imperfección, el resultado es la tibieza, que es un estado del alma de apego, desinterés en la santificación, pequeño desorden, y desprecio de las gracias de Dios.

El calor en el alma empuja al perfeccionamiento, corrigiendo los defectos, para hacer las cosas más agradables a Dios.

317. La vocación requiere la perfección de tu vida. Y esta perfección ha de aparecer en tu modo de vivir. No

se trata, mis Obreras, de una vida vulgar. La perfección es la perfección, y el tender a esta perfección es elemento esencial de la vocación de la Obrera... Y tender a esta perfección, en el mundo, en contacto con el mundo, no entre cuatro paredes. Dar la sensación de lo que es la grandeza de la vida espiritual, en medio de este siglo. Aparecer y vivir como otros pequeños cristos.

318. La persona que es fina en el espíritu, es fina en su exterior y en su trato. La Obrera, por su formación, por su vida espiritual, por su ejemplaridad, ha de ser formal en medio del mundo...

En muchas cosas podemos afinar y tener delicadeza; todo encaminado a ser más buenos y agradables ante los ojos de Dios nuestro Señor, y con mayor aptitud, para que él nos maneje según los planes que su santa voluntad haya trazado sobre nosotros.

319. Jesús todo lo hizo bien. La Obrera se ha de imponer hoy en día por su perfección continua. Sólo así atraerá a la gente. Id afinándoos en todo, para que vuestra acción total resulte armónica ante Dios.

Por ahí dicen: ¡qué buenas son las Obreras! Pero yo, que os conozco, sé lo que os falta por retocar aún... Pasa igual que como en un pueblo donde creen que los músicos tocan bien y cuando viene el maestro y los oye, se asusta... La perfección os ha de nacer; ha de salir de vosotras el hacerlo todo bien, y no es difícil.

320. La voluntad de Dios es patente: sed perfectos como mi Padre Celestial es perfecto. La vocación, vuestra condición de Obreras, exige un proceso cotidiano. Nuestra misión apostólica requiere de nosotros

una capacitación mayor sobrenatural para producir; la hemos de conseguir así. Un día y otro, un minuto y otro, un momento y otro, empujad vuestro pensamiento, vuestra voluntad y vuestro corazón hacia Dios, aunque sea en medio de grandes luchas y grandes dificultades.

321. Que vuestra vida sea sencilla y breve, perfecta; que juegue el papel principal la cabeza y el corazón. La Obrera ha de ser sensata, prudente y rápida.

322. Todos necesitamos actuarnos en una reforma para mejor. La vida, sin darnos cuenta, nos va, como una mano oculta, inclinando hacia abajo; por el peso de un ambiente, de un modo de conversaciones, de unas diversiones no santas o, por lo menos, que no responden a esas aspiraciones de perfección y santidad, que por nuestra vocación debemos procurar. Por eso necesitamos una reacción. Acaso tengamos necesidad de hacerla cada día.

Quien, cargado con el saco, sube una cuesta, a medida que la va subiendo, le cuesta más. Y por eso tiene que reaccionar más, tiene que hacer aún más esfuerzo, hasta que llega a la cumbre. Nuestra vida espiritual es así, nuestra vida vocacional es así... No es cara abajo, es cara arriba.

Y si cada vez nuestra subida se hace más difícil, en realidad, es más fácil si nosotros somos fieles a las gracias de Dios, porque ellas nos ayudan, como una mano secreta que aligera la carga que llevamos. ¿Y qué se le pedirá a un amor, cuando es amor de verdad? Ya no pesa aquel saco; ya no pesa aquella cruz; ya no pesa nada... Porque el amor pone alas en el alma para hacerla volar y subir.

Virtudes

323. Adquieres peso, que es “oro eterno”, cuando das al traste con todo lo pasajero y te colocas en la realidad: darte a la virtud.

324. Una Obrera que no tenga afición a la virtud, que no se encariñe en ser virtuosa, para mí, es una Obrera que no tiene paladar espiritual.

La virtud es lo más hermoso que nosotros podemos imaginar; es una copia de la perfección divina.

Una mujer sin virtud, es una fiera indomable; por eso, la virtud ha de ser un encanto, un sueño, hacia el cual tienda siempre la Obrera.

325. No os paréis en el camino de vuestra santificación, aunque os creáis buenas. Las almas de Dios, cultivan todas las virtudes con solicitud.

326. El alma que se desafina no sólo se desafina ella, sino que hace desafinar a las demás, estropeando, por lo tanto, el conjunto armónico; y no tendrá otra solución que afinarse y cambiarse... ¿Qué medicina se tendrá que dar a esas almas? Practicar en alto grado la virtud.

Con nuestro modo de ser, andemos con mucho cuidado para no ser obstáculo a la salvación de las almas. Y no decir “yo soy así”, porque se le puede contestar, “que eres así ya lo sabemos, pero que debes cambiar, eso lo sabes tú”. Este trabajo es personal; hemos de sufrir, pues, en secreto, para ofrecérselo a Jesús, humillándonos en todo momento, hasta ponerlo todo en el punto central de nuestra perfección.

327. Quien se vea colocado sobre el nivel de otros, procure su gran refinamiento en la práctica de las vir-

tudes, y no exija a los demás sin habérselo exigido a sí mismo.

328. Yo quisiera que vuestra formación fuera tan fuerte que las cosas no os inmutaran; que creaseis dentro de vosotras un espíritu gigante. ¿Qué va a pasar? Pues, nada. Deja el tiempo que corra, que dará la solución. Sobre lo que ahora aparece nublado y difícil, dentro de algún tiempo, breve o largo, amanecerá el sol.

Dejad pasar las cosas; que no hagan huella dentro de vosotras, sino solamente aquellas que os lleven más al Señor. Tomad de las criaturas lo bueno, y no lo malo. Aprended de ellas aquello que os edifique, que todas tienen algo de bueno, todas. Dejad lo que os pueda desedificar, no lo miréis. Dejadlo correr... ¿No te ha sonreído? ¿No te ha dicho? ¿Te ha tratado así? Déjalo pasar. Si se busca la correspondencia y gratitud de la criatura, nos hemos equivocado. Si buscamos solamente a Dios, no me importa que la criatura sonría, agradezca o no agradezca, me es igual. Lo has hecho por el Señor, lo has hecho porque la virtud te lo exigía.

329. El alma de virtud está siempre equilibrada, está en Dios, y domina la situación de los humores del cuerpo. Un alma de virtud necesita el equilibrio aun en las contrariedades; esto se llama el dominio propio. Y ¡qué fuerza de atracción tiene una Obrera cuando está formada así! Éste es el toque para darnos cuenta del temple de virtud de un alma. El que más y el que menos se deja llevar del temporal, y esto es porque hay apego a algo. Nos hemos de hacer indiferentes a las cosas, y unimos a Dios. El alma de virtud es como el cielo siempre claro. Cristo vive en ella, y por eso respira siempre la alegría y la paz.

330. Formemos nuestro carácter con las virtudes. Falta gente de carácter, fuerza de voluntad. Falta carácter para cumplir los deberes, aunque sea a costa de nosotros. La sociedad de hoy es tan pobre en espíritu de Cristo... Trabajemos primero en nosotros para formar este Cristo, y luego, formemos en los demás el espíritu de Dios. Con ello, su gloria crecerá. Presentaremos a Dios racimos de nuestras virtudes. Trabajemos ahora, que el tiempo pasa.

331. Carencia de virtud; hoy no se habla de virtud. Se habla de sociología, de liturgia, de pastorales, de todo lo que queráis. De virtud nadie habla. Como si la hubiesen enterrado en una sepultura; como una cosa anticuada; eso ha pasado de moda. La virtud..., ¿qué es la virtud? ¿Anular una persona? ¿Es que para encarnarse Dios no se anuló? ¿Es que Jesucristo no se anuló? ¿Es que para aguantar aquella bofetada, la noche de la Pasión, no se anuló? ¿Es que para dejarse clavar en la cruz no se anuló?

Sin anularnos nosotros, mis Obreras, la vida tendría una gran complicación. Necesitamos esto. Yo lo llamo sabiduría de saberse dar. Feliz el que sabe darse; feliz el que sabe gastar su corazón, sus energías, para sembrar siempre el bien.

332. Medida de virtud que os doy, mis Obreras, muy sencilla: el que vive de Dios y para Dios tiene una venda en los ojos para muchas cosas. Lo ve todo, no es que no lo vea, pero como si no lo viera. Es decir, deja pasar, no hace caso..., como si nada hubiera ocurrido. No es que en el fondo deje de saber la importancia que aquello puede tener, pero para su gobierno, para su paz, para su tranquilidad, domina todo eso. ¿Que han dicho aquello, que pasa tal...? Ve lo que está pasando, pero se queda como una columna, siempre igual.

333. Todos tenemos equivocaciones en la vida; y cada persona, salvada siempre su buena intención, obra según puede y según las circunstancias... Hemos de apreciar siempre lo bueno de todos, y ayudar para evitar aquello que sea deficiente o malo. Esto es la virtud. Falta rectitud. Falta equilibrio de espíritu. Falta decir: "Esto es así", aunque sea contra mí. De ahí las muchas injusticias que se cometen, en el orden temporal y en el orden espiritual. Y que no hable de virtud aquella persona que actúa de otra forma. Tendrá la suya, pero para mí, está muy deficiente todavía.

334. La virtud ennoblece nuestra persona humana; aunque parezca que se humilla, no lo creáis... Quien de sus instintos sin freno se deja llevar, éste es el que se rebaja. El que se coge a las alas de la virtud para elevarse, es el que sube hacia Dios. Tanto más valor tenemos, cuanto más cerca estamos del Señor; menos valor tenemos, a medida que nos distanciamos de él. Y ningún valor sobrenatural, cuando estamos seccionados ya, por la pérdida de la gracia. Valor siempre tenemos, porque estamos destinados a un fin espiritual, sobrenatural; eso, no lo perdemos nunca, pero el camino está interceptado.

335. Así como en la creación las criaturas son expresión de la magnificencia de Dios, de su hermosura, de su amor, los actos de virtud de una Obrera han de ser expresión y manifestación de ese algo divino que lleva en su alma y en su corazón.

336. Si no tenéis los clavos de las virtudes, nunca jamás podréis estar crucificadas con Cristo. Si no estáis crucificadas con el Señor, ¿qué apostolado es el vuestro? ¿Qué habéis de producir? ¿Cómo seguirán las al-

mas? ¿Cómo podrán brotar de esas peñas duras de voluntades, esas vocaciones de amor de Dios, de deseos de santificación y de entrega completa a la gloria divina...? El grano enterrado en el surco de la tierra, si allí no se quebranta, si allí no se pudre, si allí no muere, si allí no se corrompe, si allí no se deshace, no puede germinar en una planta.

Oración

337. La oración es el mejor estímulo del celo y dinamismo apostólico.

338. Hay que impregnar la vida familiar del espíritu de oración. Donde haya una Obrera, que haya un corazón que ame a Dios, un pensamiento que se eleve hacia lo alto, una mirada que mire al cielo.

339. Nuestra confianza total está en Jesús. Lo que somos, lo que podemos ser, es nada; hay que ponerlo en juego, pero es Dios quien da incremento a todo nuestro vivir...

Nuestra oración, pues, sea de golpear el corazón de nuestro Divino Maestro; oremos para arrancarle muchas cosas que necesitamos: fortaleza, inspiración, aliento, ánimo en nuestra voluntad. ¡Necesitamos tantas cosas del Señor!

340. Nos falta orar, pedir, acercarnos a él con fe y confianza... En las horas que vivimos, digamos al Señor: Señor, despierta. ¿No ves que vamos a perecer, a naufragar; no ves que las olas de los enemigos saltan a la barca de tu Iglesia, la empujan, la desfiguran, intentando cubrir las conciencias con negra sombra de

errores, para desviarlas de su recto camino? Despierta, Señor, y pon tu mano.

Y él despertará..., como lo hace cuando llega el alabonazo de la oración de las almas que saben ganar su corazón divino.

341. Oremos por nosotros, oremos por las almas; por nosotros, para hacernos fuertes; por las almas, para que ellas conozcan la verdad de un Cristo, única salvación. Y oremos unos por otros... Orad por la Obra... Ya sé que la queréis. Orad, no para que se le quiten las cruces, las batallas, esos ríos que hay que atravesar con peligro de naufragio... No. Sino para que el Señor siga con su mano providente guiando esta navecilla, que no intenta ni quiere otra cosa que ofrecer un canto continuado a la gloria de Dios... Oremos, que seremos invencibles.

342. Yo quisiera ver en vosotras otra clase de fuego más encendido; yo quisiera ver en vosotras una acentuación de espiritualismo más grande; yo quisiera ver en vosotras una influencia de lo sobrenatural –que tanto os encargo–, y que esto sobrenatural fuera compaginado con vuestra presencia social, vuestro trabajo apostólico; no sea cosa que atendiendo sólo a un modernizar lo externo, nos quedemos sin la médula y la sustancia de lo interno. ¡Bien por fuera, mejor por dentro! Para esto necesitamos mucha oración. Ese fuego será la fuerza expansiva del apostolado; será la luz que os orientará en vuestras actuaciones; será el vigor que os impulsará.

343. Si tuviéramos espíritu de oración, tendríamos espíritu de control, y entonces seríamos comedidos en todo nuestro obrar, en todo nuestro proceder... Y ha-

bría muchas cosas que por sí mismas se evitarían, desaparecerían completamente. Aquello que hablas o aquello que hablaste, ¿lo hubieras hablado si hubieras hecho tu oración bien? Aquello que dijiste a aquella persona de fuera del Cenáculo, que pudo producir o puede producir un mal, cuyas consecuencias nadie puede medir, ¿lo hubieras hecho si hubieras estado en contacto con Dios nuestro Señor, y hubieras pedido aquellas luces y claridades que te hubieran indicado cómo debías obrar, qué debías hablar y qué debías callar? Si hubieras hecho tu oración bien, no hubieras perdido tanto tiempo en las charlas con éstas y con aquéllas. ¿Hubieras desperdiciado el tiempo?

344. La oración es una descarga de nuestro corazón, es un descanso interior. Y aunque no se hiciese nada, se hace mucho. Como nada parece que hace aquel que está sentado debajo de un árbol en la noche, y le cae el relente, y cuando se da cuenta, está mojado. Esa vida de contacto con el Señor, ese ambiente de sagrario, ese ambiente de recogimiento, ya hace su efecto en nosotros.

La oración no puede faltar. La tenéis ya ordenada, pero particularmente os la ordenáis vosotras. Orad... Orad mucho. Ojalá nuestra vida fuera una oración continua, y la oración continua es cuando continua es en nosotros la presencia de Dios. Y la presencia de Dios íntima y exterior es cuando vivimos sumergidos como el pez en el agua, dentro de ese sobrenaturalismo, en que siempre vemos a ese Cristo, vemos a Jesús en todas las cosas, como norma de nuestra vida, luz que alumbra nuestros pasos, fuerza que nos empuja, amor que nos da calor.

345. No dejéis la oración... Yo me atrevo a decir: no seréis nada si no sois almas de oración. Y si queréis

perseverar, correr el camino que un día comenzasteis, y llegar a la meta, orad. ¿Cómo? Como Dios nuestro Señor os dé a entender, pero orad. La vida interior se impone hoy más que nunca. La influencia de Jesucristo en nosotros es necesaria. Si no vivimos más que de fe, de amor; si nuestra vida es un misterio en este aspecto, y fuera de ello es una locura... Ni la ciencia, ni las riquezas, nada nos puede dar la solución que necesitamos al problema profundísimo que llevamos dentro de nuestra persona, en nuestro corazón, en nuestra alma, en nuestra vida. Nadie. Procurad conservar, como algo precioso, los ratos de intimidad con el Señor. ¿Qué sería de una Obrera sin oración?

346. Vosotras, Obreras, formáis una familia de hermandad puramente sobrenatural; de hermandad por el fin, porque vuestro destino es el mismo; hermandad de medios de santificación, porque son los mismos; hermandad, por vuestros mismos anhelos en el corazón.

Vuestra oración en común, como Obreras, ha de tener una fuerza especial delante de Jesús... Allí donde hay dos o tres, lo que pidiereis, se os dará. Y allí donde estéis vosotras reunidas, allí está el Señor... Cristo ha de estar siempre en medio de vosotras, asistiéndoos con su luz, con su divina gracia.

347. ¡La oración!, mis Obreras. Poco estimada, quizá desestimada ya, desvalorizada. Por los de fuera..., por los de dentro. Hemos olvidado lo que necesitamos imperiosamente para poder subsistir en aquello que nosotros somos y que queremos ser; como cristianos, y además, dentro de nuestro estado, como personas escogidas por el Señor, para llevar adelante los fines que él nos ha fijado... Toda alma consagrada a Dios...

no puede andar bien, no puede perseverar, no puede ser fiel a la llamada de Dios, sin este contacto con él; contacto que hemos de tener mediante la oración.

348. No descuidéis, mis Obreras, el ejercicio de la oración... Es lo más sencillo, porque es tratar con Dios, y Dios nos entiende a todos. Dios entiende nuestro lenguaje hablado, y nuestro lenguaje de silencio. Dios entiende y comprende nuestra mirada, nuestra sola presencia, y adivina el deseo del corazón. Dios sabe lo que nosotros a veces ni siquiera sabemos allá en el fondo... Es lo más sencillo, porque aquel con el que vamos a tratar, y con el que vamos a hablar, lo entiende todo. Es lo más fácil, porque el Señor se allana a todos. Es lo más fácil, porque puede ser cuando nosotros queremos, en todo momento; con este trabajo, con el otro, en el lecho de la enfermedad, aquí, allá, de noche y de día.

349. La oración mutua de las Obreras ha de servir, para todas, mucho. Hay que trabajar, hoy unas, mañana otras; y la que ora, ayuda a la que trabaja. No debéis olvidar vuestra condición de Obreras, en la oración. Vuestras ataduras han de ser ayuda de consejo para formar, y ayuda a la que triunfa, porque en ella triunfa Dios. Y todas las Obreras participáis de ese triunfo. No os podéis desentender de esa intervención vuestra. La Obrera no puede tirar atrás, no puede vivir como tal si vive aislada, egoístamente... La vida de la Obrera es activa, y tengo la convicción de que todas pueden poner su actividad, a su manera.

350. La Obrera sea de oración continua, porque lo puede ser; es cuestión de habituarse, y esto se adquie-

re por la repetición de hábitos. Que vuestra oración sea una necesidad, según lo que necesitéis... Procurad siempre tratar con mucha sencillez, confianza, y fe, al Señor. Y si así procuráis formaros, seréis Obreras con espíritu de oración. Y esto es preciso, porque sin ello la Obrera va al fracaso, por su género de vida, por su contacto con el mundo, por la acción apostólica.

351. Dice el Apóstol: “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, alzando las manos limpias, exentas de todo encono y disensión...”. Para, pues, que nuestra oración sea agradable a Dios, se ha de hacer con un espíritu que excluya todo encono, toda malicia y toda disensión; tranquilidad de espíritu, paz en el alma, sosiego interior, no con una voluntad maliciosa, de venganza, con recuerdos de aquello que me han hecho o me han dejado de hacer y “cuando llegue la mía, sabré responder mal por mal”. Esto no es espíritu para hacer la oración.

Hay que tener una disposición interior de devolver bien por mal, y un espíritu de unión, no de disensión; porque, naturalmente, si Dios es el amor y tiende a unir, cómo nos va a escuchar en la oración, si vamos con un espíritu interior de separación, de división, que rompe el vínculo de la hermandad auténtica. Porque hasta a nuestros propios enemigos los hemos de considerar como hermanos, siquiera para pedir por ellos.

352. Hay que buscar al Señor en la oración; hay que buscarle en el corazón, en lo íntimo de la conciencia, y allí encontraremos al Señor. Él se adelanta para dar alegría, fortaleza, ánimo, consolación. Aunque muchas veces no encontremos el remedio rápido a nuestras necesidades, no importa. Pero sí nos da una fortaleza interior, la cual nosotros apenas advertimos. Y nadie

que busca al Señor dejará de encontrar remedio a sus necesidades espirituales, os lo aseguro, nadie.

353. La Obrera viva una profunda vida de oración. Así, como os digo. Si no queréis perder vuestro sentido sobrenatural, no hay más remedio que vivir esto. Si no, lo perderéis. Lo perderéis, os lo aseguro. Y si queréis conservar vuestra esencia vocacional como Obreras, no os podéis salir de ahí. De lo contrario, os quedaríais sí como una vocación, pero perderíais el sentido vocacional de Obrera de la Cruz. Y vuestra vida no sería tan fructífera para el Señor...

La oración es, sencillamente, el trato con Dios. Es la convivencia que tenemos a solas con Jesús. Es el rato de nuestra expansión interior con el Señor... Cada una trate con él como sepa, como mejor le encaje. Y si una no sabe hablar, ni sabe pensar, por lo menos, sabe estar. También la lámpara sabe estar.

354. Todo tiempo es apto para orar. Cuánto necesitamos de la oración. Su espíritu es la vitalidad de nuestro espíritu. Cuando a una Obrera le falta la oración, baja, disminuyen sus fuerzas. Convinceos de que hay pocas almas de oración, aparentes muchas..., en realidad, pocas. La conciencia es la flojedad espiritual, la cobardía de espíritu, la falta de decisión para actos de virtud heroica, el miedo a la entrega total a Cristo...

Un minuto que tengas, es para dar una mirada a Dios. Presencia de Dios, continua. Ocupad el tiempo bajo la mirada de Jesús. Desenvolved vuestra actividad ante él, sin salir de su divino querer.

355. Nuestra formación espiritual se ha de calcar sobre la práctica de la oración. Una Obrera no puede ser

eficaz si su vida no está basada profundamente en la oración; en resumidas cuentas, no es más que un estado de amor a Jesucristo. Porque si estudiamos su vida, queremos comprender su modo de obrar, penetrar en el sentido de sus frases, no es más que para conocer nuestros caminos de santidad e imitarle; para conocerlo en su grandeza, en su bondad, y así amarle más. Sólo el amor nos puede hacer fuertes. Es fácil conocer, no es fácil realizar. Y aquí está la deficiencia, en que a veces estudiamos al Señor, sabemos lo que nos enseña, lo que quiere, cómo él ha obrado, lo conocemos perfectamente, pero no lo hacemos. Nos quedamos solamente en un plano especulativo. Y la vida espiritual exige vivir en un plano efectivo, de realización.

Presencia de Dios

356. La presencia de Dios es para llevar su influjo en nuestros quehaceres; y es evidente que un alma que la vive, lleva el influjo de Dios no sólo en el interior; se advierte en su mirada, en su trato, en su porte.

La presencia de Dios es un dulce freno que el alma lleva en sí; se hacen las cosas bien, como si materialmente se estuviera delante de Jesús.

357. La Obrera ha de procurar servir a Dios en todo, y servir para todo. Si teniendo presencia de Dios se hace inútil para convivir, no entiende la presencia de Dios, porque no hay nada que no respire a Dios. En un vaso, en un plato, palpamos a Dios... Estamos empapados de Dios. Pero... ¿y el orgullo?

358. La presencia de Dios no “atonta”, sino que da más lucidez.

Reparación

359. La vida de la Obrera ha de ser, en uno de sus puntos, eminentemente reparadora. Cuando trabajéis y cuando oréis, y en cualquier cosa que hagáis, pensad que estáis reparando, que estas vuestras acciones son como flores que enviáis al Señor.

Nos preocupamos demasiado de nosotros, y en este aspecto, nos falta generosidad, como quien trabajase para comer y no pensara que había de trabajar para dar. El alma reparadora hace sus cosas sin pensar en su salvación, sino sólo en un Dios ofendido... Con eso, bien segura lleva su salvación. Esto es buscar la gloria de Dios.

360. Es muy hermoso que todas las Obreras vivan el espíritu de reparación. Eso tiene una fuerza muy grande en la presencia de Dios. Nosotros no la podemos medir, eso es evidente. Uno de los secretos de la vitalidad de la Obra es la Reparación. Si la Reparación sube, la Obra sube... Que no se pierda el carácter típico de la Reparación, de austeridad, de recogimiento.

361. La Reparación no es obligatoria, según las Constituciones. Es un índice de la piedad, es un sostén espiritual del Instituto, es un caldear los ánimos, es un consuelo que damos al Señor, son horas de compañía con la Virgen...

No ignoro el trabajo que hay en los Cenáculos. Lo sé. Y comprendo que, muchas veces, las Obreras no pueden hacer la Reparación. Lo que no entiendo, es que estén en la televisión hasta largas horas de la noche y, luego, no tengan tiempo para la Reparación. Eso no lo entiendo. Si lo tenemos para nosotros y para

el mundo, creo que el que tiene más derecho es el Señor. Hay que mirar la Reparación en un sentido hon-do, no de una obligación, sino de algo que la Obra, el Instituto, necesita.

Me hago cargo de todo: de lo que no se puede y de lo que sí se puede. De la dejadez de algunas y del descanso que otras necesitan. Pero, aun necesitando el descanso, yo les diría: ¿por qué no un ratito con el Señor? ¿Es que no hay siquiera un arranque de sacrificio para prescindir de aquello, por gusto que tenga uno, y estarse con él...?

Ha bajado la Reparación... Y es que el vuelo del espíritu ha bajado.

Pureza de corazón

362. La pureza de intención excluye el que hagamos las cosas sólo por contentar la voluntad de las criaturas.

363. Pureza de intención. Es hacer las cosas con sólo el fin de agradar a Dios. "Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; mas si tienes malo tu ojo, todo tu cuerpo estará oscurecido" (*Mt*, 6,22). El ojo es la intención..., el cuerpo es la obra... Si la intención no es pura, la obra se mancha, se torna mala, pecaminosa.

Pura..., quiere decir, que el fin que se persigue es la divina complacencia, y toda la obra es buena... Esta santa simplicidad, pureza, no admite más que el complacer a Dios, llenar su querer, que no es otro que su divina glorificación.

364. Hagamos las cosas sin que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha.

365. Cuando un alma lleva a Dios en sí, tiene una razón moral que le obliga a obrar rectamente; siente una presión, se diría como una obligación interior, de proceder con toda limpieza de corazón. No necesita vigilancia ni custodia alguna... Es el Señor el que opera en esa persona, quien la sostiene en su nivel sobrenatural.

366. Característica de la Obrera debe ser la pureza de su corazón. El corazón puro es como el cristal que no tiene sombra, sobre el cual se refleja el rayo del sol.

Nuestro corazón ha de ser tan puro..., que se refleje en él la luz dorada del amor de Cristo. A las almas puras, limpias, Jesús no les dice se saciarán, poseerán a Dios, sino que les promete descubrirles lo más que se les puede dar, verán a Dios.

367. Bienaventurados los que tienen limpieza de espíritu, mis Obreras. Si la tenemos, veremos a Dios en todas las cosas; le veremos en nuestra humillación; le veremos en el secreto de nuestro corazón; le veremos en aquel trabajo; le veremos en aquella pequeña cruz; le veremos en aquel desprecio; le veremos en aquella incompreensión; le veremos en todas partes. Allí está Dios, allí contemplo la grandeza de Dios, allí admiro la energía de Dios que me ayuda para poder vencer todos los obstáculos. Veremos a Dios...

Los que están preocupados en quehaceres de tierra, pero llenos de apegos, de egoísmos y de miras humanas, no pueden ver a Dios. Verán la criatura, se verán a sí mismos, verán sus cosas, pero no verán a Dios.

Este es el espíritu del Señor. ¿Qué pide? Limpieza de corazón, de espíritu. No pide riquezas, no pide ciencia, no pide más que eso..., limpieza, para poder ver a Dios.

368. La pureza de intención eleva nuestras acciones hacia Dios. Nos hace hacer nuestras cosas con perfección. Llena a la persona de eso que llamamos verdad, porque cuando no hay pureza de intención, no hay verdad... Donde hay espíritu de mentira no puede haber lo que sea grato a Dios.

La Obrera ha de ser un espíritu lleno de sencillez, fuerte, claro, sin doblez, sin tapujos.

Esta pureza de intención hace que vivamos nuestra vida con Dios, independiente de las criaturas que nos rodean, matando así el influjo de ellas que pudiera perturbar nuestro fin recto. Lo que hagamos, refleje siempre la claridad de Dios nuestro Señor.

369. En todas las cosas, agradad al Señor, es decir, proceded con el corazón en la mano, limpio; que haya buena voluntad.

Desgraciado el que se creyera ser algo. Buscad a Dios. No busquéis nada fuera de él. Porque quien se busca a sí mismo, por sí o por persona que se procura, ya lo pagará con un buen fracaso, precisamente cuando se trata de un engrandecerse... Nos engañamos a nosotros mismos.

No viváis nunca de la mentira, del fingimiento... Una persona sube más cuanto más vive en la verdad, porque si el mundo no la aprecia, es el Señor quien la acepta y la premia.

Rectitud de intención

370. La base sobre la que descansa el adelantamiento espiritual, es la rectitud o pureza de intención; según sea ésta de perfecta, son las obras perfectas, y las obras son las que nos hacen a nosotros perfectos.

371. La Obrera ha de obrar siempre con rectitud. Sus obras han de ir encaminadas a Dios, no hacia la criatura por ser criatura, ni a conseguir una cosa puramente de satisfacción de ella, como satisfacción, sino mirando siempre a Dios.

Ésa es la rectitud en el obrar sobrenaturalmente. Y naturalmente, es hacer las cosas con espíritu de verdad.

372. El cristiano tiene que transformar al mundo y hacerlo mejor para los hombres. Pero esto ha de hacerlo por Dios, para Dios, y para que los hombres puedan ir a Dios.

373. Somos propensos, naturalmente, a ser parciales, salvo cuando uno tiene un juicio recto, una mirada elevada, y se juzgan actos, personas, con rectitud de conciencia... ¿Por qué una persona hace una cosa, y se la carga otra? Tantas atenciones para una, y para otra, ninguna... La parcialidad destroza la convivencia. Y es un mal arraigado en todas partes. Esto raja la confianza, y no es muestra de virtud. La persona debe ser caritativa, justa, recta, sea quien sea.

La parcialidad consiste en no tener la misma medida para todas, y en cada circunstancia, como la prudencia dicta que se aplique.

Renovación espiritual

374. Hay que renovar nuestra vida cada día, para que entre los santos no desentonemos, para que entre las almas de verdadera virtud, no hagamos un mal papel, para que en nuestra carrera de la oración, no nos

quedemos a la zaga, y para que en nuestro servicio a Dios y en nuestros trabajos de apostolado, rindamos el fruto apetecido, deseado y esperado por la voluntad de Dios nuestro Señor.

Una vida siempre nueva, pero la misma vida: la vida de Dios en nosotros.

375. Necesitamos una renovación.

Renovar quiere decir no destruir, sino conservar y perfeccionar lo que se tiene dado por bueno. Y bueno es todo aquello que conduce a la santificación propia, a la glorificación divina, a la salvación del prójimo.

Pueden y forzosamente han de cambiar los modos de actuar, para adaptarse a las circunstancias, pero no puede cambiar la sustancia de la actuación: la fe y el amor que mueven, el sacrificio que impulsa, la razón de conquista de las almas... ¡Cambiaríamos sustancialmente lo que somos! ¿Obrera? Lo sería por el nombre, no por su vida, por su espíritu.

Cambiar para destruir... no, para perfeccionar, sí.

376. Hay que renovarlo todo, pero siempre dejando a salvo lo que es la médula, la esencia... La Obrera no debe nunca envejecer. Lo que se renueva no envejece. Sólo una cosa en nosotros es preciso que envejezca, porque es ley de la naturaleza impuesta por Dios: el organismo, que, como la planta, llega un momento en que envejece; ha llegado a la cumbre de su desarrollo y entonces, empieza a decaer.

Pero no envejece el trato, la ternura de su corazón, su amabilidad. Ni menos envejece su alma que, corriendo el tiempo, si hay fidelidad, se rejuvenece más. Porque si la juventud es vida, a más santidad más vida; a más tiempo, habrá más virtud y más juventud.

377. Necesitamos renovar el espíritu, para sostenerlo intacto, íntegro, para afianzarlo y acrecentarlo, purificándolo cada vez más.

¿Cuál es el espíritu de la Obrera? Es a base de amor, de inmolación de su vivir, y de acción. Como en alguno de estos tres elementos el espíritu vaya aflojando, o pretenda ser sustituido por otras cosas, le veremos deformado, más o menos según la sustitución que se haga en cada uno de ellos. Éstas son las tres partes esenciales constitutivas del espíritu de la Obrera. Son como el nervio, lo que sostiene..., aunque se las revista de cosas nuevas exteriores, conforme a las exigencias racionales que la sociedad vaya pidiendo.

378. Si el mundo está en una renovación actual, renovémonos nosotros también... Él renueva sus armas...; renovemos las nuestras... Renueva sus ímpetus...; sean nuevos los nuestros... El mundo se pega al vicio y al pecado... Peguémonos nosotros más al Señor, que es la misma santidad.

Y si a él nos damos, en él encontraremos todo; si por él batallamos, en él triunfaremos... Si a él amamos, el amor nuestro se perpetuará... Si nuestra vida por él la sacrificamos, en el cielo, en la eternidad, nuestra vida estará plena de la gloria que hayamos merecido con nuestro trabajo, nuestro sacrificio y nuestro servicio leal a este gran Señor.

379. Estar al día no es corromperse moralmente... No es seguir doctrinas erróneas. No es seguir avance de modernismos, que destruyen precisamente lo que queremos conseguir... No es no querer desentonar en un mundo sin Dios, para dejarse arrastrar por sus máximas.

Es buscar los medios, dentro siempre de la moral cristiana y de la doctrina de la Iglesia, para espirituali-

zarla con el ejemplo y el trabajo, en ese mundo redimido por Jesucristo.

380. La renovación interior no es cosa de unos cuantos días, sino que se debe procurar cada día.

381. Año nuevo... Renovación de vida... Renovar la vida espiritual es practicarla como si fuera la primera vez, resucitarla toda, con aquella ilusión del comienzo. Más ahora que entonces, con aquel interés que movió nuestro espíritu cuando Dios nos dio su primera luz, con aquel espíritu abnegado y de sacrificio con que Dios inició nuestra vocación y el conocimiento de la misma vida espiritual.

382. Cuando Jesús venga a sus Obreras ¿las encontrará como el año pasado? ¿Hallará que han hecho fructificar lo que durante este año les ha otorgado?

383. Un nuevo año comienza... Aunque nuestros pasos sean cortos, que sean firmes.

384. A medida que nos vaciemos del yo, habrá más lugar para Cristo en nosotros.

Vaciemos, en este nuevo año, el pozo de nuestro yo, llenándolo de amor a Dios.

385. No os hagáis rutinarias. Hacedlo todo siempre como si fuera la primera vez: limpio el corazón, la voluntad generosa, y ofreciendo al Señor las pequeñas miserias, para que él las purifique... Y con la alegría de tenerle, a trabajar, con naturalidad.

386. El todo es más perfecto en sí a la vista de los hombres, luce más su perfección, cuanto los miem-

bro lo son; es más santo cuanto los miembros tienen más santidad; es de más fruto, cuanto los miembros en mayor grado lo producen... Esto nos ha de mover a renovar nuestra vida. O ser de Dios en nuestra totalidad, buscar a Dios con toda la energía y grandeza de nuestro corazón, vivir para Dios con toda plenitud, o ¿qué hacemos, mis Obreras? ¿Como la hormiga, siguiendo ciegamente el camino para ir a parar a un agujero? No, es preciso hacernos nuevos cada día. La Obrera se ha de sentir rejuvenecida; es el rejuvenecimiento de nuestra vida espiritual... Si con Cristo, que es la juventud eterna, no nos hacemos jóvenes en el espíritu, si con él, que es el gozo y la alegría, si entrando en trato con él, no conocemos el goce y la alegría, ¿adónde vamos?

Si viviendo íntimamente crucificados con él, que tan despojado fue que para subir a la cruz, donde está la corona inmarcesible, se despojó de todo, si esto no nos hace reaccionar, ¿qué enfermedad moral tenemos en nosotros...? Creced, rejuveneced vuestra vida.

387. Es un fenómeno que se produce en todos los órdenes de la vida humana, el habituarnos a las cosas, y por el hecho de habituarnos, decrecer en intensidad, en extensión, en perfeccionamiento, en esfuerzo, en entusiasmo; nos habituamos. ¿Es acaso malo el habituarse? ¿Por ventura la virtud no es un hábito? Efectivamente, es un hábito bueno. Pero en la práctica, la virtud es la repetición de esos actos buenos. Esta repetición supone un crecimiento de esos actos, una renovación en la vida espiritual.

Habituarnos sólo, sin un crecimiento cada día en nuestra vida, es un envejecer. Y así vamos todos envejeciendo. Envejecemos en el modo de trabajar, pegándonos a ciertas costumbres que tomamos como ritua-

les de la antigüedad; pegándonos a nuestras cositas que son obstáculo, muchas veces, en la marcha progresiva que lleva la sociedad, y a la que forzosamente nos hemos de ir acomodando en nuestra vida apostólica. Eso es anquilosarse, es un modo de habituarse para envejecer. Necesitamos, por tanto, la renovación de nuestro yo. La Obrera ha de ser alma renovada, cada momento, en su entusiasmo, en su ideal, en su voluntad, en el empuje que debe darse a sí misma. Que no diga el Señor de nosotros que hemos sido llamados, pero que no somos escogidos. Es decir, escogidos, pero actualizando, llevando a la efectividad la acción de Dios.

388. Todos somos propensos, por nuestro desgaste, a buscar descanso, es decir a no buscar complicaciones, más claro, a no crear iniciativas, a quedarnos siempre igual, porque eso es lo más tranquilo, lo más quieto, lo más pacífico..., ya estamos bien. La falta de renovación de medios, de renovación de vida, de adaptación, acusa pobreza de espíritu, pobreza de alma, pobreza de reacción evangélica; porque cuando hay fervor y cuando hay amor, el fervor y la exigencia del amor, piden que uno busque lo mejor para producir su efecto, y le impulsa a una iniciativa siempre nueva, y a una renovación continua. Por eso, la vida espiritual ha de ser en nosotros una creación nueva, una reforma siempre operante, para ser cada día mejores.

Como Obreras, en vuestra formación y en vuestra acción, la que sea, en vuestra intervención apostólica, habéis de vivir empleando aquellos medios que sean más aptos, más adecuados, según las circunstancias. Adaptación de la virtud vivida, pero sin perder nunca la virtud y sin perder a Dios. Todos los cambios que queráis pensar, pero esta idea principal: hay que vivir

el fin de la Obra, mis Obreras, hay que vivir la finalidad del Instituto. Tenéis que vivir y realizar vuestra razón de ser, que radicalmente es la santidad propia, la divinización de vuestra vida, y la santidad de los demás y divinización de las almas para Dios.

389. Sobre el solar de vuestra vida, del cual hemos de quitar imperfecciones, baches, cosas que, si son pequeñas, afean el edificio espiritual, al realizar esta voluntad, no habéis de quedar cortas. ¿Por qué no recordaros la obligación que tenéis de trabajar para que este edificio nuevo, renovado cada día, tenga su altura, su excelencia, alcance ese grado de virtud y de santidad, mirando sólo a Dios y la fecundidad de la vocación que habéis recibido?

390. Todo tiene una necesidad de renovación. Renovar para hacerlo mejor, renovar para perfeccionarlo. Porque nuestra vida, en el caso de la perfección, no tiene término. Solamente lo tendremos cuando lleguemos a la meta final, que es la posesión de Dios. Mientras tanto, hemos de ir bregando, bregando sin parar, aunque nos veamos cargados de ciertos defectos, que eso no importa, porque, ¿quién habrá en el mundo que no tenga sus defectos? Pero hay que ir eliminándolos, como el labrador va quitando la mala hierba que surge en el campo.

No hay que perder la esperanza, la confianza en que la gracia de Dios que es la que nos ayuda, hará en vosotras la obra que esa misma gracia comenzó.

VIRTUDES TEOLOGALES

Fe

391. La Obrera ha de ser un alma que destaque por su fe vivísima, fundamento de su vivir y de su obrar.

392. Hemos de ser almas de profundísima fe. Queremos edificar sobre una razón pura, sobre nuestras propias fuerzas; queremos levantar un edificio humano, salvador, sobre un naturalismo, prescindiendo de Dios. Dios, dicen, como que se ha retirado ya de nosotros, no necesitamos de él; nos ha puesto ahí; nos ha dado una inteligencia, y nosotros nos hemos de ir defendiendo y desenvolviendo.

393. Afirmaos bien en vuestra fe. Llamarán la fe del carbonero; se reirán; no hagáis caso. La fe nos salvará a todos. Es la única tabla que nos queda en un naufragio. Con la fe, el amor, amor encendido a Jesucristo, a quien hoy pretenden incluso negar. Y amor grande a la Virgen, distintivo señalado de una Obrera, bajo cuyo amparo la fe nuestra se ha de conservar en todo momento. Y el sacrificio, sin el cual no hay cristianismo; menos habrá vida de oblación; menos, vida de entrega a Dios.

394. Necesitamos vivir la fe. Pero una fe ciega, tranquila, reposada; como el viandante confía en una sombra que le protege, en algo que él no ve, pero que va cuidando de su propia persona, para llevarle a su destino. Sin la fe, nuestra vida no halla explicación... No vamos a prescindir de nuestra razón, de nuestra cultura, pero..., a veces, menos razonamientos y más adentrarnos dentro de nosotros para comprender lo que somos, lo que hemos de ser, lo que valemos, lo que podemos producir. Sin olvidar nunca que todos nuestros valores, todos nuestros triunfos, todas nuestras ciencias, todo..., por mucho que el mundo lo estime y lo encumbre, tiene un desenlace funesto, un fracaso completo: la muerte. Ahí se rompe el anillo de esta cadena. Éste es el fracaso del hombre; quedarán sus huellas, pero él ha desaparecido. La fe nos hace ver, por encima de todo, ese algo que llevamos dentro de nosotros, que va buscando una eternidad...

395. La fe es tan necesaria en nosotros en el orden espiritual, como lo es en el orden humano. Porque pensad..., si en el orden humano, en el orden social, no tuviéramos fe unos con otros. No podríamos vivir, no nos creeríamos, no nos podríamos fiar unos de otros. Creemos, creemos...; nuestra vida humana es una fe continuada... Cree el discípulo al maestro que le enseña. En el orden sobrenatural, la fe es la que ha de invadir toda nuestra vida. A través de ella hemos de ver las disposiciones de Dios, hemos de juzgar las cosas, hemos de esperar, hemos de confiar. Impulsados por esa fe, nos fiamos de Dios y esperamos en Dios.

396. Llevad vida de abandono total y completo en manos de quien os guía: la Providencia divina. Ella nos ampara y protege, mientras caminemos con vo-

luntad desasida, despegada, sólo interesada en alcanzar la santidad. Y no os equivocareis nunca... Providencia, esfuerzo de tu voluntad. No busques el por qué. Acepta. Tira adelante. Sal de ti, y entra en Dios. Sal, y haz apostolado. No temas...

Vivid fe alta, intensa... La Virgen vela por cada una de vosotras. La paz de Cristo humillado, sea vuestra alegría y consolación.

397. Dios distingue los espíritus que viven con profundidad la fe. ¡Nos quiere tan llenos de fe! Muchas veces nos exige la acción de la gracia que cerremos nuestros ojos y bajemos con humildad nuestra cabeza. Dejemos toda nuestra ciencia, con todos sus cavileos y dudas, para conservar únicamente una mirada de fe... Yo sólo puedo admirar la grandeza de Dios en este su modo admirable de obrar para santificarnos, para llevarnos al cielo. ¡Nuestra vida profunda de fe...! Ésta es la tabla a la cual nos hemos de acoger: fe y amor. Dos puntos esenciales en nuestra vida.

398. La fe es ciega. El que quiera analizar todas las cosas sobrenaturales con la razón, llegará a perder esa luz de fe que alumbra en el hombre, porque quiere sujetar a un círculo pequeño lo que en él no cabe. Por tanto, hemos de vivir de fe; con ojos cerrados levantarnos hacia Dios, ascender hacia él, sin querer averiguar nada. La fe nos hace ver, por encima de todo, el vuelo del espíritu hacia Dios. Ese algo que llevamos dentro de nosotros, que va buscando una eternidad. Ese algo que nosotros no vemos ni sabemos explicar, pero que tampoco lo podemos arrancar de nuestra intimidad, del corazón; un ansia que se va a cumplir, una vida que se va a prolongar, una ciencia que va a ser perfecta: la fe. Nos precisa vivirla mucho.

399. Evangelizar. Estáis destinadas al apostolado. Propagar a Jesucristo, dar a conocer su doctrina. Pero ésta exige fe. No la podemos sujetar a una fuerza puramente de la razón; flota sobre ella. Son palabras reveladas. Hay que creer. Afiancémonos en la fe. Vivid, mis Obreras, potente fe dentro de vosotras. Así es como tendréis una fuerza interna que nadie os podrá arrebatarse. Mirad a Dios nuestro Señor, único Maestro. Él lo ha dicho, él lo ha hecho; me basta. Ésta es nuestra seguridad. No hay más que un Cristo. Él es mi libro. Lo que él me enseña, lo que me dice, esto, es lo que yo he de vivir y he de guardar en lo profundo de mi corazón. Y ha de ser el consuelo y la fuerza que me sostenga en medio de tanto penar de esta vida, y de tanta lucha.

400. Nadie puede llegar a Dios sin la fe. Y si leemos el Evangelio, nos daremos cuenta de que Jesucristo siempre exige la fe. No exige cultura, no exige sabiduría, sino la fe. ¿Tú crees? Pues si crees, hágase como tú desees. ¿Pero si no crees de verdad? Sí. Pues, entonces, lo que tú pides será concedido. La fe ennoblecerá la cultura; la fe hará vivir al hombre como criatura racional y hombre que sabe controlar su propia persona. Ésta es nuestra madurez. La cultura hay que adquirirla para defender nuestra fe, para ennoblecerla, de algún modo, para entender, en cuanto podamos entender, una cosa. La ciencia es un camino que nos conduce a Dios. Pero el camino es la fe, que nos hace correr hacia Dios.

Esperanza

401. Gasta tu vida de modo que no la pierdas para la eternidad.

402. De cara a la eternidad ordena tu vida. Así vivirás santa y apóstol de Cristo, en espera de la recompensa eterna.

403. Somos nosotros quienes abandonamos a Dios, porque él nunca nos abandona. A todos alcanza su solícita y paternal providencia. Es inútil huir.

El tiempo nos prepara el encuentro inevitable. Y entonces, la cizaña será echada al fuego; y el trigo de nuestra vida, cuajada de obras orladas de sacrificio por el que padeció y murió por amor –Jesucristo–, será depositada en el granero del cielo.

¡Inmarcesible esperanza, que dulcifica las amarguras de nuestro vivir crucificado!

404. Es absurdo que inmoles tu vida, que bien aprovechada vale tanto, por conseguir cosas caducas, de calidad inferior al oro de tu vida. Es mejor sacrificarla por Dios, para conseguir una vida de gloriosa eternidad.

405. La vida hay que correrla olvidando, cerrados los ojos para mirar atrás, y abiertos para mirar adelante, siempre adelante, contemplando a Jesucristo que nos espera, puesto que podemos rendir hasta el último momento de nuestra vida.

Caridad

406. Se obra por caridad o amor de Dios, cuando se hace con la mirada puesta en él, sin acepción de personas, simpatías...

407. No hacer nada por las criaturas, sino todo por amor de Dios.

408. Dos cosas destacan en la vida de Cristo, humildad y obediencia, ambas unidas y empujadas por una sola máquina: el amor.

409. Sin amor, no quieras hacer obras de amor.

410. Hay que querer las cosas; es preciso quererlas, porque son criaturas de Dios y, como tales, tienen el reflejo de Dios. Pero hay que quererlas sin pegarnos a ellas.

Querer sin querer; amar, sin amar, sin apego; querer con despegue de la voluntad. Querer, pero hacia Dios...; es un vuelo hacia Dios, que pasa por las criaturas.

411. La caridad admite muchos grados, cada vez más perfectos.

412. El lazo de unión de todos los cristianos será: el amor a Cristo, el sacrificio vivido, el trabajo por la gloria de Dios.

413. Cristo, al hacerse hermano nuestro, nos elevó. Tú, Obrera, al hacerte hermana de otras Obreras, las has de elevar.

414. Tolerad las debilidades ajenas, y como más fuertes en la fe, no os dejéis llevar de una vana complacencia, sino en todo cuanto pueda ser, sabed comprender y ayudar a los demás.

415. No busquemos defectos en los demás. Acostumbrémonos a mirar sus virtudes, la parte buena de las criaturas, que si hay algún defecto, él saltará, y si lo podemos atender para poner el remedio debido, ha-

cedlo. Pero buscar defectos, algunos defectos pequeños, ¿qué criatura en el mundo no los tendrá? Ninguna, hasta el más santo... Son imperfecciones que no hay que hacer caso, no hay que mirarlas; de lo contrario, nuestra mirada se haría muy difícil.

Para nosotros, sí hemos de tener una mirada penetrante de nuestra parte defectuosa; y arrear fuerte para quitarla. Para los demás, hemos de tener una mirada comprensiva, indulgente y hacernos cargo de lo que son.

416. Que nadie se crea más; mejor es que nos creamos menos. Porque si para algo servimos, no es por nosotros, sino porque Dios nos asiste y nosotros cooperamos. En este plan de igualdad os habéis de ver todas las Obreras, aun entre vuestras desigualdades temperamentales... Por el amor de Cristo os habéis de adherir, os habéis de unir, habéis de vivir como un haz apretado de voluntades y de vidas de oblación para Dios. Y no hay unión si no es así.

417. No habrá nunca unión cuando miréis vuestra personilla... Habrá siempre unión si miráis a Jesucristo, si miráis a Dios, y para él lancéis con ahínco y fervor todas vuestras corazonadas. Así la unión será perfecta, porque andaréis todas por el mismo camino, hacia el mismo fin.

Practicad el “amaos unos a otros”, para ser más fuertes, para estar concordes, para luchar mejor, para sembrar mejor, para transpirar mejor ese espíritu del Evangelio.

418. Donde hay caridad hay respeto mutuo... Mirar a Dios, no al defecto del prójimo. Caridad en dispensar las deficiencias mutuas... Poner y quitar, para poder

vivir. Una cuerda tiene que callar, para que otra suene bien.

Fraternidad, hermandad espiritual... Sentir y vivir la vocación que une. Todo cuanto destroza y desune, procede de falta de virtud.

Vivir dándonos mutuamente, eso es lo que nos ha de hacer cada vez más fuertes.

419. Gobierno para con vosotras mismas: cumplir con las condiciones de obediencia, rapidez, exactitud, sencillez.

En cuanto a vosotras, caridad fraterna: "Cuán bueno es habitar los hermanos todos unidos".

En lo demás, caridad y ejemplaridad.

420. Olvida toda injuria del prójimo... No le vuelvas mal por mal, cualquiera que sea el que él te haga.

421. Haz bien por mal, sonrisa por mala cara, palabra bien dicha y caritativa, por palabra dura y mal dicha, palabra de caridad por palabra de crítica.

422. Si obramos por caridad o amor de Dios, no nos importará la ingratitud de quien favorezcamos.

423. Ponte en lugar del prójimo, y pon al prójimo en el tuyo, y así juzgarás rectamente.

424. No olvidéis que todas las personas tienen un punto flaco... Todas tienen sus granitos de oro de bondad... Lo difícil es descubrirlo, llegar a ello. Si lo descubrimos, entonces, fácilmente, o no con tanta dificultad, podemos penetrar en el interior de esa alma, y ayudarla... Miremos no el mal que hizo..., sino el bien que nos puede hacer y el bien que podemos hacerle...,

el rendimiento que por nuestra conducta puede dar esa persona... Si no lo dio, lo puede dar.

425. Amaos unas a otras no porque os seáis útiles, es decir, sólo por esa razón; no porque os aprovechéis unas de otras... Amad la persona, amad la vocación, amad lo que representáis, amad lo bueno que tenéis.

Porque es proceder del mundo el cerrar la mano en el beneficio, cuando aquel ser o aquella persona no ha respondido. Entonces, ¿el hacer el beneficio es mirando la utilidad de aquella persona, o la tuya? Porque no te respondió a tu dignidad, ¿por eso la rechazas? Porque no habló bien de ti, ¿por eso no la quieres? Entonces, ¿tú qué amas?, ¿las palabras floridas, elegantes?, ¿los juicios favorables?, ¿que te lleven en andas? ¿Qué amas? ¿Amas a Dios? Entonces, el amor será verdadero, limpio, puro, perfecto.

426. Amaos, Obreras, recíprocamente unas a otras, como habéis visto que Jesús os ha amado, y como yo... os he amado. Que vuestro amor de sacrificio os una siempre.

Os he enseñado de palabra, muchas veces, y prácticamente, la vida del sacrificio; y el Señor sabe cuántos sacrificios llevo en la cuenta de mi vida por vosotras.

427. ¿Por qué no reconocer en las personas la santidad que vemos en ellas, cuando la santidad ésta es verdadera, no fingida? Pues hemos de reconocer la santidad de una persona, no por ciertos aspectos que pueda presentar, que deslumbren, ni por las palabras que pronuncie... La santidad hay que valorarla por las obras... ¿Por qué, pues, cuando vemos a una persona allegada a nosotros, o fuera de nosotros, con esa ejemplaridad de vida, esa fineza de alma, ese algo que tras-

ciende en ella, y que nos hace ver con claridad que allí hay una imitación real del Maestro, por qué no hemos de reconocer eso? No sé por qué...; bien por una envidia oculta, bien porque esto nos humilla y es como una reprensión que recibimos ante nuestra vida débil, muchas veces cobarde, y que nos sirve como un bofetón a nuestra falta de correspondencia a ese torrente de gracias que Dios nos da.

428. Para lograr nuestro perfeccionamiento, vivamos hondamente la caridad. Nunca el rencor, las rencillas, las antipatías, las malquerencias, se pueden compaginar con la piedad, la vida interior profunda. No tienen justificación en la caridad divina. La vida de Dios nos exige esta unión de voluntades, y cuando las voluntades están unidas, no hay lugar a divisiones, que no caben entre cristianos, y que suelen nacer de falta de humildad, de desprendimiento del yo, del desconocimiento de las faltas propias, etc.

Hay que derribar el tabique de separación, levantado tal vez por nuestra culpa; hagámonos cargo de las debilidades de los demás. Esto es tener un corazón lleno de Dios; lo demás, son pequeñeces.

429. Hoy todo son valores humanos..., ¿y divinos? Hoy todo son goces y derechos..., ¿y deberes? Hoy todo son caridades..., ¿y la caridad? Pero la caridad, ¿de palabra? No, la caridad en la palabra, pero que sea un hecho... La caridad es un desbordamiento del corazón; para consolar, para dar, para levantar, para orientar, para ennoblecer..., eso es la caridad. Lo demás se llama un egoísmo. Quizás se le quiere justificar con razones humanas..., pero no es la caridad en ese sentido teológico profundo, ascético, místico, como queremos llamarla.

430. No ama a Dios el que perjudica al prójimo, el que le da mal ejemplo, el que le daña, tanto en lo que se refiere al espíritu, como en lo que se refiere al cuerpo... El amor verdadero se traduce siempre en obras. No olvidéis la frase de Jesús a sus apóstoles, cuando se despedía: "Si me amáis, cumplid lo que os he mandado".

431. Hay que vivir dentro de vosotras ese amor hacia vosotras mismas. Y lo que una haría en su casa para con sus padres, sus hermanos y sus seres queridos, más todavía lo debe hacer aquí. Porque entre las Obreras hay un vínculo que es más elevado que el de la carne y la sangre: es el vínculo de Jesucristo, el vínculo del amor a Dios. Como Obreras, formáis parte de una Institución cuya finalidad no puede ser otra más que la gloria de Dios, y para eso está destinada.

Vivid, pues, unidas por este vínculo; amaos las unas a las otras. Pero este amor que sea así: generoso, desprendido, que evita el mal, que hace el bien, que se sacrifica, que busca el bien de las demás. No importa que yo sea la sacrificada, y que sea olvidada, y que sea la última. ¿Qué me importa a mí, si siendo la piedra que se entierra, se puede levantar un monumento sobre ella?

432. La caridad pide respeto de una criatura a otra, nunca daño, sea grave o leve. Falta de caridad grave sería la muerte, la calumnia grave, una murmuración, un mal trato, un mal juicio sin motivo, una palabra injuriosa, una burla, un trato despectivo. Esto es en cuanto la falta de caridad quita lo que debemos en el prójimo respetar.

Pero se falta también por otro extremo, no dándole lo que nosotros podemos dar, aunque no tenga dere-

cho: como negarle limosna, consejo, ayuda, socorro en general. Negar todo esto, es falta de caridad, aunque no se nos pida. Es falta de amor. Hay poca caridad en el mundo, porque hay poco amor de Dios, ya que el amor que tenemos a Dios tiene que comprobarse en el amor que tengamos al prójimo.

433. Hemos de amar a los nuestros, a los que tengamos a nuestro lado, que a lo mejor no tienen nada de bueno, pero que por lo menos tienen un alma, y para ganarla hemos de dar el buen ejemplo... Debemos estudiar a las personas, no para sacar al aire sus defectos, sino para saberlas llevar. Así son los buenos maestros, de escuela y de espíritu. A veces tratamos a todos por igual, y no es así. Vuestra vida de caridad os ha de disponer a saber tratar a la gente para llevarla hacia Dios.

434. Tened un corazón para amar a todos, para hacer el bien a todos. Respetad a todos. Conservad lo vuestro. Sed amor, dad en el mundo la sensación de que no os anima otra cosa que la caridad de Cristo.

Entre vosotras, unión; es Cristo viviendo en vosotras. Con los demás, desbordad el corazón haciendo el bien, pero no consintiendo el mal.

435. Todas las Instituciones tienen sus defectos, porque no pueden ser perfectas; no son obras de Dios directas, son obras de hombres inspirados por Dios. Todas tienen sus defectos, y sus miembros los han de tener. Los tienen todos en el mundo; no hay ninguna persona que no tenga defectos.

Si nosotros, para una perseverancia,uviéramos que apoyarnos en los defectos del prójimo..., nadie perseveraría. *(Ni ningún labrador llevaría una caballe-*

ría, ni nadie llevaría un coche, ni nadie tomaría un avión; todo tiene sus defectos.) ¿Cómo salvar este bache? Por la virtud. La comprensión mutua, que es la que hace que nosotros apliquemos la caridad, la caridad de verdad, nos hará soportarnos unos a otros. Y ¡cómo cambia la cosa, cómo se equilibra la vida!

436. Entre vosotras, mucha caridad, que tenga sabor de santidad. No amor farisaico. La caridad es efusiva, como la del Espíritu Santo. Quiero que la caridad entre vosotras se practique y se viva mucho, mucho. Precisamente el mundo está frío, no tiene calor; pero es porque no hay caridad de Dios, no hay amor de Dios.

437. Yo me contento con que os sacrificuéis unas por otras, y ese sacrificio sea de amor que os hermane. Que nada tenga una que no sirva para otra. Ni de oración, ni de virtud, ni de santidad, ni de talento, ni de posibilidad. Formáis ese pequeño Cuerpo Místico de Cristo, compenetradas con Dios. Así ha de ser la Obreira... Y ésta es la señal que quiero que predomine en vosotras: el amor profundo de caridad, aprendido del amor del Señor. Éste es, repitiendo lo de Jesús, mi nuevo y viejo y siempre mandato, porque sé que así seréis fuertes. Como un hilo solo es fácil de romper, pero tres unidos entre sí formando un cordón, ya no se pueden romper, de la misma manera, la caridad mutua que os una a todas..., formará cordón de tremenda fuerza, y no podréis ser vencidas. Que nunca, pues, vea la más leve quebradura de esta caridad de amor entre vosotras. Es mandato que os doy: que os améis.

438. Los más firmes en la fe deben soportar las flaquezas de los menos firmes en ella. Soportar es cargar sobre nosotros el peso de sus debilidades, de sus de-

fectos, de sus incomprensiones... Muchas veces, para excusarnos de esta obligación, alegamos la razón de que no nos comprenden, de que no congenian, en fin, de que no son iguales...; siendo así que los que están más formados deben darse, deben saber doblarse, para que las diferencias vayan desapareciendo. Si Dios no lo hubiese hecho así, Jesucristo no hubiese llegado a nosotros. Dios se adaptó a nosotros, para cambiarnos del todo.

439. Entre vosotras haya hermandad de espíritu, que es más fuerte que la de la sangre, porque está basada en el desprendimiento del corazón por amor a Cristo. Faltará en conciencia la que no se porte con las demás Obreras como una hermana. Sin distinción alguna; cuanto más hermanos, más hermanados, sin singularidades. No ha de ser entre vosotras eso de querer más a una que a otra, pues en caso de querer más, a la más débil, a la más necesitada, a la más inútil.

440. No olvidemos que si, con misericordia, por el Señor nos hemos de salvar, y nos ha de juzgar por esa misericordia, no lo hará si nosotros no juzgamos con misericordia también. Que cuando hemos recibido un latigazo, una herida, un algo, de los demás, si no sabemos dejar correr aquello, como si nada hubiese acontecido, tampoco el Señor nos juzgará con misericordia. La medida que empleemos para los demás, la empleará él para nosotros. Quien sin perdonar o aplicar su bondad misericordiosa, vive, falla y muere, sin esto... también morirá.

441. ¿Hay alguna criatura que sea inservible en el servicio de Dios? ¿Hay alguna piedra, por pequeña y deformada que sea, que no aproveche para la cons-

trucción de un muro? ¿Hay algún grano de arena que no sirva, unido con los demás, para amasar y formar un muro enorme, resistente...? No.

¿Por qué, pues, mis Obreras, a veces, se nos van los ojos tras aquellas personas que brillan por su ciencia, sus cualidades, sus simpatías, por ese algo que Dios les ha dado, o que ellas han adquirido, mientras apartamos la mirada de aquellas otras que carecen de estas cualidades, o apenas si las tienen? ¿Es que miramos a Dios, o miramos a la criatura...?

442. La caridad que es amor al Señor, nos lleva a hacer siempre el bien a los demás. La caridad evita el mal. De aquí que la crítica injustificada merece esta palabra: injustificada. La murmuración, en fin, todo este sistema de enredos, acusa una gran falta de caridad. Y en vez de hacer bien, aunque lo intente, hace mal. La gente se desune, muchas veces, porque hay ausencia de caridad y las personas que conviven no se encajan entre sí; se diferencian con diferencias que las separan, porque hay baches que con la caridad no se han sabido superar. Las antipatías, las simpatías, lo que queráis vosotras suponer, hallan su remedio en la caridad. La caridad frena. Porque es el camino del amor de Cristo vivido en nuestros corazones.

443. Nuestra entrega a los demás la hemos de hacer por un impulso interior. Veremos en el prójimo a nuestros hermanos, porque todos somos hijos adoptivos del Padre, por la Redención de Jesucristo. Veremos a todos los demás como un alma que está redimida y que se ha de salvar; y si en nuestras manos estuviese, no ahorraríamos sacrificio alguno.

Veremos en el prójimo algo como nuestro, pero no solamente por la naturaleza humana que tiene igual a

la nuestra, sino porque esa naturaleza está también sobrenaturalizada, y tenemos un fin común, que es, en la tierra, glorificar a Dios, y en el cielo, gozar de él. Es la empresa de Jesucristo.

444. Donde hay envidia, hay pasión desordenada, hay vicio en la voluntad, hay celos. ¿Qué efectos produce esto? Tramar el mal del otro, desprestigiarlo, rebajarlo, no ayudarlo, no prestarle el auxilio que necesita..., dejarle en el frente solo... Que tiene que cumplir aquella obligación y no sabe del todo, yo le puedo echar una mano..., ¡no!, ¡no!, ¡que fracase!

Debemos alegrarnos del bien de los demás, aunque nosotros nos quedemos a nivel del suelo, ¿qué importa? Qué alegría más grande cuando veamos una Obrera que se ha convertido en un águila que vuela hacia arriba, en todos los sentidos y triunfos. Aunque yo no sepa ni leer ni escribir, es decir, aunque yo esté limitada a los oficios más humildes. Es un brazo de mi cuerpo el que triunfa, y triunfa todo el cuerpo.

445. A muchos kilómetros, a veces, nos hallamos del verdadero pensamiento de Jesús. ¿Que uno habla mal? Dejadle que hable. ¿Por eso tú detendrás tus pasos en el camino? ¿Que otro te mortifica? Y, ¿por eso volverás tu rostro a Dios? ¿Que uno te humilla? ¿No sabrás bendecir la humillación? Pues, ¿qué perseguimos, a veces, mis Obreras...? En la Obrera no hay más que una meta a conseguir: alcanzar a Cristo, hacerlo nuestro, establecer entre él y nosotros una semejanza tan íntima que el parecido sea lo más real posible...

Ni maldigamos, ni amenacemos, ni protestemos ante juicios injustos o desfavorables. Nuestras palabras sean de bendición, de dulzura; enérgicas, si cabe, pero suaves, racionales, que respiren virtud. Si fuéramos así...

446. En las almas entregadas a Dios, y que viven unidas y compenetradas con relación a un mismo fin, que se han desprendido de las cosas y que, aún teniéndolas, el corazón está despegado de ellas, que se consideran hermanadas entre sí con relación a un trabajo, a una cooperación a Dios, y que están alimentadas por su amor, realmente se cumple el pensamiento de Jesús: la hermandad. Qué hermosa es la doctrina del Señor. ¿Qué doctrina del mundo podrá compararse con ella? Los sistemas sociales, todo habla de hermandad. Pero no hay hermandad como ésta. El primero que la fundó fue el que se dio a sí mismo, el que dio prueba de ese amor, de esa donación. No es que vendió su hacienda, es que dio su vida. Esto es el cristianismo. Esto debemos ser. Si no lo somos, es por culpa nuestra.

447. La falta de la práctica de la caridad, causa separación, desunión, desorden. Mirad si esto tiene importancia, que yo os aseguro que no hay ninguna obra que pueda subsistir si sus miembros no están unidos por la caridad de Jesucristo. Y si subsisten, será como la fachada de una casa, derribada por dentro, pero que le queda la fachada.

La relación entre vosotras ha de ser de caridad, de amor, que sabe dar, sacrificar, desprenderse. De amor que no desune, sino que une. De amor que no es egoísta, sino desprendido. Entonces, el trato, el modo de vivir, la convivencia humana, social, comunitaria, como lo queramos llamar, resulta que es un elemento de paz, de ayuda, de protección... Y así como esta sociedad actual está carente de la caridad del Señor, en parte, estamos también nosotros, los cristianos, y los cristianos ya seleccionados como miembros escogidos y consagrados. Si esta caridad brillase en nosotros, qué

potentes y qué fuertes seríamos. No comprendo, mis Obreras, la vida espiritual, la relación que un alma tiene con Dios, y cómo al llevar esa relación hacia las criaturas, no se ve el resplandor de aquella fe, de aquel amor, de aquella caridad. No lo comprendo.

448. Para mí, todas sois Obreras. Y así os habéis de mirar vosotras, todas Obreras, todas iguales. Todas sois ramas de un mismo árbol. No sería justo que un labrador, al acercarse a un árbol, a una rama le diese un trompazo, y a la otra la llenase de cuidados; demostraría que no tiene interés por el árbol. El labrador debe cuidar más a la rama más delicada, para que pueda ir al unísono con las demás.

449. La caridad es un deber para con la Obra y las Obreras. En el día de su ingreso, promete la Obrera: "Ni decir, ni hacer nada, que pueda ser en detrimento o perjuicio". Amplia es la promesa en este punto... Por caridad y por justicia, puesto que ya es de promesa, debemos evitar todas aquellas formas de lenguaje que puedan causar perjuicio, a nosotros mismos directamente, e indirectamente a la Obra, o perjuicio directamente a la Obra e indirectamente a las Obreras. Por caridad, como se hace para con todos, y por justicia. A veces, esto no se ha cumplido ni se cumple con la perfección debida... Se dicen, inconsciente, impremeditadamente, palabras, frases, que no dejan en buen lugar a la Obra ni a las Obreras.

Defectos, ¿quién no tendrá? Los tienen las criaturas todas, sean personas, sean instituciones. Si la caridad no es el velo con el cual sabemos cubrir los defectos, ¿dónde está esa caridad? Si nosotros mismos no sabemos no ver, para seguir adelante en nuestro camino de perfección, ¿cómo es posible evitar el tropie-

zo en obstáculos que en realidad son pequeños, pero que estorban a la paz del espíritu? Hay que mirar más alto, mis Obreras. Las almas de Dios tienen mirada de águila. Las almas de Dios tienen vuelos altos en el corazón.

450. ¿Hay entre vosotras celos, mis Obreras? Habéis de procurar que éstos sean de la gloria de Dios... Es triste pensar que por celos se haga fracasar a las almas, no viendo nunca acierto en lo que hacen. Por eso, el equilibrio en la formación, está en la cabeza.

No nos entristezcamos nunca por el éxito de los demás. Trabajamos todos para el Señor..., pues, benditos los éxitos de nuestros hermanos. No os trabéis unas a otras. Dejad, y dejaos trabajar. Ayudad a estimularos... Estimulaos en el trabajo apostólico, y amaos mutuamente, para alegraros del éxito de los demás. El celo vuestro, sea celo santo...

Nos falta caridad, nos falta educación... Estime-mos lo que hacemos y valorémoslo.

451. Todos tenemos paja en el ojo y todos, alguna vez, tenemos viga. Pero hay quien toma el oficio de ver las pajas y no le gusta verse las vigas. Es decir, hay quien ve los pequeños defectos del prójimo y no ve los gordos suyos; quien juzga a todos los demás y los pone de vuelta y media, y no se juzga a sí mismo...; quien aprieta a todos, exigiéndoles mucho, pero a sí no se exige nada.

Yo veo defectos, porque hemos de ver defectos: en las paredes, en la casa, en las personas..., pero como si no los viese. Entonces pienso: ¿los tendré yo? Si los tengo, me los debo quitar; si no los tengo, Señor, que no los tenga.

452. El criterio de justicia, de igualdad, de imparcialidad, aprendido en una vida profunda de amor a Jesucristo, es lo que ha de regular nuestra vida; lo que nos da prestigio, aunque no lo busquemos; lo que nos llena de ese honor, en una comunidad, en una casa, en nuestras relaciones con la gente, en el trato que podamos tener, según nuestros ministerios o nuestros oficios. Lo demás, sería un egoísmo o un partidismo...

Si esto lo hacéis en vuestra convivencia, en vuestra vida, qué bien andaréis. Claro que algunas veces, entre vosotras mismas, tendréis que ser benévolas, saber dispensar, saber a veces como consentir, sin que se introduzca nunca el relajamiento. Es la pequeña casa... Pero explotando siempre lo bueno que haya entre vosotras. Es un deber, entendedlo bien, es un deber, es una obligación, prestaros la mutua ayuda. No pospones nunca. No aireéis lo malo, sino admirad, aprended, copiad y ponderad lo bueno. Esto es la caridad, esto es vivir el Evangelio...

Entended que es necesario y de urgencia el practicar esto. Todos los desconciertos nacen de aquí. Que no saben unos ganarse a otros, por estos medios tan leales, tan limpios, como son los medios de la virtud, del reconocimiento justo de las condiciones, bien naturales bien sobrenaturales.

453. Vivid igualadas entre vosotras. La distinción ha de existir, porque el mundo está establecido así; pero en nuestro espíritu haya unión de hermandad, que ha de estar efectuada por la caridad, y por esa como igualdad entre vosotras, no creyéndoo ni superior ni inferior a otras, ni más ni menos. Unas a otras, mis Obreras, consideraos así. Que ninguna quiera empujar más en el sentido de superar, sino que se deje llevar del plan de la providencia de Dios; y dentro de su car-

go, de su oficio, de esa actuación, adonde hoy y mañana la providencia la pueda destinar, allí viva sumisa a la voluntad de Dios. Que lleve siempre esa actuación de compenetración, de unión de caridad y de amor, sin querer sobrepajar, sino esforzándose únicamente en cumplir con perfección aquello que se le encomienda. Ahí está el secreto de vuestro perfeccionamiento y, por tanto, de vuestra verdadera santidad... Sed humildes, mis Obreras; amad la humildad. El humilde es el más tranquilo del mundo, ni sube ni baja.

454. La Obrera sabe muy bien que está obligada a vivir una caridad interna y otra externa. Una caridad interna, por la cual vendrá a querer a Cristo, y a todas aquellas que tiene hermanadas en él. Así como en una familia hay una caridad, digamos amor de sangre, en vosotras ha de haber una caridad o amor espiritual, esa caridad íntima que debe unir a todos los miembros. Y una caridad externa; a ésta estáis obligadas por ley general, como lo estamos todos, y además por una promesa especial: "Nada diré, ni haré...". Ese nada diré, creo que se debe meditar y perfeccionar más. Es una promesa hecha delante de Dios... Y es un mal el que se puede inferir no ya a un miembro, sino a una Obra. La Obrera ha de mostrar esa caridad siempre y, verbalmente, en sus palabras, evitar todo aquello que sea murmuración.

455. Si la caridad une, hará que todo aquello que en nosotros pueda separarnos de los demás, se evite. Hará que se temple el carácter, que se modifique el temperamento, que se soporten los defectos del prójimo, que comprendamos sus flaquezas, que no le despreciemos.

456. Saber olvidar es grande ciencia, es mucha virtud, es hermosísima regla para poder convivir entre nosotros. Vivamos en paz, vivamos con amor, vivamos a Cristo.

457. Que toda vuestra acción espiritual, temporal, apostólica, la hagáis, aunque cada una ponga su parte, de tal manera que venga a ser como de una misma persona, es decir, con una unión completa. Que lo que haga la Obrera, lo haga como una rama de árbol, que produce un fruto, pero ese fruto pertenece al árbol. La Obrera mirará lo de la otra Obrera como suyo; con ella se estimulará, se alegrará si va bien, se entristecerá si va mal. La caridad, que es el amor de Dios, os una siempre así. Y esa caridad o amor de Dios nos urge a todos. Éste es el lema de la Obrera... Recordadlo muchas veces.

458. La caridad es amor. Una persona tiene caridad cuando ama a sus hermanos, a sus semejantes, y los ama por ser hijos de Dios, sólo por esa razón... La virtud de la caridad es cuando el amor lo dirigimos a Dios, por ser el Sumo Bien, y al hombre por ser obra de Dios...

459. El alma apostólica sabe igualar a aquellos a los cuales va a evangelizar... Las almas se atraen cuando en nosotros ven un corazón de hermanos, cuando sus sentimientos son los nuestros, cuando sus lágrimas las hacemos nuestras, cuando sus padecimientos los sentimos, cuando nuestra vida y la vida de ellos viene como a unirse en un mismo plano. Entonces surge la confianza, la atracción, la entrega. Y con qué facilidad esas voluntades y corazones se pueden manejar para llevarlos a Dios.

460. Si estamos unidos a Dios, como una consecuencia lógica y natural, no podemos dejar de estar unidos entre nosotros mismos. Si lo que nos une al Señor es la fe y el amor, entre nosotros lo ha de ser también la caridad. Yo me pregunto: ¿qué causa habrá que nos pueda explicar el por qué hay tanta deficiencia de caridad en los miembros consagrados a Dios, cuando tienen manifestaciones de tanta fe? ¿Es que hay alguna debilidad intermedia que no deja que la fe se haga hechos, y que el amor a Dios venga a tener las manifestaciones de amor a los demás? ¿Puede interpretarse ahí el egoísmo, entre nuestra relación con Dios y la relación entre nosotros? Sí, el egoísmo. Pero es que si nuestra fe y el amor al Señor es fuerte, el egoísmo no tiene nada que hacer... Porque esa fe y ese amor nos hacen desprendernos de nosotros, para darnos a los demás.

461. Haya caridad en vuestras obras, trato, juicio. Se faltará a esta virtud, no soportando el defecto de nuestros prójimos. La caridad exige sacrificio. Y así como por ejemplo, no obraría con caridad quien, acompañando a un cojo, se empeñara en andar deprisa, no tiene caridad quien no aguanta caritativamente el defecto de una persona.

Por eso, Jesús nos enseña la virtud de la caridad, como dice san Pablo, soportándonos todos a todos. Es la reina de las virtudes.

462. La caridad la practicaremos mucho mejor si hay previo un examen de nosotros mismos, pues no podemos culpar a una persona, estando nosotros culpados. Faltando a la caridad, no puede haber paz; no puede haber inteligencia mutua cuando esta caridad falta habitualmente... Consiguientemente, ni unión. No

habiendo unión, habrá desunión o desavenencia... Hay personas que se buscan a sí mismas, no se corrigen de sus defectos; su lengua es larga, la lengua larga que fácilmente enreda las cosas. Están disconformes en todo, nada les place... No tienen gusto de sacrificar algo por el Señor, porque no hay caridad. Y no puede haber caridad si no hay sacrificio. Lo demás, son palabrerías.

463. *La caridad de Cristo y la caridad humana* (Artículo escrito por el Padre, para su publicación en una revista). La caridad, virtud teologal que destaca entre todas las virtudes, por su excelencia, tiene por objeto el amor de Dios y el amor al prójimo como a nosotros mismos. Su razón de ser la halla en la misma bondad infinita, de la cual son participación las criaturas y, en primer lugar, la criatura racional. Radica, pues, en la misma naturaleza humana, que une a todos los hombres con el lazo indestructible de una hermandad natural.

El hombre tiende naturalmente a comunicarse, buscando su expansión en una doble directriz: hacia Dios y hacia sus semejantes. Pero esta expansión se tuerce en desorden, por la corrupción introducida por el pecado. De aquí el egoísmo, la envidia, la animadversión que, de por sí, rompen prácticamente el lazo de hermandad. No obstante, el instinto, unas veces natural, otras, racional, impulsa al hombre a comunicar el bien a sus semejantes. Mas, pronto se cansa, o pone tope a su generosidad, cuando está carente del sentido cristiano de la vida. Salta el egoísmo, y olvídate entonces el derecho que asiste al prójimo a recibir el auxilio necesario. Y es que falta calor de amor. Pronto se cierra la mano que da, y el corazón olvida, y hasta impasiblemente se contempla al hermano que gime, si no hay amor, si la caridad falla.

Y la caridad, situada en el reducido círculo de un sentido puramente humano, como flor sin consistencia, fenece, apenas tocarla el frío del egoísmo que se encentra en el yo, con olvido injusto de los demás. ¿Es esta caridad capaz de heroísmos continuados? No. Sólo lo será cuando se sienta ennoblecida e impulsada por un amor más alto que el de la criatura; lo será, y llegará a alcanzar los más altos grados de donación, de desprendimiento y de heroísmo verdadero, cuando, remontándose hacia Dios, descienda hacia la criatura, y a ella se acerque y se comunique y le haga largueza, por amor de ese Dios.

Mucho es de alabar la caridad humana en lo que encierra de “hacer bien al prójimo”. Pero, ¿por qué no nutrirla del amor sobrenatural, para darle así permanencia, mayor nobleza y más alto grado de generosidad? El solo placer de hacer el bien... ¡es tan efímero...! Y, al cabo y al fin, tan egoísta en su esencia, que cesa en su acción dadivosa tan pronto como se deja de experimentar la sensación del dicho placer.

La caridad de Cristo no es así. El pensamiento fundamental de Cristo se cifra en este ideal sublime: hermanar a los hombres todos en un pensar, en un querer, en un amar, en un vivir, para que se realice la auténtica unidad humana, no sólo en la naturaleza, sino en la vida misma, en sus distintas facetas, individual, familiar, social, religiosa.

Hacer de la Humanidad una gran familia, en la que se sientan todos los hombres verdaderos hermanos, éste es el pensamiento de Cristo. Y a su realización van encaminadas sus enseñanzas divinas, sus consejos evangélicos, su acción de Redentor, sus generosidades sin límites..., su donación completa en bien de la felicidad del hombre. “Amaos unos a otros como yo os he amado.”

No se ha desdeñado de hacerse hermano nuestro. Él, cabeza; nosotros, sus miembros. Y como las ramas de un árbol hermanadas están en el tronco, viviendo todas de la misma savia y dando un mismo fruto, tal desea Cristo que acontezca en el hombre. ¿Qué mayor compenetración vital que la existente entre los cristianos y su cabeza, Cristo, cuando éstos permanecen unidos a él por el lazo de la gracia, el incendio de la caridad y del amor?

Pero este amor no puede quedar encerrado en un egoísmo personal, pues no sería verdadero amor o caridad. Forzosamente ha de trascender hacia los demás, y en su beneficio. Cristo se dio por la fuerza de la caridad, en bien de la Humanidad. ¡Y cómo se dio y hasta qué extremo! ¿Motivo? Lo hizo por la glorificación de su Eterno Padre, en cuya alabanza subirían, a través de los tiempos, como nubes de gratitud, las acciones de gracias del hombre redimido y libertado de la esclavitud de sus miserias morales, y fuerte con la esperanza segura ante horizontes de eternidad.

La caridad de Cristo, sin límites, engendró ejércitos de espíritus desprendidos, para derramar el bien por puro amor a Dios; hizo brotar rosales de juventud ofrendada por la mano de la caridad, a los pobres desvalidos, enfermos, abandonados. Hace que, cada día, corazones pletóricos de vida, cerrándose a ilusiones atrayentes del mundo, y volando por encima de la búsqueda de placeres terrenos, se derramen y se gasten y se consuman, derramando por doquiera el bien; sin otro móvil que saciar sus ansias de sacrificarse por Dios y sembrar alegría en los que penan, verdad en los engañados, alivio en los que sufren, sonrisa en los tristes, pan en los que hambread...; caridad..., amor de hermanos en Cristo, en los que se miran abandonados, solos, cual despojos y desperdicios de esta vida humana, a veces tan egoísta, tan dura..., tan cruel.

Somos hombres, pero cristianos; tenemos una naturaleza humana, pero cristianizada. Individuos, mas miembros de Cristo. No hay explicación racional ni a nuestra naturaleza humana recibida de Dios, ni a nuestra condición de cristianos, ni a nuestra esperanza de una misma patria futura; ni hay solución a nuestra vida actual, llena de sinsabores, penalidades, privaciones, luchas, egoísmos...; no hay futura paz social sin la práctica de la caridad de Cristo. La voluntad, el corazón, no se reduce por la espada... Sólo se puede reducir y dominar por el amor. Y este amor noble, con gérmenes de gloriosa inmortalidad, es la caridad de Cristo.

464. Dios ha de estar en nosotros, no en la palabra, sino en vivir su vida, que se manifiesta también en el pensar. Mirad cómo Dios, viendo al hombre caído, le juzga culpable, pero le perdona; le dispensa, aquilatan-do su fragilidad y pequeñez, que no puede dejar en olvido. No le rehúye, le dispensa... Nosotros somos extremadamente severos al juzgar a los demás, y muchas veces no nos colocamos en el plan de aquella otra persona. Pongámonos en el caso de los demás, y juzgaremos benignamente siempre.

465. Reconozcamos la santidad, la virtud de los demás, aunque nosotros no la tengamos. Seamos justos; dejemos nuestras miras personales, nuestros juicios, a veces tan interesados, que ofuscan nuestro entendimiento. ¡Qué triste es ser injustos! A los judíos les movió el odio, la envidia. Jesús les echaba en cara sus vicios, sus falsedades, sus hipocresías, sus mentiras.

Cuántas envidias y cuántos celos se suscitan entre convivencias comunitarias, en el mundo en general, en oficinas, donde conviven personas, por su trabajo, por su apostolado, por su condición, su oficio, etc.

Por una parte, queremos excusar lo bueno que las personas tienen; por otra, hacemos flotar lo malo que en ellas se ve, lo defectuoso. Y de ahí surgen las críticas injustificadas, las faltas de caridad. Porque si en realidad, todos adolecemos de defectos, no somos perfectos, ¿quién podrá echar el puñado de barro en la cara del otro, sin tirársela a sí mismo?

466. En la Obra, todas las Obreras han de formar un todo compacto. Ni altos ni bajos, ni sabios ni ignorantes. No hay más que un todo. Una caridad, un amor, una empresa, una finalidad, un algo que alcanzar, unas fuerzas que se unen. El que más puede, más da; el que más virtud tiene, más la comunica. El que más tenga de Dios, más debe difundir a Dios; el que más fuego posea en su corazón, más debe calentar a su alrededor.

La única manera de llenar vacíos..., es el saber comprender, saber dar, saber levantar, saber apoyar, saber convivir, saber transigir sin ofensa de Dios; en fin..., el saber ceder de aquello que se puede ceder.

467. Que en vuestro trato aparezca siempre Dios, directa o indirectamente, informando vuestra palabra. Que podamos decir siempre: mi conversación no desdice ni un ápice de mi condición de alma elegida... Palabra que suene, palabra que pueda ser escrita. Que no tengamos que arrepentirnos. Palabra que produzca siempre bien.

468. Cuántas veces pienso que las almas son como las ramas de un árbol. En ellas veréis una que es más fuerte, más desarrollada, ¿por eso tiene que absorber a las demás? ¿Que cada una, en su condición, no va a producir su fruto? ¿Que cada una no es distinta de la

otra, perteneciendo a un mismo árbol? ¿Que todas las Obreras no son, cada una de ellas, una Obrera, con su obligación de santificación, con su derecho, con su libertad espiritual?

Ninguna, por ser más potente o más culta, porque tenga el genio así o asá, presione a ninguna otra. Es el mutuo respeto, es la mutua consideración. La más potente debe hacer sombra, amparar a la menos potente. Ésta es la caridad. Eso es un fluir de amor de Dios hacia el prójimo. Eso es un darse; lo demás, es no entender la vida espiritual.

469. La murmuración, que es esencialmente una falta de caridad, rompe la unión. Porque aquella persona de la cual no se habla bien, pierde la consideración ante el juicio de la otra... Y se afloja, diríamos, ese querer, esa estima que se tiene. Y si esa murmuración se va multiplicando, las personas se van dividiendo. La unión nuestra no ha de ser solamente de cabeza, de consideración; ha de ser de voluntad. Amar a Dios con todo el corazón, y amar al prójimo de la misma manera que a nosotros mismos. No se hace ningún bien con la murmuración. Al contrario, es como una corriente que va invadiendo las voluntades, va cambiando el modo de ver las cosas..., hasta que ya se desestima lo que antes se estimaba.

470. Una condición indispensable para nuestra vida ordenada y de hermandad, es la caridad. Hay muchas maneras de dejar incumplida esta virtud. Dice el apóstol san Pablo: "Haced todas las cosas sin murmuraciones...". Y el apóstol san Pedro dice: "Ejerced la hospitalidad unos con otros, sin murmuraciones".

La murmuración tiene un campo muy amplio; se la puede comparar a la fiera que dentellea y hiere.

Puede revestir caracteres de gravedad, cuando lo que se hiere es grave. No siendo grave, puede producir, a la larga, efectos graves, como pueden ser, el mal ejemplo. la impresión, el concepto desagradable de una persona. Y aquí puede tratarse de cosas públicas y privadas; si son privadas, puede aumentar la gravedad, pues se hace llegar la noticia a aquellos que la ignoran. Según la materia de que se trate, siempre producirá una separación de la vida fraternal que debemos vivir. Aun sólo por regla de educación, una persona debe usar de discreción, y no sacar a relucir los defectos de otra. Cuánto más no juzgaremos alma de virtud a la que adolece de este defecto, porque la que murmura tiene la propiedad de sembrar la discordia o malestar.

471. El apóstol san Pablo dice que actuemos y procedamos sin murmuraciones, sin discusiones, haciendo que seamos irreprochables, como hijos de Dios, como antorchas de luz. Éste es el auténtico testimonio de nuestra vida de Cristo en medio del mundo. Sin murmuraciones, sin hábito de crítica. Personas que se habitúan a criticar, a murmurar, a enjuiciar; nada les parece bien, poco aprueban y lo que aprueban aun a medias... Personas que viven a disgusto, displicentes, ¿cómo pueden testimoniar a Dios nuestro Señor?

La Obrera acostúmbrese a ser juiciosa, a ser disciplinada; a evitar ese hábito de murmuración que tanto corre por el mundo... No perdáis el tiempo en vanas discusiones con la gente, sino orad.

472. A veces, por envidia, se habla mal de una persona; por envidia se sacan sus defectos, por envidia se comentan sus cosas, por envidia a esa persona a la cual se la tiene en buena consideración, se la está perjudicando; y de la mente de las otras personas que la

tienen en esa altura, en ese estado de consideración, la van haciendo bajar, por la crítica, por las palabras; y casi siempre es por envidia.

En este punto, las personas, incluso las piadosas, se hacen muchísimo daño. Por eso, aunque oyésemos hablar muy bien de una persona, y realmente nosotros supiésemos que no es así, nunca deshagamos la opinión de las demás. Los hechos cantan. No lo que digamos, sino lo que se hace. Los hechos son el testimonio de la vida de una persona.

473. Vivid una vida de unión entre vosotras, pero sin olvidar que cada Obrera ha de seguir su camino propio y peculiar en su oficio. Lo que se le encomiende, lo que se le ordene, sin salirse ni un ápice de los raíles del espíritu de Obrera. Unión sin intromisión mutua. Esto es regla de orden y de gobierno... ¿Vamos a decirlo todo a todos? La Obrera, sea discreta y prudente. Esto no excluye nunca el amor de caridad y la unión. No produce división. La división se produce en las personas por la concepción distinta de las cosas que son claras, terminantes.

474. ¡Unión! La unión que debe haber entre todos los cristianos, y señaladamente entre vosotras... Ésta es la gracia que habéis de pedir en la noche de Navidad. Ya sé que lo vivís; yo quiero que lo viváis más. Quiero que las Obreras llevéis este distintivo. Jesús viene precisamente a dar al mundo esta lección: unir a todos los hombres en una misma vida; darles en su misma cuna torrentes sobrenaturales de gracia: la gracia de la salvación, la gracia de la santidad. Y ojalá esto sea como un paso de renovación de vosotras mismas, de renovación de los miembros, y renovación total.

475. Ésta es nuestra unión, mis Obreras: unión en la oración, unión en el amor santo, unión en pedir unas por otras, en ayudaros... Haced siempre el bien, nunca hagáis el mal. Y unión en el trabajo apostólico. Todos vamos hacia una misma cosa: a cultivar la viña de Dios, a trabajar por su gloria, a atraer almas para Cristo.

476. Os recomiendo la unión entre vosotras, cual Jesús lo quiere, y que en esto conozca el mundo que sois de Dios. Debilidades e imperfecciones..., ¿quién no tendrá? Trabajemos por quitárnoslas, mayormente si pueden ser obstáculo para una mayor unión entre todos. Hay que encajar, y cuando dos cosas no encajan, se van limando y puliendo, hasta que queden unidas. Encajar los caracteres, los modos de ser, etc., y para ello hay que cepillar, afinar... Vivid compenetradas entre vosotras, por esa caridad.

477. Perfecto es la unidad; imperfecto es la división. Por eso Dios que es perfectísimo, es Uno y Único... Una Obra será tanto más perfecta cuanto los miembros que hay en ella estén más unidos, más compenetrados, de tal manera que esa compenetración llegue a hacer de muchos miembros, como uno. Esto será lo perfecto.

Las Obreras, cada una, siendo miembro distinto de la otra, han de procurar tender hacia una unidad, unidad de pensamiento, unidad de ideal, unidad de doctrina, unidad de enseñanza. Son miembros distintos, pero que han de estar unidos por un mismo amor. Será el amor a lo que pertenecen, a su Institución... ¡La unidad! Unidad en Dios, unidad en el obrar.

478. Vivir esa compenetración de unidad entre miembros que son distintos, por condiciones, por ca-

racteres, por entendimiento, por ocupaciones, por talentos, no importa. Hay algo que les une: es la caridad, es el amor de Dios, es la razón apostólica, es el trabajar únicamente por Jesucristo.

479. Hemos de amar a los nuestros, a los que tengamos a nuestro lado, que a lo mejor no tienen nada de bueno, pero que por lo menos tienen un alma, y para ganarla hemos de dar el buen ejemplo... Debemos estudiar a las personas, no para sacar al aire sus defectos, sino para saberlas llevar. Así son los buenos maestros, de escuela y de espíritu. A veces tratamos a todos por igual, y no es así. Vuestra vida de caridad os ha de disponer a saber tratar a la gente para llevarla hacia Dios.

480. Unión entre vosotras. Miraos como verdaderas hermanas en Cristo. Ayudaos mutuamente. Soportaos a la vez. Quereos de verdad en el corazón. Ceded mutuamente. Buscad todas vuestro bien. Tened caridad; pero la caridad de Jesucristo, realizada y actualizada en vosotras. Que puedan decir los del mundo: "Cómo se aman. Cómo se quieren. Cómo se protegen. Qué bien hablan". La caridad no murmura; la caridad no critica; la caridad no descubre defectos; la caridad siempre evita el mal... Por eso se la llama vínculo de perfección. ¿Tienes caridad? Ya lo tienes todo. No hay caridad, no tenemos nada.

481. Cuando el mundo nos ve desunidos, cuando advierten que no estamos sellados con el amor, bien sabe echarnos en cara esta deficiencia. Y hemos de confesar que no nos amamos. Cuánto se murmura, cuántas distancias hay entre unos y otros. Yo creo que hay más desunión entre los buenos que entre los malos; los ma-

los están unidos por el ideal del mal y a él concurren en el punto del combate, que será desmoralizar, des-cristianizar o combatir a Jesucristo. Si nosotros estuviéramos unidos en este ideal, que es Jesucristo, uniríamos nuestros esfuerzos. Pero no es así. Apenas encontramos esta unión que pide el Señor; cada uno va por un lado; son los celos, las envidias, los intereses creados...

En vosotras, mis Obreras, en cuanto dependa de cada una de vosotras, cúmplase lo más perfectamente que se pueda el mandato del Señor: "Amaos los unos a los otros, como yo os he amado". No ya sólo como cristianos, sino como Obreras. Que permanezcáis unidas, formando un mismo cuerpo; que procuréis defenderos, disculpando defectos y ayudándoos a la vez.

482. El comentario puede degenerar en murmuración. Murmurar es como roer; es la crítica desfavorable de ciertos hechos... Se hiere a la persona, se destacan sus defectos, dañándola.

Descubrir defectos de una Obrera a otra es malo. Aún es peor a persona que sea extraña... Todos tenemos defectos. La prudencia exige que no se descubran. Vale más ir directamente a la persona y decírselo.

483. Ha de haber entre vosotras una estima de la vida en tal sentido que, la caridad, fuertemente vivida, sea el lazo que os una. Y que no haya ni tú, ni yo. Y si otra persona quiere ser yo, cada una procure sostener el lazo. Por su parte, no lo rompa nunca, como no lo rompió Jesús, como no lo rompe, aunque nosotros muchas veces lo hemos roto. Nos quiso, nos quiere y seguirá queriéndonos hasta el fin. Nos ha protegido, nos ha dado gracias; nos protege, nos las da, y seguirá derramando copiosas gracias sobre nosotros y sobre todos.

484. La caridad es unión; todo aquello que desune, bien que nos desuna de Dios, bien que nos desuna de las criaturas, no será caridad. La caridad tiende a unir, porque se basa en la hermandad; procura evitar el mal de los otros. ¿Cómo tendrá caridad aquel que escandaliza? ¿Cómo tendrá caridad para con su hermano aquel que busca su mal, aquel que desea su mal? Y por mal interpretemos no solamente males físicos, males de pérdida de bienes, sino lo que el mundo llama un mal: una humillación, un desprecio, una postergación.

La caridad tira a evitar todo aquello que pueda herir al prójimo: una palabra, un gesto, una acción, un olvido voluntario, una omisión de una ayuda, de una protección, de un consejo...

Y si la caridad une, hará que todo aquello que en nosotros pueda separarnos de los demás, en la convivencia, se evite. Y hará que se temple el carácter, que se modifique el temperamento, que se aguanten las debilidades de los demás, que se soporten los defectos del prójimo, que se sea considerado en ver las flaquezas de aquellos que están con nosotros, que se les sepa comprender. Y al exigirles, que se tenga en cuenta la situación de aquel que por tener menos virtud o menos comprensión de Dios, no alcanza a realizar los actos de virtud como nosotros; nos pondremos en su caso, en su lugar, pensando qué haríamos si estuviéramos en aquella situación. La caridad nos hará ver todas estas cosas, para de esta manera no despreciar al prójimo, aunque le veamos cargado de faltas.

485. Sed todas para todas, quitando toda distinción, abiertas para acoger; no singularicéis. Ojalá nos singularizáramos por la virtud y por el buen ejemplo. Y entonces seríamos todos para todos. Simpatías..., buena

es la simpatía, condición natural que Dios ha puesto en la persona... Hay una simpatía natural y otra sobrenatural. La sobrenatural es la de la virtud; la natural es la gracia que la persona tiene, como don de Dios, en sus condiciones naturales. Ni una ni otra deben hacernos perder nunca el equilibrio. La razón debe ser justa en sus apreciaciones.

Si una persona tiene condiciones naturales, no las neguemos; admirémoslas. Y que nos sirvan, si es en nosotros o si es en los demás, para hacer el bien. Si es de orden espiritual, cuidado con los apegos, cuidado con la exaltación de las personas; no sea que empezando a subir la escalera por el escalón de la espiritualidad, se acabe en el último, como el incensario en la mano. No, seamos justos.

Quien obra por simpatía, no obra por Dios. El obrar por Dios nos hace volar por encima de todo... Si con una persona santa he de vivir, bien. Y si con una persona deficiente, bien.

486. Habéis de afianzar vuestra unión; habéis de responder todas a la vez, como responden las teclas de un armonium cuando está afinado... ¿Cómo tener esa unión? Nuestra voluntad necesita sacrificio; sólo el sacrificio nos hace adaptarnos a las cosas, aceptarlas, lanzarnos a ellas, aunque a veces sean difíciles y nos pinchen, porque el natural nuestro siempre tira a huir del sacrificio. Lo sobrenatural es al revés; nos impele, nos inclina a buscar el sacrificio. Y entonces sí, cuando nuestra voluntad está movida por ese espíritu de sacrificio, se produce en todas partes esa unión. Porque lo que en sí no encaja naturalmente, encaja sobrenaturalmente, y las dificultades y obstáculos desaparecen... El sobrenatural arranca de Dios para parar en Dios.

487. Las Obreras formáis un espíritu compacto; habéis de ser un ejército disciplinado, una voluntad, sólo una voluntad; pero una voluntad lo seréis cuando estéis unidas todas en un mismo obedecer... Hay que vivir la obediencia, ajustando nuestra actitud a lo que las Constituciones ordenan.

Esta unión hay que perfeccionarla, hay que unificar más el querer, hay que unir más vuestro corazón, para formar, como dice la Sagrada Escritura, un solo corazón y un alma, como en los primeros tiempos de la Iglesia. Seréis más fuertes cuanto más unidas.

VIRTUDES MORALES Y ANEJAS

Prudencia

488. Quien no sabe guardar secretos, acusa tener un espíritu ligero, poco apto para ser gobernado, y menos apto para gobernar a los demás.

489. Al imprudente hablador se le espera repulsa por parte de Dios y de las criaturas. Su personilla se enterrará en la fosa de una común desconfianza.

490. Orden en el uso del habla; os la ha dado Dios para glorificarle, para darle a conocer a las almas, para producir la unión, para producir esa vida de compenetración.

Nuestra lengua tiene un poder enorme; es la sembradora para dejar caer el bien por todas partes donde pasamos. Contra la indiscreción, nuestro silencio; contra la charlatanería, nuestra discreción; contra la cobardía, nuestra decisión.

491. La prudencia se demuestra en el hablar, lo mismo que en el obrar.

Obliga a evitar herir con nuestras palabras; no molestar con ellas, fuera de los casos de aviso o corrección necesaria. No desprestigiar a nadie, sabiendo

ocultar las cosas que ocultas deben permanecer, y manifestar las que conviene comunicar.

Una persona prudente mide mucho el alcance de sus palabras y de sus obras, y las ajusta, en cada caso, a las exigencias de la virtud.

492. La prudencia es la virtud más bella, porque reside en la cabeza. Virtud por la cual se ve un pasado, un futuro, incluso en el detalle.

Una persona prudente es un tesoro muy difícil de encontrar.

493. El mandar debidamente se hermana con el prudente gobierno de las personas y de las cosas. El gobierno de nosotros mismos nos adiestra para el gobierno de los demás.

494. La Obrera sea discreta. Sepa callar y sepa hablar. Sepa callar aquello que su conciencia le dice que puede perjudicar; sepa hablar aquello que su conciencia le diga que puede hacer bien. ¡Vale tanto la prudencia! Y es una de las virtudes más raras que hay en el hombre. La persona espiritual adornada debe estar de esta virtud tan necesaria, imprescindible para aquellos que se dedican a trabajar por Dios.

495. Prudencia en los juicios. Necesitamos todos afinar en este aspecto. Pensad bien; y aunque veáis alguna cosa que es deficiente, suponed siempre una buena voluntad, mientras no conste lo contrario. Pensemos bien, en tanto que las obras que esa persona realiza no nos den un testimonio de que podemos pensar de ella mal, porque las obras son las que cantan. Pero aun así, no comprendemos el interior de esa persona...; a lo mejor ha hecho un estropicio y se cree que está ha-

ciendo una cosa de cielo. Como aquel que canta mal y se cree que está cantando como los ángeles... Sed buenas en vuestro juicio, sed justas, sed rectas. No hagáis a los demás lo que no queráis para vosotras.

496. La prudencia oye, escucha, calla y, luego, habla, aprovechando la lección para aumentar su experiencia y saber conducirse en llegada la ocasión. Si se trata de vosotras, qué solicitud habéis de tener en este punto. No toca a vosotras el juzgaros unas a otras, sino ser juzgadas por quien tenga a su cargo el juzgaros. Vuestro juicio particular cállese, y por caridad dígase lo que se deba, cuando haya motivos para ello. Aparezca aquí la caridad vivida.

497. Hay personas que se dedican a llevar recados... Sus lenguas están afiladas para cortar y enredar. Obreras, aplicad en este punto la máxima prudencia. Reservad vuestro comentario, sobre todo, si no es para favorecer. Las personas ratoneras muerden aquí y allá, agujereando lo que tocan, con su crítica y murmuración. Supongamos siempre la buena voluntad, pero pueden hacer muchísimo daño... Cuidaos de la influencia de este contagio.

Fortaleza

498. El alma de Dios tiene una fuerza que la sostiene: Un espíritu de fe, de confianza, de oración.

499. Las almas de Dios no se acobardan nunca, sólo cuando van a cometer algún pecado; entonces, se asustan y lo rechazan.

500. Superemos la vida, superemos el mundo, superemos las criaturas... Seamos grandes de espíritu.

Que no os falle nunca la fortaleza. Que contra vosotras, como contra roca, se estrellen aquellas cosas que sean en detrimento del beneplácito divino.

501. Conservad el temple de lucha. Lucha hay siempre, porque nuestra vida en la tierra... es una milicia.

502. No tengáis miedo a contagiarnos, si hay fortaleza interior en vosotras. Que el mundo no os pueda. Y con ese espíritu fuerte, no raquítico, sino de vigor, que sabe resistir y al mismo tiempo empujar, no tengáis miedo... La Obrera ha de ser de espíritu fuerte, no se ha de arredrar ante nada. Paso que da, paso que queda firme, para no retroceder nunca. Si retrocede, será cuando adivine que ha equivocado el paso. Entonces sí; la verdad es que, por justicia, debe retroceder, aunque esto le suponga una humillación. Mas no ocurriendo esa circunstancia, paso que deis, paso que quede firme.

503. Y todo pasará en el mundo..., todo. Quedará lo que por Dios hicimos, lo que por Dios batallamos, lo que por él sufrimos, y como él amamos. Hacedos fuertes..., y que no haya ninguna mano, por briosa o melosa que sea, que os pueda sacar de la senda de Cristo, única fuerza de nuestra vida.

504. Jesucristo es únicamente vuestra fortaleza, el que ha de conservarla, en un mundo donde se respira un ambiente de animalidad que asfixia, y donde el corazón no puede conservarse limpio y puro, rodeado de esa red que el mundo tiende a los pies, incluso de aquellos que viven consagrados a Dios.

505. El alma que tiene la virtud de la fortaleza, en medio de las mayores tempestades o pruebas, la veréis siempre serena, equilibrada, confiada; no se deja amedrentar por la sombra del temor; ante el mal, espera el bien, eleva su corazón a Dios; ante las tinieblas o nubes que sombrean su vida, tiene la seguridad de que saldrá el sol. Permanece siempre en su sitio... Esa virtud es hija de una convicción, de una voluntad tenaz, de un sobreponernos a todas las cosas que puedan intentar desviarnos de nuestro cauce. Esto es la virtud de la fortaleza.

506. La fortaleza nos hace despreciar, es decir, vencer, aquellas dificultades que las criaturas nos ponen; vencer las contrariedades que el mundo nos ofrece, saltando por encima de todas ellas. Por la fortaleza, nuestro espíritu nunca se acobarda. Según sea la montaña, así el salto. Esta virtud nos hace grandes, nos da ánimo. El que tiene la virtud de la fortaleza, no es que no encuentre obstáculos, es que los vence... Por esta virtud de la fortaleza llegó Jesucristo al grande sacrificio de su vida. La Obrera necesita estar escudada con esta virtud; le es necesaria para practicar los actos heroicos. No os ahoguéis nunca. Tened un espíritu fuerte, grande; para esto está la gracia de Dios.

507. La Obrera ha de tener espíritu de entereza, que es de firmeza, de integridad, de fortaleza. Es entera; es firme; es resuelta; es decidida; se mantiene en lo suyo, cuando la verdad le asiste. Y aún sabrá transigir, no desfigurando la verdad, pero sí interpretando la posición de los demás. Dejará correr, dejará pasar, pero será entera cuando haya que defender lo que su conciencia le dice que debe defender. Será entera ante aquello que sea una ofensa o un insulto a Dios... Esta

característica la libraré de ser como la caña flexible, que se tambalea de una parte a otra cuando sopla el viento fuerte. Estará firme como la Virgen. Ésta es la entereza.

508. La virtud de la fortaleza nos hace despreciar todos aquellos temores que nacen, o de la pérdida de bienes temporales, o de bienes que podemos llamar, en cierto modo, temporales y espirituales, por ejemplo, en lo que afecta a una alabanza. Y por ese arranque de ánimo, se acepta el desprecio, se soporta lo peor, con tal de conservar siempre la fidelidad a Dios, la virtud íntegra, que se cumpla el sagrado deber o se alcance la santificación. La virtud de la fortaleza nos hace vencer, ponernos por encima de aquello que nos está pasando. Tiene siempre solución para todo. Es un no asustarse ante el mal, ante la tribulación que nos pueda venir.

509. Quien tiene la virtud de la fortaleza, se transforma. Yo no sé cómo es, pero todo lo supera y todo lo vence; no se acobarda nunca, siempre tira adelante; y hasta los caminos más empinados, los allana. Y esto es aplicable a la reforma de nuestra propia vida, de nuestra propia persona, para vencer nuestros temperamentos, afinar nuestros caracteres y limarlos... Y no se alcanzarían grados de santidad si no fuera así.

510. Cuanto más opere Jesucristo en vosotras, cuanto más la Virgen sea vuestra fuerza, más crecimiento tendrá todo cuanto realicéis.

Nunca pleguéis las alas. Por dificultades que veáis; sed pájaros de esos que aunque haya pedrea, no pliegan las alas. Seguid volando, meted la cabeza debajo de la Virgen, y seguid volando. Veréis como no os pasa nada.

511. Cuando un cristiano no resista, ni sepa pelear, acusará que su amor a Dios es muy flojo.

512. No soltemos las armas de la mano. Lleguemos hasta el final; luchemos. Lucha el labrador abriendo las entrañas de la tierra y sembrando. Lucha aquel otro, barrenando y haciendo saltar las rocas fuertes. Lucha el estudiante para poder almacenar alguna ciencia. Luchemos. Luchan los atletas para ganar una medalla de oro, plata, de lo que sea. Atletas de Cristo, vamos a la lucha.

513. Contra nosotros nadie puede, porque nos cobija el manto de una Virgen y nos fortalece y nos sostiene la mirada y el amor de un Cristo. Esto, que os aliente a seguir adelante con paso firme, seguro... No tengáis miedo; enfrentaos con quien sea, con tal de que Jesucristo esté contento. Solamente le pueden agradar, dice san Pablo, aquellos que gustan de las cosas del Señor... ¿Y qué vamos a hacer en nuestra vida sino dar gusto a quien nos ha dado todas las cosas y sigue protegiéndonos.

514. Nuestra convivencia humana no sería posible si careciéramos de esta virtud de la fortaleza. Comprendo que la vida resulta pesada, que vuestra vida de Obreras a veces está cargada; es como un gran peso, como una cruz; pero sólo la fortaleza interior nos puede dar el vigor que necesitamos para seguir en nuestra ruta y no soltar de nuestras manos ni el trabajo, ni el sacrificio, ni nada.

515. Nunca hemos de tirar atrás. Ni por dificultades, ni porque no nos reciban bien, ni porque digan aquello... no importa. Ni porque de los nuestros mismos

–vamos a suponer– saliesen las saetas, saliesen las contradicciones. Porque siempre es una prueba a la que Dios sujeta sus criaturas para probar su firmeza. Es el bautismo, diríamos, no de sangre, pero sí de sudor y de sacrificio... Hay que superarse. No podemos nunca apeteer una situación mejor que la del Señor.

Castidad

516. La Obrera envuelva su vida con la blanca túnica de la castidad, en el modo de hablar, de obrar.

Quien se enfrenta con el mal, necesita el escudo de una vida de santidad profunda, no apartar la mirada de Jesucristo, del crucifijo; guardar y saber defender su bien; pasar por el fuego de tentaciones y peligros, sin quemarse.

Vigilancia

517. Vigilad. La Obrera debe vigilar, primero, a sí misma, para que sus pasos, sus proyectos, su vivir, no se salga del cauce de Dios, ni desentone en el campo de las virtudes, para que todo respire a Jesucristo.

Vigilad aquello que os rodea, ambiente, elementos, personas, conversaciones, situaciones, que os puedan perjudicar. No vivir a bulto.

Vigilad la acción de los enemigos, tanto interiores como exteriores. A la Obrera vigilante nada se le escape; que prevea las cosas, y así procure los medios para vencer los obstáculos.

518. A los santos, este pensamiento “me puedo condenar”, les hacía tanto bien, les encendía tanto en el

amor a Dios, les obligaba tanto a cogerse fuertemente a su crucifijo y derramar lágrimas de temor...

519. El demonio, tan astuto enemigo, suele pintarnos las criaturas con colores atrayentes, para desviar nuestra mirada de Dios, de ese Cristo clavado en una cruz, y apartarnos de su amor.

520. Si damos la espalda a Cristo, somos capaces de todo lo malo.

521. El gobierno de nuestras pasiones es de suma importancia en la vida espiritual. Un alma equilibrada, es aquella que tiene sus pasiones bien gobernadas, en la que la voluntad es señora.

No es fácil, pero tampoco es difícil. Las pasiones son valores que hay en nuestras manos, y hemos de saberlas jugar. Se modifican frenándolas; cuando son malas, se cambian con la tendencia hacia el bien. Son un instrumento admirable que, bien manejado, puede ayudarnos en gran manera para nuestra salvación y para nuestra vida de apostolado.

522. Acogidas a la Virgen, huid del peligro, huid de la fiera que os puede perder, huid de aquella amistad, huid de aquel afecto interior que intranquiliza el alma, de aquellos lazos de vanidad o lazos mundanales, en los cuales nuestro corazón se puede perder para el mal.

523. ¿Habéis de ser tentadas? Indudablemente. Vuestras tentaciones serán ordinariamente de tipo espiritual. Tentaciones que afectan a la voluntad, como produciendo en ella rebeldía, disconformidad con lo ordenado. Tentación que hace saltar la voluntad, cuando es

herido el amor propio; tentación que tiende a hacer flaquear la voluntad y producir cansancio, para que así se abandonen las cosas espirituales. Tentación de hacernos ver que siempre hacemos demasiado, cuando siempre hacemos poco; lo que nosotros hacemos poco vale, y si vale algo es por la voluntad con que lo hacemos.

Fuera la tentación; que el demonio con vosotras no pueda; que sepa que tropieza con piedra dura; que sepa que nada va a conseguir; fortalecidas siempre por la gracia de Dios nuestro Señor.

Obediencia

524. El espíritu de obediencia agrada a Dios; mas le desagrada el espíritu soberbio de mando.

525. Contra el espíritu de mando es el espíritu de obediencia.

No sabe mandar bien quien antes no aprendió a obedecer bien.

526. No todos aprovechan para mandar; mas todos aprovechan para obedecer.

527. Espíritu de obediencia, mis Obreras. Obrad y haced las cosas sin disputas ni murmuraciones, con sencillez y rectitud ante Dios... ¿No es una gran satisfacción para vosotras el pensar que estáis destinadas por el Señor para ser luces de su divina doctrina, algo de Cristo que brille por la virtud? ¿No es esto una gloria para la Obra?

Cada una de vosotras, con vuestra conducta, podéis cooperar grandemente al incremento espiritual de

la Obra, de la que sois miembros. Ella ha de ser vuestra propia corona, para que el día de mañana podáis decir que en vano no he corrido yo mi vida como Obrera.

Afirmad vuestra voluntad de realizar vuestros deberes con obediencia fiel, sólo mirando a Dios, no a la persona. Y creedme, ésta es una de las cosas que más me pueden satisfacer: saber que una Obrera cumple su deber, ama su ideal, su vocación, es fiel a Dios donde sea, aunque nuestros ojos no la vean.

Pensad, entonces, que sois de Dios, y que sólo a Dios contentáis, y que sólo el amor de Dios es el que os mueve a esta vida de fidelidad.

528. Que vuestra obediencia, mis Obreras, os lleve hasta el grado de martirio espiritual. Aquí dejaré un pedazo de mi vida, allí dejaré parte de mi honor, allí tomaré parte de mi cruz, allí recibiré desprecios, allí tocaré mi fracaso... Pero seré obediente hasta la muerte, ¡hasta la muerte!

Grande gloria sería para una Obrera poder decir que, por obediencia, ha llegado a alcanzar su más alto grado de sacrificio. ¿Qué producirá eso? Dios lo sabe, sólo Dios lo sabe.

Obedecer por amor; amor a las almas, amor a Dios.

529. Distintivo de la Obrera ha de ser su obediencia leal. Si no, va al fracaso. Será una rueda fuera de su raíl; será un hueso fuera de su sitio; será una acción que no tendrá punto de apoyo, ni de unión, ni de enlace; y pensando que se basta a sí misma, se equivoca.

La obediencia une las voluntades, y unidas éstas, se hacen más fuertes, como los hilos, que cuando los trenzamos, les damos aumento de fortaleza, de consis-

tencia, sólo por eso de unirlos. Las voluntades de las Obreras, unidas por ese apretado nudo de la obediencia, pueden desarrollar una enorme fuerza en el apostolado y en la ganancia de las almas... Cuesta obedecer, como cuesta rendir el juicio y la voluntad; mas Cristo nos lo ha propuesto. No son cosas inventadas, sino lecciones sacadas de sus mismas palabras... Y él fue obediente hasta la muerte.

530. No es contra la libertad el obedecer. La obediencia perfecciona la libertad, no la destruye. Porque precisamente el Señor nos ha dotado de una libertad para que, obedeciendo nosotros aquello que debemos obedecer, lo hagamos con conciencia, seamos responsables meritoriamente de este acto de obediencia que prestamos. Si no tuviéramos libertad, no tendríamos mérito ni demérito en las cosas... Es que para obedecer hay que desprenderse; y nos falta desprendernos... ¡A todos!

Jesucristo acató el juicio de su Padre, su voluntad. Cumplió los planes que venían de arriba. ¿Y cómo los cumplió? A la perfección. Saltó por encima de todas las dificultades, de todos los enemigos, de todas las "montañas" que se le podían poner por delante. ¿Es que Jesucristo humillándose así, obedeciendo hasta la muerte, fue menos? No. Se le exaltó después sobre toda criatura, sobre todos los cielos, y se le dio la máxima potestad.

531. Es absolutamente necesaria para vosotras la virtud de la obediencia. Si en un ejército no se obedece, pronto se resquebraja... En un "ejército" espiritual se debe obedecer, por la alta mirada que debemos tener: mirada puesta siempre en Dios.

Que en vosotras se vea como distintivo especial la obediencia. Que unas y otras seáis como quiere Jesús, como eslabones unidos. Repito, en vosotras debe ser la obediencia lazo de unión entre todas. El que bien obedece no se siente en esclavitud, sino santamente libre, al obrar bien. Es tan necesaria la obediencia, que la Iglesia la pone como consejo evangélico.

Pobreza

532. Pobreza: éste es el espíritu de Cristo que hay que vivir.

533. Hay que ser pobres de espíritu. Desprendidas aun de las cosas que tuviéramos para utilidad. Esto es vivir el espíritu de pobreza. Y si esto nos falta, no podemos practicar el consejo de Jesucristo, cuando dice: "Si quieres ser perfecto...". La pobreza tiene dos caras, interna y externa. Hay quien internamente es muy pobre, pero externamente no tiene bastante. Hay quien externamente practica la pobreza, y lleva en su interior un gran espíritu de avaricia.

Amemos la pobreza. Si algo tenemos, pensemos que el Señor nos lo dio para administrarlo, que lo tenemos como en depósito. Y al practicar esta virtud, veamos si es verdadero espíritu en nosotros. No caigamos en el caso ridículo y de falso espíritu de pobreza, en que incurren aquellos que recogen una cerilla, por ejemplo, y gastan una gran cantidad en otra cualquier cosa.

534. No olvidéis nunca que tenemos la obligación de vivir pobres de espíritu... Bien está que cada tiempo lleve lo suyo; estos tiempos no son los de hace cin-

cuenta años, cuando uno recorría los caminos a pie, o en burro, o en un mal carro... Todo evoluciona... Pero el espíritu ha de estar igual, ha de estar atado a Dios. No se ha de pegar al vestido de oro, ni a ese coche, ni a ese avión, ni a esa forma placentera, aunque los tenga como un instrumento de vida. El mal está cuando el corazón se pega a todo ello. Sentido de Dios ha de tener nuestra vida. A pie o en coche, o en el avión, con traje así o con traje asá. Ni esto ni aquello, sólo la voluntad de Dios. Ni aquí ni allá, sólo Jesucristo.

535. Los apóstoles se adaptaron a la vida de la santa pobreza, al desprendimiento de las cosas de la tierra; usaron de una santa libertad, la que Jesucristo les enseñó. Por eso predicaban sin miedo; por eso enseñaban la doctrina del Señor; por eso evangelizaban la venida del Reino de Dios. Los verdaderos obreros del Reino de Dios han de dar ante el mundo la sensación de que no llevan todo el apego y aficiones de las cosas de tierra sobre sus hombros. De aquí la santa pobreza, pobreza de voluntad, pobreza de desprendimiento, aunque usemos todas las cosas del mundo como medios para evangelizar; aunque las tengamos en abundancia, pero sin perder de vista nunca que nuestro corazón ha de estar desprendido de ellas, dándonos cuenta de que no son la solución por sí mismas, si falta el espíritu, el nervio, que es lo que debe animar nuestra actuación.

536. ¿Sabéis por qué nosotros, los de dentro, no andamos bien? Pues, lo atribuyo a un bajón grande en el nivel espiritual, y a la abundancia de bienes. Fácilmente nos acomodamos a esto... Y no nos concretamos a aquello que es preciso o conveniente, mirando siempre nuestras condiciones, nuestra obligación, nuestro de-

ber, nuestra finalidad..., sino que nos propasamos. Bien está que cada tiempo lleve lo suyo. Pero el mal está cuando el corazón se pega a eso. En los tiempos de penuria, de necesidad, de apreturas, diremos, parece que hay como una ventaja para que uno sea más mortificado. En fin, nos acomodaremos a los tiempos. Desentonaríamos, si no. Pero hay quien se acomoda demasiado... Hemos de vaciarnos... Esto es, que ningún apego nos ate a estas cosas.

537. En la abundancia no se puede apreciar el sacrificio. ¿Y qué más riquezas queremos fuera del Señor? Donde está el Señor, está el palacio real.

Austeridad

538. Es un peligro que nos rodea a todos, la abundancia de las cosas de la tierra, tanto de los afectos, como de los bienes, como de las prosperidades, en cualquier aspecto que sea, como de los triunfos en la ciencia, o en las cosas medianas, o en lo que queráis suponer... Porque olvidamos que la voluntad de Dios en esto, en aquello, en lo otro, es siempre que nos santifiquemos... Estamos aquí para alcanzar santidad, y nuestra carrera es nula cuando no logramos nuestra santificación.

539. Hemos de trabajar en nuestra situación, no privilegiada, tampoco miserable, tampoco, diríamos, pobre, en un sentido de no tener lo suficiente, lo conveniente. Pero lo superfluo..., el derroche, el emplear los bienes que con tanto sudor se van ganando, para forjarnos una vida como el mundo la vive... no, mis Obreras, no. Nos equivocamos. Perdemos el sentido

evangélico. Perdemos ese algo que el Señor quiere de nosotros y que exige a todos aquellos que de un modo especial le quieren seguir. Que se conserve en vosotras el espíritu de austeridad cristiana.

540. Vivir en la abundancia, sin ahogarnos en la abundancia. Nadar en el mar, sin naufragar en el mar. Vivir en el mundo, sin contagiarnos del mundo. Estar entre la gente, pero no copiando el espíritu de la gente, cuando es de mundo, sino para darle nuestro espíritu de Dios.

Humildad

541. “Dios resiste a los presuntuosos”, a los que hacen alarde de sus fuerzas y quieren atribuirse a sí el triunfo de sus actos; a los que fiando de su propia voluntad quieren sostenerse firmes en la lucha contra el enemigo infernal, cuando solamente con la gracia de Dios nos podemos sostener, puesta únicamente nuestra cooperación.

542. La soberbia merece el rechazo ante Dios y ante los hombres.

El principio de la soberbia conduce a apostatar de Dios... La soberbia es el principio de todo pecado.

543. Nadie será exaltado si antes no es humillado. Nadie se ganará ni conquistará a los demás, si antes no sabe abatirse a sí mismo; nadie sabrá ordenar ni mandar, si antes no sabe obedecer; nadie sabrá imponer disciplina, si primero no vive disciplinado. Nadie llegará a esos altos grados de la virtud, del heroísmo con Cristo, hasta la muerte, si no vive con una voluntad compenetrada con el querer de Dios.

Que este querer divino os mueva siempre, nunca el querer de vuestro "yo". Sumisas, rendidas como esclavas, siervas de Cristo.

544. Sed humildes... Amad la humildad... El que vive de humildad nunca pierde su paz. Donde reina la humildad, hay unión, hay concordia, hay alegría.

Nuestra hermandad ha de estar efectuada por la caridad, y por esa como igualdad entre nosotros..., no creyéndonos ni superior, ni inferior, ni más, ni menos, sino un alma redimida por la sangre de Cristo.

545. ¿Qué cosa tenéis que no hayáis recibido? Y si la recibiste, ¿por qué te vanaglorias como si no la hubieras recibido? –san Pablo–. Todo es de Dios, Cristo es de Dios, pero vosotras sois de Cristo, porque él os compró con su propia sangre.

546. La persona engreída no tiene virtud alguna. Por eso el Señor, dándonos ejemplo, se humilló.

547. El orgullo no deja crecer ninguna buena planta de virtud. La raíz del orgullo se arranca llevándonos la contraria.

548. El yo, raíz y brote de la soberbia, sea sustituido siempre en nosotros por el Cristo humilde, nuestra única vida.

549. Cuando el alma quiere adelantar, agradece todas las correcciones que se le hacen.

550. Nunca en tus palabras haya desprecio, y si para enaltecer es preciso humillarte, hazlo.

551. Sed verdaderas esclavas, criadas del Señor, y él os levantará.

552. Jamás demos entrada en nuestro corazón a la presunción. Firmes sí, pero con la firmeza de Cristo.

553. San Agustín: "Bajad para que subáis; y subid tanto que lleguéis hasta Dios". La condición de la paz es la humildad. Nos hace ver nuestra nada y la inmensidad de Dios.

Vemos nuestra nada, y a Dios inclinándose sobre esa nada, estrechándola... El alma se inflama, se transforma, adora... Ante tanto, decimos como san Pedro: apartaos de mí, Señor, que soy un hombre pecador. Y entonces, Jesús... le hace pescador de hombres.

554. No nos fiemos de nosotros... Sintámonos fuertes, pero con la fortaleza del Señor. Sintámonos capaces de todo, pero con el auxilio de Dios. Cuando tengamos que arrostrar ciertos peligros, o emprender cosas difíciles, o las circunstancias de la vida nos impusieran o nos obligaran a cosas heroicas o sacrificios desusados, lo primero que hemos de hacer, es mirar el crucifijo... Clavar la mirada en el Maestro... Y pidámosle que sea él quien actúe en nosotros, que nos dé fortaleza. Nadie se fíe de sí.

555. Somos siervos, criados de Cristo. Después de producir el trabajo que nos toque, hemos de servir a Jesús, no hemos de aspirar a sentarnos a la mesa para comer y beber con él; es decir, no hemos de aspirar a ser tratados como príncipes y grandes. No hemos de tener ese espíritu de grandeza y soberbia, sino después de arar la tierra de las almas, tan árida y tan seca, hemos de acercarnos a Cristo para preparar la mesa,

para que él se alimente de este manjar de nuestro corazón; y hemos de decir con humildad, aunque volvamos con las manos llenas de conquistas: siervos inútiles somos, ¿qué he hecho yo, sino cumplir con aquello que me habéis mandado, con aquello que yo tenía obligación de hacer?

¿Cuándo nos pecataremos de que por nosotros mismos no podemos hacer nada?

Obreras, mucho podéis, pero no por vosotras; mucho hacéis, pero no por vuestra fuerza; mucho conseguís, pero es reflejo de su operación, de la ayuda de Cristo.

Es él el que obra en vosotras. Haced siempre instrumentos aptos, dóciles, humildes, sumisos a la voluntad de Dios. Nunca el orgullo entre en vuestro corazón.

556. La mirada puesta en Dios nos hace ser humildes, rendidos al divino querer. Nos hace ser confiados en el éxito de nuestras empresas, abriendo brecha hasta en los corazones más duros, y persistir en nuestros trabajos, aunque al primer golpe, o después de mucho tiempo, poco o nada podamos conseguir.

557. Si queréis triunfar en vosotras y en las almas, armaos de mucha humildad. No tengáis en menos a nadie. Con orgullo nada se consigue; con humildad se rompen hasta las piedras.

558. Hay que remover de nosotros todo ímpetu de voluntad engréida, de orgullo, de esa soberbia que nace en nosotros a raíz del pecado original, y por la cual nos creemos siempre superiores a los demás. El que es humilde sabe que de sí nada tiene y que todo lo ha recibido de Dios.

El que es humilde no mira calidad de personas; no desprecia a aquellos que son iguales o menos que él. Quien es humilde sabe darse, y cuanto más humilde sea, más se da. La humildad nos hace generosos para Dios y para el trato nuestro con el prójimo.

559. Amad la humildad, amad la vida humana en su humillación continua; porque humillación es el dolor del cuerpo, la ignorancia, lo que nos cuesta de hacer las cosas y los fracasos que sufrimos..., el tener que preocuparnos de cosas materiales que el mundo estima como cosa baja, etc.

Santifiquemos la vida humana, convirtámosla en medio de glorificación divina. Hay que vivir como vive la gente, con un gran corazón, pero para amar a Jesucristo...; mediante él llegaremos a Dios.

Demos a nuestra vida un sentido humano. No os imaginéis una vida espiritual encantada.... Volad con el corazón a Dios, pero los pies bien puestos en la tierra.

560. La Obrera ha de ser humilde: humilde en su nombre, humilde en su corazón, humilde en su pensar, pero con esa humildad alegre, humildad que respira ofrecimiento a Dios, humildad que da gozo a las almas. No la humildad triste, no la penosa, sólo reflejo de preocupaciones, congojas y penas; sino una humildad con suavidad atrayente, generosa hacia Dios.

Sed muy humildes. La persona humilde nunca destroza ningún plan; hace que se le tenga confianza para mandarle, para disponer cuanto sea para el bien. Lo mismo arrastrará un carrito, que levantará un santo.

561. Seamos humildes. Nos juzgamos indignos de la misericordia de Dios, que un día tuvo la corazonada

de llamarnos a una vida más alta, a una vida de perfeccionamiento y de gracias. Pero jamás perdamos de vista que esta vida es sobrenatural... Sin santidad no vamos a ninguna parte. El mundo dirá lo suyo; no importa, siempre lo ha dicho... Pero las almas serán de los santos; las almas serán ganadas por almas santas apostólicamente. Cooperación, pues, a las gracias de Dios.

562. El orgullo será la perdición de nuestra sociedad, y el orgullo será siempre la perdición de nuestra personalidad. Si alguien creyera que su personalidad se va a hacer más excelsa, más distinguida, con más prestancia ante los otros, sólo porque le encumbran sobre el tablero del orgullo, ¡cómo se ha equivocado! Este orgullo, que empieza en nuestra razón y acaba moviendo la voluntad con rebeldía..., es el motivo por el cual las almas van dejando las vías del sacrificio y de la abnegación de Cristo. Es la causa por la cual se teme el desprecio, se teme lo bajo, se teme aquello que el mundo juzga como deshonroso, olvidando lo que dice san Pablo: Jesucristo ha hecho grande lo que era pequeño, fuerte y potente lo que era débil, sano lo que era enfermo, sabio lo que era ignorante; ha trocado el mundo.

563. Nos creemos que somos tanto, tanto, que con nuestras propias fuerzas y talentos, actividades y demás, vamos a resolverlo todo, y no resolvemos nada. Porque los misterios de Dios son tan profundos que, cuando con todos los elementos humanos creemos que vamos a abrir brecha, se nos cierran las puertas, y cuando con elementos humanos débiles y con medios en nuestras manos casi impotentes obramos, se nos abren las puertas, y damos la solución.

564. El que no es humilde rehúye todo aquel trabajo, oficio, en el cual no tenga la seguridad de que va a salir a flote. No se resigna a la humillación. El que no es humilde, procura hacer ruido para que aparezcan sus buenas cualidades, sus triunfos y sus victorias, para que los demás le admiren; repite las cosas para que le den la enhorabuena. Los que no son humildes, si tienen un oficio, un cargo, un trabajo, quieren quedarse con él, pues se valen de lo que decimos la zancadilla, los rodeos de las cosas, total, para quedarme en lo que yo quiero, no sea que del escalón tercero, me hagan bajar al segundo... La virtud de la humildad prescinde de todas estas cosas, y tan grande es, con su grandeza personal, cuando está en el suelo, como en el tercer escalón...

565. La humildad no es dejadez de nuestra propia persona; es el acto del imperio sobre nosotros mismos; la humildad es el reconocimiento de lo que uno es, que al cabo y al fin no es nada, no puede nada, ni sabe nada, y a la nada ha de volver. Por la humildad, pareciendo que bajamos, subimos, porque tanto más uno sube cuanto más se perfecciona, y tanto más se perfecciona cuanto más va esculpiendo, en su vida, la vida de Cristo. Por la humildad nos ocupamos de aquellos que son menos que nosotros. La humildad es caritativa, la humildad se compadece... La verdadera humildad espera, confía, y acerca a Dios.

566. Nos duele la humillación... A veces decimos: ¿cómo tengo que hacer esto por aquella persona, si no lo merece? Mis Obreras, nunca lo hagáis así; mirad el alma. Si tuviéramos que hacer las cosas por lo que la criatura merece, no daríamos un paso. Lo hemos de hacer porque el amor de Dios así nos lo pide. Y esto

nos ha de animar tanto que, cuando alguna vez sintamos repugnancia, no paremos los pasos, sigamos adelante, descendamos de nuestra personilla... De este modo, se acercarán los que están alejados.

567. La mirada a nuestro pasado no nos debe asustar, aunque tenga sus baches; y la mirada a nuestro presente tampoco nos debe desanimar, si somos humildes, y confiamos toda nuestra cooperación a la asistencia de la gracia de Dios... Si nuestra voluntad está dispuesta a dar a Dios cuanto sea capaz, tenemos en nuestras manos un medio eficaz, aquel que empleó María Magdalena: "Amó mucho".

568. Necesitamos en todo tiempo arraigar en nosotros la virtud de la humildad. Nos creemos más de lo que somos. Pensamos valer más de lo que valemos. Disfrazamos nuestros defectos. Queremos ocultar y, a veces, hasta convertir en virtud, la propia debilidad. Necesitamos, mis Obreras, ser sinceros con nosotros mismos. No somos más porque superemos al prójimo, ni somos menos delante de Dios de lo que somos, porque nos dejemos superar por el prójimo. Cada uno ante Dios es lo que es. Este reconocimiento de lo que somos y valemos ante Dios, ésta es la base de nuestra auténtica humildad.

569. Toda bondad viene de Dios. La maldad no viene de Dios, esto viene de nosotros. Si, pues, lo bueno viene de Dios, y lo malo de nosotros, he aquí el fundamento de la auténtica y verdadera humildad. No tenemos por qué vanagloriarnos de lo bueno; tampoco tenemos por qué ocultar lo bueno. A los ojos de Dios nos hemos de reconocer con todas nuestras deficiencias, con toda nuestra debilidad, con todas nuestras

imperfecciones, con todas nuestras impotencias. Ésta es la humildad.

570. ¿Por qué no aceptamos las correcciones? ¿Qué es vivir el espíritu de Cristo? ¿Qué es vivir el espíritu de hijos de tal Padre? ¿Qué es vivir el espíritu de discípulos de tal Maestro? ¿Por qué nos cuesta tanto aceptar las correcciones? Estamos llenos de nosotros mismos. Cuando se corrige, en muchas personas produce esto un decaimiento, un aplastamiento. ¿No será el amor propio el que lo causa? ¿No será que bajamos de nivel, y de arriba nos vamos hacia abajo? En vez de dar las gracias, pues es para hacernos participantes de la santidad del Señor...

A estas tales personas yo les diría: ¿vivís la virtud? ¿Sí? Pues, no comprendo cómo la vivís. ¿Buscáis la perfección? ¿Sí? Pues ahora, menos comprendo cómo la lleváis a la práctica, porque por los toques y el sonido que da, se conoce el metal.

571. Jesucristo dice: el que se crea superior, éste, hágase inferior. Cómo nos enseña el espíritu de humildad. Cuando el mundo, acaso, quiera enalteceros, no hagáis caso, que el mundo dice muchas tonterías; lo mismo rebaja que pone por encima de las nubes. Vivid la realidad, lo que sois. Y si ante alguna persona humilde os encontraseis, y sintieseis repugnancia, acordaos de que no tendréis el espíritu de Dios si huís de aquella persona que es más baja que vosotras. Jesucristo se acercaba a los pecadores, a todos, porque veía en ellos un alma que salvar. Y éste es el valor que hay que reconocer, por lo menos, en nuestro prójimo: un alma que salvar, un alma que llevar a los pies del Señor.

572. Humildad grande es la de Dios haciéndose hombre. Pasa de rico a pobre, de poderoso a indefenso, del cielo a la tierra, de grandeza a pobreza, de compañía celestial a abandono de criatura. Esta humillación la realiza para llegar hasta nosotros, para conquistar al hombre...

La Obrera, cada día, ha de hacer como Dios: descender de sí, de su personilla, de su juicio, de ese yo que lleva dentro de ella...

Si Cristo no hubiese descendido, nosotros no hubiésemos subido. Si no descendéis de vuestro propio yo, si no os envolvéis con la vestidura de la humildad, poco podréis hacer. Cristo se hace humilde. Tú, encárnate en Cristo.

573. No engreírmos de nuestra personalidad. Cuando la persona está más alta, es más sabia, más humilde. Los sabios tratan con cualquiera; es un distintivo: persona buena, sabia, humilde, sencilla. Que esto no os falte nunca, por mucha importancia que tengáis.

574. ¿Por qué no nos corrige? Corregir no creáis que es un oficio muy grato. No siempre se puede hacer. Y no porque la persona a la que se haya de corregir, tenga mala voluntad, no, sino porque no tenga la debida formación para aguantar la corrección, aunque ésta se haga suave y sencillamente. Puede ser que una persona tenga mucho amor propio y no se lo conozca, o que tenga mucha sensibilidad, y bastará que se le haga una corrección para que, a lo mejor, cambie la cara, de alegre, en una cara que da miedo. ¿Es que le sabe mal? No. Se alegra... Yo lo supongo así, pero se le ha alargado la cara. O, a veces, ocurre que por sentimiento rompe a llorar, y ahí se está llorando y llorando, como una Magdalena, mucho rato... Mis Obreras, hay que tener más dureza, un poco más de corteza...

575. Servid a Dios con alegría, con prontitud, con corazón grande. No nos acerquemos al Señor con raquitiqueces; sed amplias en dar. Ni recordéis después lo que habéis dado..., hecho.

Para mí suena muy mal en concepto de virtud cuando una persona va recordado las cosas que ha hecho; al cabo y al fin, las ha hecho por la gracia de Dios. Has cumplido con tu deber, nada más. Y si crees que lo has hecho por ti, te has equivocado; lo has hecho por la gracia de Dios; tú has cooperado a la gracia. Pero si ahora vas a recontar tus cosas y vas a mirarlas con cierta presunción, queriendo valorar aquello, lo has perdido todo. Te faltará la humildad, esa humildad profunda que nos hace olvidar lo que hemos hecho, y seguir adelante el camino, abriendo nuestras manos de caridad y de prestación, siempre, para todos.

576. Precisa tomar como principal fundamento de vuestra formación, el "véncete a ti mismo". Obreras, venced vuestro amor propio, destruid vuestra propia voluntad. Tened en alta estima la práctica del propio vencimiento; que lleguéis a entender cómo en un acto de esta clase de mortificación, puede haber más mérito que en muchas horas de oración llenas de consolaciones...

¿Qué es el amor propio? Es el amor que nos tenemos a nosotros mismos, primero, de una manera desordenada, segundo, de una manera lícita, pero poco generosa. Amor propio desordenado es el que lleva en sí el pecado, el defecto consentido. Amor propio lícito, pero poco generoso, es el que niega al amor de Dios el sacrificio voluntario de sí mismo, porque pudiendo sacrificar nuestra propia voluntad acerca de una cosa, con el único motivo de satisfacer el amor de Cristo, no lo hacemos...

El amor propio desordenado es el enemigo más difícil de matar, porque se esconde en lo íntimo de la voluntad y el corazón. Quien matara este su amor propio, habría alcanzado principalísima victoria.

577. Una formación espiritual sin humillación del yo, es tanto más peligrosa cuanto más excelente sea la formación, porque entonces aparece el peligro de que surja el orgullo, el engreimiento. Y un alma apostólica engreída, que valora los talentos recibidos de Dios como cosa suya, no es apta para nada. El engreimiento, nunca.

578. La humildad consiste en el conocimiento que tenemos de nosotros mismos. Pero hay muy pocos que se conocen de verdad. Por eso no son humildes. Siempre queremos tener la razón y llevar la mejor parte. Y esto ya no es obrar conforme a la humildad. La verdadera humildad no consiste en querer que esté mal lo que está bien, sino que hemos de decir al hacer una cosa: hice lo que pude. Sin contar si está mejor o peor, porque no somos perfectos. Por eso Dios premiará la obra no en sí, sino mirando la voluntad y el sacrificio con el que la hagamos.

La humildad tiene que ser de corazón... Hay humildad de cara, de aspecto y de palabra. La humildad tiene que hacer sencillos de corazón.

579. Los que se resisten a conocer la verdad, aunque ésta sea amarga muchas veces, éstos no pueden comprender el lenguaje de Jesucristo. Jamás entenderán bien lo que es la vida espiritual, menos, lo que es una vida de santidad. Esto se cura con humildad de corazón. Sólo el humilde reconoce la verdad y sólo el humilde, cuando reconoce la verdad, se determina a ejecutarla.

580. Si quieres ser tanto como el otro, solamente por aquello de ser, de vencerle, de superarle..., de sobreponerte, ¡esto es soberbia! Si te duele ver cómo aquella persona crece en estima, en ciencia, en virtud, en lo que sea, y te entristeces, eso es soberbia con envidia. Si te buscas a ti mismo y la glorificación de tu personilla y no buscas a Dios directamente, eso es soberbia. Si estimas que lo tuyo es lo único que está bien hecho, lo único que vale, y lo de los demás no hay que ponerlo en la balanza de la consideración y de la estima, esto es soberbia. Si al considerar y conocer tus condiciones personales –tengo mi talento, mi ciencia, mis disposiciones especiales–, con ellas quieres formar un pequeño trono, subir unas gradas en estima..., en el fondo, es soberbia.

Nosotros no merecemos nada. Con relación a los demás... Pero nuestra relación ha de ser con Dios... Y en ella, Dios es el todo y yo soy la nada. Y como nada, no tengo base para tener soberbia. Ante Dios lo mismo da un millón que un céntimo, es igual..., una cosa relativa.

Abnegación

581. Aceptar... Es fácil aceptar aquello que a nosotros nos place, que nos encaja perfectamente. Lo difícil es aceptar lo que contraría mi voluntad, o es mortificante, o me humilla, o me fatiga. Es decir, lo que tiene poco atractivo para la naturaleza humana. Esto es difícil. No obstante, aquí está la virtud. La virtud de la aceptación, supone desprendimiento de nuestra voluntad; es decir, una actuación de sacrificio, de abnegación, de todo lo que queramos pensar, en concepto de vía real de cruz. Esto es la aceptación.

582. La Obrera, ¡cuánto ha de rendir a Dios! Y por vuestro fin, cuánto os pedirá el Señor. Somos propensos a pegarnos a aquello que nos gusta, y rehuir lo que no nos agrada. ¡Cuidado! Si quieres marchar bien, si quieres ser más buena, si no te quieres quedar como estancada, si quieres dar el rendimiento que Dios pide, lánzate a aquello que más te santifica, aunque no te agrade. La Obrera no puede negar a Dios. Quien diese negativas a Dios nuestro Señor, ella misma se cerraría el paso en su camino de verdadera santificación, para ser una Obrera digna... No quieras con tu acción y tu negativa, atarle las manos.

583. Todos quieren mandar, todos quieren superar, todos quieren ser preferidos, todos quieren gloria, nadie quiere desprecios. La negación, ¡cuánto nos cuesta! ¿Por qué estamos tan vivos? Vivos de amor desordenado hacia nosotros, como fruto del pecado del cual estamos tocados. Pero no porque nos cueste hemos de abandonar el campo, plegar los brazos y desistir de la empresa. El verdadero discípulo de Cristo, ha de empuñar las armas de su propia negación y desprendimiento de su voluntad. Se ha de desprender de ella. Teniendo razón, vivirá como si no la tuviera... A más despreciar nuestra propia vida por Cristo, sacrificándola, más ganancia de almas para Cristo.

584. Necesitamos sufrir y padecer por Jesucristo. Por nuestros sufrimientos nos unimos a él, para llenar los vacíos que dejó en su Pasión.

585. Una vida placentera, agradable, en el sentido de una abundancia, de recreaciones, de placer..., lleva a una vida no mortificada... Y esto redundará en el modo de actuar de la persona. Se le pide un sacrificio, se le

pide una abnegación, se le pide un tal..., y rehúsa. Es que su vida se ha puesto ya en un plan de comodidad, de bienestar... La voluntad se ha hecho incapaz de saber afrontar situaciones difíciles. Y no solamente de cumplir los deberes, sino además, de echar una mano, por caridad, por el amor de Dios que impulsa a hacer aquello... Hemos perdido el espíritu de abnegación, de mortificación, porque hemos perdido el espíritu de oración... Hay que tener una voluntad tan dispuesta a todo que nunca sepa decir al Señor: no. Que siempre digamos: sí.

Mortificación

586. Te vendes a muy bajo precio, si por conseguir un placer, te haces esclavo del vicio.

587. Cuán gran crimen es el pecado. Es la soberbia del hombre que se yergue contra Dios, con las armas que él ha puesto en sus manos para servirle y defenderle. Estas armas son la inteligencia, el corazón, la voluntad, las criaturas todas.

588. Las almas que pecan, qué desprecio hacen de la divina gracia de Jesús, de sus atroces tormentos, de su sangre redentora.

589. Que sienta yo asco, pena, del pecado. Quiero llevar mi cielo en la tierra.

590. Entre la Obrera y el pecado no hay componenda. Son enemigos mortales.

591. La finalidad de nuestra acción es luchar contra el pecado, ¿hasta qué extremo? Hasta agotar los recur-

sos que estén en nuestras manos, de talentos, de fuerza de voluntad, de corazón, etc., hasta el recurso de la propia vida. Es lo que se llama derramamiento de sangre; es lo que se llama martirio de sangre, o de sacrificio de corazón, inmolación de una vida.

Nunca una Obrera podrá cantar victoria, hasta que no diga que lo ha agotado todo.

592. La penitencia es necesaria para el progreso espiritual; chispa de dolor que enciende el fuego del amor de Dios.

593. La mortificación y la oración son las dos alas para volar hacia Dios.

594. La diaria mortificación refuerza nuestra voluntad, dándole temple viril.

595. El que sobrepone un lazo familiar, nunca llegará a conseguir el lazo de intimidad completa con Cristo.

596. Cristo nunca se encarnará en un alma, ni ésta llegará a la compenetración espiritual con él, si no acierta a vaciarse de sí misma.

597. Nunca se puede recibir el Evangelio sin renunciamiento. Pero el renunciamiento cristiano es para la vida, no para la muerte.

598. ¿Pegas tu corazón a tantas mentiras, engaños, ensueños y tristísimas realidades, llenas de llanto, vergüenza y confusión?

Mira al cielo.

599. El espíritu de mortificación es una disposición de la voluntad para aceptar aquello que le es molesto.

600. El espíritu es lo que interesa, en la formación espiritual. Para tener espíritu de mortificación, ¿es preciso que uno vaya buscando siempre cosas en qué mortificarse? No. Espíritu de mortificación, cuando sea ocasión. No hay que buscar tanto, sino aceptar, y alguna que otra vez, buscar las cosas.

La vida, de por sí, ya nos da muchas ocasiones de mortificación, muchos sufrimientos, y son más del agrado del Señor que lo que nosotros busquemos, porque nos las da él. Siempre que haya espíritu de mortificación se producirán los actos; mas, no siempre que se produzcan los actos, acusarán espíritu de mortificación.

Habitualmente, llevad en vosotras la disposición de realizar todo aquello que os desagrade, todo aquello que venga a contrariar la voluntad; aceptadlo, para ofrecerlo a Dios.

601. La diaria mortificación refuerza nuestra voluntad, dándole temple viril, contra el abandono, la pereza, espoleando la voluntad. La podremos practicar en nuestro modo de ser, en el trato, en el dominio propio, en el cumplimiento de nuestros deberes, y eliminando la vanidad cuando asome en nuestros actos.

Un acto de callar es una mortificación; un acto de levantarse cuando no tienes ganas, es mortificación...; son actos repetidos, y la voluntad va acostumbrándose a eso que se llama espíritu de mortificación. Entonces, es cuando brota la virtud.

602. Para encarnar en nosotros a Cristo, hay que desnudar mucho la voluntad y el corazón.

603. Al examinar nuestra vida, hallamos en nosotros muy poca mortificación en aras del amor a Dios. Cuántos apegos, cuántas tonterías, cuántos lacitos que atan la voluntad, cuánta falta de arranque, cuánta falta de generosidad... Y si queremos ser imitadores cabales de Jesucristo, más lo seremos cuanto a semejanza suya más sepamos inmolarnos.

Inmolar por Cristo ¿qué? Todo; desde un zapato, hasta lo más íntimo del alma. ¿Qué dejó Cristo de inmolar por nosotros? Nada.

Inmolación callada, sonriente, pronta, alegre, sin cansancio; llorando por dentro, y por fuera, con ese velo de la sonrisa o de la mirada llena de paz. Cristo así se inmoló en la cruz; en medio del dolor, su mirada fue siempre llena de paz. ¿Por qué? Porque era mirada de amor.

604. En nuestra vida, muchas veces habremos de llevar la contraria al mundo y también a nosotros mismos. Si quieres ser como el aceite, siempre por encima, ponte debajo de todos; si aspiras a un lugar más elevado, toma el más humilde; si sientes antipatías, procura vencerlas con amabilidad. El vencimiento en todo aquello que desagrada a Dios, tiene siempre su recompensa.

605. Gusta más a Dios la mortificación de nuestra voluntad, de nuestros gustos y de nuestras apetencias naturales, que la satisfacción cumplida de todo ello, si con esto se rehúsa la ocasión de merecer que Dios nos prepara, o permite, por medio de las criaturas, para más santificarnos y desprendernos de nuestro "yo" y de las criaturas.

606. Nuestra obediencia al mandato de Dios ha de ser cerrada, sin condiciones. No podemos poner con-

diciones a lo que Dios manda. No nos queda más que una solución: bajar la cabeza y hacerlo. ¿Que cuesta lucha? Por eso se hace. Sería muy encantador recibir un cielo sin haber luchado. Si no se lucha, no se merece; si no se merece, ¿cómo se va a dar un premio? Y la lucha la llevamos dentro de nuestro pequeño mundo, no lo olvidemos. Es el yo que se rebela, es la voluntad que se encabrita, es la personilla que quiere flotar, es ese algo que hay en nosotros que no está sujeto, no está controlado, no está vencido. La libertad no alcanza el desbordamiento del yo, sino que esto es precisamente el ejercicio de la libertad; el que la voluntad, como señora, domine toda la persona para encauzarla hacia Dios, nunca hacia el mal.

607. El mundo ha de ver que somos mortificados por Cristo. Mortificación de muchísimas maneras: de voluntad, de pensamiento, corporal... No bastará aceptar las muchas que nos da la vida, aceptarlas sólo, para que nuestra vida esté mortificada, como decía san Pablo: "Siempre llevo en mi cuerpo la mortificación de Cristo, para que la vida de Cristo aparezca en mí".

No es menester que yo os recomiende esta práctica, porque sé que vuestra vida es mortificada. Solamente la laboriosidad que pesa sobre vosotras, ya es toda una mortificación. Con ella llegaremos al dominio de nosotros, alcanzaremos un crecimiento de ese amor de Dios, y nos sentiremos más fuertes, porque la mortificación produce ese efecto: acercamiento a Dios y fortaleza de ánimo.

Sacrificio

608. Tenemos necesidad de llevar el control de nosotros mismos. Somos como un coche que va en veloz carrera hacia la eternidad. Si un coche no llevase sus frenos, ¿qué ocurriría...? Más peligros cuanto mayor es su velocidad, más peligros cuanto mejores condiciones tiene el coche, más peligros cuanto menos aptitud tiene el chófer que lo conduce... Nosotros, con nuestra voluntad enérgica, fuerte, constante, viril, confortada por el espíritu de Dios, hemos de ser el freno. Freno a nuestras pasiones, freno a nuestras debilidades, freno a nuestros apetitos desordenados..., para que en este correr por el mundo, no fracasemos.

609. Pensar en una vida plácida, halagüeña, amplia en ese sentido de libertad, que cada uno haga aquello que el instinto le pida, que quiera romper estas ataduras que Dios nos ha puesto, esto es un sueño. Lo podremos hacer, pero lo cierto es que no nos podremos salvar. Podremos aflojar, pero lo cierto es que no nos podremos santificar. Podremos no cumplir, pero también es cierto que no podremos llegar al Señor. Porque no hay otra senda.

610. La Obrera ha de ser y formar almas de mortificación. Quiébranse presto algunas personas en su vida espiritual, por deficiencia en su formación ascética. Poco se puede esperar de una formación superficial, con unas cuantas cosillas, unas palabritas suaves, pero sin un verdadero “niégate a ti mismo”. Vosotras, formaos, y formad con recios martillazos; no tengáis miedo. A la persona que se os acerque, una vez ésta conozca las cosas de Dios, entrenadla en una honda negación

propia... No hay que decirles que el pan es blando, sino duro.

611. A todos nos llamó aquel que por todos murió, dice san Pablo. A todos llamó, porque por todos murió. La muerte suya es nuestra resurrección. El grano de trigo cuando se pudre en la tierra, germina en una espiga, en más vida. Este enterramos, mis Obreras, con nuestras pasiones, con todo aquello que es del mundo, que no tiene ya sabor de Dios, este enterrar el yo, ha de dar un fruto. No creáis que con esto perdéis vuestra personalidad, no. Eso entiende el mundo, pero no es así.

Nos enterramos con Cristo, para resucitar con él, para ser algo viviente con él, para llevar en nosotros su propia vida, esa vida que es paz, caridad, que es amor. Habéis de ser las primeras en la vida de trabajo, las primeras, aun llamadas en hora postrera. Y seréis las primeras si sois las primeras en amar. Porque el que ama da; el que en verdad ama, ése es el que más pronto y mejor ocupa el primer lugar.

612. La vocación supone un sacrificio. Un sacrificio de pasiones, un sacrificio de goces, un sacrificio de bienestar, un sacrificio de ciertos triunfos personales. Un sacrificio de un corazón que se pega a aquello que le place. La vocación es el volar del espíritu hacia Dios. Por tanto, mis Obreras, si queréis cultivar vuestra vocación, hacedlo cada día. Para que estéis compenetradas con él, es preciso e indispensable este sacrificio, y quien no entendiese esto, no habría entendido todavía su vocación.

613. Jesús dijo a sus discípulos, para animarles, estas palabras: "Yo he vencido al mundo; no temáis".

Salvó todas las dificultades el Señor, pero venció al mundo. ¿Cómo lo venció? Con su doctrina, doctrina de cielo, que toda ella nos habla del Reino de Dios. ¿Cómo venció? Con la cruz. La cruz es su doctrina, la cruz es su ejemplo. Con estas dos armas venció, y con estas dos armas nos ha enseñado a nosotros también a vencer; con la verdad que vivimos, y con el sacrificio que, queramos o no, hemos de abrazar, o de buenas o de malas. No hay persona que no tenga su cruz; no hay mundo sin cruz, hasta el mismo placer tiene su cruz. Si, pues, Jesús que va delante ha vencido, él nos ha trazado el camino que nosotros debemos seguir; también podemos vencer, debemos vencer. El vencimiento sobre nosotros mismos, sobre este mundo en el cual hemos de operar y hemos de trabajar.

Y si alguna vez viene el fracaso, no importa; también el Señor fracasó. Ya nos advierte él que uno es el que siembra y otro el que coge. Quizá os toque sembrar, como a mí, y otros vendrán detrás que recogerán el fruto de la siembra. Acaso tenéis que, con vuestro esfuerzo, ir levantando el crecimiento difícil de la Obra y no veáis el fruto, de momento, ni palpéis la satisfacción de vuestro sacrificio. Otros vendrán detrás, que lo recogerán. Sembramos para Dios y no nos importa coger de momento el fruto. Lo que importa es trabajar. Tened, pues, ánimo fuerte.

614. ¡Cuántas veces, quizá, yendo nosotros siguiendo a Jesús, le dejamos solo! ¡Y nuestros pensamientos son tan distintos de los suyos, y lo que surge en nuestro corazón es tan distinto de lo que él lleva, y nuestros planes no son planes de Dios, muchas veces! Aun dentro de la misma vida espiritual, huimos del sacrificio; no estimamos lo que vale esa mortificación de nosotros mismos; queremos una santidad, pero a nuestro

gusto, una santidad sin inmolación, una santidad sin amor, una santidad a nuestro capricho. Y vamos con el Señor, pero ¡qué solo está Jesús a veces! Una vida cristiana, una vida sacerdotal, una vida apostólica, una vida de piedad, es preciso que sea una vida que esté crucificada con Cristo.

615. Jesucristo, cuando le maldecían, no maldecía, cuando le juzgaban, no amenazaba; antes se entregaba totalmente a la voluntad de aquel que injustamente le juzgaba. Qué duro es esto. Yo creo que es uno de los puntos más difíciles de la vida espiritual.

Decimos de matar el “yo”... ¿Qué es matar el “yo”? ¿Es matar la personalidad...? ¿Es que Cristo perdió la personalidad cuando se entregó como un cordero a aquellos que injustamente le sentenciaban? Era el tiempo de sufrir, era el tiempo de la inmolación. ¿Es que el “yo” de Cristo desaparecía...? No, mis Obreras. Se agrandaba, como se agranda la semilla cuando se echa en el surco de la tierra, y allí se pudre, para convertirse en un grandioso árbol.

616. No dejéis nunca el sacrificio. Donde no hay sacrificio, no hay fecundidad. Ni hay cruz sin Cristo, ni Cristo sin cruz. Así, no hay santidad sin cruz... El alma de Dios no puede vivir sin ella, y la que la perdiese, habría perdido el secreto de su victoria.

Cuántas veces hay que remar contra corriente. Cuántas veces necesitamos hacer frente a ese ambiente que nos ofrecen, en medio de un mundo en que forzosamente hemos de vivir, y cerca de personas con intereses influenciales, para llevar adelante nuestros caminos... Es preciso hablar del sacrificio, vivir el sacrificio, y amar el sacrificio.

617. El alma de virtud es preciso que se desenvuelva en un sufrir; la vida cristiana está basada en el sufrimiento.

Para ser castos, para callar y obedecer, necesitamos violentar nuestra voluntad, y sufrir. Para tener sonrisa y alegría cuando tratamos a aquella persona a la cual poco o nada queremos, o de la cual hemos recibido incluso ofensas, necesitamos sufrir. Para tener nuestra caridad, necesitamos violentarnos; para vivir nuestra vida espiritual, necesitamos aplicar el sacrificio... El que se violenta, alcanza victoria; el que se cruza de brazos perece en su propio abandono.

Cruz

618. No hay cielo en la tierra que no esté sellado con la contradicción.

619. Cuando tú, Obrera, te veas exaltada en la humillación, acaso en el propio desprecio, en aquel oficio que no te gusta, en esas contrariedades de la vida, en esas angustias del alma..., vas subiendo a la cruz; tu vida espiritual es más fina; tu amor está más acrisolado y, si eres fiel, tu vocación es más fuerte.

620. Querer eliminar la cruz del mensaje cristiano, con el pretexto de que es incomprensible para el hombre moderno o un contrasentido para los hombres de la civilización del bienestar, significa decapitar el Evangelio, quitarle lo que tiene de singular y específico; es colocarle fuera del cristianismo auténtico, el del evangelio de los santos, para hacerse un cristianismo a la medida, o a la moda.

621. Una mano nos empuja, el tiempo; una voz nos llama, la de Cristo: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

La Obrera que tiembla ante su cruz, piense que tiembla de su propio nombre.

622. Nuestra cruz es la cruz de Cristo, y la suya es la nuestra... ¿Vamos a renunciar a nuestra cruz, cuando Jesús la llevó hasta el fin?

Hemos de estar dispuestos a sacrificarlo todo por Dios. Que Jesús va delante. No te quejes. Jesús aún sigue adelante.

¿Estás cansada? No importa, sigue..., sigue... ¿Te duele? Es igual, sigue adelante; y cuando Jesús en lo alto del Calvario descanse, tú descansarás con él.

623. El camino de la cruz es..., desprecio, persecución, burlas.

624. Estad en la cruz, Obreras de la Cruz... A vuestro trabajo y ascensión a la cruz...; a vuestro trabajo y amor a Dios...; a vuestro trabajo y vida de unión con Cristo, con ese Cristo que es amor, que es paz, y que no le encontraréis nunca fuera de la cruz.

625. La cruz te crucificará, pero ella te hará resucitar a la vida espiritual, acrecentando en tu corazón la vida de Dios.

626. Sobre tu cruz, Obrera, te has de levantar sobre el plano terreno, meramente sentimental y humano; sobre ese vivir pasional y de carne, te has de levantar, clavada en tu cruz. Y los ojos de las almas, mirarán hacia ti. Jesús nos ha enseñado el camino de nuestra victoria.

627. Nuestra esperanza está en la cruz. En la cruz que es el triunfo de la divinidad de Cristo, donde aparece Cristo-Dios. Es triunfo de su señorío, ya que el Señor murió porque quiso.

Ella venció, y nosotros también con ella venceremos.

628. A las almas apostólicas, a las que trabajan por Dios, una vez u otra, el Señor les reserva triunfos. Unas veces son más clamorosos que otras. Triunfo será la gratitud de los que recibieron el bien; triunfo serán las alabanzas que vengan en nuestro favor; triunfo será una acogida buena... Pero en estos triunfos, en estas acogidas, sondeemos siempre lo que es el corazón humano. El corazón humano es muy variable. Tiene secretos muy hondos de gratitud, pero de ingratitud también... Se cambia en un momento, lo olvida todo; de amigo se hace enemigo, de fiel en traidor, de agradecido en ingrato. Esto nos enseña, mis Obreras, a no pararnos mirando las hojas o las flores que se deshojan a nuestro paso apostólico... El mundo nos ha de crucificar, y esa crucifixión será nuestro mejor premio; será el sello que Dios pondrá a nuestra auténtica victoria.

629. ¡Hermosa misión la vuestra! La recordáis cuando el himno cantáis. Cuando cantéis, medita lo que cantáis; y si no lo sentís, no cantéis. Cante, no la lengua, la garganta, sino el corazón, que es la expresión de lo que uno siente, la salida de esa fuerza que lleva dentro. Que os sirva de un recuerdo, o de una página como programa. En especial: el trabajo, la unión, la lucha, la fortaleza, la constancia, la firmeza, la fidelidad... Y todo ello basado sobre una cruz, una gloria de Dios, ya que Dios por la cruz fue glorificado. De la cruz, el salto a la victoria.

Que una vida se gasta, se consume..., para eso la tenemos, para eso. Que una máquina se consume trabajando, que un motor se consume en sus revoluciones, poniendo en marcha una gran fábrica... ¡para eso se ha hecho!, sencillamente. Quien por miedo a que el motor se consuma, no lo pone en marcha, ¿para qué lo quiere?

630. El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo, dice Jesús. Es una cruz desprendernos de las cosas, evidentemente. Es una cruz, quizá muy dura, el tener que sangrar el corazón, el tener que coger el bisturí y cortar aquello que me aparta de Dios o me pone en peligro de ello, o me ata de tal manera que no pueda volar, en alguna forma, en mi vida espiritual, en mi contacto con Dios, de manera que la criatura venga como a llenar mi interior, cuando mi interior sólo lo debe llenar Dios. Hay que comprender lo que es una cruz.

Y cruz es el tener que aguantarnos unos a otros, y bien pesada. Todos tenemos nuestros defectos, quien más, quien menos. Cruz es tener que soportar caracteres distintos; cruz es hacer frente a ciertos vencimientos que nos repugnan, o ante los cuales, por lo menos, nuestra naturaleza protesta. Cruz es tener que callar, cuando podría hablar y tengo derecho a hablar, y callar. Cruz es el que no se me trate con esa delicadeza, esa fineza, yo diría, esa educación, si no en tono espiritual, ya hasta en tono social...

Pero si para mi santificación y para que el Reino de Dios viva dentro de mí, yo necesito llevar mi cruz, cargada con ella seguiré a Jesucristo.

631. El Señor dice: "Toma tu cruz". Hemos de seguir la cuesta de esta vida; hemos de seguir a Jesucristo;

hemos de ir en pos de él. Hemos de ser discípulos suyos, cargados con nuestra cruz, con nuestras calamidades, con nuestras aflicciones, nuestra propia miseria, nuestra pobreza, los contratiempos, penalidades, lágrimas, dolores, enfermedades. Ésta es nuestra cruz. Y con obediencia rendida a la voluntad de Dios, que así lo permite o lo dispone, habremos de ir cargados con la cruz, camino del Gólgota.

632. Habéis de procurar ser verdad en vuestra vida. No busquéis la gloria de la criatura, buscad la gloria de Jesucristo. Que os reciban muy bien donde vayáis, esto es de desear, porque sirve de ánimo, de aliento. Pero..., que vuestro triunfo consista en esto, ¡no! Esperad el calvario y esperad la cruz. Es preciso pasar por ahí. Si no, nuestra victoria es efímera. Donde vuestra victoria se consuma y se hace fuerte, es precisamente cuando viene la purificación del sacrificio, y el dolor, y la prueba de la cruz. Y necesitamos todos pasar por ahí.

633. No encontraremos un Cristo sin cruz ni una cruz sin Cristo. Ni encontraremos una Virgen sin una vida de martirio, desde el principio hasta el fin... Sigamos su camino con fidelidad, sin miedo, sin temor. Nuestra vida, pensad, ha de estar crucificada con Cristo. La Virgen la vivió así. Y si nosotros encaminamos nuestro vivir por estos cauces del sacrificio, de la piedad, de la pureza, de la paciencia, del amor, un día, ciertamente, conseguiremos ver a la Virgen en el cielo, y con ella, gloriosamente, gozar de Dios.

634. El crucifijo es amor, es la obra de la misericordia, es la obra de la Redención, es la obra de la grandeza nuestra... Es el rey que va delante, abriendo el

camino que nosotros hemos de seguir. Necesitamos de él. Todos nuestros esfuerzos humanos van al fracaso, si la mirada de un crucifijo no los bendice... Toda nuestra vida, por mucho que empuje, será inútil si él no la fecundiza.

635. Para que las almas suban a Dios, necesitamos estar crucificadas con Cristo. Aquella Obrera que más ama la cruz, más crece, y subirá más alta cuando pueda decir: con Cristo estoy crucificada.

Nuestra crucifixión ha de ser espiritual, no material..., crucificarnos en el trabajo por la gloria de Dios. Es preciso que Cristo crezca en el mundo, y a nosotras se nos ha dado este encargo. ¿Qué haremos para lograr más y más este crecimiento...? Falta la fecundidad del sacrificio de la cruz, de ese dolor que no se tiene más que crucificados con Cristo en la cruz.

636. En tiempo de Jesús, el leño, el árbol, era símbolo de maldad. "Maldito el que pende del leño." El amor de Cristo hacia nosotros, no tiene temor a la maldición de ese leño y, como dice san Pablo, Cristo se hizo maldito por nosotros. ¡Qué grande es esto, mis Obreras! Sólo el amor puede realizar tamañas empresas. Todo el padecimiento de Cristo, va impulsado por el amor, va ordenado a nuestro bien, a nuestra exaltación, a nuestra bendición en los cielos... Mis Obreras, el ímpetu de Dios nuestro Señor, no tenga jamás obstáculo en vosotras, ni el qué dirán, ni el respeto humano, ni el juicio desfavorable que las criaturas pueden formar de vosotras, cuando tengáis que cumplir la misión que se os confía. Que no os detenga la careta de este mundo... Hoy es bendito el que pende del leño, bendito el que sabe crucificar su vida, bendito el que clava su corazón, como Cristo, para que de él salga caridad y amor.

637. Un amor sin cruz no tiene sustancia, como una comida sin sal. Y la cruz, aun sin buscarla, se nos vendrá, la tendremos abundantemente; pero hemos de tener un espíritu tan fuerte para llevarla, que si como nada lleváramos. Hay quien se asusta de pequeñas cosas, otros se asustan de grandes cosas. Total, ¿qué puede ocurrir? Que uno muera. Si hemos de morir... Lo más que puede ocurrir es que uno no tenga nada. Si el cielo no nos va a faltar... El amor tendrá que superar todas esas cosas. Y saber ofrecer las flores de la vida con las espinas que las acompañan... Pero no dejaremos de seguir amando al Señor.

638. Hay que pender del leño de la cruz, de ese leño bendito... El leño de la mortificación y vida cristiana que los hombres maldicen y reniegan, nosotros lo hemos de abrazar cada día, para estar crucificados con nuestro Maestro... Y como el Señor por este instrumento triunfó, nosotros, de igual forma, con él hemos de triunfar.

639. Con suavidad y firmeza repitamos: ave, oh cruz, esperanza única. Sobre esta cruz se levanta nuestra fe invencible...

Esta esperanza nos empuja a seguir a Cristo, y a Cristo crucificado. En esa cruz campea el signo de nuestra victoria final... En la cruz está el supremo imperio, y ella nos abre el camino de nuestra resurrección futura.

640. En la Misa, hay que estar unidos al sacerdote, en esa inmolación de Jesucristo en el Calvario, que se renueva en el altar. Este modo de oírla, recordando el misterio del amor de Dios nuestro Señor, que llega a tanto que se inmola por nosotros, nos animará a amar más a Dios, y a renovarle nuestra inmolación.

641. Puesto que lleváis la cruz como distintivo, presentad ante el mundo su aplicación mortificante, envuelta entre callada sonrisa, para que sólo el Señor sea testigo de vuestras luchas y vuestros triunfos. ¡Sólo él sepa vuestro batallar oculto y cuán finamente le amáis!

642. La vida cristiana, la vida sacerdotal, y la vida de las almas consagradas a Dios, éstas como la sacerdotal todavía más, son vidas de austeridad, de sacrificio, de cruz, de oblación, de entrega.

643. Sabéis a quién seguís. A un Cristo despreciado, combatido, pobre, odiado, desconocido por tantísimos. Un Cristo en una cruz. Esto es lo que seguís y defendéis... Amor y cruz. Cuánto cuesta aprender esta ciencia. Amor y cruz debéis ser.

644. La cruz es lecho que pregonar la resurrección. Sepamos sufrir con Cristo, nuestra fortaleza. Él aguantó en la cruz.

Obreras, no podemos actuarnos en lo que somos, sin una comprensión del Crucificado.

Afabilidad

645. Si por cualquier circunstancia estáis con aspejeza, no actuéis apostólicamente, porque lo haréis mal; esperad a que se os pase, pues aunque el alma quiera, el cuerpo a veces no responde.

Si en vosotras naciese el espíritu de contradicción, matadle. Hay que complacer a los demás en cuanto pueda ser; evitar el espíritu de desaprobación, de crítica, de murmuración y de contradicción. Esto nos pide

la virtud de la afabilidad. Así debéis vivir, tanto en vuestro trato social como en vuestra convivencia como Obreras.

646. Cultivad la firmeza de carácter, la rectitud de conciencia, el temple de Cristo en vuestra voluntad; pero todo esto manifestado sin gesto adusto, con la bondad y afabilidad de la virtud.

Dulzura

647. Evitad el trato áspero, brusco, duro; no nos ha tratado así el Señor, ni nos trata tampoco, a pesar de merecerlo. Sed afables en el trato, condescendientes en lo que podáis; sed complacientes, generosas, sacrificadas; sabed sonreír. Las asperezas causan mucho daño; las brusquedades son como un choque al espíritu. Las durezas son como un golpe que se da a la voluntad; alguna vez habrá que ser duros, pero con dulzura. Una dureza con dulzura es como un dulce seco, que convence. A fuerza de palo no se puede conseguir el cambio de una voluntad. El cambio de la voluntad nunca ha de ser por temor, sino por convicción y por amor.

648. Necesitamos renovar el trato; unas veces, aunque sea afable, ante circunstancias adversas y repetidas, o por influencia de aquello que nos rodea, se nos hace un poco agrio. Hay que renovarse para no perder esa dulzura, ese trato social, atrayente, que la Obrera necesita vivir, y que tenemos mucha facilidad de perderlo, por tratar con ciertas personas que nos son un poco difíciles y nos impacientan naturalmente. Pero contra estas impacencias, hay que rehacernos, para

sostenernos siempre en ese nivel de educación, de delicadeza, de finura, de afabilidad, que es propio de las almas de Dios, y que debe formar, constituir, en la Obrera, una característica.

Mansedumbre

649. Bienaventurados los mansos, decía Jesús. El alma que no tiene virtud, es muy difícil de tratar, porque todo lo encuentra molesto, todo le da pena, y hasta ella misma no se puede aguantar. La persona que tiene mansedumbre no choca con nadie. Esta virtud nos hace mucha falta para el trato con la gente, y con nosotros mismos, e incluso para con nuestro trabajo. Hay que vivir sobrenaturalmente, aunque los que nos rodean vivan naturalmente, es decir, la vida por la vida.

Paz

650. ¿Qué es la paz de Dios? Es el cumplimiento de la voluntad divina en nosotros; es el amor a Cristo vivido en el corazón; es la cruz de Cristo asimilada en nuestra voluntad.

651. El espíritu alterado cae en imprudencias, osadías y palabras desconcertadas y ofensivas, dañando mucho la paz interior.

652. La paz, tenedla con todos; si os huyen, si no os defienden, si incluso os niegan, si otros se callan ante una cosa en que evidentemente tenéis razón..., no perdáis la paz con esas personas. Haced lo que hizo el

Maestro... Cuando os encontréis con ellas, vuestro saludo no sea una mala cara, sino "la paz sea con vosotros". Conservad la paz con todos, puesto que la tenéis con el Señor.

653. La paz vino a traernos el Señor, y la paz el hombre no la quiere. A cada alma, a cada uno de nosotros nos trae el don de la paz. ¿Por qué, muchas veces, no se experimenta esa paz, esa alegría, ese gozo? Porque no hay unión con él; estamos desunidos de su voluntad, queremos imponer la nuestra sobre la suya, y el redimido quiere mandar del Redentor, y el creado quiere mandar del Creador, y el que sabe o no sabe nada, quiere saber tanto como el Dios omnisciente... La esperanza de la paz sólo puede brillar cuando Dios vive en nosotros y estamos unidos con él.

654. Hay quienes imaginan una paz y tranquilidad de conciencia, y no tienen tal paz. A veces, es un endurecimiento de conciencia, el cual les hace sentir paz. Uno que está empedernido en el sentido moral, está tan tranquilo, aunque le digan mil cosas. Es como el mármol, sobre el cual se echa agua y resbala; no le penetra nada. Diríamos que goza una tranquilidad absoluta. La conciencia empedernida no se inmuta por nada. Y a eso llaman paz.

655. Nunca ofendáis... Buscad siempre el bien de los demás, el bien común, el bien de todos... Sabed, con vuestro modo de proceder, atraer, consolar, por lo menos, dejar la paz.

656. Donde la Obrera esté, que puedan decir, de verdad, que vive la paz de Cristo, y que la siembra por

todas partes. Pero si la llevamos fuera de nosotros y entre nosotros no sabemos darla, nos falta algo muy profundo. Primero, en vuestro corazón, luego, entre vosotras, luego hacia el mundo, y así agradaréis a Dios.

657. Nuestra misión es sembrar la paz. Paz en las conciencias, paz en las almas, paz en nuestra vida, paz en todas partes, paz en la vida comunitaria, paz en nuestra predicación; la paz... es el regalo que nosotros podemos ofrecer en nombre de Jesucristo. Y lo que debemos vivir. Si lo vivimos, lo daremos; si lo vivimos, lo manifestaremos; si lo vivimos..., cuánto bien haremos a aquellos que nos traten. La paz... excluye todo aquello que divide. La paz, hace como un corazón, como un alma, como un pensamiento. Éste es el espíritu de Jesucristo. Cuántos cuentos hay que quitar, cuántas cosas hay que restar, que pueden de alguna manera hacer morir la paz, si nació, o impedir que la paz nazca. Y sin la paz no hay vida espiritual, ni hay vida de sosiego, ni hay vida apostólica.

658. Vivid en paz con vosotras, con el Señor, y con todos. Haced que haya siempre paz. Quizá alguna vez tengáis que tocar con un instrumento que tenga la cuerda un poco floja o demasiado tirante, que no suene bien; pero me toca tocar, y toco. Hemos de vivir con las criaturas; hasta los santos, tenedlo en cuenta, se santificaban unos a otros. Y no hay que andar buscando otros caminos, porque no los hay.

659. Vuestras tristezas, vuestras penalidades, vuestros sacrificios, vuestras privaciones, vuestras inmola-ciones, un día se convertirán en gozo, no en el día de

la eternidad, sino aquí también en la tierra; puesto que ha querido el Señor asociar al sacrificio que hacemos por él, la satisfacción y el gozo que infunde en el alma. Esa paz, pues, que nace de una conciencia tranquila, sosegada, impregnada de Dios, es la que habéis de conservar siempre. Procurad guardar el equilibrio del alma; no os alteréis de nada. Ante las tempestades que puedan surgir en vosotras, llevad bien el timón de vuestra voluntad y no tengáis miedo, que el señorío está en la voluntad. Sabed que, por fuerte que sea la tormenta y la prueba, el Señor está con vosotras.

660. Mucho puede la vida interior de paz y de unión con el Señor, para conservar la paz externa en el trato con los demás. Una persona así en una vida comunitaria, en una acción de apostolado de conjunto, ¿será ordinariamente elemento de discordia? Nunca. Será elemento de concordia, elemento que pacifique. ¿Por qué? Porque lo lleva dentro.

Y ahora me pregunto yo: ¿por qué en las almas consagradas a Dios, que se estima que viven en paz interior, por la gracia, no viven en paz externa? ¿Qué fenómeno es éste? ¿Será por incomprensión mutua? Yo lo he pensado muchas veces, y por mucha psicología que uno estudie y quiera penetrar, nunca puede adivinar el secreto completo, porque las personas van presentando facetas tan nuevas en los pliegues de su corazón, llevan en esos repliegues tantas cosas escondidas... Somos tan mudables... ¿Por qué será esto? Sabemos querer que nos comprendan, y nosotros no comprender...

Estas cosas que os digo, que son prácticas en la vida, debían desaparecer. No debían existir; eso es cierto; porque son contrarias a la virtud.

Alegría

661. Es cierto que la vida cristiana es austera, que no es ajena al dolor y al sacrificio, que exige penitencia y negación de sí mismo. El cristianismo acepta la cruz, y cuando llega el momento, sale resuelto a sufrir y a la muerte.

Pero en su mensaje esencial, el cristianismo es alegría.

Paciencia

662. A mayores destinos sobre un alma, más fuertes pruebas.

663. Orientemos hacia el bien todo cuanto somos y nos rodea. ¿Por qué no ser pelotas que, al golpear sobre el suelo duro del sacrificio, den saltos hacia el cielo?

664. En vuestras penas, no os quejéis nunca; desahogad si queréis vuestra alma, pero sin queja. Como un lamento, decimos a veces: ¡Señor, Señor!..., pero tú sabes que puedes hacer lo que quieras.

No temáis las pruebas, pues él os dará la fuerza para soportarlas.

665. No hemos de forjar, ni menos ser, almas de una blandura, de una debilidad, y de una tan pequeña cosa que, en poniéndola a prueba, para poco aprovechan.

666. Injerto de la vida de la mansedumbre, es la paciencia. Tres armas distintas, pero unidas, son: la humildad, la mansedumbre y la paciencia.

La paciencia se engendra en nosotros a fuerza de contratiempos, de choques, de sufrimientos... La persona de paciencia, ante las pruebas, no protesta, no se queja; lo ve todo como cosa permitida por Dios o mandada por él. Ejercitémonos en sufrir las contrariedades; hay que poner los nervios en calma.

¿En qué se conocerá que tenemos paciencia? Cuando la persona no es paciente, pone mal rostro, está enfadada, melancólica, triste... Se conoce que tenemos paciencia, cuando el rostro se muestre sereno; pero para esto, hay que ser en lo interior bien mortificado... Todos los santos fueron muy pacientes. La paciencia es necesaria para nuestra vida interior y de apostolado...

Imitemos a Jesús. Ejercitemos la mansedumbre; la paciencia, en las pruebas; la humildad, en la verdad.

Perseverancia

667. Las que tuvisteis necesidad de cortar un pedacito de corazón para seguir la llamada de Cristo, no hagáis que tanto sacrificio venga a ser inútil.

668. Que tu arrepentimiento sea voluntad viva, propósito firme; de nada sirve lamentarse y llorar los errores pasados.

669. No dudes de que Dios cuenta, más que el número de tus caídas, el número de las veces que te levante, y más que la multitud de tus fragilidades, las veces incontables en que su misericordia salió triunfante en ti.

670. Lo que entiendes que es la voluntad de Dios, y lo has empezado..., no lo dejes.

Para vencer las dificultades, necesitamos perseverancia y constancia. No hagas nunca las cosas grandes... Ten voluntad de hierro, no de pastel.

671. Hemos de consumir nuestra donación a Dios, siempre y en todo. No demos a temporadas; para dar y luego quererlo volver a tomar, no lo demos.

La condición de la persona, no la hace santa; es ella quien ha de hacerse; la vida religiosa ayuda, pero es preciso corresponder a esa gracia.

¡Qué vergüenza sería para un trabajador, que después de trabajar toda la vida por su señor, le dijera: "Te ha faltado un algo, que no fuiste fiel en tal y tal ocasión, y esa traición la guardaste en tu corazón".

Que en vuestro corazón jamás quepa la traición para el Señor. Para ser Obrera fiel, hay que serlo siempre, y hasta el final; y si por debilidad hubiere un desliz, tenéis que levantaros rápidamente, para reparar la infidelidad.

672. Ser constantes para guardar el tesoro del cielo, ser constantes en nuestra empresa, hasta terminarla, con el auxilio y gracia de Cristo.

Hay que aspirar siempre a más, y cuanto más, mejor. Cuando crees que has terminado, entonces empiezas. Creemos que somos buenos, y hay que quitar aún mucho de nosotros mismos.

Con confianza, voluntad y el auxilio divino, a procurar el barrido y limpieza de esta casa nuestra, que es templo del Espíritu Santo. La que no es constante, no llegará a ser persona de santificación.

673. Nunca volvamos la cabeza, el rostro, al Señor, por pesada que sea nuestra actitud, por mucho que nos pese nuestro trabajo, por difícil que sea nuestra ta-

rea. Allí sintámonos con ese espíritu apostólico, misionero, de conquista, de evangelización. Allí sentíos movidas por ese amor de Dios, que si es firme, no solamente firme, sino que crece, como debe crecer en vosotras, según vuestra correspondencia a la gracia, en todo momento sabréis dar el sí a lo que el Señor pide de vosotras.

674. Sed esposas fieles. No olvidéis que vuestra vida está ofrecida en holocausto al Reino de Dios. A veces pesará la cruz, pero más grande será la gloria. Nuestra cruz nos pesa, pero en el mundo hay cruces mucho más pesadas. La vida de entrega a Dios, que es un gran sacrificio, bien considerado, está mitigada por el amor que se lleva interiormente. Los del mundo no tienen esto, y por eso, la cruz les aplasta... Nuestra cruz nos exalta.

Fidelidad

675. San Pablo dice: "Porque Dios nuestro Señor me encontró fiel me puso en este ministerio, a pesar de haber sido un gran pecador... Porque me encontró fiel". Cuántos encantos tiene la fidelidad en una persona. Primero, nuestra fidelidad a Dios: hacer lo que él quiera, no lo que yo quiera. Nuestra fidelidad, que se pueda fiar de nosotros. Y si se puede fiar, es que confía en nosotros y sabe que respondemos a su llamada. Aunque el asunto que nos confíe sea pesado, difícil, humillante, no importa. Él sabe que vamos a responder con fidelidad. Como el soldado será fiel a su bandera, aunque le pongan en primera línea de batalla y sepa que va a morir.

Y la fidelidad a Dios es fidelidad a la Obra. Y es fidelidad entre vosotras mismas. La Obrera ha de ser fiel. Hay que vivir la verdad. La persona que anda con escondrijos, por caminos tortuosos, alambicando su vida, aparte de que esto es difícil, tiene sus quiebras. Siempre os he dicho: el espíritu de la Obrera ha de ser muy sincero, muy transparente, muy leal, muy fiel. Forjaos según el modelo, que es Jesús.

676. Que ninguna Obrera se vanaglorie de sí, sino piense que vive de prestado, que hay una elección de Dios, y que podríais ser infieles a la elección divina... Para aquellos que cayeron por su culpa, es severo; para aquellos que guardan fidelidad, es bueno, mientras perseveren en esa bondad de elección en que les ha colocado. ¡Pensar que podamos ser infieles a la voluntad divina! Y en tal caso, qué difícil es medir las consecuencias.

677. Los que son fieles, los que permanecen en su puesto, piensen que deben compensar, acrecentando su caudal, por aquellos que roban a Dios la parte de la herencia que se les otorgó. Esto nos obliga a nosotros, en todo tiempo y ahora más, a ser cada vez mejores; a dar un crecimiento a nuestra vida profundamente vivida en espíritu: vida de Dios. A darnos a más santidad. Cuando el mundo en tan gran masa la rechaza, no la quiere, entonces, somos nosotros los que hemos de acercarnos para recoger precisamente aquello que los demás abandonan. ¿Cómo? Acrecentando en nosotros el estado de fidelidad a Dios.

678. Nadie se juzgue seguro, porque hasta los árboles, por crecidos y robustos que sean, pueden ser roídos por el pecado. Ninguna Obra se considere segura,

aunque tenga una base fuerte, si sus miembros no llevan la vitalidad de Dios. La experiencia demuestra que todas las Obras empezaron creciendo... y, luego, perdieron en mucho aquella vitalidad. ¿Por qué? Porque el pecado echó raíces en sus miembros, bien matándolos o secándolos, o bien perdiendo en gran parte su savia espiritual; por la relajación del cumplimiento de su obligación impuesta por las Constituciones, que son la voz de Dios, que hablan permanentemente, y a las que fueron cerrando sus oídos.

679. Bien merece el Señor la fidelidad total nuestra, cuando tan fiel ha sido él a la voluntad de su Padre, para venir a realizar nuestra Redención y nuestra grandeza espiritual. Todo lo que podamos ser, todo el gozo que podamos experimentar en el fondo de nuestro corazón, no lo debemos a criatura alguna. Acor-daos que lo debéis a esa cuna, a ese Niño nacido, que luego le llamarán el Cristo, la vida divina, prodigada en el mundo. Todo lo debéis a él. Y esto, requiere una fidelidad por vuestra parte.

680. La fidelidad exige que seamos corazón abierto y cerrado. Corazón abierto para las cosas, digamos, como con la rectitud en el obrar. De modo que yo tengo que decir esto, es en contra mía, pero a pesar de ello, mi rectitud me lo exige. No hay fidelidad ni rectitud, si uno, teniendo una cosa, en su secreto, mal hecha, no la dice, debiendo decirla, o la dice tergiversándola. Habrá amor propio, habrá orgullo, no hay fidelidad. No es fiel quien no habla debiendo callar, ni es fiel quien habla debiendo callar. Si debe callar, calle, aunque se malhumore medio mundo. No solamente fuera de vosotras, sino dentro, habéis de guardar vuestra fidelidad. Y esto no debe tomarse a mal por ninguna, nunca.

681. Puesto que respondiste afirmativamente, permanece siempre fiel en tu seguimiento a Dios... No des paso atrás. Lo que una vez se ha decidido con claridad, con libertad, ya no hay nube alguna, ni tiniebla alguna en el mundo, que pueda perturbar la mente, ni hacer dudar la determinación de la voluntad en esta clase de vida, de lucha por la gloria de Dios.

682. Sed fieles. La fidelidad consiste en que vuestra voluntad, aunque a veces tenga que subir cuestas..., reme siempre, con corriente o contra corriente, en el mar de amor hacia Dios. Y esto os hará ser fieles a vuestra vocación, os hará ser fieles a vuestro Instituto, al cual habéis de querer como cosa vuestra, porque vuestro es. A él pertenecéis y, por tanto, miembros suyos sois.

Pero mirad, entre todo lo que podáis hacer..., para mí, lo que más vale es el valor de ese oro de vuestra virtud, de vuestra santidad, de vuestro amor al Señor. Aquí está todo. Porque la Obrera levantará su carga, compensará por tantos que no aman a Dios, realizará su obra de sostén de esa mano divina, consolará el corazón de Cristo, le llevará muchísimas almas, si ella sabe ser fiel a su vocación.

683. Guardad siempre vuestra fidelidad a vuestra Obra. Proceded con lealtad; nunca en vuestro corazón de Obreras –puesto que un corazón noble habéis de tener siempre–, haya acción que pudiese ser en contra de aquello que es vuestro amor... Permaneced siempre fieles y nobles en vuestro sitio, que el soldado, aunque solo, viendo desertar a los demás, si ama de verdad a su patria, allí quedará como roca clavada en la tierra, antes que dejarla. Tal es el amor fiel y noble para Cristo. Y de vosotras, otra cosa no se ha de decir, sino que

sois nobles de corazón, fieles a vuestra palabra, generosas para Cristo, fuertes en la lucha, resueltas en vuestro camino, invencibles en vuestra acción.

684. Si no guardamos la debida fidelidad, fracasamos... Somos doblemente responsables, en cuanto no nos hayamos santificado como debemos, y en cuanto no hayamos sido los instrumentos que Dios ha querido para la misión salvadora de las almas. No nos contentemos con ir viviendo. Hay que crecer, hay que ascender, hay que correr hacia Dios.

685. Permaneced fieles. Una fidelidad de constancia, de firmeza, de arrojo, de valentía santa; que el mundo os parezca pequeño para sembrar a Cristo. Y los grandes montes y dificultades de la vida os parezcan granos de arena, cuando tengáis que cumplir vuestros sagrados deberes y sentir os apóstoles del Señor. No hay dificultades cuando él está con nosotros. Y si hay dificultades, hay que vencerlas, aun teniendo que cargar con cruces; porque entonces, llevaremos el signo de nuestra propia victoria.

686. El Apóstol nos exhorta, nos anima a permanecer firmes y constantes en nuestras aflicciones y sufrimientos, por los cuales han de pasar todas las almas de Dios... Hemos de pasar los que el Señor nos ponga por delante. Los tendremos sin buscarlos; es en nuestro propio trabajo; es por parte de las criaturas, es la interpretación equivocada que dan incluso a nuestro recto obrar; son los juicios desfavorables, son los comentarios, son las críticas, son las murmuraciones; son las enfermedades, son las penurias, mil cosas... Pero esto no es nada. Yo lo considero como nada... Ésa es nuestra ganancia. Para esto es nuestra vida,

para esto nos jugamos la moneda de ella: para ganar a Jesucristo.

687. ¿Es que el Señor nos quiere probar, o es que nosotros le queremos probar a él...? A ver hasta dónde llega su paciencia, hasta dónde alcanza su misericordia... ¿O él quiere probarnos a nosotros, a los fieles, a los que queremos ser fieles, a ver hasta dónde soportamos la cruz, y los embates del enemigo, y las burlas, y los desprecios, a ver hasta dónde llegamos? Pueden ser ambas cosas.

Pero si el Señor nos quiere probar, no soltemos nunca jamás el arma de nuestras manos. Podrán los soldados cobardes huir ante el enemigo, ceder, dejarse conquistar... El buen soldado, el que lleva en sus entrañas el amor a su patria..., primero se desgarrará, que soltará las armas y desviará de su camino...

688. Cada Obrera procure tener el convencimiento íntimo de que se lo debe todo a Dios, de que debe pagar todo a Dios, de que nada tiene personalmente, y que cuanto con más perfección lo haga, Dios más contento estará. Consiguientemente, aunque el buen ejemplo de los demás nos puede influir, aun no existiendo siempre este buen ejemplo, que no veremos en el mundo, al contrario, viendo el ejemplo que nos puede inducir a cierto apartamiento de Dios y aflojamiento de la vida espiritual, aun así, continuad con ese espíritu de convicción de que debéis recorrer vuestro camino de perfeccionamiento y de santidad... "Si me quedo yo sola...", habré cumplido mi deber, como aquellos que toman parte en un juego, en una carrera...; uno ve que los corredores se van quedando en el camino, y él sigue corriendo hasta la meta.

689. ¿Puedo yo disponer de mí? No, como tú quieras, no; como Dios quiera. ¿Qué es lo que yo tengo de poder en mí? El de la administración: vas a administrar tus pensamientos, tu corazón, tu personilla, tus pasiones, todo ese complejo de tu persona. Eres una simple administradora. Y el que administra debe administrar bien. En la administración humana caben tapujos, mentiras, enredos. En esta administración que hacemos de nosotros mismos delante de Dios, no cabe nada de esto. Y hemos de administrar bien nuestros pensamientos, ¿cómo? Según la ley de Dios. Hemos de administrar bien nuestro corazón, con todos sus talentos, ¿de qué forma? Según el mandato de Dios. Y hemos de administrar las pasiones, ¿en qué sentido? En el sentido que Dios ha trazado... El que administra, debe administrar según la voluntad de su Señor y debe administrar con toda fidelidad. Debe administrar con toda fidelidad en todo momento; no hay ni mañana ni ahora; sino siempre, siempre, siempre..., porque siempre está la voluntad de Dios pesando sobre nosotros.

690. Conservad vuestra fidelidad. Guardad en vuestro corazón, como un depósito, la cantidad de gracias que recibís. Y sed muy agradecidas a la Virgen.

Tus Obreras, Madre mía, con su ejemplo, su trabajo, su palabra, serán miembros vivos de la Iglesia.

691. He aquí la línea que vosotros habéis de seguir: fidelidad. Que nadie ni nada os separe del Señor; que no haya fuerza humana, ni interés humano, ni cariño humano, que os aleje de Jesús, que os llamó. Os llamó para trabajar con él. ¿Que nos hizo esta gracia? La hizo porque quiso. Y no reparó en tu condición de si buena o mala, de si útil o inútil, de si débil o fuerte, de

si pobre o rica, no reparó en nada... No pongas, pues, obstáculos, no te desanimes nunca. Afírmate bien en tu vocación. Permanece constante en el camino que has emprendido...

Cualquiera que sea tu modo de vida, tu más o menos correspondencia, aunque tuvieses algún bache en tu camino, ¡sáltalo rápidamente! ¡Levanta tu espíritu hacia Dios! Y sigue... hasta el final, para cumplir con toda fidelidad, con toda tu entereza de voluntad y con toda tu corazonada, esa empresa que Jesús ha puesto en tus manos.

692. Mis amadas Obreras, habéis de vivir con un exceso de delicadeza en vuestro servicio a Dios, porque puestas en un plano alto de vida espiritual, adornadas con una vocación de grande utilidad a la gloria de Dios, no por eso no estáis en el peligro de resbalar; ni la más alta ande segura en ello. Segura estará si es fiel; mas si la infidelidad va llenando su vida, por descuido, por cobardía, por abandono, por negarse a las llamadas o exigencias de nuestro Señor, ¡cómo perderá su seguridad, su firmeza...!

Esto lo vemos con harta frecuencia. Personas de cierto grado de vida espiritual, al cabo de un tiempo, ¡son tan distintas! La que amaba a Dios, ni se acuerda de él; la que sufría por Dios, se horroriza ante el más pequeño sacrificio; la que callaba y sonreía ante los más grandes desprecios, se subleva ante la más leve palabra en contra; la que era sumisa, se siente llena de orgullo... Dios castiga la presunción de las almas.

693. Si no guardamos la debida fidelidad, fracasamos... Somos doblemente responsables en cuanto no nos hayamos santificado como debemos, y en cuanto no hayamos sido los instrumentos que Dios ha queri-

do para la misión salvadora de las almas. No nos contentemos con ir viviendo. Hay que crecer, hay que ascender, hay que correr hacia Dios.

Generosidad

694. Generosidad en nuestros trabajos, en nuestras obligaciones u ocupaciones. Hemos de estar prontos a llenar nuestros deberes, y a suplir las deficiencias de los otros; no para fomentar el espíritu de holganza, no; sino para ayudar a los demás en cuanto a nosotros nos sobren actividad y brazos, y a los otros, con toda su buena voluntad, les veamos que no pueden hacer más. Entonces, debemos echarles una mano. Esto es lo que hace una buena madre o un buen hermano en un hogar. Cómo sabe quitar o tapar los fallos.

695. Nuestra vida ha de ser siempre floreciente; no ha de tener interrupciones. Un rosal que produce rosas y ya hermosean, y el jardinero puede acercarse al rosal para cortarlas y llevarlas a su lecho, a su sagrario, a su búcaro; y sabe que al día siguiente volverá al rosal y el rosal estará lleno de rosas, otra vez. Eso seamos nosotros: el rosal que florece cada día flores con perfume que agrade a aquel que tanto hizo por agradarnos a nosotros.

696. No neguéis nada al Señor. Si hay que quemar, se quema por completo, y en paz. No dejemos nada por cortar, cuando la conciencia nos diga que hay que hacer el corte. No dividáis el corazón, que no podréis estar enteramente entregadas a Dios. Lo que hagamos, hagámoslo bien. La vocación hay que rematarla, por medio de nuestros actos, no como nosotros queramos,

sino como Dios quiera; como hizo Jesucristo, que se dio en una cruz y sangrando. Nuestras donaciones no pueden ser condicionadas; hay que emplear los medios hasta el sumum, sin poner obstáculos de ninguna clase.

697. La Obrera ha de tener la característica de la generosidad. Al Señor, si le vemos en el conjunto de su vida, le contemplaremos siempre envuelto en una generosidad enorme. Generoso para los buenos, generoso para los enemigos, generoso para los malos, generoso desde que viene al mundo hasta que sale del mundo. Ha venido a dar. El Señor vino a santificar, a salvar; por eso se dio. Y en ese dar, es tan grande su generosidad que se queda sin nada.

La Obrera ha de estar caracterizada por esta generosidad. Ha de ser generosa siempre, para con Dios, para con su prójimo, para aquellas que están hermanadas con ella, generosa... Matando todo egoísmo que pueda surgir dentro de ella. Y esta generosidad es saberse dar, quererse dar, dentro de los cauces de la virtud que el Señor nos ha enseñado. La Obrera no puede ser raquítica; no habría captado el espíritu.

698. Las grandes empresas necesitan espíritus grandes. ¿Por qué las vocaciones están tan medianas? Porque falta la generosidad completa, esa disposición interior de la voluntad. Creemos a veces que estamos entregados al servicio del Señor y, si analizamos un poco las cosas, nos falta mucho que hacer.

Si las almas consagradas a Dios tuvieran el espíritu que se exige en el Evangelio, que pide Jesús, otra situación fuera la de la Iglesia. Porque indudablemente que podemos mucho, muchísimo, cuando nuestra vocación está realizada en el sentido evangélico. Pero

podemos poco cuando somos como el caracol, que llevamos toda la corteza encima; entonces, hay un impedimento en nosotros que no nos deja obrar con esa libertad que exige el espíritu del Evangelio.

699. ¿Hasta dónde llega nuestra generosidad? ¿Lo hemos dado todo? ¿Queda algún rincón que dar? Aún habrán en nuestra alma muchas pequeñeces que regateamos al Señor... ¿Amas y no puedes vencer ese carácter desafinado?; ¿amas y no puedes sujetar tu lengua?; ¿amas y no puedes reprimir las quejas?; ¿amas y no sabes redimir el tiempo para producir más?; ¿amas y aún te encantas con la criatura y te vas tras ella...? ¿Cómo amas? ¿Cómo aman los santos? He aquí una lección perenne de vida espiritual, en la cual podemos estudiar lo que es Cristo para nosotros. Cristo es amor, es Redención.

700. Rendís mucho. Sé que la Obrera, en general, trabaja. Es laboriosa. Pero tengo la idea de que todavía se puede hacer más. Tengo la convicción de que podéis producir más, de que nuestro trabajo no ha tocado aún el límite. De que somos como la goma, que nos podemos estirar más. Dad, mis Obreras, dad. No tengáis miedo: dad. Hasta que quede un pedazo de vosotras, dad. No tengáis miedo. Que la vida está en manos de Dios y él es el que nos ha de sostener.

701. Nadie dará generosidad si no la tiene. Nadie sacrificará su vida por el prójimo, si primero no ha hecho su oblación a Dios. De otra forma, no se levantará el mundo a un estado mejor; no vendrá la conversión, la felicidad, el bienestar..., no. Estemos bien convencidos de que no es otro el camino. Sólo por Dios podemos nosotros llegar a esas generosidades en bien de

los demás; como Jesucristo lo hizo, por amor a su Padre, con la donación completa de su ser, por nosotros y para nosotros.

Sencillez

702. La sencillez de corazón era virtud predilecta de Jesús. Pero esta sencillez debe ir acompañada de la caridad. El decir a un ladrón que lo es, en su cara, sin más ni más, no es sencillez; eso es falta de prudencia. La sencillez no es destapar las cosas enseguida, ni lleva consigo el ataque al prójimo, sino que hace que nuestras palabras y obras sean siempre verdad, pero con caridad.

Si queréis, mis Obreras, ganáros el corazón de Cristo, sed sencillas, y si lo sois para con él, lo seréis para con el prójimo. Esto ayuda a convivir, hace la vida más grata, más llevadera. Es el espíritu de hermandad, de verdad, que os debe adornar. Yo os recomiendo muchísimo este espíritu sencillo, que lo llevéis, y que lo comuniquéis.

703. Las Obreras sois sencillas; lo cual es un distintivo y muy hermoso. Sed sencillas. La sencillez suena a decir: sed verdad en vuestras cosas. Ser sencillas no es ser candorosas, tontas... Con naturalidad, es decir, sin hipocresía, sin fingimiento, sin doblez. En el mundo hay mucha doblez, mucha hipocresía, y mucho fingimiento de cosas.

704. Yo quiero forjar en vosotras un espíritu sencillo. Pero ese espíritu sencillo tan lleno de Dios, que no sepáis ni pensar, ni vivir, sin él. Portadoras del Señor habéis de ser. Pero de manera no vulgar, no corriente,

sino como espíritus fogueados que el mundo necesita, que la Iglesia necesita, y que vuestro apostolado os exige.

Veracidad

705. Nos debemos mover siempre en la línea recta, sencilla, de verdad... Buscar a Dios, aunque la persona quede sepultada debajo de un ladrillo.

Nuestra paz está en obrar con ese espíritu de justicia, de entrega, de amor al Señor; lo demás, nada importa. Necesitamos vivir por encima de lo terreno, como águilas.

706. Las apariencias no valen para nada. No nos tenemos que dejar guiar por la apariencia, por lo que se ve en la persona, sino por las obras que realiza. Tal cual obras, así eres. La obra es la expresión de nuestro interior. Si queremos ver si una persona es recta, miremos cómo obra. Si queremos formar un juicio de su caridad, atenderemos a sus obras de caridad. Para saber si es afable, veremos cómo trata. Si queremos saber si ama su pureza, veremos cómo la cultiva. Si queremos saber si ama a Dios, veamos cómo vive su entrega a Dios.

707. La virtud de la veracidad es necesaria en nuestra vida, en absoluto. Veraz es el que dice la verdad. Son veraces aquellas personas que son sencillas, transparentes, que se expresan con toda naturalidad, que no llevan repliegues, aquellas cuyas palabras han ganado la confianza, porque han visto que no mienten en sus cosas.

Los caminos hay que seguirlos rectos, como seguimos las cosas de Dios. Lo que más se vive en el mundo es la falta de sinceridad... Todos viven engañándose unos a otros, y todos saben que se engañan...

Sed verdad en vuestras cosas, viviendo en la veracidad. Así viviréis a Cristo dentro de vosotras, quitaréis preocupaciones de vuestra cabeza, llevaréis una liquidación clara de vuestra conciencia, ganaréis la confianza de los demás, y os haréis más útiles en vuestra vocación; tanto en relación a vuestra vida personal, como en vuestra vida apostólica.

708. Sed verdad. Vivid la verdad. Hablad la verdad. Enseñad la verdad. Falsos profetas, no; falsos apóstoles, tampoco... El Señor es la Verdad, y nosotros somos sus siervos, que nos hemos puesto a su servicio. Vivamos, pues, la verdad, sirvamos a la verdad, y trabajemos por la verdad.

709. Yo quiero, mis Obreras, que en vosotras forjéis muy fuertemente el espíritu de la verdad, en vuestro trato con el mundo, para con vosotras mismas y, sobre todo, unas con otras. El que mande, mande con la verdad siempre, y el que obedece, que lo haga con la verdad. La verdad sólo tiene una cara; lo que hoy es verdad, mañana no puede ser mentira. El que dice la verdad no tiene por qué desdecirse. La simulación, Dios la rehúsa. Pudo con todos, Jesús, menos con los hipócritas. La verdad quita los celos, las sospechas injustificadas. Quien vive la verdad, vive de Dios, vive la alegría. Quien vive el egoísmo, no vive la verdad. Obreras, en este mundo tan lleno de mentiras, sed siempre verdad. No tengáis nunca miedo a decirla... No aprendáis nunca la ciencia de mentir, ni con la pluma, ni con las palabras... Si sólo miramos la gloria de Dios, y

el bien de las almas –en este caso, el de unas con otras, como miembros de un mismo cuerpo–, siempre procederemos en verdad.

710. La verdad en nuestra vida es requisito esencial para vivir la vida de Dios y transparentarla en las almas. Si el mundo en vosotras no ve la verdad, ¿qué fuerza tendrán vuestras palabras? Si hablamos de caridad y no la tenemos, si hablamos de justicia y no somos justos..., ¿cómo van a creernos? La verdad une siempre, porque cuando la verdad nos humilla o declara nuestra poquedad y flaqueza, nos exalta. Pero cuando la mentira quiere hacer aparecer como virtud lo que es un defecto, cuando queremos hacer ver perfecto lo que es imperfecto, bien hecho lo que está mal hecho, entonces, somos la misma mentira, y ello nos hace perder autoridad, prestigio... El humillarse y reconocerse, no quita la autoridad. La verdad nos hace sencillos, no tontos. El que se acostumbra a mentir, él mismo se forja una vida que no es real, sino aparente. La verdad siempre, aunque nos humille. Si somos impotentes para hacer una cosa, ¿para qué alardear de que la podemos hacer? Dice san Juan: “El que ama y practica la mentira, no puede entrar en la vida eterna”.

711. Sed llanas, sencillas y verdaderas en vuestro lenguaje. Cuando deis un buen consejo a vosotras mismas, dadlo con todo el corazón. Y si alguna cosa hay que corregir entre vosotras, que siempre tendremos todos que corregirnos en pequeñas cosas, para mejorarnos, hacedlo siempre con la recta intención de ayudar a aquella que es vuestra hermana. Y la otra, reciba también con esa santa intención, y lo agradezca ante Dios. Es la cooperación mutua, que se hace con toda sencillez. Sin que se busque menoscabo de la propia

persona, ni humillación, ni nada. No tengáis nunca el espíritu alambicado, enredado, encubierto, mentiroso. Que vuestra palabra merezca la confianza. Si no se puede hablar, vale más callar. El callar, muchas veces, es prudencia. Pero si se habla, se habla bien, se habla la verdad.

712. Un corazón abierto debe tener la Obrera, para que Dios escriba en él, para ser norma y guía siempre de ella. Una voluntad amplia y generosa, una intención limpia, sin torcimiento de ninguna clase, para que podáis decir en todo momento que vivís la verdad. El mundo se engaña frecuentemente; no os engañéis así nunca. Entre vosotras, sinceridad, verdad, amor. ¿No es esto en realidad lo que más os puede acercar a Dios, suprema Verdad, lo que más os puede estrechar entre vosotras, en unión íntima, como reclama la propia vocación? Donde hay mentira, no hay unión; donde hay hipocresía, no hay caridad.

713. La persona de doblez es una doble persona; por fuera es una cosa, y por dentro, otra. Sus palabras dicen una cosa, mas sus hechos responden a otra. La doblez acusa un ocultamiento con pretexto de engaño, no para evitar un mal, sino para perjudicar.

El alma de Dios es sencilla, con transparencia, como el cristal limpio. El apóstol san Pablo ya nos avisa a nosotros, en la persona de aquellos cristianos, pues conocedor del espíritu humano, nos da a entender que teme que el espíritu de hipocresía nos malee, y por eso dice: "Mucho me temo que seáis maleados". Todo discípulo de Cristo, como distintivo, ha de tener la sencillez... No haya, pues, en nosotros, doblez. Seamos siempre verdad.

714. San Pablo en su carta a los Efesios, escribe: "Quitad de vosotros la mentira, cada uno hable a su prójimo la verdad, porque sois miembros unos de otros". Dios es, mis Obreras, la Verdad. La verdad es lo que es, no lo que queramos nosotros que sea; y nuestra vida ha de ser la de Dios.

La mentira la inventó el demonio. El que lleve en su boca la mentira, no es de Dios. No lleva el espíritu de Dios el que engaña a los otros. ¿Puede compaginarse una vida ordenada, de piedad, de caridad, con la mentira? No. La mentira refleja la carencia del espíritu de Dios.

715. Es duro decir la verdad, mayormente cuando sabemos de antemano que el decirla va a afligir, va a humillar. Pero si la persona a la cual hablamos tiene espíritu de Dios, conoce a Dios con ese conocimiento íntimo de sacrificio, de humildad, de donación, de abatimiento, esa persona nos comprende inmediatamente.

¿Cuál debe ser nuestra conducta? Como un libro abierto, en el cual Dios nuestro Señor por medio de aquellas personas de las cuales se quiere valer, escriba lo que sea necesario u oportuno para nuestra corrección, nuestro perfeccionamiento espiritual, nuestro mejoramiento de vida, nuestro progreso de espíritu y de todas las cosas. El alma que tiene el espíritu de Dios, sabe en todo encontrar y comprender esa luz de la verdad de Jesucristo que, aun corrigiendo, nos da lección de perfección. Mas la que se deja llevar de su propio orgullo, cómo resiste...

Tendréis enemigos si decís la verdad, pero la verdad se debe decir cuando a uno le incumbe por obligación.

716. Sinceridad para con Dios y sinceridad para con todos, dentro de la prudencia y de la santa astucia que hay que tener. La Obrera ha de ser sincera. Nunca seáis falsas en vuestras cosas; el fariseísmo no debe entrar en el corazón de ninguna Obrera. Digo esto porque hay tanto en el mundo, se propaga tanto, llegamos a un extremo de tanta apariencia, que ya no sabemos, a veces, a quién fiar y de quién fiar. El mundo vive así, mis Obreras. No os contagiéis. Vivid la verdad de Jesucristo, vivid vuestra sinceridad; ganad la confianza de todos; ganad la confianza de las almas. Sed ante el mundo lo que sois ante Dios: santas, llenas de Dios...

Y la verdad de Jesucristo vivida os hará libres. Ésta es la santa libertad. No es libre aquella persona que finge; está sufriendo por dentro; no es libre aquella persona que huye, escapada...; no, no hay libertad. La libertad verdadera del Señor es la que rompe todos los impedimentos que pueden obstaculizar nuestras actuaciones. Aparecer y ser. Aparecer santas, pero serlo. Aparecer Obreras, ¿cómo no?, pero ser Obreras, vivir como Obreras, sentir como Obreras, adentrar en vosotros ese espíritu de Obreras.

717. Si en todas las personas sienta muy mal la mentira, cuánto más en nosotros, que debemos ser espíritus sinceros, rectos, almas claras y transparentes. ¡Cuánto más en nosotros, puesto que esto enturbia el cristal de la conciencia! Y, mayormente, si la mentira es empleada para humillar a los demás y exaltarnos nosotros; posponer a uno y nosotros engrandecernos; rebajarlo, para quedar nosotros en buen lugar. Esto es propio de espíritus torcidos... Y vamos a medir la santificación, perfección, o como queramos llamarle, en la vida espiritual de esa persona: ¿en qué grado la pondremos? A cero. ¿Qué importa que diga que tiene alta

oración, si sus labios mienten, si interpreta las cosas con intención torcida? Qué hermosa es la rectitud en el obrar.

Buen ejemplo

718. Si la luz de la fe se oscurece en el mundo, vuestra luz de virtud y fidelidad brille con más fervor delante de los hombres. Que éstos vean vuestras obras santas, y así glorifiquen a Dios.

La luz de la fe es la irradiación de un espíritu nuevo: el espíritu de Cristo en nosotros.

719. Hoy necesitamos ser espíritus de grande fe, y valientes, confesando a Jesucristo sin cobardías. Se estila ser ateos –sin saber siquiera lo que es el ateísmo–... Otros niegan la fe o la ocultan.

Tengamos entereza de voluntad, personalidad espiritual. Nunca se niegue aquello que se vive en el alma... No es que hemos de ir haciendo alarde, pero cuando llegue el momento, no tengamos miedo al respeto humano, a que se nos burlen.

No ocultéis que sois de Cristo. Y lo sois, porque queréis, porque respondéis a las gracias de Dios, usando de vuestra libertad, movidas por un don especial.

Confesemos a Jesucristo con la palabra, y sobre todo, con el ejemplo. Él, en el día de la cuenta, no se avergonzará de confesarnos como cosa suya, delante de Dios, su Padre.

720. La fuerza del Señor no está solamente en su palabra –que es infalible–, sino en que la vemos cumplida en él... Jesús, primero, cumple, luego, predica, y después, vuelve a cumplir... Es el ejemplo antes y después. Una vida nuestra sin ejemplaridad, va al fracaso.

721. Nada convence tanto a las almas como el ejemplo de una vida constantemente cristiana.

722. Contra nosotros están nuestros actos de poca ejemplaridad, el mal ejemplo, el poco o el deficiente ejemplo.

El mal ejemplo lo podremos dar, o porque nuestros actos no respiran la virtud, o son malos francamente o peligrosos, o son tentaciones para los demás; o porque nuestros actos no responden a lo que esperan de nosotros, y se desalientan.

El mal penetra muy finamente, se pega con facilidad. Por eso, en el contacto de las personas entre sí, tiene un poder enorme el buen ejemplo, la virtud. El ejemplo de la Obrera ha de ser siempre ejemplo vivo de virtud, que respire a Dios.

723. Toda Obrera ha de procurar, por su acción, por su ejemplo, por su interior, por su exterior, ser un miembro que no solamente no sea inútil para sí, sino que no inutilice a los demás; porque ese tal, haría mal, y ese mal no lo podemos ahora señalar, ni en sus efectos tampoco.

724. ¿Verá el mundo a Dios en nosotros? Milagros no vamos a hacer como él. Pero hay otra clase de milagros. Es nuestra actuación, es nuestro modo, es nuestro porte, es nuestro interior, es ese algo de Dios, más o menos, que llevamos encima, lo que al difundirse, al transparentarse, al comunicarse hacia afuera, produce el milagro.

Es un impacto de Dios.

725. El ejemplo es un medio callado, no hablado, silencioso, disimulado, pero muy eficaz, eficacísimo, de apostolado.

Una Obrera que en sus actos se revele ejemplar, en la iglesia, en la calle, en una conversación, en el trato, en el vestido, en el porte, en fin, ejemplo de santidad, de virtud, forzosamente tiene que llamar la atención, sin hablar una palabra.

Y llama la atención a los buenos y a los malos. Los unos, para admirar; y para criticar, para compadecerse, los otros. ¡Critocaban a Jesús!

En todo, pues, procurad dar un santo ejemplo. Pero un ejemplo de esos regios, un ejemplo de virtud viril, de esa alegre austeridad, de esa atrayente honestidad y castidad.

726. La Obrera es una ráfaga de divina ejemplaridad que va pasando por el mundo. Como pasa la ráfaga del pecado y del vicio, ha de pasar la virtud. Si aquélla pasa entre carcajadas, la Obrera pasará su vida de virtud entre sus alegrías y sonrisas...

727. El mundo nos exige, con la mirada fija, una vida de ejemplaridad. El mundo no la vive, es cobarde. Pero nos la pide. Nos la exige con razón, con justicia. Como al militar se le exige que cumpla sus leyes militares, y que vaya al campo de batalla cuando sea preciso, y allí entregue su vida.

De ciertos defectos el mundo no advertirá, cuando se trata de otras personas. Pero cuando se trata de nosotros, sí que advierte. Y aun siendo pequeños, los hace grandes. ¿Qué diremos si son grandes?

728. Como el mundo no vea en nosotros a Jesucristo, echamos a perder nuestra acción. Pero ver a Cristo en todas las cosas: en las relaciones, en las amistades, en las conversaciones, en los tratos, en la acción, en el cumplimiento de nuestros oficios... En nuestra forma-

lidad, en nuestro sacrificio, en nuestra abnegación, en nuestra inmolación, en nuestra pureza... Lo ha de ver en todo.

729. ¿Cuál es nuestra fuerza anunciadora más potente, más influyente? El ejemplo. Se habla mucho, se hace poco; se dice mucho, se realiza poco. Y las almas tienen hambre de ver a Dios, de ver a Jesucristo vivido.

Podéis hacer muchísimo bien en el mundo; éste es vuestro apostolado primero, el que vais a realizar con vuestra vida en el mundo, viviendo distintamente del mundo. El distintamente del mundo quiere decir viviendo esa doctrina del Señor de manera que la vean, que sea bien patente a los ojos de todos. Que puedan decir: aquí sí que hay caridad, hermandad, amor, donación... Aquí sí que veo a Cristo... Y creerán en él, y le amarán.

730. Dicen que el amor sabe hablar, que es elocuente. Adolece muchas veces el apostolado de esta falta de amor interior, de vivencia sobrenatural. No todo consiste en hablar, sino en hablar bien. Vemos personas que hablan espiritualmente, su lenguaje levanta el espíritu, pero sus obras aplastan el espíritu. Luego el apostolado, por muy inteligente que sea, ha de ir a la vez, paralelamente, en esa marcha hacia las almas, con el buen ejemplo.

731. Unas a otras estimulaos, servíos de ejemplo. Aquella que se quede a la zaga o retroceda, que se anime mirando a otras que van delante y con la rapidez habitual. La que va un poco dudosa, mire a la que está firme. La que sienta un poco de cobardía, contemple a la que anda con valor, arrojando dificultades y venciendo obstáculos.

732. Sembrad al Señor. Sembrad con el ejemplo, que para mí es la máquina más potente. Tan fácil que es dar ejemplo. No exigiré yo a nadie que haga un discurso. No, no sabes hacer discursos..., pero, ¿sabes callar?, ¿sabes sonreír?, ¿sabes aguantar?, ¿sabes ser humilde?, ¿sabes soportar aquel desprecio?, ¿sabes dar ejemplo con tus ratos ante el sagrario, allí, en aquel rincón de aquella parroquia, para que vean que tú, Obrera, haces oración, y que vives tu vida, y que no solamente la enseñas, sino que la vives?

Vamos a sembrar; no vamos a hacernos como el mundo es, sino cumplir nuestra misión. Y repito lo que tantas veces he dicho, aquellas palabras del Señor a sus discípulos: “En el mundo estáis, pero del mundo no sois”.

733. Enseñad, mis Obreras, animad. La Obrera debe enseñar. Nuestra palabra, ¿cuál ha de ser? En medio del envoltorio, diríamos, de esa capa de cultura o ciencia humana, que medio es que Dios ha puesto en la vida, siempre la fuerza nuestra ha de ser la divina sabiduría... Enseñad a Jesucristo, no tengáis miedo. Enseñadlo tal como él es. Para esto no necesitáis grandes discursos... ¡Cuántas veces podemos enseñar, aun sin palabras! Mediante una sonrisa, cogiendo la cruz y dando ejemplo a los ojos de los demás, con nuestro espíritu de sacrificio, de inmolación, y de amor de Dios.

734. Se habla mucho de dar testimonio de Jesucristo. ¡Hay que dar testimonio! ¿De qué? ¿De una simple novedad? ¿De una libertad que corre hacia una práctica de inmoralidad? ¿De qué hay que dar testimonio? ¿De una vida más frívola, de que nuestro placer está solamente en las cosas de la tierra...? La palabra podrá contener una verdad, pero si esta verdad en los la-

bios del que la pronuncia, no está confirmada por los hechos, no tiene fuerza. El Señor nos enseñó, pero toda su enseñanza adquiere su supremo vigor, cuando él la ratifica con su firma de sangre, cuando él muere por esa misma verdad.

¿Cómo dará testimonio del Señor un cristiano? Sufriendo, abnegándose, sacrificándose, venciendo sus pasiones, siguiendo los caminos que el Señor nos ha trazado a todos. Si queremos llegar al Reino de los cielos, sólo por el camino trazado por él, podremos llegar. No hay otro. Y las palabras del Señor no han cambiado; su enseñanza está en pie. Nosotros no podemos ni añadir, ni suprimir mandamientos, ni somos quienes para modificarlos. Son mandamientos divinos, y el mandato es la expresa voluntad de Dios. De aquí comprenderéis vuestra gran misión en las horas que estamos atravesando. A llevar testimonio de la verdad de Jesucristo... Habéis de dar testimonio del Señor, por vuestra conducta, que el mundo acaso critique, pero también reconoce, admira y alaba.

735. Dad testimonio de paz, dad testimonio de esa vida pacífica que Jesucristo da a las almas, con esa claridad de antorcha que deben tener todos aquellos que viven el amor de Dios. Dad testimonio de Jesucristo, con vuestra vida siempre irreprochable. Faltas, todos hemos de tener, defectillos, manchitas, pero procurad ser irreprochables, sin mancha. Es decir, que por vuestra culpa... nunca acontezca cosa que pueda ser ocasión de murmuración contra Dios, o de queja contra los cristianos; vuestra vida ha de ser recta... Brillad en el mundo..., testimoniad a Jesucristo, con esa luz de su vida, prácticamente ejemplar. Ésa es vuestra misión.

VALORES HUMANOS

Deber

736. Sentíos felices siempre que podáis decir: cumplo mi deber. Y entonces, “alegraos con la esperanza del premio”.

737. Has de vivir sujeta al deber; éste marca la dirección de la voluntad de Dios sobre ti, que al fin, te conduce al cielo.

738. Tenemos mucho que hacer... Estamos en medio del mundo; hemos de aceptar lo bueno de él, pero no lo malo, venga de donde venga.

Nuestro papel es muy hermoso: hacer el bien en la Iglesia. Ahora, hemos de ser mejor que nunca... Que las fuerzas de fuera no inclinen la balanza de nuestro recto obrar.

739. El oficio no hace a la Obrera, sino la Obrera hace al oficio.

No se juzgue ser menos Obrera por parecer más humilde en su cargo, en su labor, no. Júzguese ser menos Obrera porque tenga menos espíritu de Dios y afloje más en el cumplimiento de su deber. Y júzguese menos Obrera aquella que teniendo oficio alto, lo haga peor.

En dos cosas radica la excelencia de la Obrera, como miembro: en que tenga el espíritu de tal, que es el de Dios, lleno de caridad, de vida divina, de santidad, de vida interior, de virtud; y al mismo tiempo, que cumpla con perfección sus obligaciones, sus deberes, cualesquiera que éstos sean.

Trabajo

740. El trabajo jamás lo consideréis como una deshonra. El trabajo es honra. Lo hizo Jesucristo... La tontería del mundo es muy grande. Da miedo cuando las personas se sienten encumbradas, porque pierden el sentido común. No saben coordinar ese estado un poco elevado socialmente, con el estado humilde... Aunque el día de mañana llegaseis a ser reinas, conservad vuestro espíritu humilde, de laboriosidad, de trabajo, que es el espíritu de Cristo.

Educación

741. La virtud la hemos de revestir de educación social. La educación la deben tener todos. La Obrera debe tener un cuidado especial en la educación social. Hay costumbres, modos, maneras, que serán contra la educación que uno debe tener. Todo lo que hiera al prójimo, ya no es educación, ni virtud. Esto se aprende venciendo, llevando la virtud a la práctica. No perdáis nunca esa delicadeza.

742. La educación, con la virtud, mis Obreras. Amad la educación. Vuestras formas que no desentonen de la virtud, ni la virtud de vuestras formas, que ambas co-

sas sean a la par. Que no porque no sigáis las máximas del mundo... creáis que no estáis bien educadas, que no podéis figurar en nuestra sociedad... Siempre pensé que la persona delicada, la persona que respira la virtud, la persona equilibrada, la persona que lleva esa serenidad, que es la serenidad de los hijos de Dios, se abre el camino por todas partes, y se le admira.

743. La Obrera debe renovarse, no únicamente en la parte espiritual, porque su vocación no es sólo de santidad propia, sino que es instrumento para la santificación de los demás. De aquí que debe renovarse también en su vida social. ¿Qué significa esta renovación? Importa que se renueve, creciendo, perfeccionándose en el modo de su trato. El modo de tratar para atraer a las almas, es como un arte. El cazador, si con un modo de reclamo ve que no caza, si se da cuenta de que éste es deficiente, pronto lo modifica, o procura afinarlo. La Obrera, debe afinarse en su trato, que es ser educada, ser bien hablada, bien presentada. Debe aspirar a ser, no sólo buena en el alma, sino dar el fruto y la manifestación de esa bondad que vive en el secreto de su corazón.

Si hay finura de amor de Dios en el alma, ¿por qué no tendremos finura en el trato con los demás? Si para con el Señor somos respetuosos y bien educados, ¿cómo no lo seremos con los demás? Si para con Dios procuramos presentarnos con todo el cuidado, y al mismo tiempo la confianza, pero con reverencia y respeto, ¿por qué no lo tendremos para con los demás? La delicadeza, el buen trato, la palabra acertada, el bien hablar, el modo de expresión y presentación de la persona, todo esto influye muchísimo para dar realce a nuestro exterior, para dar prestigio a nuestra persona, para elevar lo que uno representa, que es su

vocación de Obrera. Y aunque directamente esto no tengamos que buscarlo, para que así no caigamos en la vanidad de uno mismo, lo hemos de buscar indirectamente, como un medio necesario para aquel que vive en la sociedad. Es preciso afinarse mucho en el aspecto social, pero recalco muchísimo, que esto sea una manifestación del interior.

744. Hay personas que, palabra que dicen, palabra que hiera. Nuestra palabra debe producir siempre un bien, aunque sea palabra de reprensión. Y de no producirlo, que no sea por culpa nuestra. En nuestra palabra y trato, procuremos la moderación, delicadeza, lo que el mundo llama educación.

Hay que hacer de la afabilidad un cultivo especial, a base de sacrificio, y de ir acompañada de las otras virtudes. Hasta el tono influye en la afabilidad. Hay quien con una broma crea un enemigo. El conocimiento está en saber cómo hacer las cosas. La persona que está bien formada, aunque de otra reciba un desprecio, continúa afable... Esto es moderar nuestra vida, mejor diré, esa fierecilla que llevamos dentro.

745. Nos falta caridad, nos falta educación. Estime-mos lo que hacemos y valorémoslo. Yo quisiera que todas las Obreras tuviesen esa visión de lo que es una delicadeza en el trato. Aun teniendo cada cual sus cosas, que no pierdan la delicadeza; la educación exige otra conducta.

746. La Obrera debe conducirse como una persona virtuosa y educada. De aquí que hemos de poner como principio en nuestro trato, virtud y educación. Esa educación que es respeto; esa afabilidad, que es ceder y transigir en lo que podamos, callar, mientras no sea

ofensa a Dios. Pero esta educación social, tal como suena en el mundo, la vemos por lo general llena de mentiras; es como una careta que no responde a lo interior; es un modo de vivir, no es una manifestación de la verdad...; uno sonríe y, no obstante, por dentro no responde a esa sonrisa. La educación es precisa, a pesar de que parece que está de moda el gamberismo... La persona debe ser bien educada. Y la educación lleva en sí el refinamiento, la materia de que se habla, la forma de decirlo, el tono de la voz.

La educación social en nuestra vida apostólica es elemento preciso, pero ha de estar llena de virtud. En sí, el santo es humilde, es caritativo, es educado, porque la educación social tiende a no molestar al prójimo.

Formación y capacitación profesional

747. En todos vuestros empleos, habéis de formar vuestra conciencia profesional, que quiere decir: obligaciones que tiene esa profesión a la cual estáis dedicadas. Hay que perfeccionarse en el ejercicio de la profesión o del empleo, en el trabajo. Hay que considerarlo todo como un instrumento de apostolado. Porque lo que sea atracción de almas, lo que sea llevarles la paz, lo que sea instrumento de caridad, todo lo que sea producir por amor de Dios, todo es apostolado... En vuestra profesión necesitáis ser cada vez más competentes, más adiestradas, más hábiles, más capacitadas... No os quedéis como relegadas a vosotras mismas... "Bueno, ya está bien, ya no apetezco más..." Para ti, no, pero ¿y para los otros? Ésa es la equivocación. Nos quedamos tranquilamente, sosegadamente, en ese bien vivir, y rehuimos el sacrificio.

748. Todas las personas que se dedican a la acción, necesitan capacitarse para su trabajo. Hemos de capacitarnos, nos hemos de hacer aptos, y esto se consigue mediante la formación. El Señor nos dio la lección de la necesidad de la formación, nos quiso enseñar la preparación para nuestra acción. Nos precisa formarnos bien. En primer lugar, espiritual y moralmente y, luego, la formación intelectual. Si no, corre gran peligro el que se lanza, de perecer en su vocación o en su acción.

749. El buen soldado de Cristo no podrá actuar adecuadamente si no tiene la instrucción religiosa necesaria. Como persona particular, podrá mucho su vida de ejemplaridad, pero como persona dedicada al apostolado, si está carente de la instrucción, precisamente de aquellos conocimientos que ha de enseñar, manifiesta su inutilidad. A no ser que Dios haga una gracia especial, que es el milagro; con esa gracia especial se suplen las deficiencias del individuo; pero no podemos tentar a Dios. De donde se sigue que, con máximo interés, debéis procurar vuestra instrucción religiosa.

750. La Obrera necesita instruirse, necesita adiestrarse. ¿Cómo? ¿De qué instrumentos se ha de valer? Hoy son muy variados. La sociedad actual crece rápidamente, y apostólicamente hay que trabajar con el instrumento en la mano. Hay que tener interés máximo en que cada Obrera tome la instrucción debida para que su vida apostólica sea fructuosa... Siempre os he dicho que trabajéis en lo que sea, pero la primera obligación es la vuestra, como Obrera. No la descuidéis. Estamos en tiempo de apretar mucho. Hacedos, pues, cargo de vuestra obligación en este sentido. No os conforméis sólo con haceros santas, que es lo pri-

mero; además, hay que hacerse aptas. Cada una piense qué hará, qué podrá hacer... La Obrera debe tener cariño a su preparación interior y, luego, al cultivo externo de la ciencia, con interés para conseguir una formación digna de Dios.

751. Vosotras conocéis ya, mis Obreras, mis deseos, y habéis de daros cuenta de la necesidad de vuestro crecimiento, en la formación espiritual y cultural, para que seáis mejores medios de actuación. Toda preparación es poca. No hay que perder tiempo, no hay que desperdiciar ni una hora, no hay que jugar con nuestra vida. No perdáis el tiempo; hay que aprender mucho.

752. La Obrera no sea solamente una en número. Sea una en realidad... Más todavía, que cada Obrera cuide de multiplicar su unidad. ¿Cómo? Capacitándose cada vez más, porque así multiplica su acción, sus energías, su influencia. Como un deber de conciencia, urge el aprovechamiento del tiempo, para aumentar vuestra instrucción, para haceros Obreras más capaces, más aptas para la lucha, instrumentos más hábiles para actuar.

753. Se os encarece la formación de la conciencia profesional. ¿Qué es la conciencia profesional? Hay conciencia moral, de pecado o no pecado. Hay conciencia vocacional, de cuál es mi vocación. Hay conciencia profesional, de cómo debo cumplir mis deberes y obligaciones. El médico ha de tener conciencia profesional de cómo debe cumplir sus obligaciones de médico; el abogado, como abogado; el sacerdote, como sacerdote; el catedrático, como catedrático; la modista, como modista...

Tenemos nuestra profesión, nuestro trabajo. He de ver cómo lo cumplo. Tener conciencia de si lo cumplo bien o mal, de si me perfecciono o no me perfecciono; de si produzco la cantidad de trabajo que puedo, o soy, por falta de empuje de voluntad, o por dejarme llevar de mi pobreza, un poco tarda en producir trabajo.

Eso se llama conciencia profesional. Que, en resumen, es conciencia moral dentro de la profesión. Formar, pues, esta conciencia profesional, es de sumo interés.

Así, bien entendido, os daréis cuenta de que en vuestra profesión habéis de ser cada vez más competentes, más adiestradas, más hábiles, más capacitadas. Y considerar el trabajo como un instrumento de apostolado. Porque todo lo que sea producir por amor de Dios, todo, es apostolado.

OBRA - OBRERAS DE LA CRUZ

Obra

754. El Instituto es como una madre que abre sus brazos para amparar a aquellos que tienen ansias de santidad y de trabajar por Dios. Por tanto, su espíritu es de santificación. Su espíritu es de libertad, pero libertad santa. Porque no hay nadie más libre que el santo; porque sólo obedece a Dios, sólo obedece a su conciencia. Nunca se sale de su orden recto, nunca. Es el más libre. Y por eso, dentro de su sencillez, es recto, es veraz. Lo torcido, torcido, aunque sea el rey quien lo haga. Lo bueno, bueno, aunque sea la persona inferior... La verdad, vivida frente a cualquiera. La rectitud, sostenida frente a cualquiera. La limpieza de juicio y de corazón, frente a cualquiera. Es Dios quien vive en nosotros.

755. La Obra nació, y nació porque quiso el Señor y la Virgen, nada más; nació como nace una planta, sin saber cómo. Alguien echó la semilla y nació... El designio de Dios se cumple si nosotros sabemos corresponder con fidelidad. Pero así como vemos que muchas cosas se están destruyendo porque se ha roto esa atadura, ese lazo de comunicación directo con el Señor, también nosotros seguiremos el mismo camino si

algún día dejamos, dejásemos, de ser fieles y de conservar la vida unitiva de oración, de presencia, de espiritualismo, dentro de nosotros.

756. La buena Obrera estará toda ella siempre pronta a sacrificarse de arriba a abajo, para enaltecer al Instituto, para fortificarlo, para que ese instrumento que Dios ha puesto en el mundo produzca su fin, sea potente en el acercamiento de las almas al Señor. Éste será el amor verdadero, limpio, puro, perfecto, ésta es la caridad.

757. Si la Obra tiene pujanza, la tiene por la vitalidad interior que hay en ella. Y esta vitalidad interior, la tiene por la asistencia especial del Señor, las gracias que la Virgen le va concediendo..., y la savia que las Obreras lleven dentro de ellas. De tal manera que, así como las ramas de un árbol tienen savia en tanto el tronco tiene savia, porque la chupan de él, no aquí. Porque en tanto una Obrera tiene la savia, no sólo en cuanto la recibe del cuerpo de la Obra, sino en cuanto ella, con su vida personal, de intimidad con Dios, la va produciendo, y como miembro o como rama, la va comunicando a la Obra. Es una comunicación recíproca: la Obra le comunicará su espíritu, su fuerza, su savia interior; pero ella, almacenando esta savia interior y acrecentándola, la comunicará también a la Obra...

Por eso crecerá más este cuerpo cuanto la Obrera se llene más de Dios... Este crecimiento lo podemos considerar en razón de la santidad, vida interior, y en razón apostólica. Porque la Obra será más apostólica en sus frutos, cuanto más las Obreras, como ramas, como brazos, trabajen y produzcan apostólicamente.

758. La finalidad de la Obra es "la atracción de las almas a Cristo", capacitándolas, espiritual, intelectual

y socialmente, para un fecundo apostolado, según las necesidades de los tiempos, especialmente entre el elemento obrero y pobre.

759. Pensamiento dominante de la Obra: formación de conciencias cristianas reguladas por la ley moral, con convicción, con vida interior, y con el deber de trabajar por Cristo.

Es decir: crear, formar y modelar vocaciones apostólicas que actúen en cualquier estado que elijan, como buenos soldados de Cristo.

760. La Obrera no ha de perder de vista su entrega a los fines del Instituto... Como un pescador se entrega a la pesca... Son fines en los cuales ella puede producir más fruto apostólicamente.

761. Las obras que se levantan solamente por la fuerza de la ciencia o de la riqueza o del poderío humano, ellas mismas se derrumban. Porque llega el momento en que el poderío cesa, la riqueza desaparece, y falta ese coraje de la voluntad que solamente se puede tener dentro, cuando es Jesucristo el que opera dentro de nosotros.

No dejan, pues, de ser obras de Dios aquellas que han nacido en cuna humilde, que han empezado con elementos débiles, ignorantes, acaso cobardes, rudos, pobres, ¿qué importa? La gran obra de Jesucristo, la mayor que podemos imaginar, que es la Redención, empezó con estos elementos. Luego, el Espíritu Santo les daría la ciencia, la gracia operaría en ellos, y serían hombres transformados en Cristo.

762. Manifiesta desinterés por la Obra quien lo tiene de la vocación; quien descuida su vida espiritual;

quien da mal ejemplo; quien busca intereses familiares exagerados; quien desaprovecha las ocasiones para favorecerla; quien nada hace por ella, igual que por la Iglesia.

763. El Instituto será lo que sean sus miembros... Si son santos, así será. Si son apóstoles, así será. Si son abnegados, igual... Habéis de llevar el signo... De ahí vuestra responsabilidad.

764. La fiel Obrera es la que quiere al Instituto por el Instituto, porque es un instrumento de Dios, porque glorifica a Jesucristo. No porque me sea a mí útil, no porque me dé ciencia, no porque me dé un cargo, no porque me ponga en una situación en el mundo para poder ganar, no. Eso es, en realidad, no ser Obrera.

765. Tenemos que levantar el bloque de la Obra sólo para gloria de Dios.

766. Que ninguna finja el ayudar, rehuyendo su esfuerzo; Dios lo ve todo. Y la Obra es suya.

767. Hemos de mirar todas las cosas de la Obra con la misma mirada de caridad, de simpatía, de amor, porque la Obrera que se siente siempre Obrera, y en todo Obrera, no puede dejar de proceder así.

Yo soy Obrera y me basta; sé mis deberes, tengo presente los caminos trazados, mi mirada fija sólo en Dios, no en la criatura, juzgando las cosas con rectitud e imparcialidad, llevando en el corazón quereres que unan, nunca jamás que desunan a los miembros.

768. ¿Hacia dónde nos lleva la Virgen? ¿Hacia dónde va guiando esta barquilla que corre cada vez más,

pero que cada vez más se verá envuelta entre oleajes revueltos de este mundo?

Cuanto más se extienda la Obra, más unión entre vosotras, con un mismo pensamiento, centrado en la finalidad del Instituto. En fin..., la vocación vivida profundamente.

769. ¿Qué es la fidelidad de una Obrera, como Obrera? Su comportamiento para con la Obra y las Obreras, de manera que no engañe, que no falsifique, que no defraude, con ocultamientos. Por tanto, que no perjudique con su conducta, ni a las Obreras ni al Instituto al cual pertenece. Y esta fidelidad habrá de observarla en su conducta, en sus palabras y en su vivir.

770. Si Dios ha de ocupar el primer lugar en nuestro corazón porque es el Creador, el Sumo Bien, nuestro fin, si los santos han de ocupar en nuestro corazón la parte de amor que corresponde a su santidad, si a las criaturas las hemos de querer en proporción al medio que nos facilitan para nuestro fin, evidentemente una Obrera ha de querer con amor de predilección las cosas de su Instituto, porque está íntimamente ligada, atada, hermanada, afiliada a él... y, a la vez, como instrumento de glorificación a Dios.

Una Obrera que no quiera a su Obra, no es Obrera...

Fundamentad bien vuestro querer. A más penetración, hay más amor; pero no un amor interesado, a lo humano, sino un amor de interés sobrenatural.

Cada Obrera piense qué conducta debe observar y cómo en ello se debe afinar.

771. Hay que vivir el espíritu de un Instituto Secular, auténticamente... Hay que sentir esa plena dona-

ción del seguimiento de Cristo. Nuestra vida comunitaria está en eso; primeramente, en estar con él, en vivir con él, en seguirle a él, y luego, para servirle a él, para servir a la Iglesia, en nuestra vida apostólica. Y esto, por una atadura. Y esto ¿dónde? En medio del mundo, como hizo Jesús. No entre unas paredes, no en un claustro, sino en el batallar pleno en medio de la tierra, en medio de la gente.

772. Mi preocupación, mi pensamiento principal, es cumplir la voluntad de Dios, que trazó los caminos para que en el mundo pudiese salir un día este árbol, lleno de amor de Cristo, para el bien de todos. ¿Cómo, pues, vosotras como yo, no lo hemos de querer y procurar su bien? Vivid como Obreras. Y así viviréis, si procuráis que Cristo vaya creciendo en vosotras, haciendo un todo con la Obra, las Obreras, y Cristo que vive en ellas... Haced un todo con Cristo y con la Virgen, en cuyo regazo nació... Obreras, haceos dignas de tanta merced... Que nada haya en vosotras que les desagrade.

773. ¿Cuál es la posición de la Obrera con referencia al Instituto? ¿Ser infiel? ¿No ser sincera? ¿Desentenderse? ¿No sentir interés por aquello que es suyo? ¿No mirar el Instituto como una obra de Dios, como un instrumento de él, cuya glorificación yo debo buscar, y vosotras debéis buscar...? ¿No mirarlo como un arma de defensa de la Iglesia, un arma de santificación de las almas, como un canal por donde corren las aguas para hacer el bien...?

¿Infidelidad...? Nunca merecerá nombre aquel que, sirviendo una bandera, tire atrás. ¿Por qué saliste de tu casa para enrolarte en un ejército, y voluntariamente? ¿Por qué saliste de tu yo, de tu vida, de tu mun-

do..., para abrazar un estado? Que vuestra posición sea de firmeza.

774. Debo conservar esta Obra de Dios, y es mi obligación, cada una se diga a sí, como yo me lo digo. El gastar nuestra vida, poco a poco, mucho a mucho, como sea, para dar crecimiento a este árbol bajo el cual tantas almas se cobijan y se cobijarán por el tiempo; y todo enraizado en una profunda fe, en una doctrina evangélica, en un amor de Dios, en un cavar hondo en nosotros, sacrificándonos, en una actuación amplia, de corazón, de atracción, que llegue hasta el más desgraciado, hasta el prójimo más necesitado..., o menos necesitado, que el Señor a todos atendió.

775. La buena Obrera estará toda ella siempre pronta a sacrificarse de arriba a abajo, para enaltecer al Instituto, para fortificarlo, para que ese instrumento que Dios ha puesto en el mundo produzca su fin, sea potente en el acercamiento de las almas al Señor. Éste será el amor verdadero, limpio, puro, perfecto; ésta es la caridad.

776. La Obrera que ama a la Obrera como Obrera, ama también a la Obra. Y la Obrera que ama a la Obra, ama a la Obrera, que es una rama del árbol. Ya no mira si es digna o indigna, si es así o es asá; no mira más que la condición de nobleza que lleva, que ha recibido del Señor.

Compenetración, unión, yo diría, intimidad de corazón y de vida entre vosotras, para que aun con los distintos caracteres y temperamentos que todos tenemos, haya una unión de vitalidad, de fecundidad, de trabajo, de entendimiento, de comprensión; como la hay en un árbol, a pesar de que hay muchísimas ra-

mas y son distintas las ramas. Todas, unidas están al tronco, y todas, con el tronco viven la misma savia, y todas, producen el mismo fruto.

777. Cooperad para que crezca la Obra, que crezca el Instituto. Pero tened en cuenta que su crecimiento va unido al crecimiento vuestro. Si crecen las ramas, si se llenan de vida, también llenan de vida al Instituto. Si éstas decrecen, si pierden su vida, si se desdoran, también desdoran al Instituto. Sois una parte de él, y donde vais lo representáis. Y por vosotras, el mundo juzgará; por una rama, a veces, se juzga si el árbol es bueno o es malo –lo que no es justo, pero es así–.

El crecimiento que habéis de procurar ha de ser por vuestro ejemplo. Ejemplo entre vosotras mismas; y éste no lo podéis dar si no es con una práctica austera, seria, de las virtudes; sobre todo, de algunas de ellas tan necesarias para una convivencia, para un ánimo, un aliento, un esfuerzo, entre todas vosotras. Y el crecimiento hacia fuera, por este ejemplo también. Que aquellos que se os acerquen encuentren a Dios, encuentren lo sobrenatural, esa alegría nacida de un corazón que vive en paz, la sonrisa sana de un alma que revela cómo está entregada a Dios... Y esa atracción es la que produce un crecimiento, crecimiento de estima, crecimiento de vocaciones, crecimiento en todos los sentidos.

778. ¿Quién defrauda el espíritu del Instituto...? Podemos decir que aquel que no lo observa. Pero, ¿quién más defrauda? El que vierte espíritu que es contrario. ¿Quién más defrauda? El que aconseja cosas que son distintas en su forma y en el fondo; que son cambiantes y transformadoras de ese espíritu. Estas personas defraudan.

Comprenderéis que es un poco mortificante el que a uno le lleguen ciertas referencias, y otras oídas por mí mismo, con estas frases: este espíritu cambiará. Esto no será así. Si los árboles que se crían para dar el mismo fruto, ya piensan que han de dar fruto distinto, ¿dónde y cómo se podrá conservar el espíritu que a cada Instituto le concierne conservar, y que además de ser así por razón constitutiva del Instituto, por razón vocacional, es recomendación y mandato de la Sagrada Congregación y del Santo Padre?

¿Que cambiará? No lo sé. Por lo menos, yo cumplí. Y hasta que el Señor me dé alientos, seguiré cumpliendo. Bien lo podéis percibir y aprender en las lecturas que se dejan, en la predicación que habéis escuchado. ¿Que ésta no os sacia? Ya no es culpa mía. Será porque el mundo ofrece otra clase de bebida, bebida más del día, acaso drogada. ¿Que cambiará? Sólo Dios lo sabe. La Obrera es la que tiene la palabra. Y si hay Obreras que son de personalidad recia y fuerte, siempre serán la piedra básica.

779. Ya os dije algunas veces: el Instituto será lo que sean las Obreras. Ilusión, qué ilusión podemos tener, por lo menos yo, que verle crecer. Pero, cómo va a crecer, si las Obreras no crecen en plétora de vida de Dios, si no crecen en fruto vocacional, si no se convierten en esos pilares que han de sostener la fe en tantísimas almas y que han de ser como guías de ellas en estas horas de nube y confusión. Para esto es vuestra formación, para eso es vuestra reforma. Reforma que es un tomar más alientos, más ánimos, ver más clara aquella convicción que tuvisteis, para que ningún tambaleo se produzca en vosotras, sino que cada vez con más firmeza procedáis en ese camino de la elección de Dios. He aquí una grande responsabilidad que pesa sobre cada una de vosotras.

780. El Instituto lo podemos considerar... en su trabazón, lo que respira, lo que se intenta, lo que se quiere, lo que se programa: todo ordenado hacia Dios. Y lo podemos considerar en cuanto a los miembros que lo constituyen. Éstos son los que han de ejecutar lo que se respira en el Instituto, lo que le constituye... Son los que tienen que vivir, actuar. Por tanto, si los miembros no son así, son una falsificación del Instituto. Serán un remedo, una apariencia, no son el Instituto. Vendrían a ser un desprestigio, un rebajar el Instituto.

781. Fines principales de la Obra: procurar la santificación y perfeccionamiento espiritual de sus miembros, de suerte que transpiren el vivir de Cristo Obrero.

782. Una Obrera ingrata al cuerpo de la Obra, de la cual forma parte y es una rama, y de la que recibe muchísimos beneficios, de orden espiritual y formativo, una Obrera que no sepa agradecer el bien que tiene en sus manos, que no sepa estimar la conservación de la llamada de Dios, poniéndola en un camino de grandeza, de nobleza espiritual..., no tiene nombre.

La gratitud se ha de demostrar. No basta tenerla en el corazón, hay que sacarla hacia fuera. La Obrera ha de reconocer el bien que recibe, el bien que se le da; o por lo menos, la intención y la voluntad de darlo. Porque algunas veces, la distancia no permitirá, como una rama que fuera muy larga, el que la savia pueda llegar con fuerza hacia ella. Como, pues, la hija a su madre, así la Obrera hacia la Obra, hacia la Institución de la que forma parte, ha de ser agradecida.

También recibimos los pinchazos de la ingratitud. Es ley de la vida. Hay que comprenderlo. El Señor es nuestro modelo y así como le tenemos que copiar en

las virtudes, también le hemos de imitar en la aceptación del sacrificio, de los desprecios, de las ingratitudes, de los olvidos, de todo... Y esto se repetirá a través de los tiempos. Pero, qué cosa más mala es tropezar con un corazón duro. Nunca seamos ingratos, primero a Dios, y luego a las criaturas.

783. Apostolado Social Obrero es la finalidad de la Obra y no pasará nunca de moda. Nuestra actuación está especialmente entre la gente de clase media, y también de la clase humilde... Esto no excluye las otras clases de gentes.

784. *Aprecio a la Obra.* No podemos concebir que un hijo no aprecie a su padre; que una hija no aprecie a su madre. Quien no aprecia a la Obra de la cual es miembro, ¿cómo puede mantener dentro de sí ese calor, ese ambiente, ese respiro de una Obrera? Pero ha de ser un aprecio íntimo, de corazón, no a flor de labios. Cuando una cosa se aprecia, no admite titubeos, se estima. Hay que apreciar, pues, lo nuestro, como cosa nuestra, como un don de Dios, como un instrumento puesto en nuestras manos, como algo que Dios nos ha otorgado, y de lo cual yo puedo disponer para realizar los fines o planes que Dios se ha propuesto.

Hay que sentir la Obra, hay que sentirla interiormente. Y ese sentir no son puros sentimientos, es algo muy hondo que se lleva en el alma. Ese sentir nos impulsa a buscar aquello que sea mejor para el perfeccionamiento, para el progreso, para la extensión de eso que nosotros apreciamos y sentimos. Si se sienten interiormente los intereses, aunque sean de cosas terrenas, se siente el bien, se quiere el bien. Y entonces, todos aquellos descuidos, aquellas negligencias, aquellas faltas de desvelo que pudiéramos tener, se corrigen. Es

sentir la Obra, es como una fibra que vibra dentro de nosotros, es mirarla como algo de Dios, no nuestro.

No dudo de que las Obreras aprecien y sientan la Obra, pero quizá debiera exigirse un grado más. Acaso no nos damos con la plenitud que nos podemos dar. Quizá regateamos algo a Dios, no por mala voluntad, sino porque no hemos calibrado bien lo mucho que podíamos hacer, y lo mucho que podíamos evitar. Y así como el avaricioso siente avaricia y hasta el céntimo le preocupa, igualmente a nosotros nos ha de preocupar, así en lo terreno, como en lo espiritual.

La Obrera ha de amar a la Obra como una hija ama a su madre, mayormente si la considera como algo que ha nacido del regazo del Señor, de la santísima Virgen, no de mí, sino de ellos. Puesto que yo —francamente os lo he de decir— nunca pensé en fundar nada, nunca en mi vida. Esto fue una fuente que brotó a fuerza de los golpes de trabajo apostólico; salieron las aguas, y había que encauzarlas. Por tanto, es algo de Dios, puesto en vuestras manos. Consiguientemente, como algo de Dios lo hemos de amar, y como algo que tenemos en nuestras manos lo hemos de apreciar, conservar, buscar su progreso.

No dudo en afirmar que si las Obreras todas conservan este modo de espíritu, que no es nada nuevo, sino solamente Cristo vivido, si las Obreras actúan así, y no se deforman..., su empuje será cada día más fuerte... Pero sin perder nunca esa fuerza secreta. En el momento en que la perdáis, vendréis abajo... Sería mucho de lamentar que por el tiempo se desfigurase el modo vocacional, apostólico, propio de la Obrera. Todas las obras corren este peligro. Todas están sujetas a mutación. Cuando esa mutación es accidental, no puede llegar a deformar la característica de una vocación; lo malo es cuando esa mutación se hace sustancial. El

peligro estaría en querer adaptar a los modos y circunstancias de la vida el modo de ser de la Obrera, y su actuación... Este peligro aquí es solamente remoto, porque la vida de la Obrera, vocacionalmente, es de adaptación. Pero al adaptarse, no ha de perder lo suyo. Con mucha cautela y cuidado ha de conservar lo que la constituye esencialmente en su vocación de Obrera. Hay su peligro, y contra él hemos de estar todos alerta, tanto yo como vosotras.

No metáis el mundo de fuera adentro, sino para ver cómo lo podéis cambiar y acercarlo a Dios. Vivid vuestro mundo; seguid vuestra formación; tened vuestras reuniones; tratad de vuestras cosas; comentad vuestros trabajos; planead lo que debéis hacer. En fin, vivid hermanadas y unidas, realizando con la mayor perfección lo que a cada una le incumbe.

785. Con Jesús y la Virgen sois una gran familia. Vivid compenetradas, y no olvidéis nunca que en esta gran familia hay una cabeza que preside: Jesús. Y una madre que ampara: la Virgen.

Vocación

786. Si te ha llamado Dios, otro amor no podrás tener sin traición, sin robárselo a Cristo.

787. ¿Crees que no es ensalzarte llamarte al servicio de Dios?

788. A Dios no hay que darle sólo los años gastados, una vida que pasó entre placeres o equivocaciones, sino una vida que empieza a florecer y puede fecundar para Dios.

789. Compara: una vida gastada por la gloria de Dios; una vida de juventud gastada en frivolidades.

790. La vocación es exigente; por algo se llama vocación y llamada de Dios. Si nada nos exigiera, ¿qué mérito tendríamos?

No hay cristianismo sin sacrificio; menos habrá vida de oblación, de entrega a Dios.

791. La pobreza nunca desdora nuestra generosidad, si ésta tiene quilates de plenitud.

Las riquezas pasan, los honores se truecan en humo, las meras alabanzas corren al olvido, pero las vidas sacrificadas marcan su huella imborrable de heroísmo, desprendimiento y santidad.

792. Quien, puesto en el plano de una elevada vocación, se muestra poco generoso en servir a Dios, enferma en su espíritu, y acaba... por morir a su vocación.

793. ¡Cuántas personas de vida religiosa empezaron siendo vasos de misericordia, y se convirtieron en vasos de ira; se pusieron en peligro de perder a Dios! La explicación la hallaremos en un desprecio de las gracias divinas.

Podemos fracasar por infidelidad a la vocación. El que pone su mano en el arado y vuelve la vista atrás..., mejor hubiera sido que no hubiera conocido el camino de la justicia. El infierno se hizo para los que se quieren condenar.

Somos vasos de misericordia. No nos convirtamos por nuestra culpa en vasos de ira, aunque alguna vez, por flaqueza, nos veamos en peligro.

794. Los Magos vieron la estrella y fueron a Cristo. Cuántos no la comprendieron. Cuántos, comprendién-

dola, la despreciarían, por temor al desprendimiento. Sólo un pequeño grupo sigue, sin descanso, por difícil que sea el camino.

Salieron ricos y volvieron más ricos. Salieron con ansias de Dios y volvieron con Dios y con más ansias de Dios... Buscaron la santidad, y la hallaron toda.

Jesús nunca se deja vencer en generosidad.

795. Nuestro espíritu en actividad, ¿hacia dónde se orienta? ¿Le guiará la estrella? Sólo así encontrará el apacible descanso, la paz inestimable de su alma.

796. Jesús toma lo que es suyo, cuando quiere. Mas en este tomar..., siempre ganamos; lo quita de la tierra y nos lo guarda en el cielo.

797. ¿Por qué no seremos cada día mejores? ¡Don de mi vocación, rico tesoro de mi vida! ¿Por qué no sabré apreciarte? Regalo de Cristo, de mi Dios, primer Obrero, que me alargó con sus manos divinas la flor de una vocación de Obrera.

El premio, como dice Jesús, es decisivo y grande. No perdamos el tiempo.

798. Somos fruto de la llamada misericordiosa de Dios. No depende solamente de nosotros el querer ser o no; depende también de que Dios quiera o no, y él ha querido que nosotros eligiéramos libremente el cumplir o no ese querer suyo. Si no lo cumplimos, ponemos entonces resistencia al plan divino, haciéndole fracasar.

En el número de los ingratos figuran asimismo todos aquellos que habiendo respondido a la llamada, no actúan según ésta; prácticamente no ejecutan lo propio de su vocación. Siguen, figuran, pero no ac-

túan; hacen número, pero su vida no se convierte en fecundas realidades espirituales. No todo consiste en decir: "Soy tal", sino en poder decir, "vivo como tal".

Fuimos elegidos por Dios. En realidad de verdad, ¿vivimos, poseemos el espíritu de lo que somos...?

799. El desarrollo es ley de la vida. Lo es también de la vida de la gracia, lo cual presupone, exige, eleva, fortalece la naturaleza.

Cada uno está obligado a responder en la medida de sus fuerzas, a su llamada. A amar en la medida de su capacidad. Crecer en Cristo por nuestra incorporación a él... La medida de la incorporación es la de su imitación, con el cumplimiento de la ley.

800. Al repasar sobre vosotras el modo maravilloso del obrar de Cristo, debéis deshaceros en acciones de gracias. Porque ¡cuántas otras serían mejor si tuvieran esta gracia de la vocación; cuánto adelantarían si estuvieran en vuestra situación!

La misericordia del Señor sólo se explica por un amor de predilección. Nunca, Obrera, podrás pagar a Cristo tan gran merced.

Vives en tierra de promisión, en un Cenáculo como el que habitaba Jesús. Todo te habla de méritos, de cruz, y de valores eternos, y tanto en las alegrías como en las privaciones, si sabes, hallarás siempre el sabor de la virtud. Pero si no eres buena, no culpes a nadie, culpate a ti.

Que Dios te ama, no debes dudarlo. Que Dios te ame..., esto debes pensar.

801. Conservad el espíritu de Dios, de verdad, de fidelidad, de aprovechamiento de las gracias divinas y confianza en el Señor. Es lo que sostiene nuestra debi-

lidad, y hace que nuestra flaqueza pueda llegar hasta el heroísmo.

802. ¡Que no tenga miedo el Señor de pedirnos...!

803. Hay dos vertientes, dos sendas en nuestras vidas: la de darnos a todos para llevarlos a Dios, y nuestra entrega personal a Dios. Hay que darlo y dejarle obrar, aunque lo que nos pida lo tengamos muy adherido. Dejémonos llevar del arriero de arriba.

804. No nos quejemos si nuestro destino nos pide un desgaste de nosotros mismos. Si todo lo recibimos de Dios, ¿por qué no todo ha de ser para Dios?

La que imaginara que la vida de Obrera es pura contemplación, se habría equivocado. Que podáis decir al final: he combatido el buen combate.

Hasta el final hemos de continuar la labor, con más o menos esfuerzo, con más o menos energías, pero hasta que lleguemos a tocar el final de este destierro, guardemos fidelidad. Hagamos fructificar nuestra vocación, hasta que podamos decir: "Más no puedo".

805. De ti, nada para el mundo; para el Señor, ¡todo!

806. No des lugar a que el Señor se vaya de ti.

807. No des negativas al Señor, aunque te pida el martirio de tu corazón.

808. No basta sembrar, sino, salda la siembra, cultivarla. La falta de cultivo causará la muerte de la florecida siembra que tanto costó. Así son las almas, los individuos, los pueblos.

809. A más santidad en vosotras, más vocaciones... El mundo tiene hambre de eso; de donde se sigue, la mucha responsabilidad de una Obrera que, por descuido, por no obrar con la prudencia santa, por no haber almacenado esa cantidad de amor de Dios, con el espíritu del sacrificio y oblación que el mundo quiere ver en vosotras, sea causa del apartamiento de esas almas que aceptarían esa vida, y no lo hacen al ver la fragilidad nuestra. Si alguna incurriese en esta responsabilidad, piense que aquella o aquellas almas desviadas de Dios por nuestra culpa, en un principio tendrían que achacar su pérdida a nosotros... Como instrumentos destinados a la gloria de Dios, que por vuestro descuido, por no haber trabajado lo suficiente en las almas, por pereza, por egoísmo, por vuestra indolencia, no tengáis que darle cuenta al Señor de la perdición de las almas.

810. Cabe ociosidad en nuestra propia vida espiritual, y en el cumplimiento de la vocación... Sería muy triste el ver a una Obrera que pudiese pensar que su vocación es solamente su quieta santificación interior. Es acción interior y exterior. Acción interna la que mira a la perfección; acción externa la que mira a la salvación y perfección de las almas, y la gloria de Dios.

811. Sentir con la Iglesia, es sentir con Jesucristo. Y sentir con Jesucristo es hacernos cuenta de que él busca obreros para su viña, de que los llama y los contrata para su viña. El Cristo, el padre de familias, busca operarios. Y la viña, por su situación, urge operarios, manos, vidas, entregas, urge sacrificio. Nos falta vivir en el fondo un vigor de Dios... El Señor y la Virgen en cada momento salen en busca de Obreras. No impidáis esas vocaciones que van surgiendo y que son

nuestra esperanza en medio de los erizales actuales. Que vuestro ejemplo las haga crecer. Obreras saldrán muchas si vosotras sois las Obreras auténticas de verdad, que el Señor ha llamado para trabajar en su viña.

812. La vocación no es inscribirse en cualquier cosa, no... Es algo más alto. Sentir un ideal y lanzarnos hacia la conquista de ese ideal. Es vivir un amor, y hacer que ese amor se transparente a todos los demás. Que nazca de nosotros, de tal manera que en nosotros vean el Cristo vivido, el Cristo amado, el Cristo asimilado. Ésta es nuestra fuerza... La vocación tiene un sentido espiritual, un sentido de apostolado.

813. Dios ha puesto en vuestras manos una vocación como camino, no solamente de salvación, sino de santificación. Si vivís la vida de Obrera, íntegra, de verdad, seréis santas... La verdad de Cristo alumbrando los caminos de vuestra vida; el sacrificio de Cristo fortaleciendo vuestro corazón... Cristo para vosotras y vosotras para él.

814. Peligros, en la actualidad los hay. Indudablemente que crecen, y van saltado por todas partes. Vosotras no estáis exentas. Peligros desde dentro y peligros desde fuera. Pero cuando uno se coge bien al pensamiento de su entrega a Dios, con una abnegación completa, con un desprendimiento de corazón, con una elevación de miras, con una altura de ideal..., entonces, no hay fuerza capaz de mundo que pueda quebrantar una vocación...

815. Toda vocación es una elección, un escoger. Ahora bien, ¿por qué elige el Señor, y a quién elige? Porque quiere, y a quien quiere. Pero, ¿solamente es

porque quiere caprichosamente? No: porque tiene algo entre manos, tiene una finalidad. Y para realizarla elige, y elige al hombre del cual se quiere valer. Por eso elige. ¿A quién...? A quien quiere. ¿Al que tiene más dotes intelectuales, más salud, más condición, más prestancia, más buena fama, más poder en el mundo...? Elige de todo; así lo hizo en la elección de los apóstoles... Porque lo que faltaba a cada uno de ellos, él lo prestaría, lo daría. Y lo hizo así para que el mundo viese que su obra no era obra humana, que era obra divina... Cogerá un trozo de madera que no será muy bueno, un trozo cualquiera, pero que es apto para arder.

816. La vocación es llamada de Dios... El darse de veras a Dios no admite reservas, ni del querer, ni de fuerzas, ni de cooperación, ni de esfuerzos por adquirir las virtudes, ni menos en la ejemplaridad, así privada como pública. A la vocación se responde con libre determinación de la voluntad, mas no para quedarse en el plano de una medianía, o de un género de rutina, sino para llegar a la meta, con esfuerzo y constancia.

817. Jesús nos llama, no por lo que podamos valer y tener; nos llama porque nos quiere, porque quiere con nuestra pobreza triunfar, cambiar lo pequeño en grande, lo del mundo en lo del cielo. San Pablo decía: Dios escoge a lo necio del mundo para confundir la soberbia del mundo, porque sólo es grande lo que en la cruz se santifica.

818. La vocación es medio de santificación para llegar a la santidad, para alcanzar mi fin: la glorificación de Dios y la salvación de las almas. Es un medio, no es el fin. Es camino, es ascensor, es modo, es medio. Ese

género de vida tuyo es la manera de santificarte mejor, de dar más almas a Dios; es la manera de ofrecer tu vida, el modo más seguro de crecer en santidad en el mundo.

De este medio de la vocación, quién puede valerse en mucho para volar hacia Dios, alcanzar la ciencia de la virtud, del combate por Dios, para alcanzarle trofeos de almas... Pero quién puede con este medio de su vocación fracasar. Y fracasar, o haciéndolo inútil, como aquel de los talentos que los dejó encerrados, y se contentó solamente con tener el talento; o quién fracasará destruyendo ese talento y haciéndolo trizas; o quién fracasará cogiendo ese medio de su vocación que, como cuchillo cortante, puede servir en gran manera para la defensa de Dios, y lo hace defensa de sí mismo; esa alma se hace más indigna delante de Dios.

819. Hemos de cumplir lo que dice Jesús: "Rogad a mi Padre para que envíe operarios a su viña". Mis Obreras, ¿cómo conseguiremos vocaciones? Rogando al Señor. ¿Cómo alcanzaremos esa multiplicación en número? Haciendo fuerza en la oración. ¿Cómo las almas se moverán? ¿Cómo las voluntades se arrancarán? Consiguiendo que Dios nuestro Señor, por nuestra vida ejemplar, por nuestra fidelidad, por nuestro sacrificio, se compadezca y, como padre de la mies, suscite en la juventud voluntades que se arranquen del mundo para entregarse al trabajo en la viña de Dios. Nuestra palanca de conquista es la oración. En ella haya siempre un punto para aquellas que han de ser Obreras.

820. Ninguna Obrera debe conservar su vocación inutilizada. No la va a guardar como se guarda en un cajón una prenda que se estima mucho. Ha de hacerla

efectiva, porque es un don dado para utilidad de las almas. Es un don de acción para que ella se santifique y, a la vez, sea instrumento de santificación para otra. El Señor nos pedirá cuenta de si no actuamos el don.

821. La vocación de la Obrera como finalidad no tiene más que una: su santificación, pero para la gloria de Dios. ¿Hay límite en la santificación? No. ¿Hay límite en dar gloria a Dios? Tampoco, no se puede establecer. Todo obstáculo que intervenga de alguna manera para impedir el perfeccionamiento de una vocación y que ésta dé su fruto, hay que removerlo. La vocación de la Obrera, no es más que un acto de generosidad, de entrega a Dios. Y cuanto más se verifica esa entrega, cuanto más completa e íntegra es, más se remata la vocación. La Obrera ha de vivir como Obrera, como le exige la condición de tal. Es preciso vivir únicamente para Dios. Es un deber, y una obligación, deber y obligación que nacen de la misma condición de la vocación. Su vida ha de ser distinta de una vida laica vulgar.

822. Haced fructificar este don de vuestra vocación, con la santidad interna y con el amor para Dios. No nos cansemos de dar lo que el Señor quiera y pida de nosotras, y esto, sin límites. Lo que Dios quiera, cuando quiera, como quiera.

823. Dad en la medida que habéis recibido. Dad una vocación llena de fruto. No demos una vocación que se nos ha muerto y secado en el campo. No nos pase como a los de los talentos... No he producido nada... Siervo ingrato, necio, ¿qué has hecho?

824. Cuando te miras a ti en tu función de Obrera, debes afirmarte, como san Pablo, en esta verdad: soy

tal por llamamiento de Cristo; no porque me llamó persona alguna, no porque haya recibido el encargo de hombre, sino porque Jesús me llamó. Es, pues, tu ministerio tal, que no es de obra humana, es de obra divina. Y vuestra llamada se sale de la fuerza humana. De tu corazón nació, en tu alma brotó el deseo y el anhelo de servir a Dios como Obrera de la Cruz. Puedes, al recordar tu vocación, asegurarte que es de Dios.

825. Si Dios provee a los Institutos de vocaciones, éstas surgen de muchas maneras, y a cada una de las personas le da una vocación, según le conviene. Y le conviene según el modo como mejor se puede salvar y santificar. Así que, si a una Obrera le ha dado la vocación de Obrera, es porque ahí tiene el mejor medio para salvarse y santificarse, más que en otra parte...

Conservad vuestra vocación. Habéis aceptado ese gran don. Sabedlo conservar. Sabedlo fructificar, para que, no solamente en bien vuestro, sino principalmente en glorificación del Señor, cada día vaya dando mayores frutos. Ésta es la voluntad de Dios. Ésta ha de ser como la pauta que vaya marcando vuestro modo de proceder.

826. Toda alma que conoce al Señor bien, considere la vida actual, esta vida terrena, como un escalón para subir hacia arriba, como un instrumento que Dios ha puesto en nuestras manos para santificarnos, para producir frutos de salvación.

Es la vida que se nos escapa, es la moneda que se nos va de las manos, es la vela que arde sin cesar y se va consumiendo. ¡Y qué triste es verla consumir sin fruto! Porque como fruto no vamos a considerar las victorias que podamos nosotros conseguir en la tierra; esto no es nada, el viento se lo lleva, pasa. Sólo el fruto

auténtico, verdadero, es el que permanece eternamente.

Si nuestra vida la conceptuamos en este plan sobrenatural, de cara a Jesucristo, como una Obrera la debe considerar, entonces comprenderéis qué es lo que significa vuestra vocación, qué es lo que vale la llamada que el Señor os hizo un día, cómo debéis cumplir vuestras obligaciones, qué os reclama vuestro estado vocacional, el por qué Dios os ha elegido y vosotros habéis respondido.

827. ¿Por qué seguimos al Señor? ¿Porque nos proporciona el bien temporal? ¿Porque con su providencia cuida de nosotros, pues que sin esa providencia el reloj de nuestro organismo, de nuestra vida, se pararía inmediatamente? ¿O le seguimos porque es el auténtico Mesías, el Hijo de Dios encarnado, hecho hombre y, por tanto, la verdad que nos salva? Si, pues, le seguimos por esto, y no por otra razón debe ser, ¿por qué este seguimiento flaquea muchísimas veces en nuestra vida? No digo en la vuestra, sino en la mía, en todos... Pues, llevando el nombre de cristianos, no vivimos ni siquiera en cristiano...

Hemos puesto como una tapadera, una coraza. Vivimos encima de esa costra; no entramos en la esencia, en lo que está oculto. "El que quiera venir en pos de mí, niéguese, tome su cruz y sígame." En estas palabras queda retratada la esencia del cristianismo, lo otro se llama desfigurar. Necesitamos quitar tantas cosas de nosotros..., volar hacia Dios, sacudiendo las alas que llevamos pegadas al barro.

828. ¿Cuál es la voluntad de Cristo sobre cada una de vosotras? Es clara: te ha enviado por medio de tu vocación al campo de las almas. Luego el pensamiento

predominante nuestro, lo que nos debe preocupar, sobre todo, es la fidelidad en la vocación, actuar la vocación, radicar la vocación en la perfección espiritual; si vives como Obrera, si piensas como Obrera, si trabajas como Obrera, si llevas a cabo tu vocación. Ésta ha de ser tu comida espiritual: hacer la voluntad de Dios, comprender tu vocación, amar tu vocación, darte cuenta de lo que te exige tu vocación.

829. Es muy consolador, en medio de tanto mal, ver cómo surgen vocaciones, que no sabemos quién las suscita. Y a medida que estas vocaciones se acercan al corazón de la Obra, nos precisa una acción más íntima, una convivencia de mayor compenetración, para que las Obreras no vengan a ser como elementos múltiples, pero separados entre sí, incomunicados. Esto nos lleva una gran preocupación. Preocupación que hemos de resolver favorablemente, con la gracia de Dios y las luces que la santísima Virgen nos conceda. Pero vosotras tenéis una mayor obligación de alcanzar conocimiento más perfecto de lo que la vocación, el espíritu de la Obra, requiere y exige, para que así, a medida que vayan llegando las nuevas, encuentren lo que ellas buscan. Buscan a Jesucristo; buscan la santidad; buscan las almas; buscan ese algo sobrenatural que en el mundo no se encuentra. Que cuando lleguen a vosotras, encuentren eso mismo que les ha movido a dar un paso trascendentalísimo en su vida. Que encuentren a una Obrera, pero llena de Jesús; a una Obrera en la cual el espíritu del Señor se vive; a una Obrera cuya voluntad se mueve por un amor: el amor de Dios.

830. Muchas personas viven su vocación a medias. Otras, ni siquiera viven su vocación. Y ser una cosa y

no vivirla, esto es muy duro. Ser hombre y no vivir como hombre... Ser una Obrera y no vivir como Obrera... Lo que uno es, debe vivirlo. De lo contrario, sería una simiente que no produce nunca fruto. Queda siempre simiente. Ahí está la vocación, pero una vocación infructuosa. Lo único que hará es sostener aquella alma, nada más. Trabajad para alcanzar el grado de observación en la vocación, el grado más alto que haya. Vivid lo que sois. Y vividlo no a remolque, a medias... Vividlo plenamente. Sentid esa necesidad de vivirlo.

831. Vocaciones arrastradas. ¿Qué vale una vocación que va arrastrada? Como un animalillo o un caballo que le llevan sujeto al carro, que no quiere andar, pero, porque está sujeto, tira. Como aquel que le llevan a la fuerza. No anda con su ánimo. No anda con su aliento propio; le arrastra quizá aquella simpatía, aquella persona; no le arrastra Jesucristo. Porque el arrastre de Jesucristo es distinto, es suave: "Mi yugo es suave". Arrastra, mejor que decir arrastrar, atrae. Y atrae con suavidad la voluntad; porque hace sentir su ideal, su grandeza. Nos hace estimar la utilidad de nuestra vida, escasa, pobre, pero rica con la gracia de Dios.

Vocación a la fuerza, arrastrada: es sufrir y hacer sufrir; es padecer y hacer padecer; es titubear e inducir a que se dude. Una vocación no firme, no es vocación. No es que no haya habido llamamiento de Dios; es que no se ha respondido a ese llamamiento. Que la voluntad no se ha lanzado como debiera lanzarse. De nuevo os digo aquí: falta personalidad espiritual. Quien para poderse sostener ha de estar siempre apoyada por unos palos, por unos hierros, por algo que le sostenga que no sea el Señor, mal.

832. El don vocacional de la Obrera, que es apostólico, es para utilidad de las almas. Lo hemos recibido para esto; si nos aprovechamos de él para nuestra perfección, nos sirve de medio de santificación. Pero si una Obrera viviese sólo para ella, no cumpliría su vocación... El que se dedica únicamente para hacerse santo, en cierto modo es un egoísta, porque mira solamente su bien.

833. No vayamos tirando... Vayamos dando a Dios. En la vida de las almas se reproduce muchísimas veces esto. Hay almas que apenas han sentido el toque de la gracia, el llamamiento de Dios, han volado con una rapidez enorme. Otras, con las alas duras y desarrolladas, apenas se pueden mover, y cuando levantan el vuelo, apenas si llegan al metro, y caen en el charco. Es decir, se han endurecido en ese modo de vida, se han pegado a él, se han hecho su método de vida, y no hay quien las saque de ahí. ¿Quiere esto decir que todas aquellas almas de muchos años de vida espiritual sean así? No, sino aquellas que se han acostumbrado a su modo, a su manera, y se han endurecido. No aquellas que trabajando espiritualmente cada día, van teniendo más juventud en su alma, más correspondencia a las gracias de Dios, más vida de Dios en ellas, más facilidad para amoldarse a esa gracia, más comprensión de la misma y, por tanto, más facilidad para volar hacia Dios.

834. Ni vivir pegados unos a otros, ni creer tampoco que somos necesarios unos a otros, sino momentáneamente; ni poner obstáculos a la acción de la gracia. ¿Cuál es la misión de la Obrera? Trabajar por el Señor. ¿Dónde? Donde Dios nos disponga, donde haga falta...

Nos pegamos con facilidad a personas, a cosas, a casas, a muros... Mediatizamos nuestra acción... Creemos que sin aquella muleta no podemos andar, y Dios tiene recursos por encima de nuestras preocupaciones, que pueden hacernos andar sin la muleta.

Hay que vivir alerta. Guardad la santa independencia de vuestro espíritu. Compenetradas con Jesús, compenetradas y llenas del amor a Dios, entonces sí, servíos de apoyo. Pero si faltara el apoyo, pensad que está siempre el Señor, como punto principal, base única de nuestro vivir.

835. Pensad en vuestra vocación, pensad en esta grandiosa misión, pensad en lo que Dios quiere de vosotras: hermanadas con él por la gracia y por una vocación que se hace cooperadora de la Redención. Lleváis esculpido el signo de la cruz, para que su obra sea vuestra y lo vuestro suyo. Así decís todas las noches: "Tus intereses, Señor, son los nuestros, tus intereses son las almas". Hay comunidad de vida, de ideal, de fin, de acción.

Y viviendo esta hermandad con él, ¿cómo la habréis de vivir con vosotras? Vuestra vida sea de hermandad, de compenetración. Si a Jesucristo le miramos como hermano, ¿por qué los cristianos no nos hemos de mirar como hermanos?

836. "Marchemos unidas..." Sí, marchemos; no se dice "marcha", sino "marchemos" todas unidas; que la unión hace la fuerza. Unas, en un mismo espíritu; unas, sintiendo la vocación, lo que son; unas, como palanca de ese instrumento... Y marchar significa movimiento, no estar paralizadas, estancadas, acomodadas, viviendo plácidamente: aquí estoy, ya estoy bien; no, eso no es plan de una Obrera... Para vulgaridades

no se hace un Instituto; vulgaridades en la vida espiritual, en la vida de acción. Para un pasar y pasar..., francamente os he de decir: no vale la pena.

Hay que hacer, pues, una revisión de vida; una revisión de vocación. Hay que restaurar el Instituto, en Cristo, en el espíritu de Cristo, que es, debe ser, el auténtico de la Obrera.

837. Los tambaleos fuera. Han de ser sustituidos por una firmeza de voluntad, por una convicción profunda; una convicción que os arrastre; que sepáis lo que sois, a dónde vais, cómo habéis de vivir, cómo habéis de obrar, qué debéis hacer. Para algo os ha escogido el Señor como instrumentos especiales. Sois una esperanza para la Iglesia, si vosotras respondéis debidamente. Vivid lo que sois, comprended lo que sois, amad lo que sois, para darle al Señor todo cuanto sois. La Obra necesita Obreras de voluntad decidida, que sepan entregarse, que sepan darse, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, sino solamente mirando un crucifijo como único foco de luz que alumbre su vida.

838. Sentirnos con espíritu de lucha es algo que responde al don de la vocación. Es hacerse el ánimo cada una en el sitio donde Dios la ha colocado... Nos urge ser generosos en nuestra donación a Dios.

Que el interés crezca dentro de vosotras. Quien más ofrezca, más tendrá... Debéis dar esa sensación de santidad, de sacrificio, de apostolado, de generosidad. El amor de Cristo me urge, pero primeramente en mi interior.

839. Bendita vocación que en nombre de Dios ha llegado a ti por manos de la Virgen. Guárdala y consérvala siempre.

840. El que no acepta la doctrina de Jesús, él "lo rechaza". O doctrina con Cristo, o sin doctrina y sin Cristo. Van aquí unidas las dos cosas. Seguir a Jesucristo sin su doctrina, es una utopía, es un sueño; es un querer modificarle a él, es un querer corregir al Maestro, es como prácticamente decirle: ¿tú dices que por ahí? Yo, por allá. Tú dices que humildad, yo, orgullo... La relación entre Jesucristo y su doctrina es íntima, y no se puede separar. Si la aceptamos, aceptamos al Señor; si la rechazamos, rechazamos al Señor. Y rechazando al Señor, rechazamos al que nos dio el ser, nos llamó, nos redimió, y nos dio una última y selectísima llamada... Luego, el seguir a Jesús lleva consigo el aceptar su doctrina; en lo que me guste y en lo que no me guste; en parte y en todo. No la podemos cortar.

Es una elevación de vida, mis Obreras. No hay que ir rastreando, serpenteando. Hay que ir en un plano elevado, por encima de las cosas, de las criaturas, de los defectillos, de tal... Hemos de ir volando como un avión, por encima de las cosas. He de volar hacia Dios. Mi vida ha de ser para Dios. La he de consumir trabajando por él y amándole. Ésta es la ofrenda total. Ésta es la perfección cristiana. Ésta es la consagración de una vida. Esto es una Obrera.

841. El Señor nos enseña el modo de organizar el apostolado, llamando primero a cuatro apóstoles, y luego, a los demás. Nos enseña la manera de reclutar; nos da la lección de que es preciso buscar vocaciones para nuestras empresas divinas. Buscarlas. Las buscamos pidiendo en la oración; las buscamos con nuestro modo edificante de virtud; las buscamos con nuestro ejemplo; las buscamos con nuestra enseñanza; las buscamos... No para tenderles un lazo y obligarlas a un

estado, al cual, acaso, no es que no sean llamadas, sino que no puedan, por falta de virtud, sino para abrirles un camino.

Reclutar. Ha llegado el tiempo, mis Obreras, de reclutar vocaciones, pero vocaciones de verdad, vocaciones de íntegras Obreras, vocaciones de voluntades que dicen al mundo un adiós, pero... no para salir del mundo, sino para transformar el mundo en la vida de Dios. Y ésta es nuestra misión.

842. Aprendamos cómo Jesucristo suscitó las vocaciones; él mismo las provocó, las hizo surgir; y después las probó. Hacer surgir vocaciones, ¿cómo...? Como el Señor, con nuestra vida de ejemplaridad, con nuestra vida de virtud... Podemos hacer surgir vocaciones con nuestra palabra, con nuestro consejo. Podemos ayudar a la vocación, cuando ésta surge por una inspiración del Señor. La Obra las necesita para hacerla más fecunda en el mundo, para darle una mayor vitalidad apostólica. Y en la medida y modo que nosotros vivamos ese Cristo en el corazón, y evangelicemos a las gentes, en esa medida surgirán las vocaciones. Tenedlo por seguro.

843 Pidamos a la Virgen que conviva con nosotros en cada momento, para que influya ante Jesucristo y nos consiga su luz, su inspiración, la moción de la voluntad, el amor, estas cosas que tanto necesitamos para cumplir debidamente los ministerios que nos impone nuestra propia vocación.

844. Todos los días pidamos a la Virgen que venga el Espíritu Santo, que la virtud divina caiga sobre nosotros abundantemente. Para que nuestra voluntad, ro-

bustecida, siga adelante, siempre empeñada en rendir en la gran empresa del Señor: su gloria, que es también la nuestra.

La Virgen conseguirá para vosotras esa gracia de amor de Dios, esa influencia del Espíritu Santo, que guíe vuestros pasos, alimente vuestras determinaciones, impulse vuestras decisiones. Para que no en deseos se quede una vida, sino que éstos sean llevados a una auténtica práctica. Así ha de ser vuestra vida espiritual y apostólica.

845. Os quiere mucho la Virgen. Sin su protección no podríais vivir; es imposible. Cada día me convenzo más. Para mí, la existencia de una Obrera es un milagro en el mundo. Pero es un milagro que lo realiza lo que lleváis dentro de vosotras: el Cristo que vive. No lo dejéis nunca. Que él sea vuestro gozo, vuestra herencia..., lo mejor que tenéis. Y que vuestra vocación no se marchite ni un momento. Intacta, cada vez más fuerte, más potente, más convencida de que hay que triunfar en el mundo. Pero triunfar para Dios. Ésta es la misión, mis Obreras, que el Señor os ha confiado.

846. Yo no quisiera que ninguna fuese a remolque, sino que la vocación fuera como el motor que impulsara vuestra vida, como una ilusión del sacrificio de vuestro vivir, un encajar completamente, un encontrar vuestro pensamiento y vuestro corazón.

Cuando una vocación es fuerte, cuando está arraigada, cuando se siente, cuando se ama, nunca surge la idea de dejarla. Porque los contratiempos, las adversidades, las dificultades que pueda haber, no son motivos para que nosotros dejemos de querer aquello que llevamos dentro del corazón, para que arranquemos lo que sentimos de verdad. No estamos para arras-

trar... Estáis para conquistar. Y malamente actuará como buen soldado en el campo de batalla aquel de quien haya de ir tirando para que no se escape de donde está encendido el fuego. Para eso eres soldado.

Que la vocación es un sacrificio, que la vocación importa una cruz; ¿habrá alguna vocación en el mundo, mis Obreras, que no tenga su cruz?

847. Si te dejas llevar por la corriente..., acabarás en el mar. Es difícil remar contra corriente, pero es preciso, para conservar la vocación. Cuando el Señor vea tu esfuerzo y tu cansancio por el mismo, desplegará las velas y hará soplar el viento a tu favor, con lo cual podrás descansar.

848. Deberás tener presente que en todo tiempo no has de negar sacrificio de sangre, ni ha de haber lazo de corazón que te pueda detener en cumplir tu sagrada misión. Que ni te ate ni te acobarde la influencia de lo puramente humano. No tendrás otra complacencia que el querer del obrar al que Jesús te llamó. Así debe obrar la verdadera Obrera en el cumplimiento de su vocación. Piensa: Dios me ha llamado. El Señor puso los ojos en mí, es cosa suya. Camino adelante. Es la gloria de Dios, es la grandeza de mi santidad. Cobarde sería si no sé vencer hasta conseguir mi santidad y mi cielo..

849. Una Obrera, ¿puede estar ya tranquila por el hecho de ser Obrera? No, es preciso que se vigile en la marcha de su vocación... Vea cómo esa semilla se desarrolla y crece, cómo se afianza, qué obstáculos encuentra en su desarrollo, cómo la cultiva, cómo la guarda, qué fruto produce. No se ha de contentar con decir: el árbol está plantado. Lo ha de cuidar. Se ha de

vigilar, como el maquinista vigila la marcha de su máquina, como el chófer vigila la marcha del coche... La obligación vuestra es siempre vigilar.

850. Mis Obreras, hay que conceptuar la vida de cara a Dios. Hay que mirar la vida como un ascenso hacia Dios, como un campo de producción, y no de entretenimiento. Hay que producir y hay que dar. Pero hay que dar al Señor. Cuando uno piensa que su vida la ha dado a Dios, que la ha gastado en su servicio y que ha consumido ahí todas sus energías, no puede menos que tener una satisfacción íntima. Y el mundo le parece nada, como en realidad lo es, cuando lo ponemos en comparación con las grandezas de la vida espiritual.

A vosotras os ha tocado esta elección. Ya sé que la comprendéis muy bien, que la estimáis y que no pasa día en el que no dais gracias a Dios, o, por lo menos, así debe ser.

851. La Obrera, como otro sacerdote, tiene en sus manos los intereses de Cristo, que se los ha confiado; y a esto sólo y a las almas, ha de pegar el cariño de su corazón.

Afirmaos en la vocación. Dios me ha llamado, me ha signado con su cruz de Obrera, y mi vista no puede volver atrás. Mi porvenir tiene horizontes de cielo. Salimos de nuestras casas para defender la gloria de esa bandera: "¡Gloria a Dios!". Y esto sólo nos ha de animar y nos ha de sostener.

Es tu vocación, y con ella la voz de Dios que, como campana, suena en tu conciencia. Es la llamada de Cristo. A labrar tu grandeza espiritual, que es santidad. Y a sembrar la semilla de la palabra de Dios, con

enseñanza y ejemplo, para que fructifique en muchas almas.

La Obrera ha de estar interesada en no mermar a la Obra sus íntegras energías y talentos. La que esto hiciese se haría daño a sí misma. Si una Obrera quita su interés y rendimiento a la Obra, se perjudica ella mucho, pues si un miembro se separa del cuerpo, éste no será beneficiado; pero más pierde el que se separó de lo que formaba parte.

Te debes al Señor, en cuerpo, alma, fuerzas y talentos. Desbroza el camino, para quitar lo que te impida este servicio total. No creo yo que falten, en algunas ocasiones, luchas sordas y secretas, en el interior, turbaciones... Pero mirad fijamente a Cristo, adivinad en esa mirada vuestro destino. Comprended lo que es vuestra obligación. El mundo para vosotras ha muerto. Sois soldados de Cristo. Dejemos que las criaturas del mundo sirvan a las del mundo. Tú, "ven y sígueme".

852. Estamos nosotros sesteando, cargados de una vocación, quizá llevándola de aquí para allá, pero... bien es recordar estas palabras: "Negociad hasta que yo venga". Cualquiera día vendrá el Señor, pedirá el fruto de nuestro negocio, de nuestra empresa. Veremos cómo tenemos las manos, si llenas o vacías. Si llenas de cosas de Dios o vacías de él. Si llenas de cosas del mundo, vale más arrojarlas antes que venga el Señor a pedir la cuenta.

Negociemos bien... Fortificad vuestra vocación, hacedla firme, que se enraíce dentro de vosotras. Pero vividla..., si no queréis que fracase. El que es una cosa y no la vive, fracasa. El que es un estudiante y no estudia, fracasa...

Si vivís vuestra vocación de Obrera, cuánto bien podéis producir en el mundo. No es que no lo hagáis, pero acaso, pensando, pensando y arrimándonos un poco más al arado, podamos todos producir más fructificación del Evangelio en las almas.

853. ¿Por qué todos no hemos de corresponder a las gracias? ¿Será motivo que vea yo que otro no corresponde...? ¿Será motivo que una Obrera vaya decayendo, para que la otra decaiga también? No. Es al revés, cuando se vive profundamente el ideal.

¿Qué hemos de hacer, pues? Vivir la vocación, vivirla bien. Verla no como un instrumento de tortura, no; sino como un instrumento de exaltación de nuestro yo, porque nunca a nuestro yo lo exaltamos tanto como cuando le ponemos santidad. Entonces es cuando se eleva: cuanto más nos unimos al Señor.

¿Acaso cuando el Verbo Divino se hizo hombre, se humilló y tomó la naturaleza humana, se humilló? En verdad que se humilló. Pero en esa humillación, la naturaleza humana fue exaltada hasta el máximo, hasta la unión más perfecta que cabe con Dios. Esto nos pasa a nosotros.

No temáis, pues, ahondar en vuestras vidas, triunfando sobre vosotras, para que la gracia de Dios no sea vana. Hacedla fructificar.

Repito una vez más: en el mundo hacen falta almas santas. La Iglesia, si se ha de salvar, será por la santidad de las almas. En el Instituto, entre las Obreras, también hacen falta. No digo unas u otras; todas. Las hay de vida muy profunda de Dios.

854. Oiréis muchas cosas en este momento actual. No os salgáis nunca del cauce que conduce a Dios. Progresad mucho, creced como unos gigantes, si que-

réis, pero no os salgáis del cauce. De san Agustín, que era un gran sabio y fue uno de los talentos más grandes del mundo, decían: es un gigante que da unos pasos enormes..., pero fuera del camino. No se había convertido todavía.

No os salgáis de vuestro camino. Aquello que pretenda como entenebrece, oscurece, hacer temblar vuestra decisión de entrega al Señor, rechazadlo con toda rapidez, con toda finura o con toda energía, según el caso requiera. Os prevengo: ni os asustéis, ni os escandalicéis de nada. Dejad correr. El Señor no os llamó caprichosamente. Vosotras, tampoco por capricho dijisteis como aquellos del Evangelio: “Yo te seguiré”, sino por un algo, por una razón profunda que había en vosotras. Ahora es cuando más fuertes hemos de estar. Ahora es cuando más hemos de comprender la gran misericordia y bondad de Dios.

Dad gracias al Señor, afianzad más esta vuestra respuesta, sentíos más unidas y compenetradas con él. Suscitad vivamente los intereses de Jesucristo, mirándolos como cosa vuestra. La vida no tiene otro sentido más que éste. No vale nada, mis Obreras, si no la elevamos hacia Dios, si no miramos este presente con relación al mañana, si no rendimos el tiempo, si no dominamos nuestras condiciones naturales, si no fogueamos nuestro corazón en un fuego que el mundo no pueda apagar... Y hemos de vivir siempre con una mirada que otee muy lejos, muy lejos, muy lejos..., el porvenir definitivo y eterno de nuestra vida. Así hay que mirar, así hay que resolver, así hay que vivir.

855. El Señor no busca riqueza; no la desprecia. No busca talento; tampoco lo desprecia, no. Directamente busca nuestra persona, y en ella, nuestra voluntad, nuestro querer, nuestro corazón, nuestra alma, nues-

tro vivir; con todo lo que esta persona, adornada de más o menos condiciones, pueda producir.

856. Habéis de procurar tener una santa emulación. Os ha de distinguir la emulación mutua; ¿qué es esto? Es estimularos mutuamente, es animaros a la vez; diré como aquel que está sentado y ve que los demás andan su camino o corren por el camino, entonces se estimula, se levanta rápidamente y echa a correr. Esta emulación es santa.

Que ninguna Obrera se quede rezagada, que ninguna se quede conservando para el día del juicio los dones que ha recibido de Dios y los tenga ocultos, que ninguna se quede impotente para poder desarrollar su vida de Obrera. Cada cual en la medida, en las facultades que ha recibido de Dios, produzca. ¡Santa emulación!

857. La vocación es exigente. Por algo se llama vocación y llamada de Dios; por eso se llama correspondencia de nuestra voluntad a esa gracia de Dios. Si nada se nos exigiera, ¿qué mérito tendríamos...?

858. El problema actual de vocaciones, de las cuales tanta penuria hay, y de lo cual todos se lamentan, radica en la falta de generosidad. Pero, mis Obreras, no puede haber generosidad donde no hay amor de Dios; no puede haber amor, donde no hay piedad, donde no hay contacto, donde no hay convivencia, donde no hay intimidad, donde no hay trato, donde no hay auténtica piedad. Y ésta no puede haberla sin una vida de oración, sin una vida sobrenatural, sin una vida íntima de Dios; es completamente imposible. A medida, pues, que la gente, aun conservando cierta capa de piedad y devociones que practican, a medida que va bajando en

este nivel sobrenatural, va bajando también en el nivel de la generosidad y de la entrega; y en esta proporción, disminuyen las vocaciones... Luego, a más piedad auténtica, piedad de oración, piedad de sacrificios, piedad íntima en que el amor lo sea todo, lo pueda todo y lo resuelva todo, lo vivifique y lo impregne todo, más facilidad habrá para que salga una vocación.

859. Vuestra misión es muy hermosa. Yo creo que basta que penséis cada una de vosotras que estáis elegidas por el Señor y que podéis ser sal y luz para las almas, para que os sintáis sumamente alegres y contentas por haber sido llamadas. Y qué empresa mayor podéis tener, qué destino más bello os puede dar el Señor en este mundo... Qué mayor rendimiento, no sólo terreno, sino espiritual, puede dar nuestra vida, si habéis sacrificado un amor de la tierra, si os habéis consagrado a Dios, si habéis captado la grandeza de vuestro camino. Seguid, seguid rumiando en lo íntimo de vuestro corazón estos misterios de Dios.

Espíritu de la Obrera

860. Dentro de un cuerpo, estado o vocación, hay variedad de miembros. Los más importantes, no son los más vistosos... Todos son necesarios.

Cada miembro debe cumplir su función peculiar. La perfección con que se cumple esta función, gradúa la perfección de todo el cuerpo; a ella concurre toda función, por baja que sea.

861. Finalidad de la Obra: propagar a Cristo en la clase trabajadora..., ayudarla..., amarla... Evangelizarla, espiritualizarla... Nada de humanismo pagani-

zado. Nada del hombre por el hombre, redimido, hecho hijo adoptivo de Dios. De Dios-Cristo al hombre, su hermano, por la caridad y por amor. Todo por Dios, y todos hacia Dios.

862. Las Obreras debéis aspirar a llegar a ser el ornato de la Iglesia, por vuestra virtud; el crédito de la Iglesia, en medio del mundo, por vuestra ejemplaridad; el prestigio de la Iglesia, por vuestra conducta, ajustada a los mandatos de Jesucristo, y más aún a sus consejos santísimos; la fuerza defensiva de la Iglesia, por vuestra acción tenaz, sacrificada, laboriosa.

863. La Obrera tiene una finalidad: cumplir la voluntad de Dios. La ha enviado al campo del trabajo para que coopere con las otras al aprovechamiento de las almas, hasta el fin de su vida. Y este pensamiento ¡cuán arraigadamente lo debéis llevar! Para que no os desviéis en vuestros juicios, determinaciones, etc., de esta idea principal: he venido para cumplir la voluntad de Dios, no para satisfacer mis gustos y caprichos; he venido para realizar lo que se me ha confiado.

Sed Obreras. Amad lo que sois. Amad la Obra, que siendo de Dios es también la vuestra. Queredla como la debéis querer, y queriéndola la perfeccionaréis, y perfeccionándola tendrá más vida, más expansión, más fecundidad, y así, más almas llevará a Dios.

864. Todas las Obreras, por razón de su vocación, tienen obligación de tender a la perfección cristiana. Si la Obrera lo hiciera todo y no se santificara, no habría hecho nada.

865. La caridad de Cristo nos impele a mayor generosidad, a entregarnos por entero, y a esa fidelidad y

santificación que sólo puede aumentarse amando a Cristo. La caridad de Cristo nos impele.

No hay momento en nuestra vida que no pueda ayudar a santificarnos. No hay circunstancia, sobre todo si es de contrariedad, que no nos santifique. Y así, qué bien irá ese nombre de Obrera de la Cruz, ya que es la cruz la que más nos une y compenetra con Cristo.

866. Tu título de Obrera mucho te valdrá ante Dios, pero si no te olvidas de guardar la pureza de tu alma, de ser limpia en tus pensamientos, de ser casta en tu cuerpo, de ser ejemplar en tu vida, de ser heroica en tus determinaciones, las necesarias para llevar a cabo tu santificación.

867. Cuanto más perfectas, más Obreras seréis, esto os inspira Jesús.

868. La vida de la Obrera, es como una línea recta, sencilla, fácil, pero ¡fuerte!...

869. Característica de la Obrera imitando a Jesucristo, ha de ser: fuerza de carácter, rectitud de conciencia, temple en su alma; espíritu fuerte e indestructible, que no ceda cuando se trata de la gloria de Dios, ni ante insistencias y ruegos de la criatura. Tratándose de la gloria de Dios y de su santificación, no puede doblar nunca.

Exteriormente, una imitación del Señor en la virtud de la afabilidad, en la suavidad, en la mansedumbre.

Por dentro, temple recio en el alma; en el exterior, el atractivo de la bondad sobrenatural del Señor.

870. Tu modelo, sólo Cristo, no otro.

871. La Obrera ha de tener un espíritu grande, un espíritu amplio.

872. La Obrera es un alma totalmente entregada a Dios con todas sus posibilidades, y un aliciente único: meter a Jesucristo en las almas.

Medios..., los que se presenten.

873. Una Obrera inactiva puede tener peligro, porque su vocación no se desarrolla.

874. Eres un miembro vivo de una familia sacerdotal, y te toca quemar el incienso de tu vocación ante el altar, pero también no olvides que te toca quemar todos los días... la esterilidad que pueda haber en tu vida de Obrera.

875. Un árbol vivo no puede estar parado; cada día en vosotras ha de ser una muerte y una resurrección.

Junto al sepulcro donde está encerrado vuestro yo, otras almas a vuestro lado también resucitarán. Si bello es un atardecer, aún es más bello el resurgir del día.

876. Habéis de ser lámparas, y las lámparas dan luz, y dar luz no es otra cosa que ir consumiendo vuestra vida.

877. La Obrera ha de ser un incendio, incendio divino que vaya quemando y dando el calor a tantas almas frías. No es buena Obrera la que inscribe su nombre y ya está; buena Obrera es la que viene a ser como un

surtidor comunicativo de la fuente divina, que es Cristo.

878. La vida de la Obrera es como el surco, donde ella, humildemente escondida, huyendo del mundo, aunque en el mundo esté, fuera del mundo, aunque dentro de él se halle, sin espíritu de mundo, aunque el mundo la llene, vive sólo para Cristo.

El granito que no quiere morir, se queda solo, se seca. Mas el que pierde su vida, la cambia en muchos granitos que forman la espiga.

Es vuestra moneda de oro que habéis soltado a los pies del Señor...; por eso crece; él la conservará y jamás la podréis perder si vosotras no se la retiráis, volviendo la mirada al mundo.

879. He ahí el programa que os presento: Obrera y santidad; Obrera y gloria de Dios; Obrera y sacrificio; Obrera y vida de inmolación; Obrera y Cristo.

880. La Obrera ha de ser franca, noble, sufrida, humilde, clara, fiel. Sólo una preocupación quiero ver en vosotras: más amor a Cristo, más deseos de Dios, más amor a Dios.

Estad siempre ante Dios nuestro Señor abiertas de par en par, para sentir el soplo del Espíritu Santo, aprovechando las inspiraciones, que viviendo en silencio veréis que son tantas... Sólo el alma así, sabe oír y escuchar a Dios.

881. Ser Obrera es cargar la cruz y lanzarse con todo el interés, todas las fuerzas y toda la ilusión de una vida, a combatir la gran batalla por el Señor.

Nada de retaguardias...; en la avanzada..., en pri-

mera línea..., sin regateos ni mimosidades..., con espíritu viril, fuerte, tenaz.

882. La Obrera que no sienta como Cristo, no será nunca una buena Obrera, nunca estará hermanada con él. Las ofensas tuyas las hemos de sentir como nuestras, y la glorificación tuya la hemos de mirar como algo nuestro, como miembros tuyos, y la ganancia de almas que él hace con su gracia, ¡qué gozo nos ha de proporcionar también a nosotros!

Porque nuestra vida ha de estar unida, compenetrada, de manera que vengamos a ser como un pequeño corazón del gran corazón de Cristo; que haya un mismo amor, y como unos brazos pequeños de extensión de los brazos de Cristo en el trabajo.

883. Sois como un árbol blanco en medio de una noche oscura.

884. La Obrera está destinada a pasar por el mundo como una llama encendida, para prender fuego junto a sí, para calentar las voluntades frías, para hacer entrar en más calor a aquellas que ya conocen y aman a Dios, para producir grandes revoluciones espirituales, para poner ese algo de Dios en el mundo. Su deseo y anhelo no puede ser más que el de Jesús: prender en la Cruz la llamarada de ese amor que nunca ha de perecer.

Que vuestro lema sea: "Para Jesús todo, por Jesús todo y con Jesús todo". Que en vuestra vida no haya más que una palabra "Jesús", y un solo cariño "para Jesús". Así alcanzaréis el laurel de la victoria.

885. ¿Cuál es la vida de la Obrera? Es en sustancia ni más ni menos que la imitación real de la vida privada y pública del Señor.

La vida de Jesús se manifiesta en dos fases: en la privada, que es vida de oración, de retiro, de trabajo callado, de obediencia, de la práctica de las virtudes; es la vida de la santificación personal. La segunda fase es la vida pública o de apostolado, de acción. Así aparece la unión de estas dos vidas que se llaman en materia espiritual, contemplativa y activa. Ésta fue la vida de Jesús.

La Obrera, pues, debe ser la imitación cabal y real de la vida de Cristo. Así debe disponer todo su vivir, en su vida privada y en su vida pública.

886. Yo quisiera que tuvieseis las Obreras un distintivo especial, y que fuese éste el de la caridad, el de la hermandad. ¿Veis lo que hacen las abejas? ¡Qué ejemplo nos dan de hermandad! Se acerca uno a la colmena y creen que se les va a quitar la miel o a matar a una abeja; pronto veréis a todo el ejército encima. No le picará aquella a quien va a matar, sino acometerán todas. Trabajan todas para formar su vivienda y fabricar la miel. Todas afanosamente unidas, por ese algo común a que les lleva su propio instinto.

Esto lo hemos de hacer nosotros por caridad, por amor, y por llevar a la realización un mismo fin. El fin es la salvación de las almas, es dar buen ejemplo, es aumentar la fuerza de ese colmenar, es llenarlo de la dulzura o de la miel del amor de Dios.

887. Ser Obrera es ser santa en el mundo, pero con una santidad que irradie a Cristo, por la ejemplaridad y la acción denodada, atrayente y constante.

888. Tres notas han de destacar en la Obrera: la nota de una intensa vida interior, que es su fuerza productiva, su nervio de sostén.

Segunda nota, de ejemplaridad, de vida de santidad, de vida sobrenaturalmente vivida.

Y tercera nota, la acción, la actividad apostólica, que va unida al celo y al interés por la gloria de Dios, mediante la salvación de las almas.

Como intensa ha de ser la vida interior, intensa y grande ha de ser la ejemplaridad de su vida externa, e intensa ha de ser también su acción.

Ésta es la Obrera. Si falla alguna de estas tres cosas, no será Obrera completa, es decir, no tendrá la esencia de Obrera.

889. La juventud es para Dios, la vejez es para el cielo; la juventud es para el Señor y la lucha. El mundo conceptúa las cosas al revés de nuestros sentimientos cristianos; es que no entienden las cosas de Dios.

La Obrera se ha de destacar por esa característica de la plenitud de su vida, por el empuje de la voluntad, por la virilidad de su alma, por la inmolación de su vida, por su desinterés completo, sin egoísmo de ninguna clase, sin buscar su vanagloria, sólo con la mirada puesta en Dios.

890. Ser Obrera no es sólo querer ostentar una medalla..., es algo más...; es dejarse a sí para entregarse totalmente a Cristo, en medio de un campo de lucha, de sacrificio.

891. Mis Obreras... ¡Cuántas veces he repetido esta frase “o ser o no ser”! Los términos medios no van bien ante Dios. O subimos o bajamos. O somos enteramente de Dios y para Dios, o no. El Señor no admite particiones.

Espiritualismo fino, lleno de delicadezas, vivido en las llagas de un Cristo crucificado, en un sagrario.

892. Ser Obrera no es solamente acomodarse en un estado. Es ser consciente de unas obligaciones especiales, de darse del todo a Dios..., al trabajo apostólico por Cristo.

893. Tú, Obrera, no eres la luz, no te engrías nunca; tú no eres la verdad, tú eres sólo el reflejo de la verdad, el testimonio de esa luz. La verdad es Cristo, su doctrina, su palabra, su corazón.

Que podáis decir siempre: no soy yo, es Cristo quien habla en mí; no es mi corazón el que dispensa su amor; es el amor de Cristo dentro de mi corazón que se escapa hacia fuera.

894. ¿Qué concepto me formé yo al pensar en las Obreras?

De entre las almas fieles, escoger aquellas que por una disposición interior de voluntad libre, estuviesen dispuestas a laborar por el Reino de Dios, pero con voluntad íntegra, total.

Almas que estuviesen fundamentadas sobre la base de una fe firmísima, profunda; un amor intenso a Jesucristo, o a Dios en Jesucristo; un sacrificio que fuese intérprete de espíritu cristiano y apostólico; una acción apostólica nacida de ese estado interior, y que testimoniase ante Dios y ante el mundo, la verdad evangélica, la verdad divina, el Reino de Dios.

895. El espíritu de la Obrera es de oración, de sacrificio, de inmolación, de donación, de obediencia, de rendimiento, de trabajo, de apostolado, de actividad..., ese algo interior que produce fruto.

896. Vivid el espíritu de la Obrera. Todo de Dios, con la oración y el trabajo, sin pasatiempos inútiles y

vida señorial; con humildad, y siempre paso adelante en la acción y en el vencimiento y sacrificio; con elevación sobre las cosas y personas, con rectitud e imparcialidad, con sinceridad y caridad, con verdadera unión de voluntades y corazones.

La verdadera Obrera sólo mira a Dios a quien se debe, y se lanza con todas sus fuerzas a realizar lo que se le ha encomendado.

897. Las Obreras que tienen espíritu de Obrera, son dóciles, obedientes, cumplen lo dispuesto; les basta conocer, para cumplir.

898. A la Obra no vinisteis a lograr triunfos terrenos y llenaros de glorificación humana, a ensalzaros a vosotras mismas, a adquirir renombre; aquí solamente vinisteis, os llamó Jesús, para ganarle almas.

Y así, Obreras, aunque sea a fuerza de vuestras humillaciones, desprecios, bajezas, sinsabores, luchas, repetid siempre con gratitud al Señor y a la Virgen: he aquí a vuestra esclava.

899. La vocación de la Obrera es tal, que se acomoda a las necesidades de las almas.

900. La Obrera ha de llevar como lema de su vida aquel de san Pablo: "Todo para todos". Toda para todos, los de arriba y los de abajo, los ricos y los pobres, los infelices y los que gozan; los ignorantes y los que saben; los que están con Dios y los que ignoran a Dios.

Acaso en nuestro apostolado una de las cosas que más puedan influir en la ganancia o conquista de las almas, sea ésta: el sabernos bajar, negar, poner en contacto, igualarnos, para entonces, en esos momentos de confianza, de confraternidad, poderles meter en el alma la semilla de Dios.

901. En tu nombre llevas ya esta realidad, significada por esta palabra: Obrera.

No te han puesto el nombre de reina, sino de obrera... Con grandeza de Dios, pero con espíritu de humildad profunda, manifestada en tu rectitud, en tu sencillez, en tu obediencia, para que, al trabajar, no busques grandezas de tierra, ni exaltación de tu persona...

Nunca busques que tu nombre vaya flotando por encima como el aceite, sino tan sólo busca siempre, y en todo, a Cristo.

902. La Obrera necesita mucho recorrer el camino de su pequeñez, es decir, bajar a las cosas más humildes, tomar los oficios más humildes, acercarse a las almas más rebajadas, en el orden de esta grandeza humana.

903. La Obrera necesita mucho el camino de la humillación para poderse encarnar de verdad en las almas, fijar en ellas su espíritu, clavar en ellas el pensamiento de Cristo, y hacerlas robustas, con la robustez de una voluntad decidida y heroica para el servicio de Dios.

904. Conservad vuestra línea de conducta, vuestra formación interior, que luego se trasluce en los efectos de fuera, que es vuestra actividad, vuestro apostolado, vuestra vida de ejemplaridad, de acercamiento de las almas hacia Dios... Conservadlo con toda nobleza, con todo cariño, con el mayor afecto..., no llenándoos de novedades que no aprovechan para nada...

Conservad vuestra esencia y la eficacia de esta vocación.

905. No habéis de tener necesidad de que siempre se os estén repitiendo las cosas... Una vez u otra, la voz que os habla... fallará, y fallará el otro... Pero quedará siempre flotante la palabra, la enseñanza. Ahí estará viva la lucecilla que alumbró el camino de vuestra vida.

Sois vosotras las que habéis de trabajar, sois vosotras las que, con la cooperación y el esfuerzo de vuestro trabajo, alcancéis la meta que os habéis propuesto, y realicéis eficazmente vuestra vocación... Los buenos soldados no pelean solamente cuando está el general presente y les ve... Aunque no esté, en llegando el momento de la lucha, se lanzan a ella... Han recibido las órdenes, saben que el enemigo está enfrente..., no necesitan más.

Habéis de tener vuestra personalidad espiritual... Las palabras de los demás serán un aliento a vuestro corazón, pero la obra es vuestra. Hay que apretar de verdad.

906. La atmósfera que nos rodea es cada vez más densa, más negra. Aumenta la relajación, el espíritu evangélico va perdiendo su fuerza. Se rompen las ataduras de la obediencia, de la subordinación, de la moralidad. Esto envuelve no sólo a los del mundo, sino también a las almas elegidas por Dios para una misión especial. Y hay lamentables desviaciones en el pensar y obrar.

En este naufragio, la única tabla que nos queda, y que nos salvará, es la fe. Afirmaos bien en ella. Que esta luz no la puedan apagar ni tampoco hacer tambalear los soplos fuertes del mundo.

Y frente a la corriente que nos quiere arrastrar, seamos resistentes, y no quedarnos en una retaguardia, que suele conducir a un estancamiento y a un descender hacia una lamentable situación.

Hay que ser, vivir y obrar según el espíritu y las normas de las Constituciones. Ellas signan el camino y la acción de la Obrera.

907. Conservad el espíritu de Obrera; si se pierden los rasgos, por la influencia de costumbres y ambientes exteriores, poco a poco se desdibuja la imagen auténtica, y se llega a la pérdida total del ser de Obrera.

908. Os ruego en el nombre del Señor que procuréis portaros, vivir y obrar como Obreras de la Cruz, según os he enseñado, según la doctrina que os he comunicado, según la formación que de mí habéis recibido. Toda ella ha ido encaminada a una finalidad suprema: la glorificación de Dios, mediante vuestra santificación, y la de las almas.

909. Señor... “Que las Obreras crezcan con mucho vigor, con un crecer constante en espíritu y en acción santificadora...”

Mas el crecer constante engendra un renacer necesario, cuando se guarda el espíritu de aquel que le dio el ser.

910. Os tracé el camino que debe seguir una Obrera perfecta, y con claridad conocéis sus verdaderas características. Seguid este camino. Nunca os salgáis de las directrices trazadas. Equivaldría a desfigurar los perfiles y rasgos de la auténtica Obrera. Las cosas del mundo están sujetas a mudanza: cambian con relativa facilidad las criaturas, las cosas, los juicios, las maneras de ver... Y en medio del oleaje del tiempo, planes, instituciones, pierden su propia fisonomía y acaban por quedar desfigurados, para, prácticamente, hundirse.

911. Que ni la mano del hombre ni del tiempo os desfigure. Conservad siempre lo propio, lo vuestro; ni os desfiguréis, ni dejéis que os desfiguren ora manos extrañas, ora manos amigas. Cuanto mejor cumpláis los mandatos, exhortaciones, normas, consejos, encaminados todos a formar en cada una de vosotras la Obrera santa y apóstol, a mayor perfección subiréis, más crecida será vuestra santidad, y grande gloria daréis a Dios. Y así, habréis cumplido la voluntad del Señor...

912. La Obrera piense que en su vocación no ha venido a buscar más que a Dios y a las almas por Dios. Si pensó ser movida o se sintió serlo por otro motivo o móvil, se ha equivocado. No es éste el camino de una vocación de entrega a Dios.

A la Obra se viene a buscar a Dios, y a las almas por Dios; por tanto, no a las criaturas, no a las personas, no a los acomodos o maneras de vida.

Venir una Obrera a la Obra para acomodarse, para aprovecharse, no es cosa noble, no es propio de una pura vocación. Se viene a buscar a Dios, a buscar su santificación, a capacitarse e instruirse lo más posible, como elemento de trabajo para la salvación de las almas.

913. El traje no nos hace santos; somos nosotros quienes santificamos el traje que vestimos.

914. Cuando un miembro sufre, todos los miembros sufren. Si una Obrera triunfa, es todo el Instituto el que triunfa; si alcanza gloria, es el Instituto el que la alcanza..., no por ella, sino por su vocación de Obrera. El fuego del amor al Señor es el lazo que ha de mantener siempre unidas nuestras voluntades.

915. Nutrid bien vuestra mente de la sana doctrina. Comprendo que cada vez se os ha de dar más formación... Que se reciba o no, ya no es culpa del que la da, tendrá que culparse al que la ha de tomar.

Libros recios de vida espiritual, Evangelio en la mano, Escritura en la mano, interpretaciones auténticas de la Escritura. Otros libros que muevan, ilustren, den luz a la mente, para que la guíen siempre hacia Dios. No hacia el mundo si no es para llevarlo a Dios; no hacia el mundo para meterse y hundirse en él, por muchas razones que se aleguen.

916. Insisto en la formación individual y personal de cada Obrera. Habéis de constituir vuestra personalidad espiritual, de suerte que vuestro crecimiento o vuestro decrecimiento sea vuestro, con toda la responsabilidad. Más claro: no que una cumpla porque la otra cumpla. Ni deje de cumplir porque la otra no cumpla. Lo hago porque Dios quiere, es la voluntad de Dios. La voluntad de Dios está ahí expresa. Si lo que a mí me impulsa es el amor de Dios, que debo vivir intensamente dentro de mí, si mi ideal es conseguir la glorificación de Dios en la tierra, ¿para qué me paro en otras cosas que no tienen nada que ver?

917. Las Obreras habéis de tener una característica muy hermosa: la sencillez, la naturalidad, la transparencia de vuestra alma. Y, a la vez, esa confianza en el Señor, esa seguridad en la Virgen, pues todas tenéis motivos más que suficientes para dar muchísimas gracias a Dios.

918. Jesús juzgará nuestras acciones interiores y exteriores, como criaturas racionales, como almas consagradas a él; os juzgará como Obreras. No os preocu-

pe el tener que dar cuenta a las criaturas, para que nunca hagamos las cosas con miras a ellas. No os preocupe el que lo vean o no lo vean, el que aplaudan o enmudezcan ante vuestros actos, el que os desprecien o el que os alaben, no. Vuestra principal y única preocupación ha de ser el procurar que vuestros actos sean propios de un alma de vida espiritual, consagrada a Cristo, y con el título hermoso de Obrera de la Cruz. Que respondan a la voluntad de Dios, sean convenientes a la vocación, respiren santidad.

En todo vuestro obrar, oculto y público, interior y exterior, no busquéis otra cosa que el cumplir el querer divino. Entonces, es cuando viene la paz, el interior sosiego de la conciencia.

919. ¿Cuál debe ser nuestra actitud respecto a las almas que tratamos espiritualmente? No esperéis de ellas gratitud; agradecimiento no esperéis. Os lo darán, pero no lo esperéis. Buscad a Dios en ellas, dadles al Señor, meted en ellas la semilla de Dios, alaben o no alaben, no importa. Habéis cumplido con vuestra obligación de Obreras, ser como sementeras que presenten a Jesucristo a las almas.

La Obra no puede buscar cosas de esta índole. Las tendrá, las tiene; pero esto no nos place completamente, no nos llena. Nos llenará más ver subir a la Obra purificada, triunfando y creciendo a fuerza de la inmolación, del sacrificio de sus Obreras, de la purificación de su vida, de la virtud que lleven, de la inmolación de sus actos por amor de Dios... Esto nos llenará más, porque esto es oro, esto no se pierde.

Que en nuestra separación, mis Obreras, que una vez u otra ha de llegar, y nuestra desaparición, nuestros cambios de lugar, dejemos siempre la huella de ese recuerdo..., no de la personilla, sino de la virtud,

de la ejemplaridad, de la santidad. Eso es lo permanente. Si una Obrera hoy está aquí, y mañana está allá, deje siempre por donde pase el recuerdo de Jesucristo vivido... Éste ha de ser nuestro esfuerzo.

Nuestro personalismo no aprovecha para nada. Que el Señor lo llene todo. Unos a otros sí, hemos de ser medios para llegar al Señor; unos a otros nos hemos de ayudar para la santificación. Pero esta ayuda a la santificación, hay que hacerla de manera que no seamos seres absolutamente necesarios. Creemos que somos necesarios en este sentido. No, no lo somos.

920. Habéis de tener vuestra formación propia, con lo cual se formará vuestro espíritu de Obreras. Y al decir espíritu de Obreras, no quiero decir que habéis de tener espíritu partidista... Espíritu de Obreras quiere decir, espíritu de Cristo, y por eso os habéis de troquelear y formar en el estudio de Jesucristo. Este espíritu de Cristo está delineado clarísimamente en tres cosas: ser y formar almas de penitencia y mortificación; ser y formar almas de oración; ser y formar almas de apostolado.

921. La Obrera dejará de ser tal en el momento que cambie o pierda su espíritu. Será otra cosa, no será Obrera. Habrá, entonces, que cambiar su nombre, habrá de dejar ese signo de la cruz, que es el signo suyo, para tomar otra cruz. El mundo, con sus cambiantes, no puede cambiar en nosotros más que unos modos de actuación, no una sustancia de vida... El hombre siempre será hombre, bien vaya en bicicleta, en moto, en coche, en avión... Siempre será hombre. Así, su razón constitutiva no puede cambiar sin que venga la destrucción.

922. Cada una mire su cauce, mire lo que el Instituto le pide, mire lo que dicen las Constituciones, mire lo que se respira en ellas... ¡y vívalo! Alejarnos de esto..., es prepararnos la propia muerte. Es vivir con desasosiego, es vivir fuera de vuestro sitio, es vivir medio muriendo, como el pez que se le sacara de su agua. Sería la Obrera, pero no sería la Obrera. Lo que os ha de mantener, es conservar vuestro espíritu de Obreras... Que es vuestra oración, vuestro sacrificio, vuestra obligación, que es vuestra sonrisa, vuestra donación, que es interpretar lo que es una vida entregada a Dios.

923. Sentirse Obrera no es decir “soy Obrera”; es sentir dentro de ella las raíces de lo que exige una vocación. Es sentir como algo suyo aquello que le hizo suya. Es saber apreciar el don en su justo valor, para no valorarlo menos que lo que el mundo le puede ofrecer... Sois soldados de Cristo, en un Instituto en el cual habéis de desenvolver vuestra vida, para hacerla muy fructuosa en esa empresa divina. No penséis que la Obrera es otra cosa... Os habréis equivocado.

924. En la Obrera no puede haber ficción; ha de ser todo real. Y si algo de ficción hubiese, hay que eliminarlo. De poco valen grandes fusiles sin balas de disparo, o fusiles de madera ficticios; es preferible un fusil pequeño, pero que dispare bien. Es decir, nuestra vocación ha de ser maciza, real, firme, consciente, nacida de una convicción, y de un amor desinteresado a Dios nuestro Señor. La Obrera ha de saber que va hacia un camino de cruz, de lucha, pero sabe que va a triunfar, que va a vencer, como siempre triunfa y vence la cruz.

925. Vuestro espiritualismo, que sea el primitivo, el que nació de un Cristo que triunfa en el Calvario. Cambian los tiempos, pero no se ha cambiado ni Cristo ni la cruz.

926. Nuestra voluntad que sea amplia en el servicio del Señor. Jesús cumplió su vocación. Los apóstoles la cumplieron también. Vosotras tenéis la vuestra, y yo la mía. Todos tenemos una misión que cumplir. Sois Obreras. Sentid, pues, vuestra responsabilidad como tales.

Dejar caer la cruz de las manos, cualquiera lo sabe hacer. Apretad con vuestras manos la cruz, cargadla sobre vuestros hombros, y tirad camino adelante. Ya vendrá el cirineo del Espíritu Santo, la gracia del Señor; ya vendrá la Virgen, la Madre, para dar un poco de alivio a esa carga que podamos llevar encima de nosotros.

927. Todas formáis compactamente un cuerpo, y todas habéis de sentir igual, y todas habéis de latir con un mismo corazón. Unos por otros, ésa es la ayuda mutua, ésa es la caridad mutua, ésa ha de ser la perfección mutua. No mirándonos a nosotros particularmente, sino mirando el conjunto... El soldado no mira a sí, mira a la patria, mira la tierra que defiende, mira la bandera bajo la cual está, y por la cual, si precisa, ha de morir.

928. La consistencia, el crecimiento, el desarrollo, el poderío, diríamos, que puede ejercer nuestro Instituto en el mundo, ha de depender de vosotras mismas. De lo alto, no falta la gracia; de la Virgen, tampoco falta su protección, pero... no ha de ser un milagro continuo. Incumbe la obligación de corresponder. Sabedo-

ras de esta obligación sagrada para cada una, no olvide cómo debe aprovechar estas gracias y dar según la medida de sus aptitudes, de esos valores humanos que tanto hoy se repiten y que no se explotan para Dios, el rendimiento que el Señor espera.

929. La Obrera ha de conservar su espíritu. Su espíritu ha de ser auténticamente de Jesucristo. No importa que cambien los tiempos, ni los medios, ni los modos. Los llevaréis en vuestras manos; pero el espíritu no puede cambiar, como no puede cambiar criar un árbol sin abono... ¿Cómo llevar una vida auténticamente cristiana, sin sacrificio? Es una ilusión. El sacrificio es el abono... Una Obrera con su sacrificio, llena de amor de Dios, generosa para con él, que se lance con la mira puesta solamente en el Señor, a realizar el oficio que lleva entre sus manos, oficio que es parte de la vida apostólica de todas las Obreras, ésa no puede fracasar nunca.

930. Os hablo como acuciado por un deseo de que las Obreras seáis un testimonio fehaciente de la verdad de Jesucristo –de que nunca caigáis en estos errores en los cuales como un veneno han caído y se han inficionado no pocos creyentes–, para conquistar el mundo para Dios. No hay que hacerse como el mundo es, para llevar el mensaje de Jesucristo a las almas. No hay que hacerse como los hombres son, sino hacerlos como Cristo es. Permaneced fieles en vuestra doctrina, y al decir esto recuerdo las palabras de san Pablo: “Recordad lo que yo os he enseñado, cumplid lo que yo os he dicho, no dejéis los caminos que yo os he marcado...”. La doctrina que se os viene dando a través ya de muchos años, no es otra que la de Jesucristo, la del Evangelio, la de la vida cristiana, ¡no hay otra!

931. Para la lucha habéis sido formadas. Pero si cada persona, particularmente, llamada está a esa lucha o ese trabajo por Jesucristo, los Institutos, éste, está ya concebido y formado en su organización, con una unión de fuerzas, de voluntades, de talentos, de valores, de energías, de bienes, de todo, como instrumentos que Dios ponga en nuestras manos para luchar. Lucha que ha de producir paz, no lucha de sangre. Es lucha del espíritu bueno contra el malo. Es lucha de la virtud contra el vicio. Es lucha de la aceptación de la ley santa, moral, de Dios, de su voluntad expresada en esta ley, contra la voluntad que la quiere quebrantar, modificar y, modificándola, borrarla, hasta el extremo de que los seres no sean ya sólo inmorales, sino hasta amorales, que pierden el sentido de la moralidad, el sentido de su propia conciencia.

932. Hay una semejanza que no se puede negar; aunque distintas, lleváis una semejanza, y es la de un espíritu de Obrera que se os ha forjado interiormente. Este espíritu lo conservaréis si vivís compenetradas y unidas a Jesucristo, y sabéis con toda generosidad aceptar sus gracias y seguir sus caminos. Nada de egoísmos. La gloria de Dios. Nada de singularidades; las Obreras todas son iguales... Las Obreras son obreras. Para ellas no hay oficios humildes; todos son nobles y son grandes.

933. La Obra ha de ser un árbol fecundo para Dios. Sus Obreras, ramas, han de producir los frutos de Dios. Estos frutos son de vida eterna. Se conocerán, por tanto, en vuestro modo de vivir personal, secreto, individual; se conocerán en vuestro modo de vivir socialmente; se conocerán en el cumplimiento de vuestras obligaciones en medio del mundo donde estáis; se

conocerán en la realización de los planes apostólicos y de aquella actuación apostólica que podáis desempeñar, y que se os confía, y de ese espíritu de Dios que os anime a trabajar por la glorificación suya. Se conocerán en la ejemplaridad de vida... Una Obrera no puede desdeñarse de su nombre. No puede deshonrar el nombre que lleva.

934. El espíritu de la Obrera yo advierto que es volar, volar... a dar más, a lanzarse por esos mundos de Dios, para poder tener la expansión de su corazón, para no tener aprisionadas las condiciones que Dios le ha concedido y que en estos tiempos la Iglesia requiere... Masas ingentes esperan la acción de los apóstoles, para que les puedan dar el pan de instrucción, de catecismo, de Dios, de cielo. La Obrera siente en sí esa necesidad de un vuelo. Por lo menos, vuestra oración constante, vuestra cooperación, vuestra vida de unión en espíritu... Todas compenetradas en un mismo ideal, fogueadas por un mismo amor, realizaréis la grande obra de cooperación a la Iglesia. Esa grande obra, es vuestra Obra.

935. Conservad vuestro espíritu. No andéis remisas en ello. No os ahorréis, porque lo que ahorréis lo perdéis... Dad a Dios, que dar a Dios es multiplicaros. Dad a Dios, que dar a Dios es recibir... No sé... Dicen que el ciento por uno, no..., ni mil ni dos mil, lo eterno por lo temporal. Dad, sobre todo, vuestro corazón; con todo vuestro amor, con todo vuestro cariño, con toda vuestra fuerza, para que Cristo viva dentro de vosotras y sea la fuerza que os sostenga y os empuje... Ése es nuestro Modelo. El Obrero Divino, ejemplar de la Obrera.

936. Vamos camino de Dios, mis Obreras, gozosamente, con ilusión. Día tras día nos vamos acercando a él, ¿pero cómo? Con una conciencia pura, una conciencia limpia, un corazón grande, una vida ofrendada, una ilusión de conquista, una entrega total. Este pensamiento habrá de ser el nervio que nos sostenga en nuestras luchas y dificultades que, como obstáculos, se interpondrán en nuestro camino apostólico y de santificación propia.

937. Yo no concibo una Obrera que no dé buen ejemplo; y si alguna no lo da, que reflexione sobre sí... Sois un instrumento que habéis de dar un sonido siempre grato a Dios; que no se diga de vosotras lo del Salmo: "Unos tendrán ojos y no verán, tendrán oídos y no oirán...". La Obrera que tenga ojos y que no vea el don de su vocación, las gracias que tiene, los medios de santificación, la que no vea esto..., ¡eso es terrible! Que una Obrera tenga sus oídos y que no escuche... Que no ande, que no tenga generosidad para con Dios, pegada a su yo, siempre con los mismos defectos..., a ésta le deberemos aplicar la frase "tiene ojos y no ve"... La Obrera que es dócil, que tiene oídos para escuchar la voz de la gracia de Dios..., ésta es la que ha de triunfar. Esto es la Obrera.

938. Aumentad en vosotras la virtud. No tengáis miedo; el hierro hay que golpearlo mucho; la tierra hay que trabajarla mucho; y cuanto más la cavan, más fecunda es. No os tengáis miedo a vosotras mismas. Plantad a Cristo en vuestro corazón, no imaginativamente, sino de verdad. Vivid, todas, vuestra vida de Obreras. Vuestra vida de Obrera es conseguir el espíritu interior y actuar en la acción apostólica, con el fin de haceros más fuertes a vosotras, y dar crecimiento al

cuerpo del cual formáis parte. Y todo para gloria de Dios. Y ¡cuánto peso podríamos levantar, y cuán poco levantaremos si nos falta este espíritu así vivido! La Obrera que no lo vive, si no lo vive hoy ¿cuándo lo ha de vivir?

939. Sois almas de selección, luego es clara vuestra obligación de actuar como células en esta sociedad, no para contagiaros, sino para contagiar, para el bien. No para coger los defectos, sino para perfeccionar lo defectuoso. No para ser arrastradas por amores de tierra, sino para arrastrar a los corazones al amor de Dios. Vuestra misión es de selección. No tendría espíritu de Obrera auténtica, aquella que no llevase en sí esa fuerza del buen ejemplo. No es excusa el que nos rodee el mundo. Lo pide nuestro estado, la unión de la Obrera con Dios, esa vida de vencimiento y mortificación, esa vida de superarse a sí mismo en su interior.

940. Forzad la marcha de vuestro espíritu, pensando que estáis llamadas a cumplir los planes de Dios, que quiere almas santas para salvar al mundo. La vida apostólica se desmorona por falta del absoluto desprendimiento... No defraudéis las esperanzas que Dios y la Virgen han puesto en vosotras.

941. Cuando nos modernizamos, es para con esos nuevos modos seguir trabajando por la conquista de las almas, por el Reino de Dios. No será aceptable aquel nuevo modo que no nos sirva para la pesca, y ésta sobrenatural. Ni tampoco serían nuestras manos buen instrumento para esta pesca, aquel que al lanzarlo al agua nos arrastrase también a nosotras al agua y, en vez de salvar, nos ahogásemos... Poned prudencia. No os mováis en la dirección, a veces contraria, en que

sopla el viento actual. Permaneced firmes, conservando el espíritu de Obreras que se os ha inculcado en vuestra alma. Eso será lo que os salvará, lo que salvará vuestra vida espiritual, lo que salvará vuestra vocación, lo que os hará más firmes todavía, para continuar en este servicio de la lealtad, de fineza y de generosidad que vuestra vocación requiere. Conservadlo como un tesoro.

942. Formad una conciencia, mis Obreras, una conciencia total, tan completa, que sepáis valorar la vida de cara a Dios, y sepáis apreciar lo que es vuestro estado. Que no es un refugio, no es un decir “no sé...”. “No tenía más remedio”. No... Es algo que se debe apreciar, querer y estimar; así que, aunque a mí me diesen lo que me diesen, lo juzgaría como chatarra. Esto es oro. Solamente en el cielo podremos apreciar la grandeza de un estado de entrega y de consagración a Dios.

943. Ante el mundo sois Obreras, desposadas con Cristo; ante el mundo tenéis un estado de perfección y la obligación de vivirlo. Y este vivirlo, supone que nosotros lo revelamos mediante nuestro ejemplo. Ante el mundo venimos a ser..., todos los cristianos deben serlo, según san Pablo, el buen olor de Cristo; pero nosotros, más. A este estado responde una ejemplaridad de vida, mis Obreras... La posición de la Obrera ante el mundo, es vivir su estado de perfección; actuar según lo vive, procurar hacerlo eficaz... En esto andamos un poco descuidados. Si rindiésemos todos según nuestro estado..., ¿creéis que habría tanta maldad en el mundo...? No todo es mala tierra. Nosotros, no actuamos según lo que somos.

944. Yo tengo un concepto formado de lo que debe ser la Obrera, quizá demasiado alto, pero debe ser así. Ha de ser como una chispa de fuego que pase por el mundo; ha de ser como un incendio de Jesucristo; ha de ser como un algo que revele a Dios. Cuando pasa en su trato con los pobres, cuando conversa con los ricos, cuando trata con aquellos de situación mediana, y con los enfermos, con quien sea, allí deja su mirada, que transpira ese algo que vive. Deja una mirada de consuelo, de paz, de aliento, de alegría, de ese algo que ella debe vivir.

945. La razón de existencia de las Obreras es poder vivir y practicar los consejos evangélicos reconocidos por la Iglesia y, al mismo tiempo, conservar su estado secular. Vivir la perfección de la vida cristiana en medio del siglo, en contacto con él, con una potente vida interior, donde juega, como sabéis, principal papel, el amor de Dios; y dar a esta vida interior una expansión exterior, la cual es, el apostolado. Esto es la Obrera, ésta es la razón fundamental de su existencia. Hoy en el mundo hay necesidad de estas almas, porque del mundo no nos podemos separar por completo, pues dejaríamos al arbitrio y voluntad de los enemigos de la Iglesia todo el campo.

Si falla alguna de estas condiciones, falla la verdadera Obrera. Ella busca la perfección cristiana en su verdadero sentido; y la busca, practica y ejerce en contacto con el mundo... Una Obrera fracasará si se olvida del primer punto, que es el deseo verdadero de vivir la vida de perfección evangélica, que excluye la vida o el estado de matrimonio. Son incompatibles. Y el segundo motivo, que es el deseo y la necesidad de participar o cooperar en la recristianización del mundo... Y quiere el trabajo de apostolado en cualquier forma y

manera que exijan los lugares, tiempos, etc., acomodándose siempre a las distintas circunstancias. El apostolado de la Obrera no tiene límite. Esto es lo que le caracteriza...

Que sepáis la definición de vosotras mismas.

946. Nada excusa para que uno se sacuda su obligación... Hemos de tener una idea clara de lo que es la obligación... Aquello que uno debe realizar, por su oficio, por su compromiso, por su cumplimiento, por su vocación..., al pie del cañón; hasta que se caiga... Como el mártir se caía cumpliendo su obligación de confesar la fe..., y caía su cabeza rodando, por el golpe del hacha. Cumpla mi obligación...

La personalidad bien entendida quiere decir: conciencia de su obligación, conciencia de sus derechos, conciencia de su responsabilidad, conciencia de lo que uno es.

947. El Instituto necesita Obreras a prueba de bomba. Hoy más fuertes que nunca. Os hablo con toda claridad.

El seguimiento de Cristo nos exige esto. Seguirle a medias, no. Hay que seguirle con toda nuestra totalidad, con todas las consecuencias. ¿Será esto mucho exigir? Lo que debe ser, se hace. ¿Vamos a apretar nuestra vida? Sí, pero apretarla junto a Jesucristo. ¿Vamos a ahogar nuestro espíritu? No. Vamos a hacerlo volar hacia Dios.

948. Hacéis mucha falta en el mundo, para la Iglesia, para el Señor. Delante va la Virgen. Miradla. Aquel "fiat" fue la clave de nuestra Redención, fue la clave de la virginidad, fue la clave de nuestra grandeza.

El fiat nuestro puede ser también la clave de la salvación de muchísimas almas. Hay que vivir la virginidad. Hay que vivir la vocación. Hay que vivir el ser de Obreras. Hay que vivir vuestro espíritu, y vivirlo en todas partes... El nombre de Obrera ha de cantar siempre la virtud. Por amor a Cristo, vírgenes; por amor a Cristo, entregadas a él; por amor a Cristo consagradas a él. Por amor a Cristo, elementos e instrumentos de redención de muchas almas.

949. No bajéis vuestro nivel, mis Obreras. Sed avariciosas del tiempo, para formaros, para orar, para estudiar, para trabajar, para reparar, para vivir en contacto íntimo con Dios. Para alegraros y para alegrar la vida de aquellos que se acercan a vosotras. Ojalá se pudiera decir de nosotros lo que se dijo de Jesús: pasó, vivió, transcurrió por el mundo, haciendo el bien.

950. Yo no quisiera que ninguna Obrera se quedase con sólo el título de Obrera, o con la conciencia de que es Obrera, y nada más; como aquel que tiene la conciencia de que ha heredado, pero no explota la herencia, no la hace fructificar. Es muy triste vivir así; es muy triste contemplar una vida vocacionada inutilizada. Lo que uno es, que lo sea de verdad; lo que uno es, que lo viva... ¡Ay de las vocaciones débiles! La voluntad de la Obrera ha de tener un contrapeso tremendo; que aunque venga el empuje de un huracán, no la pueda mover.

951. Haced honor a vuestro nombre. Obreras por Cristo, pero Obreras también en los quehaceres. No tiréis nunca hacia atrás. Adelante... Cumplimiento de vuestras obligaciones, aunque junto a vosotras tengáis personas que no cumplan. Hemos de dar cuenta cada

uno delante de Dios. No nos imaginemos la vida espiritual como un encantamiento. El tiempo nos urge. Si san Pablo estuviera aquí, cómo nos llevaría a todos a pinchazos.

952. ¿Qué puedo hacer yo más, en mi acción como Obrera? ¿Qué puedo planear más, qué iniciativa puedo aportar? ¿He empleado algún tiempo a pensar y a discurrir qué podría hacer como Obrera para la conquista de las almas...? Esto es obligación de cada Obrera. No creáis que la preocupación es solamente mía, ni de otras personas. Quizá el Señor nos dé alguna idea, alguna luz especial, alguna iniciativa, qué sé yo... Lo peor de todo es que una persona se cruce de brazos, se esté tranquilamente esperando que venga el maná de arriba... Por tanto, a ser más activas todas, por lo menos, pensando... No convertáis la vocación en algo pacífico, sino hacedla activa. Eso es lo que quiero de vosotras.

953. Quien no cumple, no ama. El que ama cumple. El que no cumple los mandatos de la voluntad del Señor, no le ama; y si no le ama, no le puede tener en su corazón. Tampoco él le amará.

Así también, quien no cumple aquello que es concerniente a sus obligaciones de Obrera, no ama. El que no ama, no cumple. Si no cumple, tampoco puede tener dentro de sí esa vida auténtica de la Obra.

954. ¿Acaso mi juicio es cerrado? No, quien tal afirmase, no me conoce. Veo muy lejos, muy lejos... Hay que conservar con verdadero interés el espíritu de Obrera. No voy a echar mano de aquellos primeros tiempos en que la Obra surgía en medio de sacrificios heroicos; también ahora los hay. Entonces no podía

haber más que eso, porque era una cosa naciente, desprovista de medios; solamente había como medios un corazón y una voluntad, unas manos, una vida que se entregaba. Pensar en retornar a aquello, es absurdo, porque la Obra ha conseguido su crecimiento, su desarrollo; su posición es distinta. Pero el alma, aquella alma, aquel espíritu, hay que conservarlos. Aunque la forma externa haya crecido, haya variado en cierto modo... Hay que conservar la vida.

955. Santificad, pues, la vida de fuera, y santificad la vida de dentro. Sed corazón para Dios, y sed corazón y brazos para los demás; así, vuestra vida de Obreras será una realidad, y el apostolado, cada vez mayor y de más fecundidad.

956. Vuestra satisfacción íntima sea ésta que dice Jesús: "Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el cielo". Los nombres de las Obreras deberán estar todos escritos en el libro de la vida, y lo estarán si sois verdaderas Obreras. ¿Es algo imposible? Como comprenderéis no, puesto que el Señor os ha llamado, os ha dado la vocación de Obreras. Pero sed verdaderas Obreras. Lo podéis y lo debéis hacer. No os contentéis con llevar una vida lánguida; sed Obreras que trabajen en el reino de Jesucristo, a su modo, a su manera, como puedan. Siempre en el nombre del Señor, con la oración, con la palabra, con lo que sea; pidiéndole que lo haga él, que nos ayude él, que opere él en nosotros, aunque nosotros seamos un instrumento más noble o menos noble, no importa. Pero que sea él el que maneje este instrumento de nuestra personilla.

957. ¿El mundo me podrá deslumbrar? ¿Me podrá engañar? ¿Sería yo tan inútil que me podría seducir?

¿Sería capaz de perder mi visión hacia Dios? ¿Sería capaz de cerrar mis ojos para no ver ese sol...? Nosotros, que nos hemos sentido como águilas por esa fuerza que Dios ha puesto en nuestro corazón para subir hacia arriba, ¿seríamos capaces de cerrar nuestros ojos para no ver a Cristo que alumbra nuestra vida?

Sobre vosotras pesa una grande responsabilidad: Hacer que en el Instituto se conserve siempre la doctrina limpia que se os ha enseñado... El día en que la Obrera deje de ser lo que se le ha enseñado, dejará de ser Obrera. Ese día habréis liquidado... Acordaos de lo que os digo, por si algún día fuera preciso. Sobre vosotras está la responsabilidad de ser entonces una columna fuerte que sostenga bien alto lo que hoy sois, lo que hoy vivís, y lo que el Señor quiere que viváis siempre.

958. Alejaos de todo aquello que os aleje de vuestro espíritu. Lo que os pueda apartar, lo que os pueda debilitar, lo que os pueda trastornar, apartadlo de vosotras, venga de donde viniere. Ni de palabra, ni de libro, ni de intervención, ni de nada; lo que uno es, es. Y lo conserva hasta el fin. Alejaos de todo aquello que os aleje de vivir vuestro espíritu de Obreras. Que no os faltarán ocasiones que vengan como a pretender desmoronar este edificio que dentro de vosotras lleváis construido a través de muchos años, para sentirnos auténticas y verdaderas Obreras. Apreciad mucho el don que habéis recibido.

959. La Obrera es concebida como un soldado de Cristo. Por tanto, formáis un pequeño ejército en el campo de la Iglesia. ¿Qué le concierne a una Obrera como soldado? Piénselo cada una. ¿Qué haría un soldado por defender su patria? ¿Qué hace un soldado

cuando se va al campo de batalla y coge su mochila y su fusil y dice el adiós a las cosas...? Como soldado, pues, hay una finalidad en su vida. ¿Sería buen soldado el que regatease su cooperación, su actuación, cuando le reclamase el bien de la patria? ¿Será buena Obrera aquella que rehúse o rechace u olvide o no dé ningún interés a esa cooperación que debe al Instituto? ¿Va a ser un miembro pasivo, puramente pasivo, numérico? ¿Va a ser un instrumento enclenque, débil? Entonces, ¿qué soldado será? ¿Qué confianza se podrá tener en ella?

Cuando una Obrera vive desinteresada del Instituto, le pertenece, sí, pero no lo vive. Cuando una Obrera no mira el interés del Instituto, su crecimiento, como instrumento de Dios, como instrumento de acción, vive alejada, le falta savia vocacional o, por lo menos, actualizar esa savia que un día tuvo. Cuando una rama se independiza del tronco de su árbol, muere. Y el que por una cosa, a la cual pertenece, no se interesa, no la ama; o, por lo menos, en la integridad con que debe amarla.

960. Yo tengo tal concepto formado de lo que debe ser una Obrera, que no lo concibo sin que sea una verdadera sierva de Cristo. Ni comprendo una Obrera que vaya buscando satisfacción propia, ni que obre por miras humanas, ni que busque complacer a la gente sólo por la pura vanidad. La Obrera deberá poner, por encima de todo, el querer de Dios.

961. Conservad vuestro espíritu vocacional de Obrera, íntegro y limpio siempre. Él os ha de mantener como sal y como luz. Sed luz unas para con otras. Sed sal que os conservéis unas a otras, y todas, hacia Dios. El sabio halla en todo el sabor y gusto de Dios. La Obrera

sabia es la que halla gusto en todas las cosas, el gusto de Dios, el sabor de Dios, es decir, que sobrenaturaliza todas las cosas, que todo lo ve a través de este Dios, que todo lo falla a través de un Cristo: su alegría, su pena, su espina, su flor, etc. Alegraos por esta misión que Jesús os ha confiado, y sed fieles en cumplirla.

962. La Obrera nació de dos corrientes básicas, fundamentales: el buscar la santificación y el deseo de participar en la obra de Jesucristo, la extensión de su Reino, la recristianización, la glorificación de Dios... Y si de aquí nacieron, naturalmente, su conservación la hemos de buscar sobre estas dos bases. Más aún, su crecimiento no lo podemos encontrar, por muchos sistemas y medios que inventemos, más que sobre esos dos fundamentos.

Por tanto: la vida espiritual, la vida de contacto con Dios, la vida íntima con Jesucristo. ¿Qué significado tiene nuestra vida si nos falla esto? Y sin ella, el apostolado pierde el sentido. Acabaría por ser un sacrificio puramente humano, pero sin vida, sin perfume sobrenatural.

Buscad, luchad... Vivid la vocación. Y nada de entreteneros con las criaturas, nada de eso. Quererlas y amarlas, pero no posarnos en ellas. Vamos arriba. Quien así no vuela, un día quedará, parcial o del todo, pegada a esa criatura.

Dios siempre, Cristo siempre. Y la virtud por encima de todo, como programa único de nuestra vida.

963. Los pobres son evangelizados; éste podrá ser en la vida de la Obrera su timbre de gloria: decir que evangeliza a los pobres. Haciendo llegar los consuelos de Jesucristo, va haciendo sonreír a esos labios, a esos ojos que tantas veces han llorado, sólo con darles una

mirada de fe, y unas palabras de amor de Dios. Éste es vuestro gran campo: los pobres son evangelizados. Cuando en la historia de la vida de una Obrera y de esta Obra del Señor, podamos decir, como un distintivo especial, no sólo que los ciegos ven la luz, no sólo que los sordos oyen la Palabra de Dios, que los muertos por el pecado resucitan a la vida de la gracia, sino que los pobres, los miserables, son evangelizados, entonces, podremos ostentar uno de nuestros mejores títulos.

Acordaos de Jesucristo, que pone entre sus milagros este gran milagro de la evangelización de los pobres. Aprendamos su espíritu, mis Obreras. Cuántas veces os lo repetiré; cuántas veces intentaré inculcar dentro de vosotras ese espíritu de Dios... Hay muchos cristianos y apóstoles de nombre, pero muy pocos en la realidad y de verdad. Seguid trabajando en esa gran masa. Vais a coger muchos corazones y muchas almas, para ponerlas a los pies de Jesús. Entre ellas, habrá muchas enérgicas, decididas, acaso heroicas y de grandísimo fruto para la gloria de Dios.

964. Bien hacen las Obreras, aquellas que por la providencia de Dios están sujetas en ciertas circunstancias, bien de apostolado, bien de enfermedad, a dolores, no ordinarios, sino extraordinarios, fuertes, de aplicarlos por el fruto del apostolado de la Obra, de las Obreras, de la Iglesia. En muchísimas ocasiones, palpamos el fruto de la aplicación de estos dolores y de estos sacrificios.

965. Hemos de andar con un poco de cuidado al leer ciertas interpretaciones que se hacen de la Sagrada Escritura. Para algunos, la Escritura no es más que todo simbólico... Algunas cosas, sí, son simbólicas,

modos de expresar, etc., pero el fondo es real y no se puede negar. El Evangelio canta. El libro nuestro de guía es la Escritura, sobre todo, el Nuevo Testamento, los Evangelios, las cartas de los Apóstoles y los Hechos. Aquí hay un manantial de sabiduría divina, una luz que orienta nuestra palabra, alienta nuestra vida, y nos abre el corazón a la esperanza.

966. Que vuestro trabajo sea apostólico en primer lugar, por lo menos, intencionalmente, en la intención, aunque en los medios no pueda ser... Porque, a veces, sólo hemos de entrar por una cuestión de aspecto social, de caridad, como sea. Pero, intencionalmente, ha de ser llevar estas almas a que, si no viven, por lo menos estén dispuestas para, cuando llegue el último momento, poder recibir la gracia de Dios y morir en paz. Si no, nuestro apostolado quedaría puramente en un aspecto externo.

967. Sed activas. Pero tened el concepto de lo que es la vida activa. Una vida activa que no produzca para Dios, hay que suprimirla, o sustituirla por otro modo... Ni la actividad lo resuelve todo, ni la vida contemplativa tampoco. Tenedlo muy en cuenta. No bajéis vuestro nivel sobrenatural nunca. En el momento en que baje vuestro nivel sobrenatural, bajará vuestra fuerza productiva para Dios.

Y así quiero que, formadas, conceptuéis con claridad, en todo momento, lo que es una vida espiritual y una vida apostólica. Con ello ya os prevengo para que no os mareen... Ni os quito una cosa ni otra; solamente lo que hago es ordenar, unir, poner un eje. El carro o el coche, lleva dos ruedas: oración, acción. Cristo en vosotras. Actuación de Cristo en vosotras.

968. No es consuelo para nosotros el hacer las cosas medianamente, viendo que el que tenemos al lado lo hace mal; ni tampoco lo es el medir nuestro rendimiento de trabajo, el que demos, un rendimiento mínimo o mediano, cuando lo podemos dar mucho más crecido, en el supuesto de que los demás no dan ni el mínimo, o dan muy poco. Hemos de prescindir de esto. Nuestro rendimiento ha de ser personal... Hemos de responder enteramente a la cantidad de gracias que Dios nos da.

969. Ahora es cuando vosotras habéis de desempeñar mejor vuestro papel en el mundo, ¡ahora! Cuando todo anda en tinieblas, hay que encender la luz. Cuando hay confusión, hay que lanzar ideas claras. Cuando hay frialdad, hay que poner calor. Cuando no se ama a Dios, hay que amar a Dios. Y cuando se alejan de Jesucristo, entonces, hay que volcarse completamente a Jesucristo, nuestro Señor. Y cuando se duda, nuestra fe ha de ser tan ciega, tan firme, como que la llevamos dentro, la sentimos dentro, la percibimos dentro, y no podemos tener la más leve sombra de duda.

Y en este caso, somos como una luz que pasa por el mundo; querrán verla o no verla; no os preocupéis. Querrán escuchar vuestros consejos o no. Quizá en vez de alabar vuestra conducta que respira virtud, que transpira la verdad, quizá de eso se valgan para decir que sois unas anticuadas..., que no comprendéis la vida, que no estáis a las circunstancias, que no os adaptáis. Dejad que corran las aguas desbordadas. Acogeos a esa roca firmísima que nadie pueda arrancar: Cristo, el único faro. Ése con quien vuestra vida está desposada. El triunfo será vuestro.

970. Ninguna Obrera diga “soy inútil”. Ninguna Obrera que, mirando su pasado o su presente, se vea

flaca delante de Dios en la virtud, crea que es inútil. Olvídese, busque al Señor, que el Señor le saldrá al encuentro. Y si fría, encontrará amor; y si débil, encontrará fortaleza; y si descuidada, el Señor será como el estímulo que le haga saltar. Busca al Señor, búscale. En tu corazón, en tu conciencia, en el sagrario, en tu obrar, en tu trabajo, en las almas. Búscale, que le encontrarás.

971. Somos los mismos siempre. Lo mismo será una Obrera con su santidad, cuando es despreciada, que cuando es exaltada. Es la misma, si ella en su interior no ha cambiado. Las exaltaciones no ponen santidad; los desprecios no nos quitan santidad. Somos los mismos. La santidad está íntimamente en nosotros. Pero el mundo, unas veces la reconoce y la exalta, y otras, la reconocerá para hundirla, por odio a Dios. Y otras veces no la querrá reconocer.

972. ¿Cuál es el espíritu que anima la vocación de una Obrera? El espíritu de Cristo. El espíritu de Cristo es rectitud, sobrenaturalismo, abnegación, amor, generosidad, celo, celo que no busca sino las almas como tesoros a ganar; que mira por encima de las criaturas, que vence todo respeto humano, que no puede ser comprado, que se abraza a la cruz. No desviéis nunca vuestra vocación de este espíritu.

973. Característica que hay que destacar en la Obrera es el espíritu de bondad. ¿Encontraremos alguna circunstancia en la cual el Señor no fuese bueno? ¿Qué es el espíritu de bondad? Es un estado interior nuestro por el cual quisiéramos comunicar a los demás el bien que nosotros poseemos. Espíritu de bondad es hacernos cargo de las deficiencias del prójimo y soportarlas

para dar gloria a Dios... Espíritu de bondad es sentirnos buenos en todo momento, y dejar la huella de nuestro bien en todas las cosas que hagamos, de suerte que se pueda decir que pasamos por el mundo haciendo el bien... La Obrera se ha de sentir así, buena como el Señor; hacer el bien, sembrar el bien.

974. No hay que envejecer, antes bien, rejuvenecerse; y esto por exigencia de vuestro mejoramiento, por la mayor utilidad que rindáis y, últimamente, por el bien enorme que en extensión e intensidad podréis dar al mundo. Empujaos, pues, puestos vuestra mirada y trabajo en el Señor. Espíritu de Obrera, bien asimilado y vivido.

975. Las Constituciones son la irradiación que nace del corazón de Cristo Obrero. Todo lo que tenéis ahí no es más que algo cogido de ese corazón divino, de un Cristo que le hemos contemplado y estudiado muchísimas veces, como humillado, como trabajador, como apóstol, como obrero. Obrero que redime la humanidad, obrero que trabaja la viña de su Padre, que le ha enviado al mundo para eso. Las Constituciones... están impregnadas de amor. Pero de un amor que ha nacido de un Cristo que lo consideramos como nosotros, obrero. Él, primero; nosotros, siguiendo el camino de ese trabajo en la viña del Señor.

976. De la índole y condición de ese Instituto, infiérese ser necesarias, para que se conserve y crezca, y pueda realizar eficazmente sus fines:

Intensa vida interior, para que las Obreras puedan vencer en la lucha cotidiana por adquirir la perfección y ganar almas para Cristo.

Santidad de vida y ejemplaridad de la misma, ante Dios y ante la sociedad, como meta de sus aspiraciones perfectivas personales, y medio callado, pero eficazísimo, de renovación cristiana.

Acción apostólica, cual expansión necesaria de la vida interior, a la manera que el fruto lo es de la savia, viniendo a ser, de este modo, verdaderas imitadoras del divino Obrero, Cristo Jesús, en su vida privada y pública.

977. Los tiempos corren. Nosotros cambiamos. Y el cambio depende de nuestra voluntad. Ayer eras así, ¿hoy, por qué no lo eres? Ayer tus aspiraciones eran altas, ¿hoy, por qué están tan bajas? ¿Dónde está tu fe arraigada en el corazón? ¿Dónde está tu amor?

Cambiamos nosotros, dentro del tiempo en el que vivimos... Cambiamos el espíritu y, con ello, también nuestras costumbres.

978. Permaneced firmes. No olvidéis mis palabras. Andad con cuidado. Creced como crecen las plantas, cielo arriba. Para mí, me sirve mucho de aliento cuando salgo al campo y veo varios pinos, varias plantas; todas están juntas, todas crecen; pero una está torcida a la izquierda, otra, inclinada a la derecha, otra crece recta, hacia arriba. A ésta no le influye ni la derecha, ni la izquierda. Vuestra formación personal y espiritual ha de ser así. Unas a otras os habéis de ayudar e influir en bien. Pero si esto no aconteciese, cada Obrera crezca de por sí hacia Dios. Sienta su propia responsabilidad; tenga su propia personalidad; nunca se deje influir, de suerte que se desvíe de su camino.

979. Las Obreras de la Cruz han de ser:

Almas selectas que, escogidas en el servicio del Señor y el trabajo apostólico, profesan, aun en medio del

siglo, la vida de perfección, y ejercen plenamente el apostolado, adaptándolo a las necesidades y circunstancias de los tiempos.

Consagradas al servicio de la gloria de Dios, a la defensa, propagación y triunfo de Cristo, y de la Iglesia.

980. Hemos de estar siempre contentos con lo que el Señor nos da. Indiferencia ante los oficios o misiones. Todo lo hace el Señor y todo nos santifica. Éste ha de ser vuestro espíritu de Obrera. No aparezca en vosotros el espíritu del mundo, sino el de Dios; no de orgullo, sino el de Cristo; no de comodidad, sino de sacrificio... No tendría buen espíritu la que buscase un trabajo por parecerle mejor; no conocería al Señor.

981. La tibieza, en nosotros, es mucho peor que en las personas que no están consagradas al Señor. Porque en nosotros supone el haber conocido muy bien la vida de piedad, el estar muy enteradas de estas cosas, el tener una conciencia más clara de nuestras obligaciones y, no obstante, no lo hacemos. Por esos mundos de Dios se ven muchas almas tibias; se contentan con ir pasando... A los del mundo aún les podemos levantar la mano, pero a nosotros no. Nos hemos de exigir; no hay más remedio.

982. La vida cristiana, en el fondo, es algo más que la razón. La razón no nos podrá explicar nunca la inmolation de una vida. Sólo la fe y la confianza de que podremos llevar esto adelante, nos determinará a dar nuestros pasos. No tengáis miedo. En nuestras mayores empresas nos ha guiado de una manera marcada esa fe y esa confianza. Si vivís este espíritu, el Señor no os faltará.

983. Quiero recordaros la obligación que nos impone el amor a Dios nuestro Señor, de fidelidad, por los muchos beneficios que hemos recibido, de no regatear nada en esta gran empresa de la Obra, que no es nuestra, sino que es de Dios, y la hemos de mirar como nuestra. Cuanto más se nutra, cuanto más crezca y más fuerza y expansión tenga, será mucho más poderosa. Que ninguna Obrera se arrincone, sino que cada una coopere, trabaje y se adiestre a pisar fuertemente el ladrillo en que Dios la tenga colocada. Que cada Obrera procure actuar y poner en ejecución las disponibilidades, posibilidades y aptitudes con que Dios la ha adornado, sin regatear nada en esta grande empresa de la Obra, que es de Dios.

984. Ya sabéis que cuanto hacía el Señor, todas sus gracias, pasaban, en cierto modo, por el corazón de la Virgen. Al Señor y a la Virgen nos hemos de acoger para saber actuar, para saber hablar, aun en nuestra poquedad, para saber decir algo a las almas. Y, ¿quién lo sabe decir? El que lo siente, el que lo vive. El corazón de la Obrera ha de ser así.

985. Todo aquel que quiera vivir y actuar según el espíritu de Cristo, cuántos enemigos ha de tener. Pocos amigos, pocos..., buena señal. Ganar amigos cediendo, es perder; ganar voluntades complaciéndolas en lo que Dios no puede ser complacido, es traicionar, es venderse al enemigo. La Obrera ha de permanecer firme..., sin transigencia en su espíritu de verdad. El mundo, que os encuentre siempre igual. Que al acercarse a vosotras, no halle más que la expresión de la verdad del Señor, la manifestación de su vida divina. Que al miraros, no puedan ver otra cosa que la imagen de Cristo.

986. Vida de verdadera santidad. Es la voluntad de Dios, es el querer de la Virgen, es la exigencia de las almas, es el deber tuyo, Obrera. La Obra te lo pide también. Como sea la levadura, así será la masa; como sea la raíz, así serán las ramas; como sean las Obreras, así serán los Cenáculos; como sean los Cenáculos, así serán los pueblos. ¡Qué gran responsabilidad pesa sobre vosotras!

Y lleváis la responsabilidad del crecimiento de la Obra. Es la responsabilidad de muchas vocaciones que pueden venir, porque Dios quiere que cooperemos. Quizá porque nos falte santidad y ejemplaridad, las almas que están esperando no lleguen, y la Virgen no las mande porque falte nuestra cooperación. Hasta que tú, Obrera, no cooperes, hasta que tú no pongas de tu parte lo que debes, hasta que tú no tengas la santidad, la virtud, el sacrificio que Dios te exige, los granos no se corromperán para dar la nueva planta de la vocación.

987. Tened espíritu de flexibilidad; os acercará a las almas; os acercará a vosotras unas a otras; tendréis un modo necesario, prácticamente, en la humana convivencia. Quien tiene un espíritu tan aferrado a lo suyo, yo diría que no es apto para la sociedad. Para unas cosas sí, para el trato no. Porque no siempre vamos a tener razón, y aun teniéndola, hemos de ser flexibles, cuando no se trate de cosa mala. ¿Qué más da que me den la razón o que me la nieguen? ¿Que admitan mi juicio o que no lo admitan? Yo he expuesto mis razones, basta. ¿No las admiten? ¿Por eso vamos a ser duros con las personas? Sería una especie de revancha... Eso es dureza de corazón. Son personas frías; no tienen ese calor interior, no hay sentimiento. Flexibles..., para sabernos doblar y agradar a los demás; para no

querer llevar siempre la razón, aunque la tengamos. Cedamos el paso. Como la goma se dobla, nosotros hemos de doblarnos también. Esto se llama ceder.

988. Hay que saber seguir la corriente, y hay que saberla parar, para que no desaparezca lo sustancial. Hemos de correr, y la velocidad es vertiginosa, pero cuidado con esa velocidad, que no nos haga escapar de Dios. Hay que ir al día, pero llenas de Dios.

989. Mientras la Obrera se mantenga con su espíritu y sepa guardarse dentro de su troquel, no perecerá nunca. ¿Que la Obrera se ha de modernizar? Indudablemente. Modernizar, quiere decir adaptarnos a las circunstancias, para poder nosotros sembrar a Jesucristo en las almas; esto es la adaptación. Es un punto de relación que tenemos entre los medios apostólicos que hay en nuestras manos y el campo donde trabajamos... Pero si yo voy a trabajar el terruño, no voy a trabajar de manera que me convierta en tierra, y salga del campo donde trabajo hecho un gusano, hecho un puñado de tierra –¡Cuánto se ha adaptado Vd.! Diré, sí, entré hombre y salí tierra–. Esto no es adaptación, esto se llama aniquilación, destrucción de la personalidad. Conservad íntegra vuestra conciencia. Vuestro secreto está en vivir profundamente el amor de Cristo, en llevar la lámpara siempre encendida.

990. La Obrera ha de procurar ser adaptable. ¿Qué es adaptarse? Es acomodarse, encajarse. Es como una cesión de nosotros para que, de esta manera, lugares, personas, circunstancias, modos, etc., aunque nos sean extraños, no nos sean obstáculo para que nosotros encajemos en aquello; nos adaptemos. Pero no a la fuerza, sino de espíritu... Alguien tendrá más difi-

cultad en este ejercicio de adaptación por su condición temperamental, por su educación, por su cultura..., o al revés, por su falta de cultura. Este espíritu no se puede tener, si no nace de la virtud. La adaptación nuestra ha de ser consciente. Sabemos que nos adaptamos, nos acomodamos a una situación, a un lugar, a una persona, a un trato quizá para nosotros un poco violento, a un oficio, a una actividad; nos adaptamos a aquello. Por virtud, aun repugnándonos, aun haciendo un vencimiento propio enorme, pero ahí está la virtud.

991. La libertad nuestra tiene un límite: es la ley de Jesucristo. No se puede traspasar ese límite, por mucha novedad que se quiera instituir, por mucho modernismo que se quiera defender. Por encima de este nuestro progreso, está aquel que rige nuestros destinos, es superior a nosotros, y nos ha puesto su ley.

El uso de la libertad es dentro del área de la verdad, y la verdad es Jesucristo. Por eso, la verdadera libertad está en aquel que vive de Jesucristo... Ése es el que tiene la auténtica libertad. Porque se domina a sí mismo, con todas sus pasiones; tiene atados sus instintos, sus fuerzas naturales, para encauzarlas, como una corriente de agua, por el cauce que lleva hacia Dios.

992. Es una regla en la ciencia pedagógica, que la educación hay que hacerla dentro de un margen de libertad del individuo que se educa, porque de lo contrario, no se podrá saber cuáles son sus iniciativas y cómo se desenvuelve; faltándole ese margen de libertad, habrá una cohibición total. Educar es dirigir, moderar, corregir, encauzar, pero no es aprisionar. La educación está encauzada a ennoblecer la libertad de la persona, de manera que esa libertad no se use para

el mal, sino para el bien. La educación del espíritu requiere área de libertad, dentro de la cual el espíritu se desenvuelve... El espíritu de la Obrera bien formada, se ha de desenvolver dentro de ese campo de libertad.

993. La santa libertad, ¡vividla! La libertad propia de las almas de Dios. No envidiéis la libertad de los que sirven al mundo, que están sujetos a sus propios pecados y esclavizados a sus pasiones. Vivid muy altas. Venceos. No os tengáis miedo; coged el látigo de vuestra propia voluntad, hasta que podáis decir: soy libre; en la casa de mi cuerpo manda mi voluntad, y mi voluntad es la voluntad de Dios. Pero haceos esclavas de Jesucristo. ¡Santa esclavitud! El mundo se mofará, quizá, pero os admirará también, porque sabe apreciar el sacrificio que hacéis. Vivid libres, con la libertad de la esclavitud.

994. La vida es una sumisión continua, como un anillo de una cadena está sumiso al otro anillo; si no, no habría cadena. No obstante, sólo el hombre no quiere estar sumiso; y es preciso, porque estamos sumisos a nuestro traje, a nuestra comida, a nuestras necesidades...; pero en aquello en que racionalmente debemos estar sumisos, protestamos, somos rebeldes... Creemos que perdemos la libertad. La libertad es el instrumento que Dios nos ha dado para esta sumisión hacerla racionalmente. Cristo nunca perdió la libertad y, no obstante, fue siempre sumiso. La sumisión en nosotros ha de ser tan leal, tan franca, tan hermosa, cual necesitamos todos vivirla para establecer la paz a nuestro alrededor, y vivir la paz dentro de nuestro corazón.

995. ¡Mi libertad! Nunca jamás esa palabra se puede pronunciar con tanta nobleza como cuando uno, usan-

do de la fuerza de su libertad, produce un acto de imitación de Jesucristo y un acto de heroísmo en la vida espiritual y en la vida apostólica. Por eso, porque soy libre, me entrego a Dios. Por eso, porque soy libre, renuncio a todo por Dios. Por eso, porque soy libre, rasgo mi corazón de par en par. Por eso, porque soy libre, sujeto mis pasiones. Por eso, porque soy libre, no me domina el mundo. Y por eso, porque soy libre, yo domino al mundo.

996. No sabemos la potencialidad de un alma cuando responde a su Dios; ignoramos la potencialidad que puede tener una Obrera cuando es fiel a Jesucristo. Sólo el Señor sabe lo que puede levantar una palanca de este orden, cuando va movida por la vida interior, con esa fidelidad de espíritu a su voluntad, cogida a la cruz, con su sufrir callado, con su atrayente sonrisa, con su apostolado que no cesa. No podemos calcular hasta dónde podrá llegar el fruto de su vida... ¿Cuál, pues, debe ser vuestro esfuerzo? Ser cada vez más Obreras; sentir, cada vez más, como Obreras; trabajar, pensar y vivir, cada vez más, como Obreras; amar al Señor más intensamente, como Obreras.

997. No dejemos la visión de un futuro, nunca. Vivamos siempre con los ojos puestos lejos, viendo cómo se desliza la corriente del mundo, qué rumbo va tomando, para nosotras, a la par, no perder nuestro vigor de actuación apostólica.

998. Conservad lo que buenamente se os ha dado. Pero enriqueced vuestra inteligencia, enriqueced vuestro apostolado... Permaneced con lo que habéis recibido, aumentándolo con todo aquello nuevo que pueda acrecentar el caudal de vuestra formación. La vida

siempre nos presenta cosas nuevas; pero estas cosas nuevas las hemos de aceptar, tomar, de tal manera que no destruyan lo positivo que tengamos, sino que lo aumenten.

999. ¿Cuál es el espíritu que anima la vocación de una Obrera? El espíritu de Cristo. El espíritu de Cristo es rectitud, sobrenaturalismo, abnegación, amor, generosidad, celo, celo que no busca sino las almas como tesoros a ganar; que mira por encima de las criaturas, que vence todo respeto humano, que no puede ser comprado, que se abraza a la cruz. No desviéis nunca vuestra vocación de este espíritu.

1000. La voluntad que ha de regir nuestra voluntad, es la de Dios. La luz que ha de iluminar los caminos de nuestra vida, es la luz de Jesús; no tenemos otro Maestro. La Obra no puede buscar otro Maestro más que él. La Obra no puede tener otro espíritu, otra enseñanza, que la del Señor. Ahí, a sus pies, hay que formarse, hay que moldearse, hay que rendir la voluntad, hay que foguear el corazón, hay que dar.

Y el Señor, mirando a la Virgen nos dice: "Escuchadla". Ella es nuestra Madre, ella abrió el camino de nuestra vida nueva. Ella ha guiado nuestros pasos. Si la escuchásemos, cuántas veces corregiríamos nuestro modo de obrar. Si la escuchásemos, cuántas veces seríamos más generosos. Si la escuchásemos, cuántas veces nos daríamos con más impulso a la vida de santificación, al vivir de apostolado abnegado por las almas.

Éstos son los Maestros de nuestra auténtica formación. Ay de la Obrera que no se forme así. Ay de la Obrera que no se forme a solas de cara a Dios. No lo que el mundo os diga... Vuestro espíritu, profunda-

mente del Señor, lo habéis de conservar... Ya dije alguna otra vez cómo deseo que conservéis, de este modo, el espíritu propio de la Obrera. Que no lo deforméis nunca.

Y ni la cruz os asuste, ni el triunfo y la glorificación personal os enloquezca; ni la cruz la veáis humillante, ni el triunfo os llene de orgullo. Armonizad las dos cosas.

1001. Las iniciativas... Esto es propio de toda persona, que el Señor le muestre o le dé iniciativas en ciertas cosas... Mi gusto sería que lo tuvieseis todas... Que vuestra vida no sea una copia, sino una iniciativa, con deseos de dar gloria a Dios.

En un Cenáculo, si las iniciativas no se saben cultivar, se pierden. Cada una debe exponer su iniciativa, y quien la escucha, debe atenderla, aunque sea de la más humilde... Los mudos, alguna vez hablan...

Quisiera ver iniciativas en todas las Obreras. Educas. Iniciad algo en la vida, que esto será para vuestro bien, y para dar gloria a Dios. Por esto os lo recomiendo.

1002. Os he de recomendar que consideréis bien lo que sois, un instrumento de Dios escogido... Y cuando os comprendáis bien, pensad en cómo debe ser una Obrera, cómo debe vivir, cómo debe conservar su espíritu. Para que en todo momento, cualquiera que sea vuestro oficio, vuestro empleo, vuestra ocupación, no dejéis de pensar que sois Obreras. Que sois un instrumento de Dios por la consagración que habéis hecho y que, por ese instrumento, ha de llegar el Señor a muchísimas almas. Pensad, por tanto, que vuestra vida ha de ser de total ejemplaridad.

1003. Santificación de sus miembros y acción apostólica..., aspirando con ello a ser brazo potente al servicio siempre de la Iglesia... Avanzada en las milicias de Cristo, y árbol que crezca y se extienda hondamente enraizado en la santa cruz redentora, bajo la protección maternal de la santísima Virgen de los Dolores.

1004. No andéis entretenidas en pequeñeces. Volad más alto. Cuanto más alto penséis, tendréis un corazón más grande, una altura de miras, una entrega total a Dios, un servicio de totalidad al Señor, aquí, allí, porque el peso lo hemos de llevar entre todos. Y se hará realidad el mensaje de paz de Dios, para evitar el mal y practicar el bien...

El que sólo vive mirando el terreno que pisa, no avanza... Hay que mirar el que se tiene delante.

1005. Vuestra vida es esencialmente apostólica, como sabéis, pero arrancando siempre de la vida de santidad, de la vida profundamente interior, de amor de Dios, Si no, seréis unas Obreras, pero no las Obreras concebidas en mi ideal de Obreras. No seréis instrumentos fecundos de apostolado, no seréis las Obreras que habéis de formar o estáis formando un ejército en el campo de la Iglesia. Vuestro espíritu, que no os lo deformen nunca. Necesitáis conservaros muy bien.

1006. Voluntad generosa y decidida de sus miembros, de cooperar ampliamente en la recristianización de la sociedad y de ejercer plenamente el apostolado en sus múltiples y variadas formas.

1007. Cada una de vosotras pensad en continuar vuestra vida ascendente, tanto en lo espiritual, como en la acción. Decid al Señor, siempre, que sí. Nunca

digáis no. Hay un ejército de personas que dice: "nunca"; otro, que dice: "siempre". A este ejército habéis de pertenecer, y pertenecéis. En el primer ejército están esas personas menguadas, que no aprovechan para nada, acaso para estorbar. En el segundo, están esas personas que tienen fertilidad, que infunden esperanzas, que nos hacen pensar en un porvenir, verdadera primavera, flor en la Iglesia, de vocaciones, de corazones que aman, y de vidas de juventud santificadas.

Éstas habéis de ser vosotras, las Obreras. Tal es mi pensamiento. Y cada día lo veo con más claridad. También veo y os veo en el peligro. Pido para que este peligro, que hoy corre por todas partes, no se os infiltre.

Sed fuertes. No hagáis caso del mundo, diga lo que diga; seguid con vuestra actuación; que el mundo, ése mismo, os alabará; no os preocupéis. El mundo que huye de Dios, también busca a Dios en aquellas almas que le pueden aliviar sus penas, secar sus lágrimas, fortalecer su vida, dar aliento a su corazón.

Yo espero mucho de vosotras. Mis años, largos no van a ser, pero la semilla está echada. Vosotras sois árboles que habéis salido de esa semilla. Conservad la savia de Cristo que os vivifique, y la mirada de la Virgen que os haga crecer.

1008. En la necesidad, en la prueba, en la tentación, en la lucha y en lo peor, en lo bueno y en lo malo, te has de ver como una Obrera fiel. Que siempre en tus labios, en tu corazón y en tu porte, aparezca la gloria de Dios.

Que jamás descendáis. Sosteneos firmes. Resistid a toda presión, viniere de donde viniere, que os pueda empujar, apartándoos de vuestro Dios. Quedad siempre firmes en esa cumbre de vuestra vocación, vivién-

dola, sintiéndola, comprendiendo lo que entraña, para que de este modo vuestro corazón jamás tiemble ni se atemorice.

Aumentará para el futuro vuestra responsabilidad, si en vez de crecer, va vuestro espíritu decreciendo, amortiguando en vosotras esa fuerza que os ha de hacer apóstoles como Cristo.

1009. Cuanto más crezcan las almas de vida ejemplar en el mundo, habrá más vida de acción, callada, pero eficaz. A más Obreras, mayor el dique puesto al avance del mal. Os habéis de imponer por el prestigio de la virtud, reto de firmeza e integridad cristiana, ante la maldad. No será Obrera bien fundamentada, la que puesta en la prueba, se tambalee. La Obrera bien formada se crecerá cuanto mayor sea la lucha, expansionando lo que lleva dentro de sí: Cristo.

Adentraos en estos pensamientos: soy Obrera, ¿conozco mi finalidad? ¿Para qué lo soy y para qué quiero serlo? ¿Defraudaré alguna vez mis deberes? ¿Sé mi programa? ¿Sé los caminos de mi vida? ¿Comprendo la voluntad de Dios al llamarme para tal vocación? ¿Siento en mí fuerzas para vivir en el plano sobrenatural? Tambaleos, no. El corazón bien custodiado; la voluntad fortalecida con el amor y ardor de Cristo... ¿Quién podrá oponerse a la fuerza de vuestra acción...? ¿Qué magnífica será vuestra grandeza cuando seáis así!

1010. Seguid trabajando, seguid con hambre de ser mejores; santificaos mucho, que en la medida en que vosotras llevéis esta santificación, daréis a los demás. ¿Quién habla de Dios? El que tiene a Dios. ¿Quién evangeliza? El que está evangelizado. ¿Quién es el que prende fuego? El que lleva fuego. ¿Quién es el que da

luz? El que lleva la luz encendida. Recalco esto mucho, porque hay una desviación en el apostolado. No se trata de moverse mucho, de hacer grandes cosas de aparato; se trata de vivificar.

Según el espíritu de las Obreras, habéis de actuar y habéis de vivir. No para, diría, asfixiar vuestra vida, cargándola de cosas. Vuestra vida ha de ser muy sencilla: amar, dar, trabajar, santificarse. Es vivir de Dios..., nada más.

1011. La mentalidad nueva hay que entenderla en el sentido de que vamos a adaptar la doctrina de Jesucristo a las almas, hacerla sencilla, predicarles de modo que nos entiendan, llevar en nosotros la ejecución de esa doctrina, que la vean. El mundo tiene una mentalidad distinta; se creen que nosotros no creemos, se creen que no practicamos aquello que decimos. Hay que cambiarles la mentalidad y decirles: sí que creemos, sí que hacemos aquello que decimos, y aquí están nuestras obras. Aquí está la honestidad, aquí la humildad, aquí está la obediencia, aquí está el sacrificio, aquí está todo. ¿Queréis más testimonio?

Será buscar nuevos medios, nuevos inventos para poder hacer penetrar la semilla del Evangelio en las almas. Ésta es la renovación que quiere la Iglesia, según la mente del Concilio. No que nos recluyamos en un rincón; no vivir una vida de ocultamiento, de miedo, sino una vida de ensanchamiento, de expansión, de comunicación hacia las almas, pero para dar a Dios. No para copiar el mal que veamos en ellas, sino para dar el bien que nosotras tengamos... Al mundo, hay que amarlo, como un campo en el cual estamos destinados a sembrar el Reino de Dios.

1012. Las Constituciones son vuestro libro. Lo habéis de conocer, lo habéis de asimilar, lo habéis de vi-

vir. Y una Obrera que viva las Constituciones, ésta ya va bien; no se preocupe, si cumple lo que hay en ellas. Así vais seguras.

1013. El sacrificio, el desprendimiento, el amor y el trabajo por Cristo, han de constituir siempre el lema de todas las Obreras de la Cruz.

1014. Cada Obrera ha de compensar por muchos que ofenden a Dios. Compensará con el oro de su virtud, con el oro de su sacrificio... Es papel de urgencia. Esto que os estimule a ser más buenas, a conocer más a fondo la llamada de Dios, a estimarla en lo que vale.

1015. ¿Cómo atraeremos? Siendo Obreras de verdad. ¿Qué es la Obrera de verdad? Un alma de Dios, llena de Dios, entregada a él, sin particiones, sin regateos. Con vuestra responsabilidad bien formada, para hablar sin miedo, cuando sea preciso; ante quien sea. Y para callar, ante cualquier circunstancia humillante, si es que aquello nos santifica y nos acerca más al Señor, que de todo necesitamos.

1016. Características de la Obrera:

Amplitud de espíritu, como lo tuvo el Señor. Amplio, quiere decir no estrechado de tal manera que no sea comprensivo. Este espíritu amplio lo ha de vivir en su apostolado; que sea universal.

Espíritu de atractivo. Consiste en su trato... Su atractivo tiene que consistir en la virtud que ha de vivir en cada momento. La atracción no la veremos si llevamos espíritu de soberbia.

Espíritu de fraternidad, de hermandad. Estamos hermanados con Jesucristo y, por tanto, nos sentimos hermanos entre nosotros. Hay que mirar a todos como hermanos, hasta a los enemigos. Él nos mira así.

Espíritu de bondad. El espíritu de bondad es un estado interior, por el cual queremos comunicar a los demás el bien que tenemos. Es hacernos cargo de las deficiencias del prójimo, y soportarlas por amor de Dios. Y es también dejar la huella de nuestro bien, en todas las cosas.

Espíritu de entereza. Lo necesitamos en todo, o sea, de integridad, de fortaleza, de firmeza... La Obrera ha de tener la característica de la generosidad. Esta generosidad es quererse y saberse dar, dentro de los cauces de la virtud que Dios nos ha dado. Si vivimos sólo para nosotros, es el raquitismo espiritual... Dios vino a salvar, a santificar, por eso se dio.

Otra característica: *Mariana, el amor a la Virgen.* Un amor tan profundo, que la llevemos grabada en el fondo del alma, en lo íntimo...; que sintamos dentro la protección, el tener una Madre en la cual vuelca su alma, su corazón, su espíritu... La Obrera ha de tener esa vida mariana, y esa característica de una hija que se siente siempre hija de la Madre de Jesucristo. La Obrera ha de amarla y confiar en ella.

Ella estuvo firme en la cruz, y nosotros estemos firmes con nuestra cruz. No os separéis de ella y sed fieles a tan buena Madre.

1017. La Obrera, como tal, nunca debe estar inactiva. Por eso se llama Obrera. Porque obra, porque trabaja, porque lucha. Y lucha por un grande ideal, el más grande que podemos soñar: nuestra salvación y el triunfo de Dios nuestro Señor.

1018. ¡Una Obrera, una Obrera...!, con espíritu de Obrera, con esa unción de Obrera, con ese vivir..., ese darse al Señor, ese seguimiento de Cristo, así..., podrá ser de unos efectos que sólo el Señor lo sabe en su providencia divina. Pues él es el que tiene que dar el fruto y el incremento a nuestros trabajos.

1019. No es la Obrera para una vida placentera... Es un soldado en batalla, que redime, multiplica el tiempo. Para eso ha ofrecido su juventud, su vida, al Señor.

1020. Los acontecimientos que estamos viviendo, las perspectivas que se abren para el futuro de la humanidad, de la Iglesia, y de la Obra, exigen que seamos personas atentas, valientes.

Apostolado

1021. La vida de la Obrera es activa, y todas pueden poner su actividad, a su manera. Ninguna puede tirar atrás, ni vivir aislada, egoístamente.

Dentro del Reino de Dios, formamos un pequeño ejército que ha de luchar por Cristo, un Cristo que pasa por el mundo dándonos pedazos de corazón, que pasa por el mundo prometiéndonos el cielo.

1022. La vida de la Obrera es esencialmente apostólica. En este apostolado se han de hermanar dos cosas: santidad y acción.

1023. El apostolado perdería sus raíces interiores, sus expresiones mejores y originales, sus más altas finalidades, si el apóstol no fuese hombre de oración y de meditación.

1024. Vuestra acción de apostolado ha de ser universal. Por nosotros pasan muchísimas almas, gente de toda clase social, de todos los estados... Mi llamada es ésta: ved cómo trabajáis, si es para juzgar o para santificar. Ved cómo predicáis, cómo enseñáis, cómo habláis, cómo educáis, cómo eleváis, cómo promovéis...

Mirad qué técnica lleváis en vuestras manos. Aprendedla a los pies del crucifijo, a los pies del sagrario.

1025. El mundo se ha de salvar por almas santas metidas en él.

1026. Todo apóstol debe oír la voz de Cristo: “En el mundo estáis, pero del mundo no sois”.

1027. Contener el mal, parar sus pasos. Deshacer entuertos, desvanecer errores. Encender luces de fe y de ideas que estén prendidas en la luz infinita de Cristo... Ovejas hay a vuestro alrededor, almas que se acercan, que os buscan; campos se presentan a vuestra mirada, en más o menos número, más o menos difíciles; pero ovejas son, que buscan el pasto, la verdad, la tranquilidad, la paz, la solución de problemas...

¡Qué misión tan bella la vuestra! Desempeñadla bien. Y todas podéis hacerlo. Ninguna diga que no es apta. Hay un ejemplo que habla. Hay una vida que es el mejor testigo. Hay algo que se transparenta al exterior.

1028. Todo apostolado que no vaya dirigido a cambiar a la persona, y se quede en lo superficial, es nulo.

No hay que hacer mucho ruido, sino actuar en las voluntades.

1029. Es preciso que el apóstol conviva, converse, entre en el corazón de todos, para llevar las almas a Dios.

1030. En vuestra acción apostólica, no espantéis, atraed, haced fácil el camino de Dios. Desbrozad el camino que lleva a él. Quitad los impedimentos, quitad obstáculos y haced vivir la confianza a las almas.

Para esto necesitáis hacerles perder de vista la gran calamidad que tienen sobre sí, y olvidándose de sí un momento, el temor va desapareciendo. Se olvidan de su propia enfermedad y ven el camino abierto para su salvación. Así quiero que trabajéis.

1031. Nunca te cuentes entre quienes no hacen el bien, ni menos entre quienes, además, no dejan hacerlo.

1032. La Obrera no muere; semilla enterrada, germinará en muchas flores de almas que con el tiempo han de amar a Dios... Es don celestial de todas. En cuanto a ti te toca, no te quedes atrás; que venga a ser el día de tu muerte esa semilla que se ha enterrado, y que produzca esas flores que luego han de ser la fragancia del amor de Cristo.

1033. Los malos se imponen en el camino del mal, sin tener respetos humanos. Hay que imponerse también en el bien.

1034. La Iglesia, absolutamente hablando, no necesita de nosotros para poder vivir. "No prevalecerán..." Pero el Señor quiere nuestra cooperación..., acción de sostenimiento, acción de conquista.

En nosotros mismos, sostenernos sin ir atrás. En el apostolado, igual; cada uno en su sitio, organización o trabajo, debe cooperar para que no se retroceda... Pero además, conquistar, ganar terreno, llevar almas a Dios, desdoblar nuestra vida, llevándola a otros.

1035. El apóstol es un foco pequeño de esa luz de Cristo, que donde está, enseña, comunica y da la doctrina y el amor de Dios.

1036. De igual modo que una vela enciende a otra, así llegan a brillar millares de ellas. Así enciende un corazón a otro, y se iluminan miles de corazones.

1037. La Obrera es un alma de acción, de vida apostólica, y tiene como misión suya peculiar, la conquista de almas, sin límite. Como el soldado que se lanza al campo de batalla bien pertrechado, lucha, empuja y avanza, ¿hasta dónde?... Hasta donde puede.

1038. Una Obrera no puede quedarse satisfecha con decir he ganado un alma, dos, cinco; ha de ser una vida apostólica que no se sacie... Se puede comparar al avaricioso que gana cinco, a ver si gana mil, a ver si gana tres millones.

1039. Que no haya ningún día en que la Obrera no haga su apostolado, su acción grata para Dios nuestro Señor.

Ese día piense que no ha vivido como Obrera; es un día en que pierde el uso o eficacia de su vocación.

1040. Obreras equivale a trabajadoras, trabajadoras equivale a sembradoras, sembradoras equivale a evangelizadoras del Reino de Cristo.

Evangelizar donde sea, como Dios quiera, con espíritu fuerte, con caridad perfecta.

1041. Que vuestra vida de Obreras esté signada por la nobleza de espíritu; esté iluminada por la luz de Cristo, única luz. Que nunca las tinieblas, que son el mismo Satanás, envuelvan vuestro vivir. Vivir es pensar, querer, amar, trabajar; vida alta para Dios... exige la vocación. Pescar hombres.

Si cuando lleguéis al final de vuestra vida le podéis decir al crucifijo y a la Virgen: aquí están estos hombres, estas almas, siquiera una que pesqué, con la red de mi vida sacrificada, con mi barquilla en medio de un mar tumultuoso, a punto de naufragar, muchas veces combatida..., qué gozo, qué alegría. Habréis hecho, aún en poco, hermosa, fecunda, amable..., vuestra vocación...

1042. No habéis de perder de vista vuestra obligación de ser sembradores del Señor. El agricultor goza en su siembra después de roturar el campo, con la esperanza de que aquella semilla que deja caer en el fondo del surco, germinará en el fruto.

El gran campo que se nos ofrece a nosotros, apostólicamente hablando, es el mundo. No podemos abarcar toda esta siembra, pero sí parcelas, y dentro de esas parcelas, las pequeñísimas parcelas que son las personas.

Para esta siembra no necesitamos grandes aparatos; sólo nos precisa abrir las manos, dejar caer la simiente de la palabra de Dios, bien por medio de nuestras enseñanzas, bien por medio de nuestro ejemplo... ¡Que nuestra actuación responda siempre a la ejecución de las enseñanzas!

1043. Vosotros, dice Jesús a los apóstoles, enviados por mí, a quien se ha dado toda potestad..., id, poned manos a esta empresa espiritual, dejad vuestros oficios, deponed vuestros temores, lanzaos a la lucha. Y como yo..., recorred pueblos y aldeas, extended vuestro radio de acción a todo el mundo.

Y a todos, humildes y ricos, ignorantes y sabios, a todos, de cualquier condición y clase social..., predicad. Enseñad... No precisamente la humana sabiduría,

que ante Dios es necedad (*1 Co 3,19*), sino la sabiduría divina que es necedad ante los hombres. Predicad mi cruz; enseñad que no hay otro camino de salvación que la cruz, que es para los judíos escándalo, para los gentiles, locura, pero para los que son llamados cristianos, ya judíos, ya griegos, para nosotros, es virtud y sabiduría de Dios.

1044. Enseñad..., vuestra misión es enseñar. Y como fruto que se palpa de esa vuestra enseñanza, son muchas almas nuevas que se preparan para servir al Señor. El apostolado lleva la enseñanza, la predicación. La palabra de la Obrera ha de ser palabra que va abriendo los caminos de perfección, que va dejando en los surcos de este mundo la semilla divina.

Para hablar bien, la Obrera no necesita mucha sabiduría: llevar a Dios en el corazón, dar lo que tiene dentro.

La Obrera debe ser un libro completo, y no tendrá más que abrirlo un poco, para inducir a las almas, afinándolas, para que den el mayor fruto o rendimiento, estimulando su voluntad hacia la virtud, con delicadeza, sin apretar, poco a poco, según el temple del alma que trata...

1045. Vuestra actuación es, las más de las veces, penosa... No os canséis. No se cansó Jesús, el Apóstol; hasta el final llevó su carga, cumplió la voluntad de su Eterno Padre; hasta el final, llevad la carga de vuestra vocación. La vida pasa veloz. Las cosas de la tierra son nada. Nuestro cuerpo se queja, es natural... Pero no tengáis miedo, no se romperá; hay una mano segura que lo sostiene, es la mano del Señor que carga sobre nosotros el peso... No soñemos con otros caminos.

No nos imaginemos el apostolado de otra forma distinta a como él nos ha enseñado. Nuestro trabajo por Dios, nuestros combates, han de tener un remate: la crucifixión de nuestro propio yo. Sin esto, nuestra acción apostólica no sería eficaz.

1046. El Señor pide operarios buenos. Pocos operarios, los hay. Quiere más, pero que sean buenos. Yo diría: quiere más Obreras, pero que sean buenas. Que aumente el número de ellas, pero que en ellas aumente también el Cristo vivido en el mundo. Obreras que trabajen, apostólicamente. Materialmente, sí, la Obrera lleva un signo de trabajo, de cansancio, de agotamiento. Yo quiero, apostólicamente.

Yo quiero que a ese trabajo material que la Obrera lleva a cabo, le imprima un algo sobrenatural... Que no sepa hablar si no siembra, que no sepa sentir, si no siembra, que pase la vida sembrando y cogiendo. Y no cogemos más porque no sembramos, o sembramos mal.

1047. Perfeccionad vuestra vida, para convertirlos en instrumentos de siembra de Dios. El mundo necesita de esto; aunque os rechacen, no os preocupéis, ¡sembrad! Algo quedará. Y a veces el grano de trigo, el único de los muchos que sembramos, el único que ha salido, se ha convertido en una espiga con granos preciosos que luego fueron sembrados para llenar todo un campo.

La Obrera de la Cruz piense lo que es, lo que vale, lo que puede hacer; piense lo que la Iglesia espera, lo que Dios espera de ella. Y si levantáis un peso de cien, con vuestra correspondencia y fidelidad, podéis levantar un peso de mil. La Virgen os ayuda.

1048. La Obrera es alma alistada en la milicia de Cristo; no puede estar con los brazos inactivos. Ha de dar un rendimiento. No simbolicéis vuestra vida en aquellas cepas que, plantadas en lugar lleno de piedras, luego de limpio de malezas y cultivado, dieron uva agria, en lugar de dulce, por lo que fueron arrancadas. Cepas sois, injertos de Cristo, plantadas para dar fruto, que ha de ser racimos de almas ganadas con la oración, y el sacrificio, y la palabra, y el ejemplo, y de mil maneras... Que el mundo se pierda por el mal ejemplo... Y la Obrera está destinada a contrarrestar, con su ejemplo, esta corriente del mal... ¿Acaso no es un soldado que lucha para implantar la virtud en todas partes?

1049. No olvidéis la finalidad del Instituto: el Apostolado Social Obrero. Ahí entra todo, los grandes, los pequeños... Pero hay masas de gentes que necesitan este apostolado. Muchas veces no sabemos golpear el corazón. Acaso retrocedemos porque nos responden mal las primeras veces. También le respondieron a Jesús. Sigamos golpeando. Cumplid vuestra misión... No defraudéis al Señor.

1050. No olvidéis que vuestra finalidad es apostólica. Cualquiera que sea el oficio que desempeñéis, aunque sea en un rincón del Cenáculo, allí, la Obrera que se sienta apóstol. Acaso alguna, entre pucheros, consiga gracias de moción en la voluntad, y atraiga muchas almas a Dios; quizá más que nosotros que estamos hablando por el mundo, ¡quién sabe! Jesús es un misterio, la vida nuestra es un misterio, todo es un misterio en este mundo espiritual. Solamente sabemos que nos movemos dentro de la voluntad de Dios cuando nos guía una recta intención. Y él hace surgir las cosas cuando llega su hora.

1051. Las Obreras han de realizar el apostolado propio del Instituto, la gran empresa de la salvación de las almas, de la extensión del Reino de Cristo... Y lo han de realizar en contacto con el mundo, desde los puestos de su trabajo, en medio del ajetreo de la vida, en cualquier lugar y modo en los que no salga maltrecha la virtud de la Obrera.

La Obrera no se puede quedar atrás en la santa lucha por la gloria de Dios. Hállase dispuesta a dar paso adelante, aunque vea que otros no lo dan, o retroceden. No se reduzca a copiar, sino que tenga y tome iniciativas en su labor apostólica.

1052. La vida apostólica no la podemos conseguir sin un sacrificio perenne. Vida apostólica y vida cómoda son dos conceptos que se rechazan. Vida de Obrera que sea apostólica y vida cómoda, no encajan. Vida de Obrera y vida sacrificada, sí, son dos ideas que se complementan. Cuando, pues, la necesidad de las almas demanda nuestra actuación, entonces, aun nuestro reposo, nuestra quietud, nuestro descanso, lo habremos de sacrificar. Porque si vamos a trabajar cuando nosotros queramos...; a veces habremos de trabajar aun no queriendo, cuando la ocasión llega.

1053. Evangelizar no solamente es hacer llegar la luz del Evangelio, de la verdad, de la salvación, a los hombres. Evangelizar es algo más. Es, mediante esta luz, llevar la gracia de Dios, transformar las almas, cambiarlas, pasarlas de la vida terrena, a la vida espiritual, y de la vida material, a la vida sobrenatural, de la vida baja, a la vida alta. Esto es evangelizar. Cuando la evangelización solamente se queda en un derramar luz, podemos decir que queda en la parte puramente especulativa. Cuando la evangelización lleva a la trans-

formación de las almas, al cambio de vida, a infundirles la gracia de Jesucristo, a transformar esos seres y darles una vida sobrenatural, a hacerles concebir esta vida en un plano mucho más alto, como debe ser, en un plan de cara a la eternidad, la evangelización, ya es completa.

1054. Como cristianas y como Obreras, finalidad vuestra son las almas. Lo demás hay que buscarlo como medio para este fin espiritual. Y si Dios quiere que de igual manera que el pan sea necesidad para el sustento, los medios materiales sean necesidad para mantener la vida, no hay que olvidar que el fin último es la ganancia de las almas para Dios. Nos precisa sentir con Jesucristo, pensar profundamente como él, y asimilar su vida.

1055. La Obrera tiene una llamada especialísima del Señor para trabajar en su viña. No importa la edad; hay primera hora, segunda, tercera y última; y a los últimos, precisamente, les da la misma paga y retribución que a los que llamó en la primera hora. Es decir, que Dios premia el espíritu apostólico, que para él lo que vale es la voluntad de trabajo. No mira el tiempo en que uno empieza a trabajar, sino la tenacidad y el esfuerzo con el que quiere trabajar y trabaja.

1056. Vuestra vida sea activa, actividad según las condiciones de cada una. Las almas reclaman vuestra acción. Sentid en vosotras y cultivad el espíritu apostólico. Hoy es de gran necesidad en la Iglesia. Si nuestra vida la sacrificamos por Dios, ¿qué cosa mejor podemos hacer y desear que consumirla en holocausto por ese Cristo que la inmoló por nosotros? Y siguiendo las huellas de Jesucristo y de la Virgen, la victoria será

vuestra. Tejeréis en la tierra una corona de méritos, de aprecio, de glorificación y tejeréis, a la vez, una corona de vida eterna.

Conservad ese modo, ese espíritu, con avaricia, y así habrá más almas santas que elevarán sus oraciones a Dios y sostendrán su brazo de justicia. Seamos como el pararrayos de esa justicia divina, y habremos realizado una gran labor social meritísima.

1057. No os asuste el mundo con todas sus cosas; no os asuste el pecado que salta por todas partes... A vuestro trabajo, a vuestra conquista de las almas; y si no responden, no os preocupéis, y no perdáis el tiempo, mis Obreras, en pequeñas cosas. No perdáis el tiempo. A formar parte del ejército de Cristo, a trabajar como Dios quiere, y bien pertrechados en la virtud, que si no, fracasaremos. No vamos a hacernos como los del mundo, sino hacerlos a ellos como nosotros, que es distinto.

1058. Una mirada alta, un corazón fogueado, un dominio de sí misma, y luego, esa palabra que nace de un corazón humillado en sí mismo, que es atrayente, que se pone en contacto con todos. Lánzate a trabajar, la victoria es tuya. ¿Cómo no has de triunfar? ¡Qué hermoso es el trabajo apostólico hecho así!

Yo no os pediré muchas cosas, mis Obreras; os pediré que viváis lo esencial, pero de una manera fuerte, recia... El estado de por sí no santifica, sólo facilita la santificación.

1059. Así como cuando uno para hacerse santo se entrega de verdad, así como cuando uno abraza una vocación se entrega totalmente a la vocación, así, cuando uno se da a la vida apostólica de seguimiento

del Señor, se entrega también totalmente a servir a Jesús, a predicar al Señor, a trabajar por él, como sea, en la forma que sea, pero siempre dejando la semilla de Dios.

Todos tenemos celo por la salvación de las almas –decimos–; pero llega el momento y ¿trabajamos todos según el interés y la potencialidad que hemos recibido de Dios? ¿Es el amor de Dios el móvil que nos impulsa a desarrollar e inmolar nuestra vida en una actividad constante? ¿Hasta dónde nos empuja el celo apostólico? La Obrera ha de alimentar dentro de ella, por su vocación, el celo apostólico.

1060. Mandato de Jesús a los apóstoles: predicad... Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. Id... por todo el mundo, para ganar a todos los hombres para mi Reino.

Es nuestro programa trabajar por la salvación del mundo, y llevarlo a Dios, darle paz, hacerle sonreír, mitigar sus lágrimas, beneficiarle.

1061. Sentirnos con espíritu de lucha es algo que responde al don de la vocación. Nos urge ser generosos en nuestra donación a Dios.

Que el interés crezca dentro de vosotras. Quien más ofrezca, más tendrá... Debéis dar esa sensación de santidad, de sacrificio, de apostolado, de generosidad. El amor de Cristo me urge, pero primeramente en mi interior...

El apostolado vuestro viene a constituir parte de vuestra vocación. No lo olvidéis. Sois instrumentos de Dios. Y vuestro apostolado será vuestra entrega.

1062. Estamos destinados cada uno de nosotros, todos los cristianos, y señaladamente nosotros, por

nuestro destino, a convertirnos en grandes árboles, es decir, en vidas muy llenas de Dios que tengan sus ramas de apostolado, de acción, de sacrificio, de lo que sea, para que las almas que van buscando a Dios, puedan venir a cobijarse, a descansar, a recibir la luz de nuestra ejemplaridad, de nuestros consejos, el refuerzo de nuestro sacrificio, una mirada, una sonrisa, una palabra que levante el espíritu.

Hay en el mundo muchos corazones que viven afligidos y están amargados, que tienen sus alas muy abatidas. Hay muchas conciencias que están hechas trizas. Por nuestra vida espiritual, como personas de virtud y almas entregadas a la gloria divina, estamos obligados a ser comprensivos. Ésta es una manera de nuestra virtud. Así como los pájaros buscan el árbol para descansar en sus ramas y hacer sus nidos, y el hombre en el verano busca la sombra del árbol para refrigerarse del calor y descansar, así las almas van en busca de almas santas para hallar refrigerio en su lucha, para recibir de ellas el ánimo y el aliento. La Obrera está destinada a eso... Acaso sean vidas ocultas a los ojos de los hombres, pero deben ser muy grandes a los ojos de Dios.

1063. Esto es lo propio del apostolado: no mira fronteras, no mira condiciones, no mira situaciones, no mira nada. No mira más que almas para Dios.

1064. Yo creo que una cosa de responsabilidad para una Obrera es, pensarlo, el poder ser rémora a la extensión de la acción apostólica. Puede ser rémora de dos maneras...: por actos positivos, poniendo dificultades con su modo de obrar, o de una manera negativa, no actuando, y cruzándose de brazos. El fruto de un campo se puede destruir de dos modos: socavando

el terreno y arrancando la plantación, o impidiendo que la plantación germine, dejándola abandonada. Así, lo que ya ha germinado no podrá vivir, y lo que se ha plantado no germinará... No defraudéis vuestra vocación...

1065. El Señor nos dejó la Iglesia como un árbol plantado, un árbol perfecto... Pero nos dejó un trabajo, un encargo, un ministerio: el cultivar ese árbol, el cuidar de él, el hacerlo crecer para continuar esta carga, este peso tan grande cual es la conservación y extensión de la Iglesia, para que las almas todas puedan salvarse.

1066. El testimonio de Jesucristo lo hemos de llevar a todas partes. Este testimonio de Jesucristo lo hemos de llevar a todas partes, ¿sólo alguna vez? ¿sólo algún día? ¡Siempre! Este siempre comprende en todo momento. En todo momento la Obrera, por su conducta, por su trato, por su modo de ser, por su sacrificio, por su oración, por su actuación, ha de ser portadora de Jesús. Ha de comunicar esa vitalidad divina a las almas. Las ha de preparar, bien ilustrándolas con las verdades de la fe, bien ayudándolas con sus consejos, bien atrayéndolas hacia Dios, para que conozcan algo de esa vida divina, y de esa paz que desconocen, bien adiestrándolas para una vida más alta.

1067. Cada día que pase, sigamos nuestro camino de trabajo, de santificación, de amor y de generosidad para Dios. Consumando nuestra obra de cooperación redentora con Jesús. Que cada día que corra, puedas decir que tu sacrificio, que tu oración, que algo tuyo ha trabajado, ha cooperado con ese Cristo que está consumando la Redención de las almas. Y entonces, podemos decir que tenemos nuestra parte con él.

La Obra está llamada a llevar muchas almas a Dios, y la Obra sois vosotras, sois parte. Toda su eficacia, ya sabéis de dónde ha de nacer..., de la influencia de Dios. A él, pues, hemos de estar íntimamente unidos. Esa unión ha de ser con trabazón que nadie pueda romper..., y por mucho que el mundo os diga, que no os puedan cambiar.

1068. ¿No acontece en nosotros el fenómeno de la disminución de nuestra efectividad apostólica? Yo quisiera ver en todas las Obreras un algo más de lo que veo. ¿Es que no tenéis interés? Sí, pero podría ser más crecido. Es que la idea envolvente de la Obrera, la idea predominante, debe ser el ser útil a Dios. ¿Cómo? ¿De qué manera...? Y cuando ella se decidiese a ser más útil a Dios, mediante el empleo de las gracias naturales y sobrenaturales que tiene recibidas, entonces es cuando pondría a contribución de este trabajo tan hermoso del triunfo de Jesucristo, toda su persona, con toda su capacidad, con todo cuanto es y puede ser. Porque si alguien en este mundo tiene derecho, y derecho marcado e indiscutible, a lo que nosotros somos y podemos ser, creedme, no busquéis criatura, que no la encontraréis en el mundo. Sólo encontraréis a un Dios, a Jesucristo nuestro Salvador, que tiene todo el derecho sobre nosotros, y a quien no podemos nunca volver la cabeza.

1069. Vida que no fertilice, no esté tranquila. Ni se estime segura de sí misma... Para la Obrera, un algo interior que le acucie, ha de ser el espíritu de lucha. Que quita toda esa pasividad que mata, que envejece...; quizá pudiéramos decir que anula la vitalidad que Dios le ha puesto en su razón de ser... Es hora, mis Obreras, de entrar en más lucha; de acentuar

vuestra actuación, de pensar qué podéis hacer, de tramar vosotras mismas qué instrumentos podéis manejar. Y todas unidas... Avivar este espíritu, es preciso. Los tiempos lo exigen; la Iglesia lo demanda; nosotros también lo necesitamos, para no fracasar.

1070. El apostolado no se puede limitar a ningún sector, sino que ha de abarcarlos todos. Tanto se ha de dirigir a los hombres que no tienen fe y viven desordenadamente, como a aquellos que no tienen fe y aparentan vivir bien, como a aquellos que tienen una vida frívola, como a los que llevan una vida de piedad aparente o superficial... Y también hacia aquellos que llevan una vida profunda de piedad. Para los primeros, será una atracción hacia Dios; para los segundos, hacerles vivir la fe; para los terceros, hacerles entrar en una vida de piedad verdadera. Y para los que viven la vida espiritual, introducirles en un progreso en dicha vida.

1071. La Obrera de por sí es una vocación que tiene que producir siempre, que tiene que producir apostólicamente. Vivir como despreocupada de las almas, es una carencia del espíritu, de la vocación de Obrera. No fomentar este espíritu, no desarrollarlo, es como dejar estancada la vocación... Rechazar la acción de apostolado en cualquier forma que se presente, porque es una cosa que pesa, como pesa un pedazo de cruz, es vivir la vocación a medias, imperfectamente.

1072. Evangelizar no es sólo hablar, no sólo es instruir; es... hacer brotar la fe en el alma, es transformar el interior, es transformar la persona. Pero transformarla ¿en qué? Transformarla en un Cristo, que es paz, que es justicia, que es caridad, que es amor.

1073. Mis Obreras, es hora de planear, pero de actuar; es hora de hablar, pero de hacer; es hora de aconsejar, pero de cumplir los consejos que damos; es hora de construir, pero de construïrnos a la vez; es hora de hacernos almas de Dios, pero hacer almas para Dios. A esto est is llamadas. No dudo de que llev is este espíritu en vosotras; pero si alguna vez hubiese algún desmayo, acordaos de esta consigna que yo llevo siempre, y que a vosotras os doy: "Trabajad como buenos soldados de Cristo".

1074. Trabajando para la salvación de las almas, trabajamos en nuestra propia salvación. Y el mérito, el premio, lo tenemos delante de Dios. No lo busquemos delante de los hombres, lo esperamos del día de mañana. Vuestros brazos se han de mover, vuestro corazón ha de amar más, vuestra personilla se ha de entregar más. Siempre tenemos un más que dar. Por lo menos, en el deseo.

1075. El apóstol que fuese ganando voluntades y se quedase con ellas, haría como aquel que siendo representante de un señor, fuera comerciando y se quedara con la ganancia. No. Vamos a ganar voluntades, vamos a ganar corazones, vamos a ganar almas para llevarlas a Dios; no para que se queden como cosa nuestra propia. En este caso, hemos traicionado nuestro propio apostolado.

1076. Abrid horizontes, sembrad, dad luz, moved corazones, arrastrad voluntades, ense adles lo que es la verdadera vida.

1077. Nuestra misión está representada en las palabras de san Juan: "Preparar las almas...", preparar las

conciencias, quitar asperezas, arrancar espinas, extraer las malas hierbas de los pecados, preparar el interior de las almas, para que el Señor pueda penetrar en ellas, llegando el momento de la gracia. La Obrera va preparando, va despedregando. Acaso no nos oigan; esto se da por descontado en el gran desierto del mundo. Nuestra voz, por mucho que clame, no llega a todos, y a muchos, como si no llegase; están sordos para escuchar las palabras de Dios. Pero la voz de la Obrera continuará resonando en su misión de apostolado, de preparar, roturar, abrir. Cuando llegue la hora, nuestro Señor hará que obre su gracia divina. Por ello, no nos debemos desanimar. San Juan, al contestar a los sacerdotes y levitas, les decía: "Yo soy la voz del que clama en el desierto", y aquellos tampoco le escucharon; es decir, no penetró en su corazón la sublime lección que les daba... "Entre vosotros está Aquel a quien no conocéis", repetía el Precursor.

1078. Una invitación habéis tenido, con una respuesta de vuestra parte. Puesta la mano sobre el arado, no miréis hacia atrás. Cuántos campos de apostolado tenéis ante vuestros ojos. El mundo hoy todo es un campo de apostolado. Vuestra acción es tan extensa, como extensa es la acción que se puede hacer en favor de las almas. Cuántos surcos tendréis que abrir con el arado de vuestro trabajo, y sembrar la semilla de la verdad y de la bondad de Jesucristo. Aun cuando no salga toda la semilla, mucha saldrá, porque la gracia de Dios será la lluvia que la fecunde.

1079. El alma apóstol que no sabe soportar sobre sí las cargas, toda esa gran cantidad de cosas malas, en más o menos escala, que hay en las almas, que se retiran del apostolado. Puede entender que no tiene voca-

ción de trabajar por Dios; está equivocada... Debemos hacernos cargo de lo defectuoso de nuestros hermanos, no escandalizarnos por ello, no levantar la voz por ello, sino al contrario, ayudarles, cargar sobre nosotros aquello que es defectuoso... Si no, seríamos defectuosos nosotros también en este aspecto.

1080. Los dones se han dado para perfeccionamiento de los cristianos; por tanto, el verdadero apóstol, el que trabaja en las almas, no se ha de contentar con que dejen el vicio y abracen una vida cristiana sencilla, den el salto a la vida de perfección. Éste es el empleo de los dones, es edificar el Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia.

1081. En cuanto la acción apostólica sea más honda, más se propagará la semilla del cielo. Y ¡hasta dónde! Habrá momentos en que el Señor pedirá el último aliento de tu vida. Habrá circunstancias en que se necesitará mucho esfuerzo; pero siempre, no lo olvides, habrá una necesidad, o por lo menos, una conveniencia, del esfuerzo de esa voluntad, para proseguir y llevar adelante la acción evangelizadora.

1082. En el apostolado, la Obrera nunca busque aplausos, nunca busque los halagos de la tierra. Tampoco se desanime si, como cosecha de sus trabajos y esfuerzos, palpase fracasos... ¿Por qué nuestra mirada, a veces, ha de ser baja, y sólo hemos de recibir ánimos y alientos cuando las personas alaban? ¿Por qué nuestro espíritu no se ha de agigantar precisamente en la lucha, cuando los enemigos nos combaten? ¿Que acaso un desprecio quita verdad a nuestras obras? ¿Que acaso un juicio humano equivocado puede hacer falso lo que es verdadero? ¿Que acaso porque uno crea

que tiene monedas de plata y en realidad son de oro, dejan de ser de oro? Ya llegará el momento en que el oro aparezca... Ya Dios se encargará de glorificar lo que es humilde, de hacer grande lo que es pequeño.

1083. Trabajar, desbrozar, preparar, avisar, ésa es tu misión. Por donde pases, da el testimonio de la luz reflejada de Jesucristo. Muchos os oirán y cerrarán los oídos; de los que os oigan, unos seguirán, otros darán paso atrás; de los que sigan, unos rematarán, unos se quedarán a la mitad de camino. Sigán o no adelante, más o menos remotos, o se queden a la mitad, vosotros seguid realizando vuestra labor; que sólo un alma que logréis en la cual el Señor entre plenamente y ella por completo se dé, vuestra labor y sacrificio se puede dar por muy dichosos, puesto que no podemos llegar a alcanzar el bien que reporta un alma completamente entregada a Dios.

1084. Nuestra acción ha de ser de redención, de aplicación de la Redención del Señor, de ennoblecer la vida de la gente, de hacerle pensar en algo más. Ese algo más es lo que llevan dentro de sí, de un alma y de una vida futura, de una conciencia que deben regular, de una moral que deben vivir, de unos mandamientos que han de cumplir, de unos consejos que se pueden seguir, de una vida alta que el Señor ha venido a enseñarnos durante el tiempo que estuvo en este mundo.

1085. ¿Por qué el fruto que apostólicamente se produce es poco? Porque nuestra acción no nace de una permanencia íntima con Jesucristo, de una vida de oración, de una vida de fe, de una vida de sagrario, de una vida íntima con el Señor, no. Nace de un humanismo, de una ciencia, de unas estructuraciones, de

unas cosas que se organizan...; y esto no produce nada.

1086. La Obrera ha de crecer en su acción apostólica; es decir, ha de ser un miembro vivo, no un brazo parado ni muerto. Miembro vivo, brazo que actúa, que trabaja, que produce, a su manera, a su modo, como sea... Es la rama que produce el fruto. El árbol es más perfecto cuanto más fruto da, no cuanto más savia tiene. Para dar fruto se necesita la savia. Lo primero, pues, será llenar el árbol de savia. Muy perfecto en su savia, en su vida interior, pero si en su exterior no es perfecto, si la savia no se manifiesta, no da fruto. Hemos de aspirar a crecer en la donación de fruto.

1087. Es cierto que la actuación actual de la Iglesia, en la mente del Concilio, es ampliar la Pastoral, romper, diríamos, como el cerco estrecho en que se desenvolvía su actuación: llegar al mundo, llegar al hombre, llegar a las almas. Pero para ello..., no vamos a dejar a Dios... Nuestra actuación apostólica pastoral es llevar a Cristo a las almas. Si no, ¿qué hacemos? ¿Para qué queremos nuestro trabajo? ¿Para humanizar al mundo? No, es para cristianizarlo. Para libertar al mundo, sí, ¿de qué...? De las cadenas del pecado, de las cadenas del vicio.

1088. En los tiempos actuales hemos de emprender con decisión, con valor, aun dentro de la prudencia, todas aquellas formas de apostolado que reclama la época actual, porque tenemos obligación de propagar el reino de Cristo. La propagación supone luchar contra los enemigos del Señor, deteniendo sus pasos, destruyendo sus obras, cambiando –si podemos– su espíritu, transformándolos en amigos. Y a la vez, adelan-

tar, adelantar cultivando aquellos terrenos que son de nadie, que están abandonados, en donde nadie trabaja, en los que falta cultivo... En cualquier parte en que el enemigo combate, allí hemos de responder; con las armas que él pretende destruirnos, nosotros hemos de procurar detenerlo o destruirle. Esto es vivir el ideal de la Iglesia, el ideal misionero, que no es más que conquistar para Dios, donde sea.

1089. Todos somos necesarios, y cada Obrera ha de representar su papel con esa puntualidad, esa exactitud y esa elevación de miras, sabiendo que está apostólicamente trabajando, aunque esté pelando patatas, porque el que va a hacer un discurso, se ha de alimentar de algo. Ningún ministerio, pues, se ha de considerar como humillante, cuando se sirve a Dios. Ni ningún ministerio u oficio ha de ser despreciado. Acudid con caridad, y levantad los ánimos de aquellos, precisamente, que estén en ocupaciones más ocultas.

1090. Al apostolado, las Obreras han de unir su humildad, su sacrificio, su oración, la virtud vivida.

En el apostolado, se han de hermanar dos cosas: santidad y acción... Acción plena... Que si se puede dar al Señor diez, no se le dé cinco...

Que se trabaje porque es voluntad de Dios. Que se siembre, aunque otro coja el fruto, que el mérito está en el trabajo, no en la cosecha...

Actuar con desprendimiento, constancia y sacrificio...

Entran en el campo apostólico de la Obrera todos los trabajos que puedan ser transformación de las almas...

Característica del apostolado: ha de ser constante, hecho con temperamento fuerte, con tenacidad de vo-

luntad, con energía, con totalidad, no a medias. Lo que no se hace con espíritu de Dios, no vale para nada.

1091. Os recuerdo la obligación innegable de que la acción de las Obreras sea una acción misionera, esencialmente. Porque esencialmente es apostólica, aquí, allá, donde sea. Llevar a Dios, meterlo en las almas, abrir el corazón y profundizar en él la fe, hacerle vivir de esperanza, elevarlo a otro mundo distinto de este en que estamos viviendo, aletear un poco más hacia arriba.

1092. Transformada nuestra vida, hay que transformar también la vida de los demás. En cuanto podamos, a donde lleguemos, con nuestro ejemplo, nuestra frase, nuestra ayuda, nuestra caridad, nuestro amor, nuestra afabilidad, nuestra donación, nuestra entrega. Porque si entrega requiere la situación humana y la condición cristiana, entrega más plena, total, nos exige la condición de estar consagrados al Señor. La transformación. El individuo, si no se transforma, nada puede hacer en la sociedad.

1093. El estado de virginidad nos capacita para una vida apostólica, puesto que quitado todo impedimento en nuestro corazón y voluntad, no queda más que un deseo, el que nace de la consagración que tenemos hecha a Dios, de servir a Dios, de trabajar por Dios, de amar a Dios; puesto que en nuestro corazón otra cosa no ha de haber más que ese Cristo que hemos adoptado como cosa nuestra, y al cual hemos consagrado toda nuestra vida. Esto es bueno que lo anotéis y lo comprendáis con toda claridad, porque hoy no es raro oír: "También se puede servir a Dios y trabajar por él en el estado del matrimonio". Evidentemente...; pero

las almas consagradas no tienen otra misión que trabajar por Dios sin ninguna traba... Feliz aquella alma que ha sabido recibir el don de su vocación y que lo conserva hasta el final de su vida.

1094. Tenemos ante la vista la obra de Jesucristo, la obra grandiosa de su Redención. Toda la obra suya es la Redención, la salvación del mundo y, por tanto, la aplicación de la Redención.

La Redención es una obra que Jesucristo empezó, que consumó en la cruz, pero que en su aplicación no está consumada. Por eso se habla de la extensión del Reino de Cristo. Su aplicación se ha de verificar a las almas, mientras el mundo exista, hasta el final de los tiempos.

Y nosotros somos los encargados de cultivar este árbol y hacer que produzca su fruto, y que éste se vaya aplicando a las almas. Porque Jesucristo no solamente murió por los que existían entonces, sino por todos los hombres, los que existían y los que existirán... A todos hay que aplicarles los frutos de la Redención. ¿Cómo...? Llevando su doctrina, sus enseñanzas... Para esto necesita quien se ocupe de ello. A los que ha elegido para este oficio les ha dado el don vocacional.

1095. Hay que producir para Dios, dentro de vosotros. Y hay que producir para Dios, fuera de vosotros. Es el ideal en la vida, vivido. Poned ese sello de Dios en vuestras cosas, y desplegad ese celo en el trabajo apostólico. Poned vuestras manos, vuestro talento, vuestra personilla, vuestra ciencia, vuestros libros, vuestras tijeras, vuestra pluma, lo que haya, todo, al servicio de ese ideal, de esa causa.

Esto espera la Iglesia. Esto exige Dios nuestro Señor. Lo exige. Porque da muchísimas gracias; y no exige más que la correspondencia de lo que da.

Y esto pide, ruega, como una Madre, la santísima Virgen.

1096. En este destierro se oirá nuestra voz, enseñando. Aparecerán también nuestras virtudes, como una enseñanza de aquello que somos, de aquello que sentimos, de aquello que amamos. Y el mundo no nos escuchará. El mundo es sordo para estas voces de Dios. No quiere entender; es como la esfinge de barro, que tiene ojos, y no ve, labios y no habla, oídos y no escucha... No obstante, seguiremos predicando, como el Bautista, en el desierto. Seguiremos predicando en las almas el Reino del Señor.

1097. Llenad vuestra vida de santas obras. La vida de la Obrera que sea como la vida de Jesucristo, su imitación auténtica. ¡Aquellas dos manos divinas que eran como dos sementeras que por donde pasaban no dejaban caer más que el bien! ¡Qué hermosa es una vida que se limita a producir el bien, y el bien por amor a Dios!

1098. Seguir siempre a Cristo, sembrando en el campo de la niñez, de la juventud, de los pobres, de los ricos... Este es el oficio de la Obrera: sembrar, como Jesucristo. Sembrar virtud, amor de Dios y, al mismo tiempo, sin cobardía, arrancar la mala semilla del pecado y de los peligros de pecado que el mundo pueda ofrecer.

La Obrera pase por el mundo trabajando con amor, con constancia, con sacrificio, santificándose y santificando... Dejad la estela del bien, siempre, detrás de vosotras, aunque sea estela de sangre, aunque os cueste mucho, no importa. Dejad, todas, detrás de vosotras, a vuestro paso, la huella de la virtud, en el tra-

to, en el hablar, en el obrar, en todo. Entonces es cuando el Señor estará realmente cumplido en este vuestro servicio que le prestáis, o que debéis prestarle, con toda la generosidad de vuestro corazón.

1099. Sembrad, sembrad por todas partes. Yo diría que fuerais como, todas unidas y particularmente cada una trabajando, que fueseis como una gran sementera que por donde paséis, dejéis, por lo menos, la huella de Jesucristo, la huella del amor a la Virgen. Porque con estas dos huellas impresas en el alma y en el corazón de una persona, ya podéis tener relativa tranquilidad, porque algún día surgirá esa alma y levantará sus ojos hacia Dios y hacia la Virgen.

1100. Para ejercer nuestro apostolado es necesario que entablemos una lucha, lucha con nosotros mismos, lucha para enfrentarnos con la gente, lucha para aguantar, lucha para soportar, lucha para trabajar, lucha para sacrificar aquellas horas que nos vendrían muy bien, de reposo y de quietud... La vocación apostólica es sacrificio en cualquier aspecto que la estudiemos, para no hacer aquello que nos nace, sino lo que hace falta hacer, con desprendimiento total de la voluntad... Vamos a dar, y dar copiosamente, y darlo todo al Señor. Que a veces decimos que damos y no es verdad.

1101. Despertar en la gente deseos de otros horizontes. Todos podemos prestar más. No vivir aferrados a un trabajo, sin mirar otra cosa.

1102. El apostolado de la Obrera, que sea callado, que sea profundo, que sea de ése que va bajo mano, cavando, cavando el terreno, conquistando a las al-

mas; es el apostolado individual; es el apostolado que se hace con vuestra palabra; en fin, es el apostolado que no busca ruidos, sino solamente a Dios. Es el que más gana, el que más resultado da.

1103. En el apostolado, buscad rincones para disparar mejor. Solamente pensad en disparar, en trabajar. Lanzad vuestra palabra, vuestra acción, aquí, allá, donde sea, sentado, en tierra; lo que importa es lanzar... Éste es el espíritu del auténtico apóstol.

1104. El apostolado actual adolece mucho de la virtualidad sobrenatural. Y por esto, aun trabajándose mucho, espiritualmente se consigue poco. Bien está que las almas pongan dificultades, que el campo sea difícil, que rehúsen la gracia de Dios... Pero es que nos falta ese poder interior en la palabra, es que nos falta esa fuerza comunicativa divina, que no la tenemos en la proporción debida. Es que nos falta tener ese calor sobrenatural que el mundo espera de nosotros. Nos falta dar la sensación de que somos hombres de Dios, almas de Dios, y que realizamos en nuestra propia vida, en nuestra propia persona, la doctrina del Señor.

1105. Jesús nos necesita para su obra. ¿Qué vale nuestra vida, si la gastamos por esto? ¿Tirar la chatarra, por conseguir oro? ¿Gastar unos años, por una vida eterna? ¿Sembrar sacrificios, para poner consue-
los, alegrías y amores en los corazones?

1106. Vosotras, mis Obreras, entre la masa elegida, y vuelvo a repetir, seleccionadas, pensad que habéis de ser la levadura de la pequeña masa, a la cual lleguéis, de momento. Luego, de otro círculo más extenso. Luego, de una masa grande. Es decir, que vuestra acción

no se pare. Allí donde vuestra vida pueda ser útil para el Señor, donde podáis lanzar vuestra palabra, donde podáis fijar vuestra mirada, que transpire lo que lleváis dentro, donde podáis encender una llama de amor a Dios... ¡lanzaos!

Podéis mucho. Toca los resortes, cada uno como sepa, como pueda. En el corazón del hombre, por muchas envolturas que tenga sucias, siempre hay un gránito de oro. Saber entrar, para encontrar ese arranque de buena voluntad, ese deseo que late interiormente; ésta es la táctica del apóstol de Cristo. Desplegad vuestras energías.

1107. Nuestro trabajo no admite reposo. Reposo sí que necesita nuestra vida corriente, ordinaria. Pero me refiero a ese espíritu interior que nos empuja a buscar a Jesucristo y a procurar su crecimiento en las almas. Esto supone una donación, la donación no de un día, sino de cada hora, de cada minuto, de cada momento; sentirnos brazos cooperadores de su empresa. Que de nosotros no se pueda decir lo que san Pablo afirma en una de sus cartas: "Todos buscan sus propios intereses, pocos los que buscan los intereses de Jesús"... Lo que decís todos los días en vuestra oración de despedida de la noche. Pero eso, no basta decirlo, hay que sentirlo, hay que rumiarlo, hay que vivirlo.

1108. Nosotros no somos instrumentos de una revolución. Somos instrumentos de paz; somos instrumentos de tranquilidad del alma; somos sembradores del Evangelio... Ésa es nuestra misión. Y con ella, la Obreira deberá enderezar toda su vida hacia Dios, y de Dios hacia la humanidad, que necesita tanto de él, para que le conozca; porque la humanidad u hombre que no conoce a Dios, dice san Agustín, por sabio que sea, no sabe nada.

Nosotros queremos, o muchos quieren, convertir y salvar al mundo con esfuerzos puramente humanos, no; esto es un puro humanismo. Lo hemos de salvar con nuestro esfuerzo, pero con la gracia de Dios nuestro Señor. Vosotras, sembrad, y él dará el crecimiento a vuestra siembra.

1109. Nuestro lema requiere, además, una acción desinteresada. ¿Qué significa esto? San Pablo dice: son muchos los que buscan sus intereses propios, pero pocos los que buscan los intereses de Jesucristo. Cuando uno trabaja desinteresadamente, lo primero que busca en su apostolado es sembrar a Jesucristo en los corazones de los hombres, su conversión, su santificación..., evangelizar. Ése es su máximo interés. Si solamente se busca la honra, el buen nombre, el dinero, lo temporal, como fin principal, la acción no es desinteresada.

1110. Poco cogeréis si no habéis sembrado en vosotras; poco trigo podréis dar, si no habéis cultivado el campo y no ha dado espigas en vosotras mismas. Palabras, palabras..., buenas son; pero mirad, yo os lo digo como debo decirlo, con todo mi corazón, como lo comprendo: la palabra, sí, pero si esa palabra no tiene un algo..., no puede. Ese algo es el fermento que lleva y que nace de un interior que ama. Vosotras habéis de ser así. Y aun no hablando, aun siendo mudas, vuestro silencio que sea un hablar de Dios, pues que callando también se habla de Dios.

1111. La Obrera tiene su apostolado de conjunto, según las Constituciones determinan. Pero tiene su apostolado individual que, a veces, es de más eficacia que el apostolado en común. Porque acercarse a una

persona, tratarla, hablarle..., hasta que le penetre la luz, con esa santa libertad, con ese interés de Dios nada más, ese apostolado individual, puede producir más que un apostolado colectivo.

1112. La acción ha de ser constante; lo que no es constante escasamente puede producir fruto. Nuestra acción ha de ser hoy y mañana, y así, constante, constante. Si tenéis vuestro oficio, sed constantes en el cumplimiento de este oficio.

El espíritu de la Obrera ha de ser así: habéis de sentir el apostolado. Pero el apostolado lo sentiréis si sentís ese latido de una vida profundamente vivida de contacto con Jesucristo. Y allí donde estéis, seréis sembradoras del Señor; hasta en una conversación vulgar, corriente, que tengáis, allí dejáis caer la semilla. Una palabra, una frase que digáis, produce su efecto. En todas partes podemos ejercer nuestro apostolado. Eso se llama constante. Vividlo dentro de vosotras.

1113. La acción de la Obrera ha de ser plena. ¿Qué significa esta palabra plena? ¿Cuándo decimos que una cosa está plena, llena? Cuando no cabe más. ¿Cuándo nuestro trabajo de acción es pleno? Cuando no perdemos un minuto, es decir: cuando nuestra vida está empleada en el trabajo, que podemos decir que llenamos las horas, que no perdemos el tiempo, divagando de aquí para allá, que el interés por las cosas de Dios nos lleva en cada momento.

1114. Si Dios nos ha santificado a todos gratuitamente, por su misericordia, por su gran generosidad, por su amor, ¿cómo tú, lo que has recibido, el conocimiento que tienes de Dios, lo que sientes dentro de ti, lo que vives dentro de ti, no lo vas a comunicar a los

demás? Si gratuitamente lo has recibido, con generosidad, pues, con el corazón abierto, debes también comunicarlo.

El cristiano no se puede cruzar de brazos y pasar una vida bien, sin más ni más, diciendo que está todo hecho. Hay otras parcelas a nuestro lado que se deben cultivar.

1115. Sois la salvación de muchos... Habéis de ser más. Pensad en esta vuestra responsabilidad. No basta con ser buenos; hay que contribuir con nuestra vida a hacer buenos. Y aquella esposa hará bueno a su esposo y hará que llegue esta bondad a sus hijos, y que ésta se extienda al mundo, que tanto necesita de Dios.

La salvación de muchos... ¿Hasta dónde? Cada una piense hasta dónde puede llegar. El Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles; los transformó para que santificaran el mundo, para que llevaran la verdad a todos los confines de la tierra, para que predicasen la doctrina de la salvación, para que fueran la sal de la tierra y la luz del mundo. Para eso los escogió... Y la continuación de ellos ha de ser en vosotras, en los llamados por el Señor para ejercer ese oficio de apostolado, de extensión del Reino de Dios.

1116. Vuestra misión es hacer el bien, como hizo Jesucristo. Él pasó por el mundo haciendo el bien. Ésta es la frase que en los Hechos de los Apóstoles viene a sintetizar toda la acción del Señor... ¿Y cómo lo hizo?; qué bien lo hizo, hasta morir en la cruz, cuando llegó su momento... La vida es un dolor, es una abnegación, es un sacrificio; no lo rehuyáis nunca. Alegraos de que podáis padecer algo por Jesucristo. Permaneced en Cristo, como fieles servidores, como hijos buenos, como hermanados con él, hasta el fin.

1117. Aún queda en el mundo ambiente espiritual. Sabedlo vivir, sabedlo recoger, para que el ambiente materializado, desmoralizado, no os penetre nunca; sino que vuestro interior sea más fuerte, más denso. Y así, os podáis, como con una capa espiritualizada, defender contra tantos peligros y ataques que en el mundo habéis de tener.

1118. La Obrera, en su apostolado, ha de ser contemplativa-activa. Pero es esencialmente apostólica. Su elemento es dedicarse al apostolado... Es vivir a Cristo, para darlo a los demás. Es amar, para que aprendan a amar. Esto responde al nombre que lleváis.

Cenáculos

1119. La vida comunitaria se ha de asentar sobre una base firme: la vivencia de un mismo ideal, el orden que regule la vida de sus miembros; la mutua comprensión entre ellos; el deseo de imitación de Cristo; la acción coordinada de todos ellos; el esfuerzo por alcanzar la perfección cristiana; la mutua fidelidad, especialmente a los superiores.

1120. La Obrera, aunque tenga su misión especialísima en darse, debe antes llenarse, sentirse dueña de sí, controlarse a sí misma. Así se preparó también el Precursor de Cristo, san Juan, retirándose en el desierto.

Nuestras Casas-Cenáculos son el pequeño desierto donde la Obrera se prepara, donde vive y siente la influencia de su santificación y del apostolado.

Por eso, la Obrera ha de tener un cariño especial a sus Cenáculos, y en esto se conoce la verdadera Obrera. Es donde recibe su calor, el aliento que a todos hace falta.

Y los actos de la vida espiritual, como Obrera, os aíslan del mundo, es un estar en él sin estar. Es vivir nuestra vida personal y propia, no con influencia de los demás.

1121. Cual es el rector o dirigente de la sociedad, tales son los que habitan en ella.

1122. Como en Nazaret, en cada Cenáculo la Virgen es la Madre. Recibid las enseñanzas que os da; dejaos modelar; miradla con frecuencia... Dadle siempre gracias a Dios y a ella, que es la Mediadora, por el don de vuestra vocación. Hacedos dignas de los planes de Dios. ¡Son tan distintos de los del mundo!

Dejad que la Virgen os vaya educando, ayudando y adiestrando dentro del Cenáculo, en el cual convive con vosotras. Por ella hemos de conseguir nuestras gracias. Cuántas cosas nos faltan, a veces, y ella lo sabe, y secretamente pide a Jesús por nosotros. Que la Obra, ¿por qué crece? Por ella... Que las Obreras, ¿por qué se mantienen firmes? Por el amor a la Virgen. Porque su mano de protección las sostiene... Que todos vuestros asuntos estén en sus manos. Seréis potentes si la Virgen está con vosotras.

1123. Un Cenáculo es una escuela en la cual aprendemos todos los días y cada momento. Unas de otras habéis de aprender lo bueno; lo defectuoso no, esto no hay que mirarlo. De esta manera, la convivencia en un Cenáculo es siempre buena; os conservaréis siempre bien. Sin estas normas hay peligro, y no poco, de que

el espíritu baje, de que haya contagio en lo que sea defectuoso... Yo sí que quisiera, mis Obreras, que guardéis estos distintivos que os doy, de emulación santa, de humildad, de mirar vuestras obras rectas, de ayudaros mutuamente, de ser el punto de apoyo unas de otras... Si esto conserváis, no bajaréis de nivel sobrenatural.

1124. Las Obreras han de tener frecuentes reuniones, reuniones de intercambio. Para tratar de cómo va la marcha del Cenáculo, cómo va el apostolado, qué ocurre aquí..., en fin, un intercambio fraternal. Eso hace muchísimo bien. Y cada una expone el punto de mira que tiene; ninguna debe sentirse herida porque otra diga: pues a mí me parece... Para eso es el intercambio, para que cada una exponga lo suyo y, noblemente, reconozca aquello que es mejor... Para unificar el modo de enjuiciar las cosas... Para unificar la vida comunitaria en un mismo espíritu, una misma caridad, un mismo amor... Para ver qué modificaciones puede tener el trabajo, apostólicamente, fuera de casa y dentro del Cenáculo; la gente que acude... Estudiar cómo se hará todo mejor.

Este intercambio se requiere, porque entiendo que es preciso.

1125. El Cenáculo no es un lugar donde van a vivir unas cuantas personas, como otras vivirán en cualquier parte. El Cenáculo es la casa de Dios, en donde la Obrera ha de tener sus mejores ratos para conversar debidamente, para tratar de las cosas que le puedan instruir, adoctrinar, perfeccionar, adiestrar en la pelea y fortificar en la vocación. El Cenáculo es un lugar en donde debe vivirse ese ambiente de paz, de intimidad, de amor, de confianza, pero aprendido a los pies de

Dios. El Cenáculo, en mi concepto, en todo su conjunto, debe ser una gran capilla en donde los corazones de las Obreras no lleven otra preocupación ni otro amor que el amor de Dios, y su formación, para ser más útiles a Dios.

1126. El Cenáculo ha de ser una prolongación de la vida de Nazaret, por la paz, por la caridad, por el respeto mutuo, por la igualdad de trato; hogar, en que viviendo juntas, cada una vive su vida, como planta que crece hacia el cielo. Cada Obrera esfuércese por reproducir en cuanto de ella dependa, esa vida de Nazaret; ponga lo que le falte, y quite lo que le estorbe...

El Cenáculo debe ser: crecimiento en virtud, en formación, adquiriendo la sabiduría espiritual y terrena, aprovechamiento del tiempo, crecimiento en gracia de Dios... La Obrera se ha de confortar en el Cenáculo. Y que los que se acerquen a un Cenáculo, reciban el golpe del ambiente espiritual que en él se vive.

1127. El Cenáculo ha de ser una continuación de vuestra formación, y un ejercicio práctico de ella. Ninguno de nosotros está formado plenamente. Mientras vivamos en el mundo, aunque vivamos mucho tiempo, siempre tendríamos que reformarnos y, por tanto, formarnos en mejor. Nadie se crea que ha alcanzado su meta y que ha terminado su carrera; no, se ha equivocado. Siempre necesitamos aprender más.

1128. El Cenáculo sea de hogar, de unión, de llevar las cargas todas a una, exponiéndose las cosas, ayudándose mutuamente. Los que van unidos son los que tienen fuerza. Los que hacen un tirón, son los que quiebran.

Buscando el bien particular, habrá un déficit de fuerzas en el Cenáculo. Se puede también buscar su bien en la vestimenta o en otros aspectos... Se sigue aquello que le gusta a una, huyendo de lo mortificante... ¡Pocas santas habrá así!

Levantar los Cenáculos a más altura, a más vida interior, espiritual y apostólica; dejar en todos la impresión de Dios. La atracción ha de ser natural sobrenaturalizada, de una santidad, de un algo que a la gente se le da, a todos, casi sin darse cuenta de que se le da... Encuentran un algo de bienestar, de paz sobrenatural.

1129. En el Cenáculo, vida de unión entre vosotras; vida de acción y de apostolado, el que tengáis, como sea; pero dentro de un ambiente de fe, de seguridad, de una marcha vocacional a paso firme, en medio de estas tinieblas y dificultades actuales, y acorazadas por esa fuerza de un amor a Dios, por el cual somos capaces de llevar todas las cargas encima, hasta que nos caigamos en medio del camino.

La Obrera ha de forjar así su espíritu. Si no lo fueseis así, no seríais la Obrera que yo pensé, que yo imaginé y que yo quiero.

1130. Nunca perdáis en los Cenáculos el carácter familiar, nunca... Que sea una prolongación de la casa que se dejó por el Señor... Que se viva con alegría.

A la vez, dadle el ambiente de santidad; muchas y una en corazón, muchas para servir a Dios, y muchas para trabajar...

Que el Cenáculo sea un verdadero hogar... Que sea vuestra casa espiritual: confianza, sinceridad, humildad.

En el Cenáculo, que se converse de Dios... Puede darse la sensación de que estamos ausentes de Dios, de que vivimos vacíos de Dios, yo diría, en cuanto a ese interés de las cosas de Dios... Y hace falta en los Cenáculos, como en todas partes, restablecer la santa costumbre de impregnar la vida del ambiente de Dios...

Que se conserve en los Cenáculos el espíritu de Obreras... Que se formen en lo que es la Obrera: la que se lanza al sacrificio, la que se lo deja todo para el Señor...

El Cenáculo es escuela de formación espiritual y de reclutamiento apostólico.

1131. Los Cenáculos han de ser campos pequeños, o menos pequeños, donde las Obreras sean la siembra de Jesús, de la buena semilla. Cizaña no debe haber, no puede haber. Ha de ser un hogar de paz, de convivencia fraternal, según la fraternidad de que nos habla Jesús y que nos enseña el apóstol san Pablo. Así han de ser los Cenáculos: plantaciones del Señor. Pero, para dar fruto.

1132. Todos los Cenáculos son de la Obra. Todos son del Instituto. Todos son ramas del mismo árbol. Hay que apreciarlos a todos por igual, cada uno según sea. Uno, con mejor casa; otro con menos... Por tanto, así como ha de haber una convivencia de fraternidad y de unión entre las Obreras dentro de un Cenáculo, entre la cabeza y los miembros, entre todas ellas, así debe haber una unión de convivencia entre todos los Cenáculos, para ayudarse unos a otros, en lo que pueda ser. No distanciarse, sino vivir en unión, aunque dentro de la distinción de cada Cenáculo.

ÍNDICE POR MATERIAS

Abnegación: 222-224	Esperanza: 158-159
Afabilidad: 240-241	Espíritu de Obrera: 323-377
Alegría: 246	Eucaristía: 53-54
Amor a Cristo: 54-57	Existencia de Dios: 13
Amor a Dios: 21-26	
Amor a la Virgen: 70-74	Fe: 155-158
Apostolado: 377-408	Fidelidad: 249-257
Austeridad: 209-210	Formación y capacitación profesional: 279-282
	Fortaleza: 197-202
Buen ejemplo: 267-272	
	Generosidad: 257-260
Caridad: 159-191	Humildad: 210-222
Castidad: 202	
Cenáculos: 408-413	Mansedumbre: 242
Confianza en Dios: 26-29	Mortificación: 224-228
Cruz: 233-240	
	Obediencia: 204-207
Deber: 275-276	Obra: 285-297
Dios y Hombre: 35-37	Oración: 134-141
Dulzura: 241-242	
	Paciencia: 246-247
Educación: 276-279	Paz: 242-245
Encarnación-Navidad: 37-53	

Perfección: 123-129	Sencillez: 260-261
Perseverancia: 247-249	Servicio de Dios: 29-32
Pobreza: 207-209	
Presencia de Dios: 141	Trabajo: 276
Prudencia: 195-197	
Pureza de corazón: 143-145	Veracidad: 261-267
	Vida espiritual: 113-123
Rectitud de intención: 145-146	Vigilancia: 202-204
Reino de Dios: 13-15	Virgen de los Dolores: 66-70
Renovación espiritual: 146-152	Virgen. Excelencia-Misión: 61-65
Reparación: 142-143	Virtudes: 130-134
Sacrificio: 229-233	Vocación: 297-323
Santidad: 77-113	Voluntad de Dios: 16-21

ÍNDICE GENERAL

	<i>Pág.</i>
PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN (a la primera edición)	9
Dios	
Existencia de Dios	13
Reino de Dios	13
Voluntad de Dios	16
Amor a Dios	21
Confianza en Dios	26
Servicio de Dios	29
JESUCRISTO	
Dios y Hombre	35
Encarnación- Navidad	37
Eucaristía	53
Amor a Cristo	54

	<i><u>Pág.</u></i>
MARÍA	
Excelencia- Misión	61
Virgen de los Dolores	66
Amor a la Virgen	70
VIDA SOBRENATURAL	
Santidad	77
Vida espiritual	113
Perfección	123
Virtudes	130
Oración	134
Presencia de Dios	141
Reparación	142
Pureza de corazón	143
Rectitud de intención	145
Renovación espiritual	146
VIRTUDES TEOLÓGICAS	
Fe	155
Esperanza	158
Caridad	159
VIRTUDES MORALES Y ANEJAS	
Prudencia	195
Fortaleza	197
Castidad	202
Vigilancia	202
Obediencia	204
Pobreza	207
Austeridad	209
Humildad	210

ESPIGANDO	419
	<i>Pág.</i>
Abnegación	222
Mortificación	224
Sacrificio	229
Cruz	233
Afabilidad	240
Dulzura	241
Mansedumbre	242
Paz	242
Alegría	246
Paciencia	246
Perseverancia	247
Fidelidad	249
Generosidad	257
Sencillez	260
Veracidad	261
Buen ejemplo	267
VALORES HUMANOS	
Deber	275
Trabajo	276
Educación	276
Formación y capacitación profesional	279
OBRA - OBRERAS DE LA CRUZ	
Obra	285
Vocación	297
Espíritu de la Obrera	323
Apostolado	377
Cenáculos	408
ÍNDICE POR MATERIAS	415

*Este libro se terminó de imprimir
en Artes Gráficas Soler, S. A.,
de la ciudad de Valencia, el
8 de septiembre de 1996,
fiesta de la Natividad
de la Virgen María*

L D
 ⌘
V M

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

- 1924 *El Castillo-Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera*. Valencia.
- 1931 *La vida del espíritu*. Valencia.
Reediciones: Moncada (Valencia), 1953 y 1962; Valencia, 1972 y 1994.
- 1943 *Directores de Ejercicios Espirituales*. Valencia.
- 1945 *Manual de las Obreras de la Cruz*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1987.
- 1949 *Siete Dolores de la Santísima Virgen*. Valencia.
Reediciones: Valencia, 1969 y 1977.
- 1952 *Estímulos*. Moncada (Valencia).
Reediciones: Moncada (Valencia), 1962; Valencia, 1995.
- 1955 *El arte de encomendarse a Dios*. Valencia.
- 1955 *Formación moral y acción de apostolado*. Valencia.
Reedición: Valencia, 1994.
- 1962 *Cantoral*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1989.
- 1964 *Constituciones*. Valencia.
Reediciones acomodadas a tenor de las disposiciones emanadas de la Santa Sede: Valencia, 1973 y 1987.
- 1978 *Habla el Boletín...* Valencia.
- 1978 *Espigando*. Valencia. Reedición, aumentada. Valencia, 1996.
- 1989 *Retiros*, 4 vols. Valencia.
- 1995 *Luces sobre el celemín*. Valencia.
- 1995 *Señor, que vea...* Valencia.
- 1995 *¡Tú puedes...!* Valencia.
- 1996 *Hacia la santidad*. Valencia, 1996.

